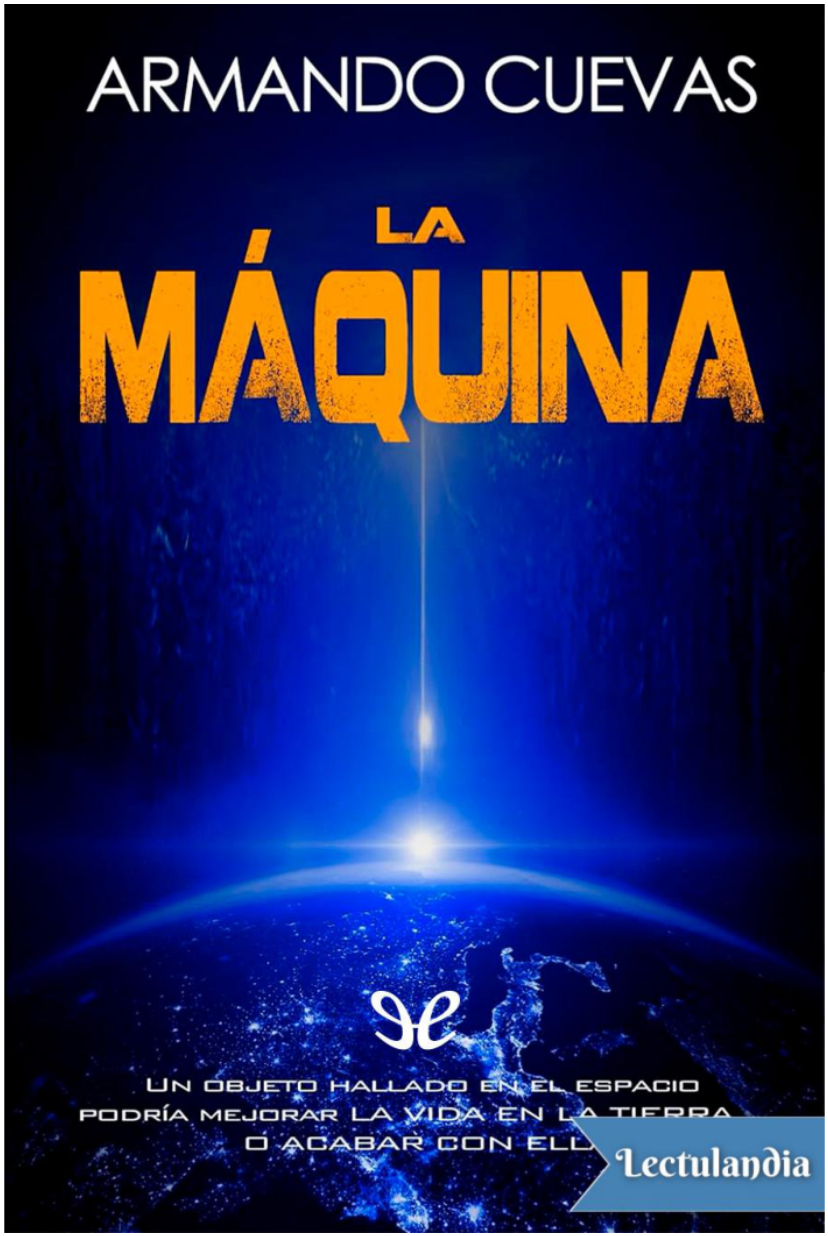
ARMANDO CUEVAS

LA MÁQUINA



UN OBJETO HALLADO EN EL ESPACIO
PODRÍA MEJORAR LA VIDA EN LA TIERRA
O ACABAR CON ELLA

Lectulandia

En 1965, durante una misión espacial, se localiza un objeto de origen desconocido orbitando la Tierra. Tras décadas de estudios secretos se concluye que podría ser una fuente de energía ilimitada, de naturaleza cuántica, con el potencial de mejorar el futuro de la humanidad. Cuando el artefacto, apodado «La Máquina», se activa en una isla en el océano Pacífico, una anomalía en forma de cúpula brumosa surge, impidiendo cualquier contacto con su interior. Ante el temor de un desastre global los científicos a cargo del proyecto, con la ayuda de la IA más avanzada jamás creada, encuentran la solución para atravesar esa barrera aparentemente infranqueable. Un físico teórico, una bióloga y un exmilitar son seleccionados para apagar La Máquina y rescatar al personal incomunicado en la isla durante más de dos años. El problema es que nadie sabe qué hay más allá de ese misterioso muro cuántico ni a qué peligros se enfrentará el reducido equipo de rescate.

Lo único que saben es que ninguna misión anterior ha tenido éxito, y que nadie que haya cruzado la bruma ha regresado para contarlo.

Armando Cuevas Calderón

La máquina

ePub r1.0
Titivillus 17.12.2024

Título original: *La máquina*
Armando Cuevas Calderón, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

En el día de hoy ya camina el mañana.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

LÍNEAS RECTAS

Órbita terrestre.
Programa Gemini.
Año 1965.

Los dos tripulantes, ambos ingenieros aeronáuticos y pilotos de caza experimentados, mantenían la máxima concentración desde que la nave había alcanzado la velocidad adecuada. Ni demasiado rápida como para escapar al espacio profundo, ni demasiado lenta como para caer atraídos por la gravedad de la Tierra. La justa para respetar el equilibrio de fuerzas y permanecer en órbita.

Y así llevaban treinta y cinco minutos, durante los cuales no dejaron de realizar continuas comprobaciones de los sistemas, consultas a la computadora de a bordo o intercambios de información técnica con el centro de control en Cabo Cañaveral, Florida, marcando una coreografía tensa, obsesiva y perfectamente estudiada.

Allí, en el espacio, no había lugar para la improvisación. Cualquier pequeño error o despiste se podía pagar muy caro.

—Seguimos en órbita a máxima distancia de la elipse —informó el comandante a través de la radio—. Según el altímetro, 925 Km. De momento, todo correcto. Volveremos a conectar cuando alcancemos el lado iluminado de la Tierra.

Unos segundos de silencio y llegó la respuesta.

—Perfecto —dijo el director de vuelo desde el centro de control, lacónico, serio, antes de cortar la comunicación y soltar un sonoro suspiro de alivio.

El máximo responsable de la misión en tierra era un hombre de cincuenta y cuatro años, concienzudo, práctico e inteligente. Aunque esas no eran sus mejores cualidades. Por lo que realmente estaba al mando de la misión era por su increíble temple a prueba de bombas. Sin titubeos, en las situaciones más críticas, era capaz de afrontar decisiones vitales que a otros les haría esconderse en un rincón. Y siempre de manera acertada, facultad de la que pocos de los que le rodeaban en aquella enorme sala, llena de técnicos y expertos, podrían presumir.

Hasta la fecha había sido así. Efectividad al cien por cien. En un principio al frente del Programa Mercury y los estresantes e imprevisibles primeros vuelos tripulados, y después con el Programa Gemini, destinado a cobrar experiencia antes de aventurarse a colocar al primer hombre en la Luna.

El 12 de abril de 1961 los soviéticos habían adelantado por la derecha a la todopoderosa nación norteamericana, siendo los primeros en enviar a un cosmonauta, Yuri Gagarin, al espacio. Todo en nombre de la revolución. Una sola vuelta a la Tierra en solitario que olía a humillación, y que sentó como una patada en el trasero en la Casa Blanca. De ahí que el entonces presidente, John F. Kennedy, prometiera a sus ciudadanos, y al mundo entero, que los Estados Unidos de América lograrían la hazaña de pisar la Luna antes de diez años.

«… el espacio está ahí y lo vamos a escalar…», había dicho ufano JFK en su famoso discurso pronunciado el 12 de septiembre de 1962 en la Universidad de Rice, comparando el hecho de ir a la Luna con el reto que supone escalar las montañas más altas.

También dijo: *«Elegimos ir a la Luna. Elegimos ir a la Luna en esta década, y también afrontar los otros desafíos, no porque sean fáciles, sino porque son difíciles…».*

Ahí estaba el verdadero motivo de lanzarse a aquella desenfrenada carrera espacial: demostrar que la nación más poderosa del planeta era capaz de lograr cualquier reto. Vamos a la Luna, algo casi imposible, porque podemos. Eso quiso decir.

Y en esas estaban. No JFK, ya que un año más tarde de su compromiso le volaban la cabeza en Dallas, pero sí su predecesor,

Lyndon B. Jhonson, gastando cantidades ingentes de dinero y empleando todo el talento que era capaz de reunir para conseguir un hito sin precedentes en la historia, y restablecer el poder a favor del bloque occidental capitalista liderado por los Estados Unidos, en detrimento del oriental comunista con la Unión Soviética a la cabeza, en una guerra fría y sin cuartel que ambos bandos se afanaban en ganar a toda costa.

Poder militar y tecnológico, y también orgullo patrio. Una batalla más allá de la Tierra, en el espacio, cerca de las estrellas, que ganaría el primero que se manchara las botas con el suave y misterioso polvo de la Luna.

Ese tipo de pensamientos nacionalistas pasaban por la cabeza del comandante cuando no estaba enfrascado en comprobaciones técnicas. Tenía un objetivo que cumplir y lo haría lo mejor que pudiera, con firmeza y sin descanso. Por esa razón, apenas se había permitido echar un par de vistazos por la diminuta ventanilla que estaba a su derecha. El espacio no era lo importante, lo prioritario era que todos los sistemas de la nave funcionaran a la perfección y el programa marcado se cumpliera hasta el último detalle. Una tarea nada sencilla, ya que el objetivo de la misión era doble. Por una parte, se trataba de comprobar que los astronautas podían permanecer en el espacio por un período de dos semanas, más tiempo del que emplearía el posterior viaje de ida y vuelta a la Luna; y en segundo lugar, efectuar el reencuentro y ensamblaje con el *Agena* —una etapa superior del cohete de lanzamiento, no tripulado, posicionado delante de la *Gemini*—, con el que deberían reunirse en órbita y fijarse a través de la nariz de la nave. Una maniobra altamente delicada que pretendía simular el acoplamiento que debería realizar en un futuro el módulo lunar para su regreso a la Tierra.

Practicar y practicar, esa era la finalidad del Programa Gemini. Una labor menos seguida por la opinión pública que la desarrollada por el Programa Mercury, que llevó al primer estadounidense al espacio, e infinitamente menos impactante que la proeza lograda posteriormente por el Programa Apolo, que pondría definitivamente al primer hombre en la Luna. Una tarea casi anónima, en definitiva, y no por ello menos vital. Y así lo creía el comandante, un joven de

veintiocho años nacido en Oregón, que sentía aquellos momentos como los más trascendentales de toda su existencia.

También el piloto, otro joven de veintiséis años nacido en el seno de una familia numerosa en Filadelfia, Pensilvania, vivía esas horas en el espacio con auténtica emoción, y daba gracias a Dios por haber sido elegido entre los mejores para contribuir a una gesta tan colosal. «La conquista del espacio», lo llamaban los medios sin complejos, aunque solo se trataba de asomarse mínimamente a los confines del universo.

—Rutina de motores —dijo de pronto el comandante, al notar luz entrando por la ventanilla.

El piloto accionó palancas aquí y allá, revisó indicadores y después se volvió hacia su superior.

—Motores principales y secundarios operativos al cien por cien.

—¿Nivel de presión de oxígeno en las pilas de combustible?

—4830 kilopascales. Mil por debajo de lo aconsejable —respondió el piloto en tono preocupado.

—¿Estás seguro?

—4810 kilopascales y bajando.

El comandante se agitó en el asiento, nervioso. Y no era para menos. Si bajaba demasiado la presión, las pilas de combustible dejarían de producir agua para beber, así como energía para alimentar los sistemas, lo que haría imposible permanecer muchos días en el espacio y acometer el acoplamiento con la vaina, obligando a la nave a regresar de inmediato a la Tierra. Un auténtico desastre.

Sin perder un instante, el comandante conectó con Cabo Cañaveral e informó del problema al director de vuelo.

—Tranquilo, buscaremos una solución —fue lo que le prometió el impasible hombre al mando, una vez lo puso al tanto del incidente.

Y claro que la encontró.

—Están a la sombra de la Tierra. La temperatura exterior es de unos -180º C —informó con cierto retintín a un comandante y a un piloto que le escuchaban con el aliento contenido—. Hace mucho frío ahí fuera, amigos. ¿Han comprobado si llevan encendidos los calentadores de oxígeno de las pilas?

El comandante, sin decir palabra, se giró como un resorte hacia su piloto. Este tragó una saliva tan espesa como jarabe de arce, y accionó varios interruptores del panel central.

—Lo siento, me despisté —se disculpó el piloto, comprobando con alivio que el sistema de calentadores funcionaba a la perfección.

—No hay problema si el problema se puede solucionar —dijo el comandante, comprensivo—. ¿Mejora la presión?

El piloto se tomó un minuto antes de responder.

—4850 kilopascales y subiendo.

—Genial —exclamó el comandante, feliz porque la misión pudiera seguir su curso.

Después de informar al control de Tierra de que todo estaba solventado, se recostó en el asiento y se permitió cerrar los ojos.

—Voy a tratar de dormir un rato —dijo cruzando las manos sobre el pecho—. Dentro de dos vueltas comenzaremos el acercamiento al *Agena* y quiero estar despejado.

—Perfecto. Yo voy a aprovechar para ir atrás y…

—Aligerar el vientre —completó el comandante, soltando una sonora risotada—. Te has cagado vivo con el asunto de la presión.

—La verdad es que sí —admitió el piloto mientras se levantaba de su asiento, agarrándose a los asideros que había situados en lugares estratégicos de la nave a fin de que pudieran moverse sin que la falta de gravedad los hiciera flotar como globos.

El Programa Mercury había sido diseñado para un único astronauta; sin embargo, el Gemini, mucho más complejo, requería de dos. Por esa razón el módulo de mando incorporaba mejoras en cuanto al control, y era un 50 % más grande que los anteriores. Si por grande se podía considerar tener el espacio interior de una furgoneta pequeña repleta de cachivaches. Un espacio que, además, debían compartir con las nuevas células de combustible, que garantizaban mejoras sustanciales en relación a las baterías utilizadas anteriormente. Todo lo cual se traducía en una casi nula intimidad a la hora de hacer sus necesidades, que debían realizarse detrás de los asientos, de cualquier manera.

Una especie de condón unido a un tubo recogía la orina, y una bolsa con una parte adhesiva se pegaba a las nalgas y servía para

«capturar» las heces, que a continuación debían mezclarse con un bactericida líquido y amasarse bien antes de poder guardarse en un contenedor de aluminio.

Tarea que llevó al piloto más de veinte minutos. Tras los cuales regresó a su asiento, se abrochó el cinturón y, mientras el comandante resoplaba profundamente dormido, dedicó un buen rato a comprobar los sistemas por enésima vez y con extrema atención.

—No más errores —dijo para sí cuando acabó, satisfecho de que todo estuviera en orden.

Solo entonces se tomó un respiro, dejándose acariciar por la luz que entraba en el módulo a través de sus múltiples ventanillas. Una luz cálida, ambarina, que provenía de un Sol hermosísimo que asomaba por el borde de la Tierra, ahuyentando la oscuridad en la parte del planeta que despertaba.

Veinticuatro horas entre el día y la noche que, a bordo de la nave, viajando a más de 28000 km/h mientras describía la órbita terrestre, solo duraba noventa minutos.

En dos vueltas, coincidiendo con el momento en el que estuvieran en el lado iluminado de la Tierra, realizarían las maniobras programadas. Tres horas durante las cuales podría dedicarse a la mera contemplación. Un puro placer del que aún no había podido disfrutar, y que no estaba dispuesto a retrasar ni un minuto más.

Bien arrimado a la ventanilla de su izquierda, por donde tenía una visión parcial del planeta, se regocijó en su abrumadora belleza. Absorto, vio pasar ante sus ojos la región ecuatorial de África, cubierta de tonos verdes por la vegetación y surcada por venas que correspondían a sus grandes ríos, como el Níger, el Congo o el Senegal. Incluso creyó identificar el lago Victoria en la zona más oriental, una mancha redondeada de un color azul intenso. A continuación apareció el imponente desierto del Sahara con su color rojizo anaranjado, donde distinguió una tormenta de arena y polvo que se asemejaba a un enorme gusano de algodón caminando de costado. Y luego el mar Mediterráneo, el Estrecho de Gibraltar, España, Europa… Mares, países, continentes… Una mera concepción de la realidad de la que pronto se libró. Desde el

espacio, nada de eso se veía. La Tierra era un todo sin nombres que definieran cada una de sus partes, ni fronteras que la dividieran. Tan solo un lugar común y precioso rodeado por una atmósfera que le aportaba su característico y único color azul.

Eso fue lo que más preocupó al piloto, la extrema delgadez de aquella capa gaseosa que nos proporcionaba oxígeno y nos protegía de los terribles peligros que acechan en el espacio, como las temperaturas extremas, los rayos ultravioleta, los meteoros… Sobrecogido, de pronto fue consciente de la fragilidad de la Tierra; de lo bella y delicada que era, y de cuánto deberíamos cuidarla.

En esa actitud se encontraba, sensible y comprometido con el futuro, cuando, al volver la vista en busca del *Ageda* —la vaina vacía a la que debían acoplarse— creyó ver, a contraluz del Sol, un objeto que flotaba en el espacio.

Fue un instante. Luego, el imponente disco ígneo lo cegó por completo.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes.

Con premura, se colocó unas gafas solares protectoras y buscó de nuevo el objeto a través de los vidrios casi opacos. Se afanó en hacerlo mirando por la ventanilla de su izquierda, y después por la que tenía sobre su cabeza, ya que la nave, mientras se desplazaba por la órbita, giraba sobre sí misma a una velocidad de una vuelta completa cada dos minutos, una maniobra que aportaba una mínima gravedad y que era denominada coloquialmente como «modo barbacoa».

Esperó ansioso observando con atención, con la cabeza levantada, hasta que apareció de nuevo. Allí estaba, incongruente, suspendido en el vacío cósmico, describiendo una órbita alrededor de la Tierra a una distancia que le fue imposible calcular. Y no era el *Ageda*, que también pudo ver situado a su derecha y mucho más cerca.

«¿Basura espacial?», se preguntó.

Aunque la carrera espacial no llevaba muchos años, la órbita terrestre ya acumulaba una buena cantidad de desechos. Algunos tan pequeños como una escama de pintura, y otros tan grandes como un coche. Estos últimos eran partes de etapas de cohetes propulsores que no habían caído a la Tierra, o satélites inactivos.

No obstante, cruzarse con esos desechos durante una misión era algo altamente improbable, ya que los ingenieros siempre realizaban cálculos precisos para que las naves orbitaran por una zona limpia, puesto que chocar con uno de esos fragmentos espaciales, que viajaban a más de 28000 km/h, por muy diminutos que estos fueran, podría resultar fatal para la integridad del módulo y, por tanto, de sus vidas.

Además, aunque no tenía una visión nítida del objeto, este no se asemejaba a un pedazo de cohete propulsor en absoluto, y mucho menos a un satélite. Su forma era… demasiado perfecta.

Confundido y fascinado a la vez, trianguló la posición del objeto respecto al centro de masa de la nave y la órbita terrestre; a continuación, dejó pasar el tiempo. Si sus cálculos eran correctos, la próxima vez que el Sol se elevara por el horizonte de la Tierra dispondría de unos minutos para ver el objeto a la perfección antes de que el intenso contraluz lo deslumbrara.

Un nuevo amanecer. Algo que sucedería dentro de dos horas y treinta un minutos exactamente. Una larga espera que realizaría en solitario, ya que por nada del mundo despertaría al comandante hasta estar medianamente seguro de que aquella «cosa» que flotaba en el espacio podría representar una amenaza para la misión.

Y lo cumplió.

Mientras su superior dormía como un bebé, con los brazos moviéndose ingrávidos igual que si tocara un piano invisible, el joven piloto contaba los minutos al tiempo que la Tierra se adentraba de nuevo en la oscuridad de la noche. Oscuridad que fue absoluta al sobrevolar el Polo Norte, y que luego fue sustituida por los infinitos y agrupados puntos luminosos que representaban los núcleos de población salpicados por toda la costa oeste de Canadá y Estados Unidos.

Oscuridad, luces e impaciencia hasta que, de nuevo, atisbó en el perfil curvo de la Tierra otro amanecer. Era el momento. Pronto la luz sería ideal para ver con claridad. Se preparó. Cogió la cámara de fotos, una *Hasselblad 500 C* levemente modificada para su uso en el espacio, y aguardó hasta tener la mejor visión posible del objeto.

Y allí estaba por fin, con sus perfiles puros.

Miró por el visor, encuadró y apretó el disparador. Una, dos,

tres… Hasta diez fotos tomó del artefacto, en cuya superficie se reflejaba la naciente luz del sol. Pero no estaba satisfecho. Se encontraba demasiado lejos para poder captar bien los detalles, y el objetivo de la cámara de medio formato, un *Zeiss Biogon 5.6/60,* solo acercaba mínimamente la imagen.

Armándose de valor, despertó a su comandante golpeándole repetidas veces en el hombro.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa? —exclamó este, saliendo de un profundo sueño.

—Hay algo flotando en el espacio que deberías ver —dijo el piloto con urgencia—. Ahí.

Confuso, aún atontado, el comandante miró por la ventanilla frontal en la dirección que le señalaba con el dedo.

—¿Lo ves? —lo instigó el piloto, impaciente.

—Un momento… Sí. Creo que sí. ¿Qué es?

—Ni idea. Es raro de cojones. Le he hecho fotos, pero tendríamos que acercarnos más para verlo con claridad.

—¿Por qué dices que es raro? —preguntó el comandante, quitándole la cámara de las manos para observar a través del objetivo.

—No es basura espacial. Eso está descartado. Y tampoco se trata de ningún meteoroide.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque, como bien sabrás —replicó el piloto—, los meteoroides son restos pequeños de asteroides o cometas compuestos de roca y metal que son atraídos por la gravedad de la Tierra, y siempre son irregulares. Este objeto es distinto. ¿No lo ves? Está formado por líneas rectas. Yo juraría que se trata de un prisma rectangular. Aunque a esta distancia…

—¡Joder! —exclamó el comandante cuando la luz solar fue perfilando cada una de sus aristas—. Tienes razón, debemos acercarnos más.

—¿Variar la órbita?

—Mínimamente. Pediré autorización al centro de control.

—¿Qué motivos darás? Si después resulta que es cualquier cosa sin importancia, vamos a quedar como unos tontos. Sobre todo yo. Ya la cagué con los calentadores de oxígeno, y no querría pasar a la

historia por ver fantasmas en el espacio como le pasó al bueno de Glen.

El piloto se refería a John Glen, que tres años antes, en 1962, se había convertido en el segundo hombre en ser lanzado al espacio. Lo hizo en la *Mercury Friendship 7*, con la que orbitó la Tierra tres veces. Durante su viaje creyó ver algo flotando que describió al centro de control diciendo: *«Estoy en medio de una gran aglomeración de partículas pequeñas, están brillantemente iluminadas, como si fueran luminiscentes. Nunca he visto nada igual. Ellas me rodean un poco, se aproximan a la cápsula y parecen pequeñas estrellas. Toda una lluvia de ellas se me viene encima».*

Al final se determinó que aquellas diminutas esferas no eran orbes extraterrestres acechando la nave, ni angelicales entes acompañando al astronauta en su travesía espacial, sino algo tan prosaico y vulgar como orina. La orina del bueno de Glenn, que había expulsado al espacio y se había congelado formando perfectas esferas resplandecientes.

—Me arriesgaré. Merece la pena —decidió el comandante.

El piloto meditó unos segundos.

—Estoy de acuerdo —dijo finalmente, con la extraña certeza de que estaban a punto de descubrir algo realmente sorprendente. Quizá, por qué no, el hallazgo más trascendental de la historia de la humanidad.

PRIMERA PARTE

1
LA BRUMA

Año 2022.
Fragata USS Indiana.
En un lugar del Pacífico,
cerca de las costas de Panamá.

Apoyado en la barandilla de la cubierta de proa, un hombre solitario mantenía un cigarro sin encender en la mano, mirando con fijeza la superficie de un agua que se erizaba debido a un leve viento mientras reflejaba el sol que asomaba por el horizonte.

Se trataba de James Neroski, un alto mando de la DHS, el Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Neroski, al que todos llamaban Nero, era hijo de un maestro de escuela ruso que abandonó la Unión Soviética en 1950, huyendo de las purgas de Stalin, para establecerse en un pueblecito de Iowa donde se desriñonó en todo tipo de trabajos hasta ahorrar lo suficiente y abrir una pequeña ferretería. Fue entonces cuando se sintió seguro, y pidió salir a una jovencita rubia, de ojos azules y mejillas sonrosadas, de la que se había enamorado nada más llegar al pueblo. Para su sorpresa, ella, hija de un pastor protestante, le dijo que sí, y un año más tarde se casaban. A su primer hijo, él quería ponerle de nombre Iván y deseaba que de mayor continuara con el negocio familiar, pero ella insistió en que se llamara James, como James Stewart, su actor favorito, y que estudiara en la universidad.

Y ganó las dos batallas.

James Nerosky, que había heredado el tesón y la capacidad de trabajo de su padre, y la inteligencia y la astucia de su madre, una vez acabó los estudios de ingeniero en comunicaciones con inmejorables notas, decidió opositar a la administración del estado,

consiguiendo entrar, con el número uno de su promoción, en el DHS. Comenzó así una carrera meteórica que lo llevó a pasar por varios departamentos: seguridad fronteriza, lucha antiterrorista, seguridad cibernética… Siempre con excelentes resultados. Al final llamó la atención de sus superiores y fue destinado al departamento de Gestión y Prevención de Desastres, donde brilló hasta convertirse, años más tarde, en el máximo responsable. Y allí continuaba como mandamás, recién cumplidos los sesenta, anticipándose a los problemas antes de que se manifestaran, o resolviéndolos cuando ya no quedaba más remedio.

Bueno… Resolviéndolos si se podía, o creando una cortina de humo para ocultar aquellos que se complicaban en exceso. Como era el caso que lo traía de cabeza desde hacía mucho tiempo.

Por fin encendió el cigarrillo y se lo llevó a los labios, dando una calada profunda y desesperada. El estrés. Los nervios. La nicotina le apaciguaba ambos, o eso al menos deseaba creer para justificar un vicio del que no era capaz de librarse.

A punto de terminar el cigarro, cuando ya la brasa alcanzaba el filtro, oyó pasos a su espalda. Instintivo, miró su reloj, lanzó la colilla al mar y cruzó las manos sobre la barandilla.

—Señor, es la hora. Le esperan.

Nero levantó la vista del mar y la dirigió hacia la isla que tenía enfrente, a menos de media milla. La observó un instante, concentrado, casi desafiante, con los ojos entornados y el ceño fruncido, y después se giró hacia el marine que lo aguardaba.

—Vamos —dijo seco, echando a andar en dirección a las escaleras que conducían a la cubierta superior.

Nero era un hombre maduro que conservaba el vigor y el físico de un jovencito. Medía un metro ochenta y ocho centímetros, y no le sobraba ni un gramo de grasa. También su cabello, aunque blanco en buena parte, cubría por completo su cabeza. Su vista, sin embargo, tras años y años mirando pantallas de ordenador y leyendo miles de informes —no siempre con la luz más adecuada— se había resentido, y necesitaba bifocales para manejarse con seguridad en un trabajo tan exigente y delicado como el suyo. Alto y de buen porte, el conjunto se completaba con un rostro de facciones duras que contrastaba con una mirada sosegada de ojos

azules y cejas estrechas. Una mirada que transmitía confianza y buen juicio, y que a menudo lograba derribar las barreras que levantaban sus contrincantes.

A menudo, pero no siempre.

Su antagonista en el asunto del que se encargaba desde hacía meses, el coronel Shepard, era un hueso duro de roer que no se dejaba seducir fácilmente. Elegido por el jefe del Estado Mayor del Ejército de entre sus colaboradores más cercanos, debía coordinar con Nero todas las acciones, supervisar su trabajo e informar puntualmente a su superior de cualquier novedad. La misión, por tanto, estaba en manos de civiles y militares al cincuenta por ciento, y ninguna actuación podía llevarse a cabo sin la aprobación expresa de ambos. Una condición impuesta personalmente por el presidente de los Estados Unidos que pretendía combinar la moderación y la prudencia que ofrecía la ciencia, con la anticipación y la contundencia —en caso de que fuera necesaria— del ejército. Lo mejor de los dos mundos, en definitiva, que hasta la fecha no había dado resultado alguno.

Al entrar en el puente de mando, Nero vio al capitán de la fragata y a su segundo observando monitores y trajinando en los controles del barco, aparentemente ajenos a lo que allí sucedía.

A la izquierda, pegado al ventanal que daba a proa, estaba el coronel Shepard, vestido con su impecable uniforme azul del ejército del aire y su gorra de plato con adornos dorados. Rondaba los setenta años, no era alto ni corpulento, pero algo en él infundía un respeto físico. Quizá fuera su rostro huesudo, de ojos oscuros, hundidos y enigmáticos, o su manera de moverse, con tanta seguridad y energía. O tal vez, simple y llanamente, el poso que había dejado en él participar en tantas misiones a bordo de su avión de combate durante La guerra civil libanesa, La invasión de Granada, La operación El Dorado Canyon, La invasión de Panamá o La guerra del Golfo; experiencias que, sin duda, lo habían revestido de ese aura siniestra e intimidatoria que tienen aquellos que han estado cerca de la muerte y la han causado.

A su derecha, sentada frente a una mesa revisando unos papeles, se encontraba una mujer de piel morena y aspecto corriente. Ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea. Aparentaba unos cuarenta y cinco

años, aunque tenía diez más. Su rostro era agradable, y el pelo, negrísimo, lo llevaba recogido en un moño. Vestía informal, con pantalones vaqueros, zapatillas deportivas blancas y camisa verde de manga corta. Su nombre era Valentina Bravo, nacida en Puerto Rico y criada por sus padres, profesores de universidad ambos, en Estados Unidos, donde acabó el instituto con notas extraordinarias, lo que le facilitó ingresar después en El Instituto de Tecnología de Massachusetts gracias a una beca. Allí, en el MIT, se decantó por la física clásica. Más tarde, y debido a que su cociente intelectual se lo permitía, hizo doblete estudiando física de partículas y su fenomenología más allá del modelo estándar. Campos incomprensibles para la mayoría de los mortales, pero en los que ella se movía como pez en el agua. Cuando terminó sus estudios le ofrecieron un puesto de becaria para trabajar en el Centro de Física Teórica de la universidad; concretamente, en el Departamento de Física Nuclear. Y lo aceptó, por supuesto, y en solo un año, tras demostrar su enorme potencial, fue nombrada profesora titular. De aquello hacía casi treinta años. Desde entonces, la doctora Bravo se había convertido en una de las mayores expertas en mecánica cuántica del mundo.

—Doctora. Coronel —saludó Nero mientras acababa de entrar en el puente de mando—. ¿Por fin está todo preparado?

La doctora Bravo levantó la vista del documento que estaba leyendo y asintió con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Estamos listos —verbalizó el coronel Shepard, sin girarse ni despegar la mirada del cristal.

Nero se acercó a él y, por unos segundos, compartieron el mismo paisaje. Una pequeña isla en cuyo centro, entre la densa vegetación, se alzaba una cúpula lechosa y titilante que hacía que todo lo que estuviera en su interior se viera altamente desenfocado; un espacio extraño y único en el planeta que la doctora Bravo llamaba «La Zona Crítica», pero que Nero y el coronel habían bautizado como «La Bruma».

—¿Confía en que esta vez tendremos éxito? —le preguntó el coronel cuando sintió a Nero pegado a su hombro.

—Tiene que ser. Contamos con uno de los cerebros más brillantes del mundo —respondió Nero mirando de reojo a la

doctora, que parecía ajena a la conversación.

—Una experta en… teorías —puntualizó el coronel, despectivo.

—Es lo que hay.

—Ya, pero los que tienen que bajar a la arena para comprobar sus hipótesis son mis hombres.

—No son sus hombres.

—Son soldados —recalcó el coronel, ceñudo—. Y también personas con una vida fuera del ejército.

—Por eso sus selecciones siempre han intentado minimizar los daños colaterales, y se lo agradezco.

—Que no tengan familia que los espere, no hace que sea menos doloroso.

—En eso estoy de acuerdo.

—Será la última incursión. Si falla, acometeremos el plan B.

—Eso ya lo veremos —objetó Nero, rotundo.

—No le quepa duda de que lo veremos —replicó el coronel, desafiante.

Los dos hombres se quedaron mirando a un palmo el uno del otro.

El aire se enrareció en torno a ambos contendientes, y el silencio inundó el puente de mando. Un silencio incómodo provocado por dos rivales formidables que se medían sin decidirse a atacar.

—Si han terminado con lo suyo —escucharon decir a la doctora Bravo—, propongo que repasemos el protocolo de actuación.

Como si de pronto los dos se dieran cuenta de que no estaban solos, se giraron hacia ella con cara de pasmo.

—Estamos aquí para algo, ¿no creen? —añadió la doctora, agitando unos papeles en el aire.

—Por supuesto —respondió Nero, dirigiéndose hacia ella.

El coronel lo siguió y ambos se colocaron a su lado, con la vista puesta en la enorme pantalla de ordenador que había sobre su mesa.

—¿Qué demonios vamos a probar esta vez? —preguntó el coronel Shepard.

—Ya lo sabe, le pasé el informe detallado hace una semana —contestó Nero.

—¿Llama informe detallado a ese montón de hojas repletas de

galimatías incomprensibles?

—Es ciencia —intervino la doctora, levemente dolida.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—Nos movemos por terreno desconocido. Jamás nos habíamos enfrentado a nada igual. Estoy utilizando todos los conocimientos de que dispone la humanidad en estos momentos, y su tecnología más puntera. No puedo hacer más —se justificó la doctora Bravo, cruzando los brazos sobre el pecho y echándose hacia atrás en la silla.

—Y se lo agradecemos —intervino Nero, conciliador.

—No lo parece —apostilló ella.

—Nos jugamos mucho. Vidas.

—¿Cree que no lo sé? No he dejado de pensar en ello ni un solo minuto durante los meses que llevo preparando este experimento.

—Experimento —repitió el coronel con desdén—. No quiero un maldito experimento. Quiero resultados. Acabar con esa «cosa» de una puta vez.

—¿Y piensa que nosotros no? Pero para hacerlo, antes debemos conocer su naturaleza. Comprenderla. Y ahí es donde interviene ella —recordó Nero.

—Exacto —confirmó la doctora, descruzando los brazos para ponerse a teclear en el ordenador—. Y ahora, dejémonos de disputas estériles y pongámonos a trabajar. Miren, el equipo ya está llegando a la isla. Llevan en sus cascos cámaras gran angular *GoPro* que transmiten en alta definición, por lo tanto tendremos una visión completa y detallada de todos sus movimientos.

Con gesto malhumorado, el coronel se inclinó ligeramente sobre la pantalla para ver mejor. Nero no se movió, ya que sus bifocales cumplían con su cometido a la perfección.

La pantalla estaba dividida en cuatro partes, y en cada una de ellas se veía una imagen subjetiva, ligeramente diferente, de soldados en el interior de una lancha neumática que se aproximaba a toda velocidad hacia una playa mientras levantaba salpicones de agua.

—Los soldados están monitorizados mediante sensores —intervino Nero, señalando una serie de gráficos y datos numéricos que aparecían en la parte inferior derecha de cada imagen—.

Estaremos al tanto de sus constantes vitales en tiempo real.

—Correcto. Aunque, y sin pretender ser insensible, les recuerdo que esos no son los datos que más nos interesa obtener —terció la doctora.

—Ya. Debemos conocer su naturaleza —completó el coronel sin rastro de sarcasmo en su tono, resignado a asumir que tal vez tuviera razón esa cerebrito, y a aquella «cosa» no podrían vencerla con armas convencionales sino con números y fórmulas.

¿O tal vez sí?

—En el informe —comenzó a decir el coronel, arrinconando sus pensamientos— leí algo sobre una esfera, hecha no sé de qué, que se enviaría como baliza. ¿Es correcto?

—Sí —respondió Nero, muy atento a las pantallas.

—¿Qué más?

—Estaba todo detallado en el…

—No me hable de nuevo del puñetero informe y explíqueme, de una manera que yo entienda, qué vamos a intentar esta vez.

Nero buscó auxilio en la doctora Bravo sin resultado. Ella estaba concentrada, introduciendo parámetros en el ordenador, y lo último que deseaba en ese momento tan delicado era perder el tiempo ilustrando a legos maleducados. Por esa razón, no hizo amago siquiera de parar, y debió ser él quien resumiera, lo más simple que pudo, lo que iban a probar. Cuando acabó, en la cabeza del coronel únicamente había una pregunta.

—¿Entonces los soldados, esta vez, no tendrán que atravesar La Bruma?

—En efecto. Se mantendrán a una distancia prudencial. Aunque, ya le aviso que el ensayo no está totalmente exento de riesgo.

—Explíquese —lo instó el coronel, frunciendo el ceño.

—Ahora no es el momento —los interrumpió la doctora Bravo, rotunda—. El equipo ya se ha adentrado en la selva y se acercan al objetivo. Si no quieren perderse nada, les aconsejo que se pongan los auriculares y estén atentos. Ya saben lo tremendamente rápido que suceden los eventos cuando actuamos en La Zona Crítica.

El coronel Shepard resopló, se puso los auriculares, que incluían un micrófono, y dirigió la mirada hacia la pantalla del ordenador.

Lo mismo hizo Nero mientras pasaba la vista de una cámara a

otra, igual que si siguiera varios partidos de tenis a la vez.

Entretanto, los cuatro soldados caminaban a buen ritmo entre una vegetación espesa. Dos de ellos iban delante, abriendo paso a machetazos, mientras que los otros dos los seguían cargando con baúles militares de PVC del tamaño de maletas grandes.

—Sargento, le habla la doctora Bravo. ¿Aprecia algo reseñable? —preguntó dirigiéndose al hombre al mando de la operación en tierra—. ¿Cambios en el suelo, la vegetación, la calidad del aire…?

Un molesto ruido de estática y después pudieron escuchar, a través de los auriculares, la respuesta del sargento, un veterano de cuarenta y cinco años y nervios de acero.

—De momento, nada extraño. Proseguimos acercándonos al punto señalado.

—Perfecto. Usted y el resto del equipo deben informar de cualquier anomalía que detecten, por muy pequeña que sea. ¿Me han oído todos?

Un «sí» repetido se escuchó como si tuviera eco. Un «sí» alto y claro, profesional, pronunciado por gente curtida, acostumbrada a vérselas en situaciones complicadas. Cosa que no tranquilizó en absoluto al coronel, que seguía las imágenes que recogían las cámaras *GoPro* con la misma intensidad que si estuviera allí, acercándose a ese puto muro de indescifrable peligro.

Durante más de veinte minutos, el grupo formado por tres hombres y una mujer, la cabo Miller, una joven menuda, de aspecto aniñado pero con la fuerza y la determinación de una tigresa, avanzó entre el follaje sin detenerse ni un segundo.

De pronto, al despejar a machetazos una zona altamente frondosa, el equipo salió a un claro de hierba baja de unos cien metros de ancho por cincuenta de fondo. Más allá de él todo estaba desenfocado. Imposible distinguir nada de lo que había al otro lado, ni siquiera colores. Lo que veían era una pantalla curva, o telón, de tonalidad lechosa y aspecto inconsistente como el humo, y cuya superficie vibraba a una velocidad increíble.

Sin embargo no producía sonido alguno, lo que resultaba aún más inquietante.

—Estamos en posición —escucharon decir al sargento en sus auriculares—. Si no hay indicaciones nuevas, procedemos a realizar

la operación.

—Nada nuevo —respondió la doctora Bravo—. Procedan. Pero háganlo con sumo cuidado.

—No se preocupe, sabemos lo que nos jugamos —replicó el sargento, que no terminaba de acostumbrarse a que la persona que les diera las órdenes finales fuese una civil a la que solo habían visto una vez antes de embarcar en la fragata.

—Claro, claro. De eso estoy segura —se apresuró a puntualizar la doctora, tranquilizadora.

—Bien. Entonces, al lío —concluyó el sargento, guardando el machete en la funda que colgaba de su cinturón.

A continuación, se dirigió a su equipo para que se pusieran manos a la obra. Y eso hicieron, diligentes, con la misma premura y eficacia que guardarían si aquel claro estuviera en mitad de una zona de combate rodeada por enemigos fuertemente armados. Actuar con rapidez y precisión, y salir cagando leches de allí. Realizar la misión con éxito y volver a casa de una pieza, esa era la combinación perfecta que no siempre se cumplía.

—¡Vamos, vamos, vamos, que es para hoy! —los espoleó el sargento.

—Este jodido lugar me da escalofríos —dijo la cabo mientras se abrazaba a sí misma en un gesto involuntario.

—A quién no —rubricó el sargento.

En un abrir y cerrar de ojos dispusieron los baúles tácticos sobre la hierba, sacaron el material de alta tecnología que había en su interior y lo montaron. Se trataba de un dron de grandes dimensiones con ocho hélices, y una pequeña mesa donde colocaron la pantalla de seguimiento y el mando de control. Luego, de una maleta pequeña como una caja de zapatos, extrajeron con precaución una esfera de color gris oscuro del tamaño de una naranja de la que salía un cable de tres milímetros de grosor y un metro de largo rematado en un conector de seguridad. El piloto del dron, un soldado alto y delgado, de rostro serio, se dirigió hacia la mesa, encendió el aparato volador y los motores eléctricos comenzaron a girar. En vertical y lentamente, el dron se elevó a un metro y medio de altura. En ese momento, el sargento conectó la sonda/cable a un cabestrante situado en la parte inferior, y dejó

caer la bola con extremada delicadeza hasta que esta quedó suspendida en el aire.

—Todo listo —anunció entonces el piloto, sin quitar ojo a la pequeña pantalla de seguimiento.

—Todo listo —repitió el sargento, levantando el pulgar para que se viera claramente en la imagen que captaba la cámara situada en su casco.

Asaltada por una repentina emoción, la doctora Bravo tecleó en su ordenador. De inmediato, las cuatro imágenes de la pantalla fueron sustituidas por una sola: una recreación tridimensional en la que se veía una esfera *alámbrica* de color gris con un punto rojo en el interior; y, a la derecha, una columna larguísima de parámetros con valor cero.

—Si todo va como espero —dijo frotándose las manos sin dirigirse en concreto a ninguno de los dos hombres que la acompañaban—, obtendremos una información valiosísima de la anomalía.

—Crucemos los dedos —verbalizó Nero, no demasiado convencido.

—¿Ahora se encomienda a la suerte? —rebudió el coronel.

—Nunca está de más —respondió este, antes de que se escuchara la voz del sargento.

—Activada cámara del dron y listo para el ascenso. Esperando OK.

La doctora pulsó un par de teclas y la pantalla se dividió en dos. En una de ellas seguía la recreación 3D de la esfera, en la otra tenían una visión real de esta colgando del cable, y el suelo alfombrado de hierba debajo.

—Tienen el OK —indicó finalmente, tensa como una cuerda de guitarra—. A partir de ahora no toquen la esfera por nada del mundo.

—Descuide.

El dron se fue elevando, tomando altura sobre el claro y dejando diminutos a los cuatro soldados. La cámara angular enseguida mostró una imagen más amplia de la isla, perfilando La Zona Crítica en toda su magnitud.

Pronto la anomalía se pudo ver por completo. Tenía forma de

semiesfera, inmensa, blanquecina, titilante y extrañamente cautivadora.

El dron continuó elevándose y elevándose hasta situarse encima de ella, justo en el centro de la cúpula.

—Estamos a cincuenta metros sobre la vertical —informó el piloto, con ambas manos en el *joystick* y la mirada fija en la pantalla de control.

—¿Lo han oído? —insistió el sargento.

—Bajen a veinticinco —ordenó la doctora—. Y mantengan la posición hasta que les avise.

—Recibido. Bajamos a veinticinco metros —repitió el sargento, haciendo un gesto con la mano al piloto del dron.

La doctora Bravo tecleó un par de comandos en su ordenador y, luego, se permitió levantar la cabeza un instante para mirar a sus acompañantes.

—Con esa altura de caída será más que suficiente para simular los microsegundos de ingravidez que preciso, y no provocar una perturbación excesiva en el muro de partículas.

—Lo que usted diga —musitó el coronel.

—Si el experimento funciona, como todos los cálculos indican, dispondremos de una información que nos servirá para futuras acciones.

—Si al final no consigue atravesar esa mierda, va a quedar como el culo.

—Lo hará, seguro. La atravesará —respondió la doctora, con un gesto de duda que contradecía sus palabras.

—Ya puede funcionar con la millonada que ha costado su juguetito —se quejó Nero.

—¡Ya lo creo! Tanto como un avión de combate —apostilló el coronel.

—No piensen en el dinero —dijo la doctora, feliz como una niña —. Cuando ya creíamos que no existía nada por descubrir en la Tierra, nos encontramos con esto. Una nueva frontera que aún no sabemos a dónde nos llevará. Mírenlo por ese lado. Estamos siendo exploradores. Descubridores. En lo que ustedes ven una amenaza, yo veo un montón de nuevas oportunidades para el planeta y el futuro de la humanidad.

Shepard y Nero compartieron un cruce rápido de miradas. Miradas que decían lo mismo: «calla y terminemos con esto de una vez».

El coronel iba a increparla cuando, a través de los auriculares, la voz del sargento llegó en su rescate.

—Dron estable a un kilómetro del suelo y a veinticinco metros sobre la vertical de la cúpula.

—Perfecto. Esperen. Comprobaré conexiones y flujo de datos —dijo la doctora regresando a su teclado, donde permaneció una eternidad.

Nero, impaciente, intervino.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado.

—Oh, sí —respondió la doctora—. Todo en orden. Ahora me gustaría repasar el protocolo con el piloto del dron.

—¿De verdad lo cree necesario? —preguntó el coronel, hastiado hasta el límite—. Es un excelente profesional con miles de horas de vuelo. Ya le explicó un millón de veces lo que debía hacer cuando se reunió con él.

—Pues se lo explicaré una vez más —replicó la doctora, indiferente.

Y lo hizo.

Cuando terminó, tragó saliva y comenzó la cuenta atrás.

—Tres… Dos… Uno… ¡Ya!

En el mismo momento en el que la doctora daba el pistoletazo de salida, el piloto apretó un botón en el *joystick* y el pequeño cabestrante se destrabó, soltando cable con la bola unida a él.

Con la aceleración que tiene cualquier cuerpo al caer, $9{,}81\ m/s^2$, la esfera tardó exactamente 2,257 segundos en recorrer los veinticinco metros. Apenas un pestañeo que mantuvo a todos en vilo, con la respiración contenida y el corazón bombeando a máxima velocidad; hasta que se produjo un tirón justo antes de llegar a tocar La Bruma. Después, la bola desapareció en su interior. Pero nadie lo vio. Ni siquiera el piloto del dron, que había desconectado la consola nada más desenganchar el cabestrante.

—¿Qué cojones ha sucedido? ¿Por qué se ha apagado la pantalla? —gruñó el coronel, mirando alternativamente a Nero y a la doctora.

—No se preocupe. Todo se ha grabado, y el ordenador ha recogido los datos. Eso sí, con un retardo infinitesimal, aunque suficiente para minimizar al máximo la observación —respondió ella con absoluta naturalidad.

—¿La observación?

—Sí, estropearía la superposición cuántica.

—¿De qué habla ahora?

—Coronel —continuó la doctora en tono condescendiente—, la mayor parte de mi trabajo ha consistido en camuflar un objeto macroscópico para introducirlo en un mundo microscópico, donde las leyes de la física son muy diferentes a las que conocemos.

—Ah, ya… Leí algo de eso en los informes que lleva enviándome desde hace meses —admitió el coronel, displicente—. No me interesa. Solo quiero saber si tenemos algo.

—Exacto. Eso es lo verdaderamente importante —lo apoyó Nero.

—Enseguida lo sabremos. Me muero de ganas yo también, se lo aseguro —confesó la doctora, encendiendo de nuevo el ordenador.

La pantalla demoró unos segundos en mostrar la doble imagen. A la izquierda la proporcionada por el dron, donde se veía un cable cortado que se balanceaba sobre la vibrante cúpula lechosa; a la derecha, líneas y líneas de datos que circulaban en un carrusel interminable.

—¡Genial! ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —exclamó la doctora, exultante, apretando los puños en un gesto incontenible de inmodestia.

—¿Dónde está la esfera? —se sorprendió el coronel.

—Desaparecida dentro de La Zona Crítica. Lo esperado.

—Pero, ¿tenemos resultados? —preguntó Nero, intentando concretar.

—La sonda consiguió entrar y, durante la diezmillonésima parte de un segundo, logró transmitir —respondió la doctora con los ojos desorbitados por el entusiasmo.

—Entonces, ¿ha funcionado?

—Será necesario analizar los datos obtenidos, pero yo apostaría mi próximo Premio Nobel de Física a que sí.

—¿De qué hablan? —preguntó el coronel, sintiéndose desplazado.

—De pasar a la siguiente fase —respondió Nero—. De construir un recipiente capaz de enviar a alguien allí dentro, sano y salvo.

—No tan deprisa —saltó la doctora—. ¿Usted sabe lo que ha hecho falta para fabricar esa pequeña esfera?

—Dinero. Mucho dinero.

—Exacto. Dinero, talento y altísima tecnología. Además de, no lo olvide, unas partículas muy especiales que no se consiguen en el supermercado —replicó la doctora, irónica.

—Le proporcionaremos lo que necesite —sentenció Nero.

—En construir algo tan grande se tardará tiempo. Tres años. Quizá cinco.

—Tiene un año.

—Imposible.

—En ese caso, no me quedará más remedio que buscar a alguien que lo haga por usted.

—Espere. La idea fue mía. Es mi creación.

—No lo niego, pero su trabajo es nuestro.

La doctora, cuya exaltación se había desinflando, meditó unos segundos con la vista clavada en la pantalla, donde los datos no dejaban de aparecer.

—Está bien. Un año —se plegó finalmente—. Aunque, le advierto, que necesitaremos poner a trabajar a todos los aceleradores de partículas que tenemos, y pedir que nos eche una mano el CERN.

—¿El qué? —saltó el coronel Shepard.

—El Centro Europeo para la Investigación Nuclear. O, si lo prefiere, el Laboratorio Europeo de Física de Partículas Elementales —le aclaró la doctora con cierto hastío—. Allí disponen del acelerador de partículas más grande del mundo. Lo que nos vendrá de perlas.

—¿Meter a los europeos en este asunto? Ni lo sueñe.

—Ya está hablado con el presidente —musitó Nero, casi avergonzado.

—Vaya, veo que es usted un listillo.

—Simplemente me adelanté en previsión de que el experimento tuviera éxito, como parece que así ha sido.

—Llevamos manteniendo esto en secreto desde hace casi sesenta

años, y ahora ustedes quieren…

—Les contaremos lo justo —le cortó Nero—. De eso me encargaré yo.

—Espero. Como de conseguir al nuevo equipo. Ya sabe lo que le dije, que esta era la última vez que dispondría de mis hombres —sentenció el coronel Shepard.

—No se preocupe, llegado el momento, de eso también me ocuparé personalmente —aseguró Nero, esbozando una sonrisa de triunfo.

2
NORRIS

Catorce meses más tarde.
Centro penitenciario Canaan.
Pennsylvania, Estados Unidos.

A las cinco y media de la mañana sonó el despertador en la celda del preso 537. Un despertador de plástico barato que atrasaba tres minutos cada veinticuatro horas. De mala gana, el interno se giró sobre la colchoneta de cinco centímetros que lo separaba del duro camastro de acero y se levantó. Orinó, se lavó la cara y se dispuso a hacer sus ejercicios matutinos. Un poco de estiramientos, flexiones, abdominales… Cuando terminó se preparó un tazón de avena instantánea con agua templada, copos de salvado y manteca de cacahuete, y lo tomó mientras miraba la oscuridad a través de la diminuta ventana enrejada de su celda. Después del tentempié cogió de la estantería una revista de caza y pesca, se tumbó de nuevo en la estrecha cama de sesenta centímetros y esperó leyendo a que abrieran las puertas de las celdas.

A las seis y media abandonó su cuchitril de tres por dos metros y siguió al reguero de reclusos camino del cochambroso comedor. Allí tomó café y comió una rebanada de pan con margarina, gelatina de fresa y una manzana.

Al acabar, regresó a su celda y volvió a ojear la revista hasta la hora de la salida.

De ocho a diez de la mañana vio amanecer en el patio, rodeado por decenas de reclusos. Unos daban vueltas como zombis entre aquellos cuatro muros; otros, sentados en grupos o de pie, charlaban. Pocos permanecían solos, como él.

Después del patio volvería a la celda hasta la hora de comer. El

menú variaba entre un plato de frijoles, salchichas, pastel de carne, pollo o atún…, siempre acompañado por ensalada, patatas fritas, puré de verduras, pan, fruta fresca y, para beber, agua. Una carta sin sorpresas que se repetía cada semana.

La tarde la pasaría combinando el taller de carpintería con el gimnasio, cortando tableros para fabricar muebles que nadie usaba y levantando pesas oxidadas con objeto de mantener un buen tono muscular. Al acabar, sobre las seis de la tarde, regresaría a su celda a esperar la hora de la ducha. Una ducha común para todos los reclusos, donde el olor era insoportable y las disputas por situarse debajo de una alcachofa de la que saliera un chorro de agua decente eran habituales.

A las siete regresaría a su celda para el recuento; luego cenaría y, a las ocho, los guardias lo encerrarían, apagarían las luces y él daría el día por terminado.

Hasta la mañana siguiente a las cinco y media, cuando la rutina volvería a repetirse. Y así día tras día. Semana tras semana. Mes tras mes… Siempre igual durante los últimos cinco años, y aún le quedaban veinte más por cumplir.

Pero el preso 537 no hacía planes de futuro. Sentado en el peldaño de una escalera, mientras notaba cómo el sol que asomaba por encima de los muros del patio comenzaba a calentarle la cara, se limitó a poner la mente en blanco y a cerrar los ojos para disfrutar de ese pequeño paréntesis de placer que le recordaba a cuando era libre.

«Libre, menuda palabra», se dijo entre dientes. «Mejor ni mencionarla. Ni la jodida rutina. Todos los días iguales. Sin sorpresas. Ni siquiera visitas». Otros presos las disfrutaban. De esposas, amantes, hermanos, padres, hijos… Pero él no tenía a nadie. Por esa razón, su día a día era todavía más monótono que el de los demás. Y desesperanzador.

Al tiempo que apretaba la mandíbula, de pura rabia por caer en esos pensamientos, uno de los guardias le tocó en el hombro.

—Tienes visita —le soltó de sopetón.

Él ni siquiera levantó la cabeza para contestar.

—Te has equivocado. Será para otro.

—De eso nada. Vamos.

Confundido, el preso 537 se levantó sin prisa y siguió al guardia al interior de la cárcel, caminando por un pasillo estrecho de ladrillos rojos hasta una puerta enrejada que llevaba a la sala de visitas. En aquel preciso momento, toda la línea de cubículos donde los internos se sentaban para hablar a través de un teléfono estaba vacía. Tampoco había nadie en el otro lado, separado por una gruesa luna, el lugar para familiares y amigos.

—¿Qué cojones…? —refunfuñó el preso encarándose con el guardia—. ¿A quién se le ha ocurrido la puta bromita? ¿A ti?

—No es ninguna bromita —respondió el guardia, un veterano de Cannan más seco que la mojama—. No es aquí, he tomado un atajo.

Después de atravesar la sala de visitas, el guardia abrió con llave una segunda puerta enrejada y salieron a otro pasillo de paredes enlucidas en el que olía a desinfectante.

—¿A dónde diablos me llevas? —le increpó el preso.

El guardia no respondió y continuó andando hasta llegar a una tercera puerta, esta vez de metal macizo.

—Abre —solicitó pulsando un interfono y levantando la cabeza hacia la cámara colocada en una esquina del techo.

Un clic metálico indicó que le habían visto y escuchado, y pasaron.

Desconcertado al ver que se encontraban en un pequeño distribuidor en el que había un ascensor, el preso se detuvo.

—Sigue. No te pares —le espetó el guardia, al tiempo que introducía un código en un panel situado junto a la puerta del ascensor.

Cuando esta se abrió, se echó a un lado para que el preso pasara primero.

Receloso, este entró y se quedó expectante. Dos pisos y el ascensor se paró.

—¿Planta alta? —se extrañó el preso.

—Venga, que no tengo todo el día —respondió el guardia, empujándolo con la porra para que saliera.

—Cuidadito —le advirtió este, manteniéndole la mirada.

El guardia, que conocía de sobra la fama del preso 537, bajó la porra, abandonó el ascensor y esperó a que saliera él también.

—Vamos. El alcaide te espera —le informó finalmente, cuando

ya se encaminaban por un corredor decentemente decorado y bien iluminado gracias a amplios ventanales que se abrían en la pared suroeste.

—¿El alcaide? —saltó el preso—. ¿Qué cojones quiere el alcaide de mí?

—Ni idea —respondió el guardia, siempre parco en palabras—. Solo me dijo que te llevara a su despacho, que había venido alguien a verte.

—Seguro que no es para nada bueno —sentenció el preso, funesto.

La puerta que había al final del pasillo era de madera historiada, de color oscuro y con la manija de bronce bruñido. El guardia llegó hasta ella y golpeó tres veces con la porra.

Casi al instante se escuchó una voz que provenía del otro lado.

—Adelante.

La pesada puerta crujió cuando la abrió el guardia.

—Señor, como me pidió, traigo al preso 537 —informó este dando dos pasos hacia el interior del despacho.

—Bien. Hágalo entrar —dijo una voz cargada de autoridad.

El guardia se giró, agarró del brazo al preso y lo situó junto a él.

Este se tomó unos segundos para recorrer con la vista aquel lugar que olía a humo de tabaco y a alcohol. Un despacho grande, con paredes forradas de madera y muebles de buena calidad. Aunque la decoración no le interesaba. Además, ya la conocía. Había estado allí en más de una ocasión. Tampoco le importaba el hombre pasado de peso y con doble barbilla sentado al otro lado de una gran mesa, y cuya calva brillaba a la luz del sol que entraba por la ventana que tenía detrás. El que sí le preocupaba, y en quien centró su atención, fue en el hombre que permanecía de pie, en un rincón, observándolo desde las sombras.

—Peter, puede irse —dijo el alcaide, acompañando las palabras con un gesto de la mano.

—Señor, soy Henry.

—Peter, Henry… Lárguese y espere fuera. Ya le avisaré cuando lo necesite —replicó el alcaide, despectivo.

Manso, el guardia obedeció cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué hago aquí? —espetó entonces el preso, desafiante,

parado en mitad del despacho.

—La verdad es que no lo sé. Tengo tanta curiosidad por saberlo como tú —respondió el alcaide girando la cara hacia el hombre que esperaba en la semioscuridad.

Por fin, este se decidió a salir de las sombras y se situó junto al alcaide. Era un hombre alto, bien parecido, de pelo cano y gafas bifocales.

—Siento defraudarlo, alcaide —comenzó diciendo Nero, clavándole su intensa mirada de ojos azules—. Me temo que eso no va a ser posible.

El alcaide dio un leve respingo en el acolchado sillón de cuero.

—El asunto que debo tratar con el recluso es clasificado. Por tanto, le rogaría que nos dejara a solas —concluyó, educado a la vez que firme.

—Pero… —balbuceó el alcaide, aferrándose con indignación a los apoyabrazos del sillón.

—Por favor —le cortó Nero, inflexible.

—Pero… —repitió el alcaide, bloqueado—. Va contra el protocolo de la prisión. De ninguna manera voy a permitir que…

—No discuta —cortó Nero, seco—. Serán unos minutos. Luego podrá regresar al elegante despacho que le proporciona su puesto de responsable máximo de la prisión. Un cargo que, imagino, le gustaría conservar.

Las últimas palabras de Nero tuvieron en el alcaide el mismo efecto que una descarga de obuses de 155 mm.

Se quedó pálido, sufrió un manifiesto temblor en el carnoso labio inferior y, después, se levantó de su asiento de malos modos.

—Se lo agradezco —se limitó a decir Nero, al verlo abandonar el despacho dando un portazo.

El preso, que había asistido a la escena sin poder evitar que una sonrisa asomara en su boca, volvió a quedarse muy serio, sin quitar ojo al hombre que, con desenvoltura, tomaba asiento en el sillón del que acababa de desalojar al alcaide.

—Vaya, un pez gordo viene a verme —comentó finalmente.

—No voy a negar que tiene razón —respondió Nero mientras abría y cerraba los cajones de la mesa.

—¿A qué debo tal honor?

—Tome asiento, por favor.

—Estoy bien así —declinó el preso, metiendo las manos en los bolsillos del gastado pantalón de chándal que llevaba puesto.

—¡Joder, tiene que estar por alguna parte! —gruñó Nero, revolviendo entre los cajones.

—¿Podría saber qué…?

—*Whisky* —dijo Nero, adivinando su pregunta—. Aquí huele a *whisky*. Y de los buenos. Me apetece un trago. ¿A usted no?

Por fin, del cajón inferior, dentro de un archivador, Nero encontró lo que buscaba.

—¡Lo sabía! —exclamó levantando la botella como si fuera un trofeo—. *Macallan* 18 años, doble barrica. Tiene que haber vasos por aquí. Déjeme ver… Sí, en efecto.

El preso observaba a Nero con la cautela de una mangosta ante una cobra.

—Venga, tome asiento, esto no se prueba todos los días —le propuso Nero, poniendo los dos vasos sobre la mesa y llenándolos con el caro *whisky* hasta más allá de la mitad—. A mí me gusta sin hielo, ¿y a usted?

—¿Qué quiere de mí? —preguntó a su vez el preso, sin mover un músculo.

Nero levantó la mirada de los vasos, la clavó en los oscuros y duros ojos del interno, y se tomó unos segundos en valorarlo.

No le pareció muy alto. Tal vez un metro setenta y cinco. Lo vio en buena forma, aseado, con el pelo cortado al uno y afeitado, señales que demostraban que aún no se había echado a perder. También le gustó su postura retadora, y su ancha mandíbula apretada de hombre férreo y cuajado.

—Charlar y hacerle una buena propuesta —acabó respondiendo Nero—. Una que podría sacarlo de aquí.

—Eso es imposible.

—Todo es posible en este mundo si se tiene el amigo adecuado.

—¿Quién cojones es usted?

—Me llamo James Neroski, pero puede llamarme Nero.

—No me ha contestado.

—Trabajo para el Gobierno.

—Eso ya lo imaginaba por cómo ha tratado a esa foca del alcaide —replicó el recluso—. Pregunto por el cargo. El departamento.

—Seguridad Nacional.

—¿Un mandamás?

—No me puedo quejar.

—¿Qué quiere de mí?

—Hacerle una propuesta, ya se lo he dicho. Si usted nos ayuda con nuestro problema, yo lo ayudaré con el suyo.

—¿En serio?

—Tengo varios candidatos. Usted es uno de ellos.

—¿Candidatos para qué?

—Para una misión.

—Extraoficial, claro.

Nero abrió los brazos y encogió los hombros evidenciando la obviedad de la afirmación.

—¿Debo matar a alguien?

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Su trabajo será de escolta. Es todo lo que puedo decirle por ahora. Si acepta la proposición, le contaré el resto.

—¿Cómo de arriesgada es esa misión?

—Puede que acabe siendo un mero paseo por el campo, o puede que la cosa se complique.

—¿Cuánto?

—Digamos que tendría un veinte por ciento de posibilidades de salir vivo.

—No es mucho —dijo el preso tras meditar unos segundos.

—Quizá solo sea un diez —respondió Nero, casi divertido, antes de dar un generoso trago al vaso de *whisky*.

—¿Por qué yo?

—Encaja en el perfil que buscamos.

—¿Qué sabe de mí?

—Todo —respondió Nero sin titubeos—. Se llama William Norris. Tiene cuarenta y ocho años. Nació en Kansas, en el seno de una familia de granjeros. Sin hermanos. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando usted iba al instituto. Se crio solo.

Cuando el banco embargó la granja se alistó en los marines, donde hizo carrera alcanzando el grado de sargento mayor. Combatió en varias guerras con innegable valor y entrega —rubricó con énfasis —. Una medalla por servicios distinguidos, una estrella de plata, dos corazones púrpuras… Un puto héroe, en resumen.

—Igual que yo, hay cientos.

—No tantos que aceptaran mi propuesta.

—¿Habla de mi condena?

—Exacto. ¿Qué lleva? ¿Cinco años? Aún le quedan veinte más. Cuando salga será un viejo sin un centavo en el bolsillo que acabará durmiendo en la calle entre cartones. Eso, si sale. He oído que ha mandado a algún que otro recluso a la enfermería. Mal asunto entre rejas. Esas cosas, tarde o temprano se pagan. Venganzas, ya sabe… Un par de puñaladas con un pincho casero en las duchas y punto. Siento ser tan duro, pero es la realidad.

Norris agachó la cabeza, la movió como un bóvido antes de embestir, y acabó acercándose a la mesa.

—Busca a alguien desesperado —concluyó apoyando las manos en el respaldo de la silla que había frente a la mesa.

—Desesperado y con sus habilidades —añadió Nero al tiempo que saboreaba con deleite otro trago de *whisky*.

Norris chascó la lengua.

—O sea, una misión suicida a cambio de mi libertad.

—Una misión suicida sería enviarlo solo y armado con un cortaúñas a rescatar a un grupo de rehenes secuestrado por el ISSIS —replicó Nero—. Esto es otra cosa. Aunque si no le convence, ya le he dicho que usted no es el único de mi lista.

Un par de chasquidos más con la lengua y Norris acabó por tomar asiento.

—Haría cualquier cosa por salir de este infierno —admitió con rabia mientras pasaban por su cabeza, a velocidad de vértigo, todas y cada una de las malditas horas que llevaba en aquella cárcel.

—Lo entiendo. Por eso sé que aceptará.

—¿Qué garantías tengo de que no me está engañando?

—Si regresa de la misión, tiene mi palabra de que será libre. Sus antecedentes serán borrados y podrá empezar una nueva vida.

—¿Su palabra?

—Mi palabra y un contrato firmado por el Gobierno, por supuesto.

Norris entornó los ojos para observar al hombre que había al otro lado de la mesa. No le cabía la menor duda de que se trataba de un hijo de la gran puta de categoría *premium*. Un cabrón y un cínico acostumbrado a salirse con la suya, pero también le pareció extrañamente sincero.

Además, no tenía alternativa. Era tragar con una propuesta que olía a chamusquina a kilómetros o regresar a su hedionda celda por otros veinte años.

—Creo que voy a aceptar ese *whisky* —dijo finalmente, después de soltar un sonoro suspiro.

—¡Perfecto! —exclamó entonces Nero, entrechocando los vasos cuando Norris tuvo el suyo entre las manos.

3
OLIVA

Lago de Xochimilco.
México.

El sol aparecía en el horizonte y su sombra se reflejaba, a través de las ramas de los sauces, en las calmadas aguas del lago.

Un grupo de garzas blancas caminaba por la orilla picoteando el suelo en busca de larvas y pequeños insectos. Una urraca cruzó el cielo lanzando graznidos, asustando a una pareja de gorriones que se apresuraron a levantar el vuelo para ir a esconderse al abrigo de la alta copa de un ahuehuete. En el agua, disfrutando de los primeros rayos de sol que calentaban sus delicadas alas, decenas de libélulas trajinaban entre los nenúfares amarillos con su particular e inestable vuelo, siempre atentas a la aparición de las voraces ranas.

Mientras la selva se despertaba, iniciando un nuevo ciclo de vida y de muerte, una mujer permanecía hundida en el agua hasta los muslos, en mitad de un canal, tan quieta como una estatua y con los cinco sentidos —y alguno más— puestos en lo que sucedía en el fondo terroso del lago.

Llevaba puestas unas botas altas unidas a pantalones impermeables de pescador que le llegaban hasta la cintura, camiseta de tirantes blanca sin sostén que dejaba ver su piel bronceada y unos brazos bien torneados. El conjunto se completaba con un sombrero de paja de ala ancha que ensombrecía su rostro. Un rostro de óvalo simétrico, con labios carnosos y apretados, y un ceño fruncido que denotaba tensión y tozudez a partes iguales. Sus ojos, *semiocultos*, estaban fijos en las tranquilas aguas y parecían marrones, aunque, cuando les daba la luz, se volvían tan verdes como las esmeraldas. El pelo también permanecía escondido bajo el

sombrero, y solo se veía una porción de coleta que asomaba por detrás, tan negra como el azabache.

Con extrema lentitud la mujer se desplazó unos pasos sin dejar de mirar abajo, hasta detenerse entre unos cañizos que asomaban del agua.

En la mano derecha llevaba una red unida a un poste telescópico —el instrumento más usado para pescar peces y crustáceos—, y en la izquierda una urna de metacrilato transparente sujeta de un asa.

—¿Dónde estáis? Vamos. Salid, salid. Sed buenos chicos.

La mujer que hablaba sola, sin quitar la vista de las templadas aguas del lago Xochimilco, era la doctora Parker, Olivia Parker, y ese mismo día cumplía cuarenta años, pero no esperaba que nadie la felicitara.

De pronto, percibió movimiento a su derecha. Unas leves perturbaciones en el agua que le hicieron ponerse en guardia. Con sumo cuidado dejó la urna en el agua, flotando, y agarró la red de pesca con ambas manos. Concentrada, siguió con la vista las ondulaciones que cruzaban delante de ella y, cuando iba a introducir la red en el agua, se detuvo.

—¡Mierda! —exclamó al comprobar que no se trataba del animal que buscaba, sino de una culebra negra de agua.

Recelosa, la doctora Parker se echó hacia atrás; ya que, aunque sabía que la serpiente no era venenosa, nunca resultaba agradable que un bicho así te clavara sus afilados colmillos.

Una vez el ofidio desapareció, la doctora decidió cambiar de ubicación acercándose más a la orilla, esperando encontrar, dentro de los huecos que se formaban entre la tierra y las raíces de las plantas, a sus escurridizos amigos.

Pero no fue así, y después de dos horas, cuando ya tenía los riñones molidos de estar encorvada y los ojos llorosos de fijarlos tanto en las luminosas aguas, la doctora Parker se dio por vencida.

Trabajosamente salió del agua y caminó por una chinampa en barbecho, directa hacia un joven sentado en una silla de *camping* bajo una sombrilla y con unos pequeños auriculares blancos saliendo de sus orejas.

Al verla aproximarse, este se los quitó y se envaró sin llegar a levantarse.

—¿Qué jefa, ha habido suerte? —preguntó esbozando una sonrisa infantil.

La doctora no respondió, siguió caminando hasta él, dejó la urna de metacrilato vacía junto a otras cuatro más que había en el suelo, tiró la red de mala gana y puso los brazos en jarra.

—Cambio de turno. Te toca —le soltó mientras se quitaba el sombrero para abanicarse con él.

El calor ya apretaba y esos pantalones de plástico que vestía habían hecho que sudara copiosamente, empapando por completo su camiseta.

Circunstancia esta en la que se fijó el joven. Sobre todo en los conspicuos bultos que provocaban sus pezones en el algodón. Y se fijó tanto, y de una manera tan descarada, que la doctora sintió una mezcla de pudor e indignación.

—¡Mírame a la cara, joder!

—Lo siento. Yo…

—Venga, prepárate y al agua. Hoy no nos marchamos de aquí hasta que hayamos cogido por lo menos tres especímenes de buen tamaño.

—¿Tres? —se extrañó el joven—. Desde que llevamos viniendo nunca hemos atrapado tantos.

—Pues hoy, sí. Vamos, al lío.

—Vale, vale —se plegó finalmente el joven, levantándose con desgana de la silla.

Sin perder un segundo la doctora se quitó los pantalones impermeables, se sentó y sacó una botella de agua de su mochila. Mientras bebía, observó al joven prepararse con la lentitud de una tortuga reumática.

—¡Maldita sea! —renegó entre dientes, a sabiendas de que aquel vago era lo mejor que había podido conseguir debido a una raquítica beca de investigación tan escasa, que solo cubría desplazamientos, comida y alojamiento.

Ni un centavo de sueldo. Ni para él ni para ella. Trabajo por vocación se llamaba. Al menos en su caso. En el del becario —un jovencito de veinticuatro años, melena rubia, tatuajes y físico de surfista—, el haber aceptado ese precario empleo en México obedecía a razones mucho más prácticas, ya que necesitaba hacer

méritos si deseaba trabajar en una empresa dedicada a la industria alimentaria en la que su padre, un rico empresario dueño de cinco concesionarios de coches de lujo, conocía al director general. Lo conocía por haberle vendido un Lamborghini y un Ferrari con suculentos descuentos. Pero unos miles de dólares de ahorro y una carrera de biología aprobada por los pelos serían insuficientes si quería que «El dios de la comida de California» lo enchufara en su emporio alimenticio. Por ese motivo, Arnold, que era su nombre de pila, se había postulado para ese puesto de becario en México sin remuneración. Un puesto con pocas exigencias académicas que le proporcionaría un par de líneas en su currículum. Por lo demás, ese trabajo de investigación de mierda no le interesaba en absoluto. Si es que existía algo en el mundo que le interesara más allá de sus abdominales, las fiestas y las chicas.

—Es para hoy —lo exhortó la doctora, desesperada por su lentitud.

—Tranquila, jefa. De ahí no se van a mover esos ajulotes.

—Se llaman axolotes. Te lo he dicho mil veces.

—Axolotes, ajulotes… ¡Qué más da cómo se llamen! Son unos bichos horribles.

—¿Eso piensas?

—Totalmente. Con esas cosas que les salen de la cabeza… Dan grima.

—Son las branquias, burro. ¿Es que aún no te has leído la documentación que te pasé sobre ellos? —le preguntó la doctora, sorprendida.

—Lo he intentado varias veces, se lo juro. Pero es que me duermo. Como llego tan cansado a la cama…

—Claro, trabajas tanto durante el día que no me extraña —dijo la doctora.

—No lo dude —dijo él sin dejarse afectar por el sarcasmo—. Trabajo y trabajo. Deberíamos relajarnos un poco. Salir alguna noche por Ciudad de México. A tomar unas copas. ¿Qué dice, jefa?

—Déjate de ostias y al agua. Y más te vale que estés atento, porque de aquí no nos vamos hasta que consigamos los especímenes.

Eso repitió, inflexible, dispuesta a cumplir su promesa. Sin

embargo, cuando empezaba a atardecer y hasta los agricultores que cuidaban de sus chinampas cultivadas hacía rato que se habían marchado, tuvo que dar la jornada por concluida sin haber logrado capturar ni un solo ejemplar.

Abatida, ordenó a su becario recoger y llevarlo todo al Jeep, cosa que hizo con rapidez y entusiasmo.

El todoterreno, con más de dieciocho años, era el medio de transporte que le había proporcionado la dirección del Parque Ecológico de Xochimilco, con quienes colaboraba en el Plan Nacional para el Manejo y la Conservación del Axolote, financiado en parte por el *Darwin Initiative Project* de Reino Unido, que eran los que además corrían con sus gastos, incluido el hotel donde se alojaban, un dos estrellas modesto, aunque limpio, en el que la doctora pasaba la mayor parte del tiempo cuando no estaba trabajando en los laboratorios del parque o cazando en el lago.

—Conduzco yo —dijo Arnold sentándose en el asiento del conductor.

La doctora Parker lo dejó a pesar de que odiaba su violenta manera de conducir, siempre pegado al vehículo de delante, acelerando y frenando como si estuviera en una competición.

Lo permitió porque estaba tan agotada que no le quedaban fuerzas para discutir, solo para sentarse en el asiento del copiloto y dejarse llevar mientras se esforzaba en mantener los párpados abiertos.

El hotel se encontraba a unos veinte kilómetros, a las afueras de la inmensa urbe de Ciudad de México, en un barrio tranquilo de casas bajas y ambiente familiar, lo cual era de agradecer.

Arnold condujo como siempre. Al llegar a la puerta del hotel frenó haciendo patinar las ruedas y levantando una nube de polvo.

—Fin de trayecto —anunció ufano.

—Perfecto —dijo ella, cogiendo la mochila y saliendo del coche.

—Jefa, si no le importa… Me gustaría disponer del coche esta noche.

Olivia, que ya se encaminaba hacia el hotel, se detuvo en seco y se giró.

—¿Cómo dices?

—Es viernes y hay una chica del laboratorio que me ha invitado

a una fiesta.

—Sabes de sobra que este coche no es para uso personal —le advirtió ella.

—Ya. Pero imagine si tengo que esperar uno de esos autobuses que pasan cada cuatro horas. Si es que pasan. O si me quedo colgado en la ciudad. No tengo un peso para tomar un taxi y tendría que ir a buscarme de madrugada. Sería un fastidio, ¿no cree? —argumentó poniendo cara de inocente—. Vamos. Cuidaré del coche. Mañana a primera hora lo tendrá en el aparcamiento sin un rasguño, se lo prometo.

Olivia estaba reventada. Únicamente deseaba cenar algo en la cafetería del hotel, luego subir a su habitación, darse una ducha y meterse en la cama. Pensar en la posibilidad de tener que conducir de noche hasta la ciudad para traer de vuelta a ese gandul le resultó insoportable.

—Vale. Aunque te advierto que si la cagas, será tu responsabilidad. Y quiero que estés aquí antes de…

—Gracias, jefa —exclamó Arnold sin dejarla terminar, pisando a fondo el acelerador y saliendo disparado.

Al quedarse sola en mitad de la calle, tragando el polvo que las ruedas habían levantado y que aún flotaba en el aire, Olivia Parker sufrió un bajón. No físico, que ese ya lo tenía, sino mental. Fue momentáneo. Enseguida se recuperó. Ella era fuerte y sabía que las malas rachas existían. Esa pasaría también, como otras que sufrió en el pasado, y la situación mejoraría. Nada dura para siempre. Lo que le causaba más conflictos internos era saber que había contratado a un becario totalmente inútil. Un cero a la izquierda del que, además, debía cuidar como si de un adolescente se tratara. Para ella, que no había tenido hijos, eso era lo que más le costaba asimilar.

—Es lo que hay —se dijo fatalista, y se introdujo en el hotel.

La recepción era pequeña y austera, y olía a madera antigua y a mezcal debido a la proximidad del bar que había a la derecha. En él, un par de huéspedes que charlaban amigablemente en una mesa daban buena cuenta de una botella de Ojo de Tigre.

Olivia pidió la llave a la amable recepcionista y se encaminó hacia las escaleras, ya que su habitación se encontraba en el primer

piso y no le merecía la pena esperar el ascensor.

Ya tenía un pie puesto en el primer peldaño cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Doctora Parker? ¿Olivia Parker?

Al volverse vio a un hombre alto, con el pelo cano, gafas bifocales y vestido con un traje de lino de color cámel, zapatos marrones y camisa blanca.

—Sí, soy yo —respondió ella mientras rebuscaba en su memoria la cara de aquel hombre.

—Ah, perfecto. Mi nombre es James Neroski —dijo el hombre, ofreciéndole la mano—. Pero puede llamarme Nero.

Tras un instante de duda, Olivia se la estrechó.

—¿Nos conocemos?

—No lo creo —respondió él.

—¿En qué puedo ayudarle?

—En realidad, espero que sea una ayuda mutua.

Olivia torció la cabeza.

—He volado desde Estados Unidos para verla. No ha sido fácil encontrarla.

—¿Qué quiere de mí?

—Charlar un rato.

—¿De qué?

—Me gustaría hacerle una propuesta.

Recelosa, Olivia entornó los ojos y dio un paso atrás.

—Lo siento —se disculpó Nero al captar su desconfianza—. Quizá haya sido un poco impreciso en mi presentación. Pertenezco al Departamento de Seguridad Nacional, y es crucial que pueda hablar con usted.

—¿Seguridad Nacional? —repitió Oliva sorprendida, mientras leía la identificación que le mostraba.

—No se alarme. No tenemos nada contra usted. Al contrario. Como le decía antes, he venido hasta aquí porque necesitamos de su colaboración.

—¿Mi colaboración? ¿Colaboración para qué?

Nero miró en varias direcciones buscando un lugar suficientemente íntimo y tranquilo, pero no lo encontró.

—¿Ha cenado? —preguntó entonces.

—Eh. Pues… La verdad es que… No —admitió finalmente.

—La invito.

—No sé si… —dudó ella.

—Llevo toda la tarde dando vueltas y he descubierto un restaurante, a pocas calles de aquí, donde la comida es buena y el ambiente acogedor. Vamos, no lo piense tanto. No muerdo.

—Los que dicen eso son los peores —replicó Olivia.

—Si lo prefiere podemos sentarnos allí —propuso Nero, señalando con desgana el bar—. Usted decide.

¡Seguridad Nacional! ¿Qué cojones querrán de mí?

Invadida por la curiosidad, Olivia pensó que si quería saber lo que aquel hombre tenía que contarle, mejor hacerlo mientras tomaba una cena decente en un lugar decente.

—Está bien —concluyó resuelta—. Aunque antes debo cambiarme.

—No hay problema. La esperaré aquí —dijo Nero, contento porque el primer paso estuviera dado.

Media hora más tarde, Olivia Parker bajaba de su habitación duchada y arreglada. De entre su práctica ropa, había elegido lo único adecuado que tenía para ir a un restaurante: sandalias, pantalones vaqueros ajustados y camisa estampada. Un *look* sencillo que le sentaba muy bien gracias a que iba acompañado de su media melena negra y un maquillaje ligero.

Nero, que se había sentado en la recepción a esperar, se levantó al verla aparecer.

—Caray, está usted muy guapa —dijo esbozando una sonrisa neutra—. Si no le molesta que se lo diga.

—No me molesta. Pero recuerde que esto no es una cita.

—Lo recuerdo, no le quepa duda —replicó Nero, impasible.

Quince minutos más tarde, Olivia Parker se encontraba sentaba en una mesa con mantel de color verde y servilletas rojas. El resto de la decoración del local era igualmente colorida y bien combinada. La luz era suave, y a través del hilo musical sonaba *No sé tú* de Luis Miguel.

—¿Va a contarme de una vez qué quiere de mí?

—Pidamos primero —se limitó a decir Nero, señalando las cartas que un solícito camarero les había dejado sobre la mesa nada más

acomodarlos.

—Decida usted, yo como de todo.

—¿Guacamole y enchiladas de queso? A mí me va lo picante. Aunque si prefiere otra cosa…

—Eso está bien —se limitó a decir Olivia, impaciente.

—Para beber pediré una Coronita bien fría. ¿Y usted?

—Que sean dos.

—Perfecto —concluyó Nero, levantando la mano para reclamar la presencia del camarero.

La cocina fue rápida, y en menos de diez minutos tenían los platos sobre la mesa.

—Le escucho —soltó Oliva nada más desaparecer el camarero.

—Estoy reuniendo un pequeño grupo para realizar una delicada misión —dijo Nero mientras hincaba el tenedor en el plato de guacamole.

—Misión para hacer qué.

—Tenemos un problema.

—¿Quiénes?

—Yo. Usted… Todos.

—¿A quién se refiere con todos?

—Al mundo entero —contestó Nero, rotundo.

—¡Qué dramático! —exclamó Olivia—. Explíquese.

—En este momento no puedo decirle mucho más. Si acepta acompañarme a Estados Unidos, le contaré hasta el último detalle de la operación.

—¿Dejar colgada mi labor aquí en base a… prácticamente nada? Ni lo sueñe.

—Una labor muy interesante la que desarrolla en México —admitió Nero en un tono indescifrable—. Y digna de elogio. Trabajar tan duro para tratar de conservar a ese bichito tan simpático en su hábitat natural, es maravilloso.

—¿Se está cachondeando de mí? —gruñó Olivia, dejando el tenedor de malos modos sobre el plato.

—En absoluto —se apresuró a recalcar Nero—. Ese axolote merece la atención de los especialistas, y los medios necesarios para lograr que no desaparezca en estado salvaje. Sería una tragedia. Sé que en la década de los noventa, en el complejo lagunar donde

únicamente se encuentra, había unos seis mil ejemplares por kilómetro cuadrado, y ahora quedan menos de cuarenta.

—Sigue tomándome el pelo.

—Para nada. Esa especie de salamandra embrionaria es prodigiosa. Según tengo entendido, es capaz de regenerar casi todo su cuerpo. Patas, cola, órganos internos… La conservación de especímenes en libertad es fundamental para posteriores estudios de biología del desarrollo, endocrinología, regeneración o cultivo de tejidos.

Olivia se quedó con la boca abierta un instante. Luego esbozó una leve sonrisa.

—¿He dicho algo divertido? —preguntó Nero.

—Oh, no. Solo pensaba que conoce usted más a ese animal que mi becario, con el que llevo trabajando aquí casi un mes.

—Bueno, me gusta saber —se justificó Nero—. Cuando fui a buscarla al centro de conservación donde investiga, me atendió una doctora muy amable. Mientras la esperaba, me contó algunas curiosidades sobre ese anfibio increíble.

—Genial. Me queda claro. Es usted una esponja para los conocimientos. Ahora sabe un montón sobre el axolote —concluyó Olivia—. Supongo que conmigo ya traía los deberes hechos.

Nero se limitó a asentir mientras se introducía el tenedor bien cargado en la boca.

—¿Por qué yo, una simple bióloga?

—No sea modesta. Es mucho más que eso —enfatizó Nero, señalándola con el tenedor vacío—. Licenciada en Microbiología y Bioquímica. Conocimientos de Zoología, Taxonomía y Botánica. Y, por si todo eso fuera poco, estudios avanzados en Astrobiología.

—¿Qué más sabe de mí? —preguntó Olivia sin mostrar un ápice de sorpresa.

—Nada del otro mundo. Divorciada. Sin hijos. Vive de alquiler en un pisito de Queens. Paga sus facturas. No tiene cuentas pendientes con la justicia. Colabora con varias ONG… ¿Quiere que siga?

—Le repito. ¿Por qué yo?

—Necesitamos a alguien de su valía. Además, encaja a la perfección en el perfil que busco. Pero no es la única persona que

tengo en mi lista. Nos jugamos demasiado para apostarlo todo a una carta —respondió Nero antes de dar un buen bocado a su enchilada.

—¿En qué consistiría mi trabajo?

—En observar y analizar. Nada que no esté acostumbrada a hacer.

—Observar y analizar, ¿el qué?

—Un lugar. Su atmósfera. Su vegetación. Su fauna…

—¿Dónde está?

—Eso no puedo decírselo todavía.

—¿Qué tiene de especial ese lugar?

—Puede que nada. Puede que todo.

—Odio los juegos de palabras —dijo Olivia, molesta.

—No es ningún juego de palabras. No estamos seguros de lo que hay allí. Por esa razón la necesitamos.

—En la Tierra no existe ningún rincón tan ignoto y misterioso.

—Ahora sí.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido para que tal singularidad se produzca?

—De eso no puedo hablarle. De momento.

Olivia recapacitó. Enseguida se dio cuenta de que, por ese camino, no iba a sacarle nada y cambió de rumbo.

—¿Es peligroso? El lugar.

—Sí —respondió Nero sin titubeos—. Aunque aún no sabemos hasta qué punto.

—¿Qué riesgo correré? ¿Me juego la vida?

Nero acabó de masticar un trozo de enchilada, lo tragó y dio un sorbo a su Coronita antes de responder.

—Me temo que sí.

—¡Joder, qué bien! ¿Y espera que acepte? Está usted loco.

—Es posible. Pero, ¿qué me dice cuando buceó en los profundos e inexplorados cenotes de Yucatán? ¿O cuando participó en una expedición a la Antártida de seis meses a bordo de un barco de mierda que a punto estuvo de irse a pique por el hielo? ¿O la vez que fue atacada por un tiburón toro frente a las costas del Caribe mientras los estudiaba? —enumeró Nero después de entrecruzar las manos y fijar sus azules ojos en la doctora—. En todas y cada unas de esas ocasiones se jugó la vida. ¿Y por qué?

—Sabía a dónde iba y dónde me metía. Los riesgos estaban controlados.

—No es eso lo que le pregunto.

—Lo hice por la ciencia —respondió Olivia.

—Seguro que sí. Aunque yo creo que también lo hizo por usted. Por vivir una aventura. Por experimentar el subidón de realizar una hazaña emocionante y única al alcance de pocos mortales. Por sentirse especial. Por puro egoísmo, en definitiva.

—¿Egoísmo?

—No me interprete mal. Hablo de satisfacer una pasión. Un deseo. Lo cual es muy humano.

—¿Cree que me conoce tan bien?

—Verá —comenzó diciendo Nero, con la tranquilidad del que se siente con la sartén por el mango—. Tengo amigos en la NASA.

—¿Y?

—Sé que se ha presentado varias veces para viajar a la Estación Espacial Internacional. Que es su sueño. Aunque siempre ha sido rechazada.

Olivia se quedó de piedra.

—Su particular propuesta científica para desarrollar en la estación es innovadora, pero existe una larga lista de candidatos con propuestas igual de interesantes y mejor posicionados. No creo que consiga jamás subir allí arriba —concluyó Nero, señalando el techo con el tenedor.

—Lo sé. Lo tengo asumido desde hace tiempo.

—Miente. Usted no es de las que tiran la toalla con facilidad. Lo seguirá intentando. Año tras año. Hasta que un día, devorada por la frustración y el desánimo, demasiado mayor para seguir luchando, se rendirá por fin.

—Piensa que lo sabe todo sobre mí, ¿no es así?

—Conozco a las personas. Se me dan bien. Forma parte de mi trabajo.

—¿Y qué más cosas forman parte de su trabajo?

—Solucionar problemas. El suyo, por ejemplo.

Olivia entornó los ojos sin llegar a comprender.

—Yo podría hacer que su situación cambiara. Que la NASA le hiciera un huequecito en la estación.

—¿Cómo? —preguntó Olivia, repentinamente interesada.

—Influencias. Estoy en disposición de asegurarle que, si acepta la misión que le propongo y regresa, en el próximo relevo de la estación espacial, dentro de seis meses, la incluirán a usted.

—Si regreso.

—Ya ve que soy sincero.

Con la vista fija en la nada, Olivia, muda, cogió su Coronita y bebió de un trago media botella.

—Hagamos un trato —oyó decir a Nero dentro de su cabeza, entre la nube de pensamientos contradictorios que circulaban por ella—. Regrese a Estados Unidos. Escuche lo que tengo que contarle sobre la misión y después decida qué quiere hacer. Si finalmente prefiere quedarse fuera, podrá volver a su trabajo con ese simpático animalito y su eficiente becario. ¿Qué me dice?

—No sé… ¿Correría con los gastos?

—Por descontado.

—¿Y mi beca de investigación aquí?

—Le buscaré un sustituto, aunque tenga que ofrecerle dinero para que acepte —rubricó Nero arqueando levemente los labios.

Olivia se acabó la cerveza y dejó la botella sobre la mesa, lentamente.

—Es usted un cabronazo, ¿lo sabía?

—Me lo dicen mucho. ¿Qué? ¿Hay trato?

—¿Puedo pensarlo? —acabó diciendo Olivia.

—Claro. Tómese su tiempo. Tiene hasta después del postre. Me han dicho que la especialidad de aquí es el pastel de tres leches y estoy deseando probarlo.

—¿Tan rápido?

—En un par de horas sale mi vuelo y necesitaría tener una respuesta. Es lo que hay, querida doctora. Lo toma o lo deja.

Así concluyó Nero, taxativo, al tiempo que observaba cómo ella levantaba la vista por un instante. Un gesto involuntario que el veterano agente interpretó que iba destinado a ver más allá de las vigas de madera y cemento que cubrían el techo del restaurante. Mucho más.

Lo que su mirada soñadora buscaba, en realidad, era un espacio oscuro e infinito rodeado de estrellas.

«Está hecho», se dijo entonces, ufano.

Y no se equivocaba, porque Olivia Parker ya había dejado de lado los destellos rojos que se encendían en su cabeza advirtiéndola del peligro, y solo prestaba atención a la maravillosa y placentera sensación que le transmitía imaginarse flotando en el cosmos, viendo la Tierra desde una ventana de la estación espacial, suspendida en un vacío hipnótico e insondable. Viviendo, en definitiva, una experiencia de felicidad absoluta cuyo recuerdo la acompañaría el resto de su vida.

4
MAX

Escuela Secundaria Thomas Jefferson.
Condado de Fairfax, Virginia.
Estados Unidos.

Un Lincoln Navigator de color negro estacionó en el aparcamiento de la escuela, y de él salió James Nerosky. Vestía chaqueta gris de cuadros, camisa blanca sin corbata y pantalones negros. Eran las once de la mañana, y hacía sol. Deslumbrados sus delicados ojos azules, cambió sus bifocales por unas gafas graduadas de sol y echó a andar hacia el edificio.

Mientras se acercaba a la entrada con paso seguro, repasaba mentalmente la estrategia que debía llevar con el tercer y último integrante de la misión. Si con los dos primeros —el desesperado exsoldado y la soñadora doctora— había sido coser y cantar, con este último la cosa iba a resultar algo más complicada. Y no porque desconociera qué debía ofrecerle para que aceptara, sino porque necesitaría engrasar bien la propuesta antes de exponérsela para que se la tragara, lo que se traducía en aportar más datos sobre el asunto de los que hubiera deseado.

Antes de viajar hasta Virginia y presentarse en la Escuela Secundaria Thomas Jefferson, Nero había tenido la precaución de asegurarse, llamando antes, de que el candidato estuviera allí. Pero no a él directamente, eso no le interesaba. El teléfono es frío, crea malos entendidos, recelos y facilita las negativas. Nero se manejaba mejor hablando en persona, cara a cara, donde las palabras siempre van acompañadas de gestos significativos y los silencios son, a menudo, la clave de todo.

Al entrar en el *hall*, vio a varios estudiantes que iban de un lado

para otro charlando animadamente. Buscó con la mirada hasta que encontró la secretaría, anunciada con un rótulo sobre una puerta.

Golpeó dos veces y abrió.

La estancia, de unos seis por seis metros, estaba forrada de estanterías repletas de archivadores, y había dos mesas. Una estaba vacía. En la otra, un hombre de mediana edad y abundante barba tecleaba en un ordenador. No había nadie más, y Nero se acercó a él.

—Buenos días —saludó afable, y esperó a que el hombre levantara la vista para mirarlo—. Llamé ayer preguntando por el profesor Castillo, Maximiliano Castillo. Me dijeron que hoy tenía clase de diez a doce de la mañana.

—Si le dijeron eso, así será —respondió el hombre, cortante.

—¿Sería tan amable de decirme en qué aula podría encontrarlo?

—Tendría que consultar el cuadrante del curso y los horarios, y ahora estoy muy ocupado —respondió el secretario, evasivo.

—Me haría un gran favor. Tengo prisa —rogó Nero mientras cambiaba sus gafas de sol por las bifocales, que le daban un aire más formal.

—No sé… —dudó el secretario—. Quizá si se pasa dentro de media hora…

—Ya le he dicho que tengo prisa —insistió Nero, sacando del bolsillo de la chaqueta un billete de cincuenta dólares doblado entre el dedo índice y corazón—. ¿Qué le parece si hace un esfuerzo y me ayuda?

Dos minutos más tarde, el agente del Gobierno salía de secretaría con la información que deseaba. Perder el tiempo no era algo que le gustara. Además, tenía interés en observar a su objetivo antes de abordarlo, y determinó que asistir de incognito a una de sus clases representaba una ocasión inmejorable para hacerse una idea más precisa del tipo de personalidad a la que debía enfrentarse.

A pesar de que el secretario le había explicado la ruta más rápida para llegar al aula en la que el profesor Castillo estaba, Nero necesitó preguntar un par de veces porque no terminaba de orientarse en aquella escuela tan enorme y destartalada. Finalmente dio con el aula. Se acercó, abrió con sumo cuidado la puerta y se

asomó.

Lo que vio le gustó, porque facilitaría su incorporación a la clase pasando desapercibido. El aula era tipo anfiteatro, semicircular, con los asientos dispuestos en forma de gradas y una superficie corrida donde los alumnos podían apoyar sus ordenadores o tomar notas en sus cuadernos. No era grande. Le calculó una capacidad para cincuenta alumnos, no obstante solo contó diecisiete, casi todos sentados en las primeras filas. Procurando no hacer ruido y aprovechando que el profesor Castillo se encontraba de espaldas escribiendo en el encerado, tomó asiento en la última fila.

—Bueno, la semana pasada vimos conceptos que se salen de la física clásica para adentrarse en los vericuetos de la física cuántica —comenzó diciendo Castillo—. Ya saben que el propósito del curso no es profundizar demasiado en esa disciplina, aunque sí conocer sus principios básicos.

Nero se dejó resbalar en el asiento para minimizar su presencia, y observó al hombre que después de hablar se apoyaba en una mesa y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Había leído su descripción en el informe y tenía varias fotografías suyas, pero no eran actuales y diferían sustancialmente del original. Sobre todo, porque tenían más de doce años.

El hombre que veía ya no era un treintañero con pelo largo y barba de cinco días vestido con jersey ancho y pantalones vaqueros, sino un maduro de cuarenta y cuatro años, pelo corto en el que asomaban algunas canas, chaqueta marrón, camisa oscura y pantalones chinos de color *beige*. Sin embargo era Maximiliano Castillo, sin duda, el hombre que buscaba. Sus ojos no habían cambiado en absoluto. Oscuros, de intensa mirada, inteligentes y vivos. Ojos de depredador que recorrían el aula como haría un halcón desde lo alto de un árbol en busca de presas. Presas que en ese caso eran sus alumnos, los cuales seguían sus palabras en absoluto silencio y atención.

—Como habrán podido comprobar, si se han tomado la molestia de mirar el encerado —continuó diciendo el profesor Castillo—, he anotado algunos temas que expliqué hace días; y me gustaría saber si tal esfuerzo por mi parte sirvió para iluminarlos, o bien mis palabras, simplemente, entraron por sus orejas y pasaron por sus

cerebros sin dejar rastro alguno.

Un leve cuchicheo entre los alumnos, alguna risa callada y Castillo prosiguió, incorporándose de la mesa y yendo hacia la pizarra.

—*Heisenberg*. ¿Quién puede decirme algo de él? —preguntó golpeando el nombre repetidas veces con la tiza—. Les recuerdo que a mayor participación en las clases, mejores notas. Participación acertada, por supuesto. Vamos, no sean tímidos.

Una mano se levantó en la primera fila. Se trataba de un chico menudo, de pelo rubio y aspecto desaliñado.

—Adelante —lo invitó Castillo—. Pero ande con cuidado. Si me dice, por pura ignorancia o por hacerse el graciosillo, que es el alter ego de *Walter White*, el protagonista de *Breaking Bad*, lo suspendo hasta septiembre.

Lentamente el alumno bajó la mano entre las risas de sus compañeros.

Cuando el silencio regresó al aula, gracias a una mirada intimidatoria de Castillo, otra mano se alzó en la tercera fila. Esta vez se trataba de una chica afroamericana con el pelo muy corto y largos pendientes dorados.

—La escuchamos —se limitó a decir Castillo, y ella empezó a hablar.

—*Werner Karl Heisenberg* fue un físico alemán precursor de la mecánica cuántica, y en 1927 publicó su *Principio de Incertidumbre*.

—Muy bien —dijo Castillo, entre satisfecho y desconfiado—. ¿Y podría explicar a sus compañeros, si es tan amable, qué nos cuenta tal principio?

—Que si se determina la velocidad exacta de una partícula en un entorno concreto, la incertidumbre al obtener la posición en el espacio será mayor. Y que la imposibilidad de medir simultáneamente y con precisión dos magnitudes conjugadas en el mundo microscópico, no se solucionará mejorando los instrumentos de medición, ya que se trata de algo intrínseco.

—¿Debido a qué? —preguntó Castillo, convencido de que su alumna más brillante no lo defraudaría.

Y no lo hizo.

—Porque a nivel subatómico, la observación modifica el objeto observado.

—Correcto —dijo Castillo con satisfacción.

Debido en parte al cansancio de los aeropuertos y en parte a ese incompresible mundo cuántico del que llevaba tanto tiempo escuchando hablar a la doctora Bravo, a Nero se le empezaron a cerrar los ojos sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Hasta que se quedó dormido.

—*Heisenberg* lo explicaba muy bien —prosiguió Castillo, ya con Nero sumido por completo en las nebulosas del sueño—. Si miramos a través de un microscopio dónde está una partícula, debemos arrancarle un fotón de luz que llegará a nuestros ojos, y, al hacerlo, ese fotón de menos modificará la velocidad de la partícula. La observación de la posición introduce una indeterminación en la velocidad. Aunque tampoco debemos olvidar que el mero hecho de interactuar con moléculas, átomos o incluso la misma gravedad, puede modificar el estado de esa partícula.

Dicho esto, se volvió hacia la pizarra y señaló otra línea antes de leerla.

—¿La luz es una onda o una partícula? ¿Quién lo sabe?

De inmediato, la misma alumna levantó la mano.

—Adelante —la invitó Castillo.

—La luz es ambas cosas —respondió la joven afroamericana—. A veces se comporta como onda, y a veces como partícula.

—¿Y a qué se debe tal proeza?

—Al Principio de Superposición, que nos dice que cualquier partícula puede estar en diferentes estados al mismo tiempo.

—Hasta que…

—La observamos o interactúa con el entorno. Entonces toma una de las opciones —completó la joven con cierto aire de suficiencia.

—Lo que se llama…

—Colapso cuántico.

—Perfecto. Colapso cuántico —repitió Castillo, a la vez que se giraba un instante para mirar el encerado—. Y ahora, ¿quién puede hablarme del famoso Gato de *Schödinger*?

De nuevo, como un rayo, la alumna de color levantó la mano.

—¿Alguien más? —preguntó entonces, molesto.

Ninguna mano se levantó, y Castillo se encaró con los alumnos.

—¿En serio? ¿Es que nadie de ustedes asistió a mis clases la semana pasada? ¿O es que sus cerebros embotados por las hormonas no fueron capaces de asimilar los conceptos?

Tras unos segundos de tensión, en los que Castillo los miró furibundo, el alumno menudo y desaliñado levantó la mano.

—¿Sí?

—El experimento. Puedo hablarle de él —dijo el joven, casi balbuceando.

—Bien. Le escucho. Le escuchamos todos.

—Un tipo mete un gato en una caja en la que hay un veneno que se activa cuando detecta no sé qué cosa —empezó explicando, más animado a medida que hablaba—. La cuestión es que, cuando se abre la caja, el gato está muerto. Pero si la mantiene cerrada, el gato está vivo y muerto al mismo tiempo.

Castillo resopló antes de hablar.

—Muy simplificado, aunque al menos se ha quedado con algunas ideas. Bien hecho. ¿Alguien puede explicarlo mejor?

Una vez más, la única que levantó la mano fue la joven afroamericana.

—Adelante —la invitó Castillo, ante el mutismo total del resto.

—En el interior de la caja sellada hay un gato, un matraz con veneno, un dispositivo de medición y una partícula radiactiva —enumeró la alumna, en tono doctoral—. Si el dispositivo detecta que la partícula radiactiva se desintegra, activará un mecanismo que dejará caer un martillo rompiendo el matraz y liberando el veneno que matará al gato. Si por el contrario la partícula radiactiva no se desintegrara, el dispositivo de medición no se activaría, el veneno no se liberaría y el gato viviría. Sin embargo, debido a las propiedades de superposición cuántica, la partícula radiactiva podría desintegrarse y no desintegrarse al mismo tiempo, ser detectada por el dispositivo y no ser detectada, el martillo podría romper el matraz y no romperlo, el veneno liberarse y no liberarse, y el gato estar vivo y muerto a la vez.

—Una explicación impecable —tuvo que admitir Castillo, a la vez que se fijaba en un joven con los parietales rapados que

resoplaba y ponía los ojos como huevos duros—. Pero no deben tomarla al pie de la letra. La Paradoja de *Schödinger* no es más que un mero juego mental con el que el premio Nobel intentaba explicar la complejidad infinita del mundo cuántico, en donde son posibles los sucesos contradictorios simultáneos y las múltiples posibilidades. Y para ello, *Schödinger* se tomó ciertas licencias, haciendo que las leyes del microcosmos interactuaran con objetos del macrocosmos. Un gato no es un objeto cuántico y, por tanto, no puede existir en una superposición de estados.

La cara de pasmo del joven continuó, y prácticamente del resto de alumnos. Solo la afroamericana de llamativos pendientes parecía seguirle.

—He leído que hay otras interpretaciones sobre lo que *Schödinger* pretendía exponer con su paradoja —comenzó diciendo la joven, aprovechando el silencio de Castillo—. Una de ellas hace referencia a las realidades paralelas en las que, teóricamente y en circunstancias muy determinadas que aún no alcanzamos a comprender, el gato podría morir en una realidad mientras que en otra podría seguir vivo sin que un estado interfiriera con el otro.

—Habla del *multiverso* —dijo Castillo casi con desprecio—. Un término que los físicos más osados utilizan para describir la peregrina idea de que, más allá de nuestro universo observable, existen otros muchos universos en los que otros «yos» viven sin que nosotros lo sepamos, y que se forman cada vez que tomamos una decisión suficientemente trascendental.

—Entonces, ¿no cree en ello? —preguntó la alumna, casi con insolencia.

—Descartar categóricamente una idea, cuando hablamos de ciencia, sería demasiado osado por mi parte —respondió Castillo midiendo muy bien las palabras, a sabiendas de que tenía delante a una futura física de talento—. Digamos que, simplemente, me resulta bastante difícil de asimilar que en el mundo, cada nanosegundo, por la interacción de alguien, se forme un nuevo universo.

—Sí, pero ya lo dijo usted la semana pasada —insistió la joven —. «Ante la mecánica cuántica, calcula y calla o atrévete a

interpretar».

—Le agradezco la mención de la cita, aunque no es mía —reconoció Castillo—. Y en cuanto al *multiverso*, de momento dejémoslo en manos de la ciencia ficción.

—Pues a mí me gustaría creer que existen esos mundos paralelos —añadió la joven con la voz menos firme y el rostro compungido—. Y que, en uno de ellos, mi madre sigue viva porque no cometió la estupidez de conducir borracha.

Solo existía algo que al profesor Castillo le resultaba más incomprensible que la mecánica cuántica: la mente humana. ¿Qué era? ¿Por qué interactuaba con los recuerdos haciendo que afloraran en nosotros sentimientos de deseo, de temor, de placer… o de dolor? ¿Cómo funcionaba ese mecanismo? Y, sobre todo, ¿cómo se debía proceder cuando te encontrabas frente a alguien roto por los efectos de ese increíble y a veces maléfico don que es la conciencia?

No lo sabía. Y, por el silencio trágico que se formó en el aula, tampoco el resto de los alumnos.

Un silencio únicamente interrumpido por unos sutiles ronquidos que provenían del fondo del aula, y que Castillo aprovechó para relajar tensión.

—Vaya, parece que hoy tenemos una bella durmiente en clase.

El chascarrillo arrancó risas entre los alumnos mientras lo veían abandonar el estrado en dirección a los, cada vez más sonoros, resoplidos.

De dos en dos subió los peldaños hasta el hombre que, plácidamente, dormía con la boca abierta y la cabeza vencida hacia atrás.

¡Toc, toc!

Sonó cuando Castillo golpeó con los nudillos en la madera corrida que hacía de mesa, justo delante de Nero.

¡Toc, toc!

Repitió con más fuerza hasta que, por fin, lo despertó.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué pasa? —balbuceó el veterano agente, confundido, mirando en todas direcciones sin ser capaz de enfocar.

—Eso mismo me pregunto yo —le increpó Castillo, muy serio—. ¿Quién es usted y por qué demonios se ha colado en mi clase?

—Bueno… Yo… Verá… —comenzó a decir Nero, impreciso, aún aletargado.

—Será mejor que se explique, ya que mis alumnos deben estar aterrorizados ante la posibilidad de que alguien pueda repetir tantas veces uno de mis cursos.

Las risotadas retumbaron en el aula acabando de despertar a Nero. Este se envaró en el asiento y se centró en el profesor.

—Lo siento, no quería molestar. Llevo unos días de locos y apenas he dormido —se justificó.

—Ya. ¿Y por qué ha elegido mi clase para echarse una siestecita?

—No era mi intención, se lo aseguro. En realidad había venido a hablar con usted sobre un asunto muy importante. Pero puedo esperar a que acabe la clase.

—*Mmm*, todo un detalle —ironizó Castillo—. ¿Un asunto muy importante dice? ¿Y puede saberse quién es usted y de qué asunto se trata?

—Mi nombre es James Neroski —respondió Nero bajando la voz, al tiempo que abría su cartera para mostrarle el carnet con su identificación oficial.

—¡Mierda! —exclamó entonces Castillo, entre dientes—. ¿Seguridad Nacional? ¿Qué demonios quieren de mí?

—Hablar. No aquí ni ahora, como supongo que entenderá.

—¿Hablar? ¿De qué?

—Le esperaré fuera —se limitó a decir Nero, levantándose y echando a andar en dirección a la puerta de salida.

Tras unos segundos de turbación, Castillo, picado por la curiosidad, se giró hacia sus alumnos, miró el reloj de su muñeca y dijo:

—Hemos terminado. Mañana continuaremos con el tema de hoy. Les recomiendo que repasen.

Los alumnos saltaron de sus asientos sin importarles que el profesor hubiera adelantado el final de la clase, y en menos que canta un gallo habían abandonado el aula más contentos que un perro con dos colas.

A continuación, tras bajar al estrado a recoger su maletín, Castillo salió de la clase. En el pasillo, apoyado contra una pared y

con las manos en los bolsillos, vio al hombre misterioso.

—Tengo un rato antes de que comience mi próxima clase —le dijo cuando estuvo frente a él—. Quince minutos exactamente.

—Será suficiente. ¿Damos un paseo? Me vendrá bien un poco de aire fresco —sugirió Nero, al tiempo que cambiaba las bifocales por las gafas de sol.

—Claro —dijo Castillo, dubitativo, antes de echar a andar detrás de él.

Una vez en el exterior del instituto, a la sombra de unos frondosos robles, Castillo no pudo contenerse más.

—Bueno, ¿va a decirme de una vez qué quiere de mí?

—Su colaboración —le soltó Nero.

—¿En qué?

—En una misión.

—Olvídese, yo no colaboro con el Gobierno. Demasiado complicado.

—Lo hizo en el pasado.

—Era más joven e imprudente. Todos cometemos errores. He madurado.

—Ya veo —dijo Nero, mirando de reojo el vetusto edificio que tenía a su lado—. Aunque no me parece que dar clase en un instituto público sea el mejor lugar para un brillante, prometedor y maduro físico. ¿O me equivoco, profesor Maximiliano Castillo?

—Odio que me llamen Maximiliano, y que se hagan los graciosos conmigo.

—¿Cómo quiere que le llame? ¿Max?

—Así lo hacen mis amigos —replicó desafiante.

—No pretendo serlo. Solo quiero que escuche la propuesta que tengo que hacerle.

—Adelante. Le quedan diez minutos.

Nero tomó aire y entornó los ojos tras los cristales oscuros de sus gafas antes de hablar.

—¿Recuerda cuando trabajó para el Gobierno?

—¡Cómo olvidarlo! Estrés, malos rollos, hermetismo, desconfianza…

—Sucedió hace mucho, en un proyecto secreto —empezó diciendo Nero.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Fue elegido porque era uno de los mejores. Un genio en lo suyo.

—No me va el jabón. Vaya al grano.

—Necesitábamos a alguien con talento e imaginación, y usted reunía ambas cualidades.

—¿Necesitábamos?

—Yo fui quien apostó por usted, y quien estaba al mando del Proyecto *Fabergé*.

—Nunca es tarde para conocer a tu jefe. A propósito, ¿el nombrecito se le ocurrió también a usted?

—La verdad es que sí. Me pareció que lo que teníamos entre manos era tan valioso como los famosos huevos que fabricaba aquel antiguo joyero ruso.

—¿No me irá a decir que está aquí por ese puñetero artefacto?

—En cierto modo.

—No lo entiendo. Trabajé casi dos años sin obtener ningún resultado, hasta que el proyecto se canceló y me pusieron de patitas en la calle.

—Había cumplido con su cometido y ya no nos era necesario.

—¿Cumplir con mi cometido? Ni yo ni nadie del equipo sacamos nada en claro. Aquellos planos que le habían robado a un agente doble, y que suponían que debía pertenecer a una fuente de energía prodigiosa desarrollada por los soviéticos durante la guerra fría, solamente nos llevó, una y otra vez, a callejones sin salida.

—Se equivoca. Su trabajo fue fundamental para que entendiéramos cómo funcionaba.

—Imposible. Todas las simulaciones que realizamos en el ordenador resultaron un desastre. Aquel supuesto generador no servía para nada.

—¿Y si le dijera que aquellos planos no eran soviéticos sino nuestros? ¿Y que solo le permitimos trabajar en una parte de ellos?

—¿De qué habla ahora?

—De un enigma oculto desde hace muchos años.

—¿Cuál?

—No puedo decirle mucho más. Únicamente que tenemos un gran problema relacionado con el Proyecto *Fabergé* y usted es el

hombre vivo que más sabe sobre él.

—Un momento… —pidió Max, dando un paso hacia Nero—. No me estará queriendo decir que han construido esa cosa sin llegar a entenderla, ¿verdad?

—No hemos construido nada —respondió Nero, categórico.

—¿Entonces?

—Venga conmigo a Colorado y se lo explicaré todo.

—¿Ir con usted? ¿A Colorado?

—Sí. Ahora. Tengo un *jet* privado esperando en el aeropuerto.

—Ha perdido la cabeza.

—Nos jugamos mucho. Puede que el futuro de la humanidad. Lo necesitamos.

—¿De qué habla ahora?

—De responsabilidad.

—Bonita palabra. Convendría que supiera que del idealista y comprometido científico que fui hace años, ya no queda nada. Ahora soy un modesto profesor de instituto, con plaza y sueldo fijo, que ha dejado de creer en unicornios y solo aspira a llegar a fin de mes.

—Sí, parece ser que no le fue demasiado bien desde que terminara con nosotros. Probó suerte con la investigación y, según tengo entendido, la comunidad científica no aceptó su teoría sobre no sé qué energía generada en el vacío cuántico. La cuestión es que acabó cayendo en desgracia. Le dieron la espalda y le negaron cualquier ayuda. Incluso el acceso a dar clases en la universidad.

—La comunidad científica. La ciencia… —comenzó diciendo Max, masticando las palabras—. La ciencia en nuestra sociedad es muy mejorable. Una pequeña élite de científicos decide qué resultados se publican y cuáles no, quiénes son los portavoces autorizados y cómo funciona la elección de pares. Según convenga, permiten publicaciones que respaldan ideas políticas, económicas o ideológicas. A esa ciencia, a esos científicos, les interesa el dinero, la fama y el estatus social. Son como estrellas del *rock* con batas blancas. Sin embargo, el proceso científico, a pesar de estar contaminado por este sistema viciado, funciona bien porque estudia las ideas y analiza las explicaciones desde la perspectiva de la racionalidad objetiva, y después pone esas ideas a prueba en la

naturaleza, donde unas pocas sobreviven para convertirse en teorías confiables. De él depende, del proceso científico, el verdadero conocimiento, no de la ciencia sustentada por científicos engreídos y corruptos.

—Le hicieron daño.

—Ya lo he olvidado.

—Seguro que sí —dijo Nero, zumbón.

—¿No me cree?

—La gente no cambia con los años. Se resigna y adapta. Usted lo ha hecho. Eso no quiere decir en absoluto que haya dejado de soñar con realizar un descubrimiento científico que la historia pueda recordar.

—¿Me está ofreciendo la inmortalidad?

Preguntó Max sin ocultar su interés, circunstancia de la que el intuitivo Nero se percató.

—Podría ser. Aunque yo me refería a un logro más terrenal. A un desquite —puntualizó el agente, ladino—. Piense, por un instante, lo que supondría para usted borrar de un plumazo su negro pasado profesional y, de paso, humillar a unos cuantos de esos científicos que le hicieron la vida imposible.

—No lo niego. Sería gratificante —admitió Max, dejando escapar una sonrisa esquinada.

Nero también sonrió, felicitándose por haber acertado con el punto débil de aquel científico frustrado; en su caso, al apelar a la única cosa que podría convencerlo para que aceptara su propuesta: la venganza.

Y ahora que lo tenía a punto de caramelo, estaba obligado a mostrarle la cara B del disco.

—Pero todo tiene su contrapartida —dijo sin dilaciones, muy atento a la reacción de Max.

—¡Contrapartida! ¡Cómo no! —exclamó este—. ¿De qué se trata?

—Quizá de su vida —le soltó de sopetón, aprovechando el momento dulce en el que se encontraba el profesor.

—¡Joder! Eso no me lo esperaba. ¿En serio me está proponiendo participar en una misión sin explicarme una mierda sobre ella y de la que no regresaré?

—Existe esa posibilidad —respondió Nero, seco—. Primero escuche lo que tengo que contarle y después tome una decisión.

—¿Sin compromiso?

—Sin compromiso.

Max, a duras penas podía contener la emoción que nacía en su pecho. Una emoción provocada por el científico que había sido y que, de pronto, sentía que volvía a ser.

—Necesitaré una excusa para ausentarme de la escuela —dijo tras meditar una fracción de segundo.

—Tengo un informe médico preparado. Intoxicación alimentaria por estafilococos. Náuseas, cólicos estomacales, diarrea… ¿Le vale?

—Con la comida que sirven en la cafetería de la escuela, a nadie le sorprenderá.

—Entonces no se hable más —concluyó Nero, ufano—. ¿Ha venido en coche?

—No.

—Mejor. Iremos en el mío —dijo el agente antes de echar a andar.

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—Aún no me ha dicho a dónde me lleva.

—Sí se lo he dicho. Primero a Colorado.

—¿Y después?

—Ya lo verá cuando lleguemos.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera?

—Unos pocos días… O para siempre.

—¡Hostias! No se anda por las ramas.

—No es mi estilo.

—Ya veo —concluyó Max, soltando un sonoro resoplido—. Debo pasar por casa. ¿Necesitaré mi pasaporte?

—No.

—Pero sí mis cosas de aseo personal, mudas, algo de ropa…

—Por eso no se preocupe, nosotros le proporcionaremos todo lo que precise.

—¿Hará frío donde vamos? ¿Calor?

—No lo sabemos.

—¿Cómo?

—Ya lo entenderá.

—¡Mierda! —exclamó Max—. ¿Y del resto del equipo puede contarme algo? ¿Cuántos seremos? ¿Quiénes son?

—Pronto los conocerá y todas sus dudas serán aclaradas.

—Entiendo —murmuró Max, mientras su mirada se tornaba tan sombría como una noche sin luna.

5
SALA DE GUERRA

Complejo de Cheyenne Mountain.
Colorado.
Estados Unidos.

Mientras el vehículo se aproximaba a la montaña, Max Castillo no dejaba de mirar estupefacto la enorme entrada semicircular que se abría en su base.

—¿Sorprendido? —le preguntó Nero, sentado a su lado en la parte trasera del *Humvee* militar en el que viajaban.

—Ya lo creo.

—¿Sabe dónde estamos?

—Lo he visto en una peli. *Juegos de Guerra*, creo.

—Vamos a adentrarnos en el NORAD, el Centro de Comando de Defensa Aeroespacial Conjunto de América del Norte. El corazón de la seguridad nacional de Estados Unidos. Aquí se reúne la defensa aérea y el sistema antimisiles estadounidense y canadiense. En caso de guerra nuclear, desde este lugar se asumirá el liderazgo político y militar para coordinar las tropas.

—Impresionante —dijo Max, ya cerca de la entrada.

—Sin duda —asintió Nero con cierto orgullo—. El complejo subterráneo se excavó bajo el monte Cheyenne, una montaña de granito de 610 metros de altura que le proporciona una protección extra, siendo capaz de soportar una explosión nuclear de 30 megatones. Es decir…

—1000 kilotones —lo interrumpió Max tras hacer un rápido cálculo.

—Exacto. Recuerde que la bomba lanzada en Hiroshima tenía 15 kilotones.

—Ya veo que es un lugar seguro.

—¿Seguro? Probablemente este sea el mejor sitio del mundo para estar en el peor momento.

Después de pasar dos puestos de control exteriores, en los que Nero debió enseñar su identificación, el *Humvee* por fin se adentró en el complejo a través de un túnel tan ancho como una avenida y tan alto como una catedral.

—¡Madre mía! —exclamó Max, sin dar crédito a la enormidad de aquel lugar.

—Y todavía no ha visto nada —le advirtió Nero, dispuesto a adoptar el papel de cicerone—. Si quiere, le puedo contar algunas curiosidades del búnker. Sin entrar en demasiados detalles, como entenderá.

—Dele, no tengo otra cosa que hacer —concluyó Max, arrellanándose en el asiento y cruzando los brazos sobre el pecho.

Después de las horas que había pasado volando desde Virginia hasta Colorado Spring junto al agente, Max había adquirido ciertos conocimientos sobre su carácter. Por ejemplo, ahora sabía que le gustaba el *whisky* caro, que era amable con el personal de cabina y, en general, con cualquier subordinado, y que podía quedarse dormido en el palo de un gallinero. También sabía que era inflexible e imposible de ablandar. Lo intentó en varias ocasiones, pero no le sacó nada más sobre la misión de lo que ya le había contado. Por esa razón había llegado a la conclusión de que solo le quedaba esperar a que Nero decidiera dónde y cuándo.

«Dónde», ya lo sabía. Bajo esa montaña. «Cuándo», estaba por determinar. Deseaba que pronto, ya que no le gustaban en absoluto los lugares cerrados. Y menos, estar rodeado de hombres armados.

—Existen dos entradas al búnker —escuchó decir al agente, con la sensación de encontrarse en un tren turístico—. Una en el norte, por la que hemos pasado, y la otra en el sur, al otro lado de la montaña.

—Casa con dos puertas, mala es de guardar.

—Sí, aunque seguro que a usted le gustaría saber que no va a quedarse sepultado si una de ellas se bloquea o se produce un derrumbe.

—Sepultado en vida. ¡Qué horror!

—Eso no va a pasar.

—Me deja más tranquilo —rubricó Max con cierta sorna.

—La construcción del búnker se inició en la década de los sesenta, llevó tres años y sesenta y seis millones de la época —continuó explicando Nero mientras el vehículo circulaba por el túnel en curva en el que se abrían, a derecha e izquierda, más túneles pequeños—. Existen once edificios levantados sobre resortes gigantes capaces de soportar la onda expansiva de una explosión nuclear o de cualquier terremoto. Unos edificios de tres y otros de dos plantas. En total, 16.000 metros cuadrados habitables.

La iluminación en el túnel la proporcionaban grandes campanas que colgaban del techo cada veinte metros. Una luz amarillenta y localizada que producía una sensación estroboscópica en el interior del *Humvee*, y que, sumada a la monótona imagen de paredes de hormigón gris recorridas por infinidad de tuberías de instalación y cables, estaban consiguiendo que Max empezara a marearse.

Nero, sin embargo, parecía tan feliz como un niño montado en una atracción de feria.

—El complejo cuenta con su propia estación eléctrica —prosiguió el agente, dispuesto a no dejarse nada en el tintero—. Tanques de combustible subterráneos para los motores diesel, y cuatro depósitos de agua con casi seis millones de litros que se alimentan gracias a un manantial que pasa bajo la montaña.

—El agua, fuente de vida.

—Si le aburro puedo parar.

—Por favor, continúe —se disculpó Max, que en realidad agradecía escuchar una voz conocida antes que circular por aquel lugar monótono y claustrofóbico en total silencio.

—También hay una capilla —prosiguió Nero mirándolo de reojo —, gimnasio, un economato y una taberna. Incluso dispone de su propio departamento de bomberos.

—¿Cuánta gente trabaja aquí abajo? —preguntó Max, imaginándose lo duro que tendría que ser.

—La dotación es de 200 almas. Principalmente ingenieros de comunicaciones y personal de inteligencia que correlacionan los datos que reciben antes de reenviárselos a sus mandos superiores. La seguridad del complejo corre a cargo de un par de docenas de

centinelas de la Fuerza Aérea.

—No parecen muchos en caso de emergencia —observó Max, dispuesto a seguirle la conversación por pura educación.

—Por eso no guarde cuidado. Ante cualquier contingencia o ataque, la 4ª División de Infantería del Ejército, emplazada a 26 kilómetros por carretera, está preparada para desplegarse rápidamente en el Monte Cheyenne. Además, también están las defensas pasivas.

—¿Se refiere a las puertas?

—Correcto. Existen varias a lo largo del túnel principal, como habrá podido observar. Tienen un metro de espesor, pesan veinticinco toneladas y quedan aseguradas a la pared de granito por once barras hidráulicas. Cosa rara que se cierren. Prácticamente siempre permanecen abiertas. La última vez que se cerraron las puertas fue con motivo de los atentados del 11-S.

—Interesante. ¿Le importaría decirme si queda mucho?

—Tranquilo. Llegamos a la zona de edificios. Pronto conocerá al resto del equipo.

—¿Ya están aquí?

—Sí. Usted es el último en sumarse a la misión.

—Le recuerdo que yo todavía no me he sumado a nada.

—Tiene razón —se disculpó Nero evitando mirarlo directamente, justo cuando el *Humvee* se detenía delante de un edificio de dos plantas—. Bien. Parece que ya hemos llegado.

Max bajó del vehículo el primero, tomando aire como si saliera de una inmersión a pulmón de cuatro minutos. Nero intercambió unas palabras con el chofer y después se reunió con él.

—Es allí —se limitó a decirle, señalando a su derecha.

Max lo siguió hasta la entrada de un edificio de unos siete metros de alto que parecía salir de la roca viva. Tras la puerta, que el agente abrió sin necesidad de introducir ningún código, había un centinela sentado en una mesa. Nero lo saludó, le mostró su identificación y continuó por un pasillo sin decir palabra alguna.

La luz en aquel corredor de paredes forradas con láminas de metal provenía de fluorescentes situados en el techo. Luminarias estancas, robustas, simples y efectivas. Todo lo que alcanzaba a ver Max era así: práctico, funcional y duradero. El suelo era de

hormigón pulido, y los pasos sobre él resonaban igual que si taconearan en madera.

Por el camino se cruzaron con una pareja de soldados. Un hombre y una mujer jóvenes que discutían sobre cuál era el mejor restaurante de El Paso para comer enchiladas. Cosa que hizo salivar a Max y que le rugieran las tripas.

—No sé si se ha dado cuenta, pero lo único que he comido desde que salimos de Virginia ha sido una bolsa de cacahuetes en el avión.

—Yo también me muero de hambre —confesó Nero, sin aminorar en absoluto el ritmo de su caminar—. Cuando lleguemos a la sala de reuniones pediré que nos traigan unos sándwiches de la cantina.

—Sería un detalle. ¿Queda mucho?

—Enseguida llegamos, no se preocupe.

Eso le aseguró. Sin embargo, aún debieron recorrer varios pasillos más, tomar un ascensor hasta la segunda planta y serpentear por más pasillos hasta que, por fin, Nero se detuvo ante una puerta metálica, notablemente más robusta que el resto.

Max enarcó las cejas al leer el rótulo que había sobre ella.

«WAR ROOM 1».

—No se alarme. No voy a meterle en ninguna guerra —oyó decir a Nero.

—¿Seguro? —dudó Max.

—Bueno, al menos en ninguna convencional. ¿Listo para conocer a su equipo?

—Claro.

El agente introdujo un código de seis cifras en el panel que había situado a la derecha de la puerta, se escuchó un clic metálico y accionó el picaporte.

De la sala salió un olor a cables recalentados y a plásticos. Un olor que a Max le recordó inmediatamente el interior del coche de su padre, un Renault 12 de color caldera que ya era viejo cuando él nació, y que permaneció en la familia diez años más, hasta que un día el motor explotó cuando iban de Gijón a Oviedo a ver a sus abuelos. Un recuerdo traumático que jamás había olvidado, y que

hizo que sintiera un mal pálpito.

—Vamos, ¿a qué espera? —lo animó Nero, al verlo detenido en el umbral de la puerta.

Al entrar, vio una sala rectangular de unos treinta metros cuadrados con una mesa ovalada en el centro y sillas alrededor. En la pared del fondo había una gran pantalla de 100 pulgadas junto a otras cuatro más pequeñas, todas apagadas. Tanto el techo como las paredes y el suelo eran de un color gris medio. Había una cornisa bordeando todo el perímetro, y de ella salía una luz cálida y uniforme que mantenía la estancia a un nivel confortable.

En esas cuestiones estéticas se fijó Max, y, sobre todo, en la mujer sentada en un lado de la mesa que levantó la vista del libro que estaba leyendo para mirarlo, y en el hombre que había en el otro extremo jugando a un solitario sin inmutarse ante su presencia.

—Buenas tardes. Siento la espera —comenzó diciendo Nero, en tono afable—. Por fin estamos todos, y en unos minutos empezaremos la presentación.

—Ya era hora —se quejó la mujer.

El hombre continuó concentrado en las cartas.

—Si no les importa, haré los honores —prosiguió el agente al percibir una cierta tensión en el ambiente—. Él es el doctor Max Castillo. Ella es la doctora Olivia Parker, y el hombre del fondo se llama Willian Norris, encargado de la seguridad.

—¿Seguridad? —repitió Max, confundido.

—Siempre es conveniente guardar precauciones.

—¿Y ya está? ¿Nosotros tres seremos todo el equipo?

—Pocos, pero bien elegidos —rubricó Nero antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la salida.

—¿A dónde va ahora? —se extrañó Max.

—Debo encargarme de ultimar detalles. Y de traerles algo de comida —contestó abandonando la sala y cerrando la puerta tras de sí.

Olivia dobló el pico de una hoja con meticulosidad, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa. A continuación, se giró en el asiento en dirección a Max.

—¿Doctor en qué? —le preguntó.

—En Física Teórica.

—Muy amplio. Concreta.

—He explorado muchas disciplinas. Teoría Cuántica de Campos y Cuerdas, Física Teórica de Partículas, Física Nuclear, Física de Astropartículas, Mecánica Cuántica…

—Para el carro, ya me hago una idea de por dónde van los tiros.

Max se fijó en la portada del libro que estaba leyendo.

—*No matarás*, rotundo título. El mandato ancestral más incumplido —sentenció—. ¿Es bueno?

—Bastante —aseguró ella.

—Ya me lo dejarás.

—Veremos.

—¿Y tú? —preguntó Max.

—Yo, ¿qué?

—¿En qué eres doctora?

—En Biología.

—Concreta —contraatacó el físico.

—Microbiología, Zoología, Taxonomía, Astrobiología…

—Caray.

—Soy inquieta, como tú.

—¿Y él? —preguntó Max, señalando a Norris.

—No habla mucho. Llevo aquí dentro casi dos horas y solo he cruzado tres palabras con él.

—Una vez leí en una revista militar —comenzó diciendo Max mientras se acercaba a Norris—, que cuando se selecciona para una misión de alto riesgo a un grupo de soldados que no se conocen previamente, estos limitan las conversaciones al mínimo y evitan intimar. Según parece, porque desmoraliza menos ver morir a un extraño que a un camarada.

Norris, que seguía jugando al solitario, se detuvo con una carta en la mano y, sin mirarlo, le soltó de malos modos:

—Calla y siéntate.

—¿Lo ves? Se confirma mi hipótesis —sentenció Max dirigiéndose a Olivia—. Sin duda, nuestro amigo es un soldado.

—O sea, un físico, una bióloga y un soldado —concretó Olivia—. Curioso grupo. ¿Para qué nos querrán? ¿Tú sabes algo de la misión?

—Prácticamente nada. ¿Y tú?

—Lo mismo —respondió Olivia.

Max, que continuaba de pie, buscó con la mirada un lugar en la mesa.

—¿Y nuestro amigo el hablador? —preguntó una vez eligió una silla frente a Olivia y se sentó—. ¿Sabrá él algo?

Norris ni se inmutó. Fue Olivia quien respondió.

—Si no me ha mentido, aquí todos hemos venido a ciegas. Raro, ¿verdad?

—¿Que no nos hayan dicho nada o que aún así hayamos aceptado? —barajó Max.

—Yo vengo a escuchar lo que tienen que contarnos —replicó Olivia, algo tiesa—. Supongo que igual que todos.

—Claro. A escuchar. ¿Qué te han ofrecido?

—Eso a ti qué te importa.

—A mí me han prometido un éxito científico rotundo con el que podré tomarme una revancha —confesó Max, impermeable a su exabrupto.

—Me parece perfecto —concluyó Olivia con indiferencia.

Durante unos segundos, los dos científicos se observaron sin hablar y casi con descaro. Hasta que Olivia rompió el silencio.

—Tienes un acento que no logro identificar. ¿De dónde eres? —preguntó relajando el tono.

—De Asturias. De Gijón. Una ciudad del norte de España —respondió Max, fija la mirada en los ojos profundamente verdes de la bióloga.

—¿Con mar?

—Un mar precioso y bravo que proporciona una brisa suave mientras baña playas de arena fina.

A Olivia no le pasó desapercibida la carga nostálgica que llevaban sus palabras.

—Y ahora estás aquí.

—Sí, ahora estoy aquí —asintió Max.

—Me refiero a Estados Unidos. ¿Por qué?

—Estudios. Trabajo. Mejores oportunidades…

—Buenos motivos. ¿Te arrepientes?

—Tengo días. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó Olivia, descolocada.

—¿Has dejado muchas cosas por el camino?

—¿Te refieres a mi trabajo?

Max asintió con la cabeza.

—Estudié lo que quise, aunque no siempre trabajé en lo que anhelaba.

—La realidad enfrentada a nuestros sueños —sentenció Max, desviando la mirada—. ¿Qué anhelabas?

—Eso no es importante.

—Claro que lo es. Sobre todo para ese cabrón de Nero. Seguro que te prometió cumplir tu deseo más profundo. ¿O me equivoco?

—Dejémoslo.

—Bien, dejémoslo —claudicó Max, girándose hacia Norris—. ¿Y tú, soldado?

Norris continuó jugando al solitario, impertérrito.

—Te estoy hablando, soldado —insistió Max.

—Me llamo Norris —respondió este, masticando las palabras.

—Vale, Norris, disculpa. Pero eres soldado, ¿verdad? Militar.

—Lo fui.

—¿No estás en activo?

—No —respondió Norris, que continuaba con la vista fija en las cartas.

—¿Estás en la reserva?

Norris se limitó a esbozar una sonrisa.

—¿Jubilado? No pareces muy mayor. ¿Qué tienes? ¿Cuarenta y cinco años? ¿Cuarenta y seis? Se te ve en buena forma.

—¿Qué más da eso? —intervino Olivia, extrañada.

—Solo intento comprender —dijo Max.

—¿Comprender el qué?

Max no respondió a su pregunta. En su lugar, contestó con otra tras caer en la cuenta.

—Dime, ¿en algún momento trabajaste en un asunto llamado Proyecto Fabergé?

—¿Fabergé, como los huevos rusos?

—Sí.

—Para nada.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Por qué?

—Lo siento, es mi naturaleza. No dejo de darle vueltas a la

cabeza intentando encontrar una relación.

—Pues deja de hacerlo —le aconsejó Olivia—. Pronto podrás salir de dudas.

—Eso espero.

Nada más decir esto se escuchó el desbloqueo de la cerradura. Como resortes, los tres se volvieron para mirar hacia la puerta.

Por ella entró, con paso decidido, un joven de uniforme.

—Me han ordenado que les entregue estos contratos. Deben firmarlos. Volveré a buscarlos dentro de diez minutos —se limitó a decir el soldado, al tiempo que dejaba tres carpetas y un bolígrafo sobre la mesa.

Antes de que se les ocurriera alguna pregunta, el militar desapareció tan rápido como había llegado.

—Un contrato de confidencialidad. Era de esperar —observó Max.

—¿Diez minutos? —se extrañó Olivia, abriendo la carpeta que llevaba su nombre en la portada y sopesando la cantidad de folios impresos que había en su interior.

—Pasadme la mía —pidió Norris alargando una mano.

Max se la entregó.

—El bolígrafo también.

Cuando tuvo ambas cosas en su poder, Norris fue directo a la última página del contrato, firmó debajo de su nombre y, a continuación, lanzó la carpeta y el bolígrafo sobre la mesa y se enfrascó de nuevo en las cartas.

—¿Firmas sin leer? —se extrañó Max.

—Tú firmarás igual después de tragarte, a toda prisa, un tostón insoportable de jerga de abogados que vendrá a decir que, «o mantienes la boca cerrada sobre lo que te cuenten aquí, o te buscarás la ruina».

—Es posible. No obstante, voy a echar un vistazo —determinó Max.

—Y yo —secundó Olivia.

Pasados diez minutos, durante los cuales leyeron el contrato en diagonal centrándose en las últimas páginas, Norris habló.

—Ha pasado el tiempo.

—¿Ya? —se sobresaltó Max.

—De un momento a otro se abrirá la puerta. Puntualidad militar. ¿Firmáis o no?

Con pesar, Max cogió el bolígrafo y dejó su rúbrica sobre el papel.

—¿Y tú? —preguntó Norris a Olivia, que continuaba enfrascada en la lectura.

—¡Qué remedio! —exclamó esta, una vez se dio por vencida.

—Tenías razón —debió admitir Max, dirigiéndose a Norris—. Un montón de palabrejas para acabar diciendo que si nos vamos de la lengua sobre lo que oigamos aquí nos caerá encima todo el peso de la ley.

—¡Y dos millones de dólares de multa! —añadió Olivia, justo en el momento en el que se abría la puerta y entraba de nuevo el soldado.

Sin decir una palabra, el joven recogió las carpetas y el bolígrafo de la mesa, comprobó que estuvieran firmados los tres contratos y se dio la vuelta dispuesto a irse.

—Eh, soldado —saltó entonces Norris, girándose en su silla para mirarlo.

El militar se detuvo y se volvió.

—Comunica a quien corresponda que estamos hasta los cojones de esperar —rubricó Norris en tono firme—. ¿Lo harás?

El joven asintió con la cabeza sin mucho entusiasmo y abandonó la sala.

—No creo que sirva de mucho —dijo Max, desesperanzado.

—Seguramente, pero debía desahogarme —confesó Norris, regresando a su solitario.

—La verdad es que me muero de ganas por saber qué tienen que contarnos —intervino Olivia, intentando levantar un poco la moral de sus compañeros—. Debe ser algo muy grande.

—Yo también tengo ganas —secundó Max.

—La curiosidad mató al gato —musitó Norris, fiel a su estilo.

—¿Siempre eres tan optimista?

—¡Joder! Mirad dónde nos han reunido, en una puta sala de guerra de un búnker —replicó Norris elevando la voz—. ¿Qué esperáis escuchar? ¿Que van a mandarnos a rescatar a unas pobres monjas que se han quedado atrapadas en la alacena del convento?

¿Es que todavía no lo veis?

—¿Qué tenemos que ver? —se animó a preguntar Olivia.

—Lo evidente. Que nos espera una jodida misión suicida a la que no podremos negarnos —respondió Norris relajando el tono.

—¿Por qué no? —intervino Max, preocupado.

—Porque ese hijo de la gran puta de Nero conoce bien a las personas y sus debilidades. Somos lo que buscaba y nos conseguirá, no os quepa duda —sentenció Norris justo en el momento en el que la puerta se abría y, por ella, entraba James Neroski seguido de una mujer.

—Disculpen la tardanza. No saben lo complicado que ha sido organizarlo todo —comenzó diciendo el agente con la soltura de un vendedor de coches usados—. Les presento a la doctora Valentina Bravo. Ella es nuestra asesora científica y, en buena parte, responsable de que estén ustedes aquí hoy.

—Bueno, yo no me atrevería a decir tanto —comenzó a decir ella, intimidada por la carga que Nero había soltado sobre sus hombros—. Doctor Castillo, doctora Parker, señor Norris…

Se presentó, sucinta, sin sacar las manos de los bolsillos de su bata blanca.

—La conozco —saltó Max después de quitarle, mentalmente, veinte años—. Yo acababa de llegar de España. Ambos nos presentábamos para obtener un puesto de trabajo en un prestigioso laboratorio de física que finalmente obtuvo usted.

—Lo recuerdo —admitió ella con naturalidad.

—No le fue mal. Ascendió pronto. Siempre involucrada en proyectos interesantes, sin dejar de publicar.

—No me puedo quejar.

—Era buena en lo suyo, lo admito, y también ambiciosa.

La doctora Bravo mantenía cierta distancia emocional, como haría un superior ante un subordinado respondón, y solo empezaba a sentir curiosidad por saber a dónde quería llegar Max. Durante unos segundos, ambos científicos se miraron sin decir palabra. Hasta que Max se decidió a resolver.

—La verdad es que me alegra saber que hay alguien con su talento detrás de este asunto.

—Un talento inmenso —intervino Nero, dispuesto a dar por

concluidas las presentaciones.

Después se aproximó a la gran pantalla del fondo de la sala con una tableta en la mano, la encendió y se situó a un costado.

La doctora Bravo cogió una silla, la separó de la mesa y se sentó pegada a la pared, a su lado. El resto se mantuvo en su sitio, expectantes. Incluso Norris recogió las cartas, las dejó en un montón y se recostó en el asiento con la mirada fija en el agente.

—Les pido que escuchen con atención lo que voy a contarles —empezó diciendo Nero con gesto serio—. Primero, y para ponerles en antecedentes, les hablaré de un hecho que aconteció en la década de los sesenta y que solo un puñado de personas conocen. Me refiero a un descubrimiento tan increíble que obligó al Gobierno de los Estados Unidos a crear lo que, en círculos muy restringidos, llamamos: «La gran mentira».

SEGUNDA PARTE

6
LA GRAN MENTIRA

Antes de continuar hablando, Nero bajó el nivel de luz mediante su tableta y la sala quedó en penumbras. A continuación seleccionó una imagen que, de inmediato, apareció en la enorme pantalla de televisión de la pared.

—Esta fotografía fue tomada en el año 1965 por el piloto de una nave espacial perteneciente al Programa Gemini, en la órbita terrestre, a 835 kilómetros de altitud —comenzó explicando el agente—. ¿Qué les parece?

Los tres integrantes de la futura misión se inclinaron hacia delante como si así pudieran entender mejor lo que veían en la pantalla.

En la parte de abajo de la fotografía asomaba el perfil curvo, azul, blanco y verde de la Tierra, en contraste con un espacio negro salpicado de puntitos luminosos; y, en la esquina superior derecha, levemente iluminado por la luz del Sol, destacaba un solitario objeto semejante a un contenedor.

—¿No dicen nada? —insistió Nero—. Hay más fotos. Se tomaron cientos mientras el módulo describió una órbita junto a él, a menos de doscientos metros.

En un carrusel constante, el agente fue mostrando fotografías del objeto desde diferentes ángulos y con distintas iluminaciones. Pero en todas se veía lo mismo: un prisma piramidal de superficies bruñidas y lisas por completo.

—No entiendo. ¿Qué estamos viendo? —decidió preguntar Max, confundido.

—Eso mismo se preguntó la NASA en aquellos años —respondió Nero—. ¿Qué demonios era ese artefacto de líneas tan perfectas, y por qué estaba orbitando nuestro planeta?

—Teniendo en cuenta el año —intervino Norris—, si no era nuestro, solo podía ser de los soviéticos.

—También pensaron en ellos los astronautas al divisarlo en la lejanía, y el responsable en tierra del Proyecto Gemini cuando le comunicaron el hallazgo —dijo Nero—, que sería una parte de algún cohete de lanzamiento o un satélite colocado allí por los comunistas. Sin embargo, al acercar más la nave y ver el objeto con más detalle, se dieron cuenta de inmediato de que eso era imposible.

—¿Entonces? ¿Qué era? —insistió Max.

—Nadie lo sabía, y el hallazgo se clasificó a la espera de poder obtener más información.

Dicho esto, Nero cambió la fotografía y en la pantalla apareció el objeto en primer plano con un astronauta flotando junto a él.

—Desde ese instante, la carrera espacial tomó un nuevo cariz —prosiguió el agente—. Se mantuvo el objetivo de llegar a la Luna, por supuesto. Gustaba al gran público y se había invertido mucho dinero para tal fin. Estados Unidos estaba obligado a continuar, y también le venía bien que la Unión Soviética se arruinara intentando ganarnos la partida.

—¿Nos está intentando decir que, a partir del hallazgo de esa cosa, el proyecto lunar se usó de pantalla para ocultar y financiar su estudio? —razonó Max.

—Correcto. Después de la aparición del artefacto se creó una nueva división dentro de la NASA cuyo cometido exclusivo era analizar y comprender aquella aberración que giraba alrededor de nuestro planeta. En poco tiempo, las misiones espaciales dedicadas a tal cometido fueron tan numerosas y costosas como las destinadas a alcanzar la Luna.

—¿A eso se refería con «La gran mentira»?

—Así empezó —confirmó Nero—. Pero no nos adelantemos y vayamos por partes. ¿Se han fijado en la fotografía?

Los tres asintieron sin decir nada.

—Mientras decenas de astronautas norteamericanos integrantes de los programas Mercury, Gemini o Apolo han pasado a la historia como héroes al conseguir hazañas únicas en el espacio, otros muchos trabajaron en el más absoluto anonimato arriesgando sus vidas, y en ocasiones perdiéndolas, sin que sus nombres los recuerde nadie. Como el del joven que ven en la fotografía. Él fue el

primero en realizar un paseo espacial hasta el artefacto para observarlo con detalle, medirlo e intentar descubrir de qué estaba hecho. Hizo bien su trabajo, aunque algo falló en el sistema que le proporcionaba oxígeno y murió asfixiado en el camino de regreso a la nave. Murieron más durante los años en los que la NASA estudió el objeto. Las caminatas espaciales no eran seguras por aquel entonces, y los contratiempos eran frecuentes.

—¿Cómo ocultaban las muertes? —se interesó Olivia.

—Aquellos astronautas eran aviadores expertos. Pilotos de pruebas. Sus muertes se justificaban por accidentes durante el ejercicio de su trabajo.

—¡Qué prácticos! ¿Y sirvió de algo su sacrificio?

—Lo bastante para determinar que aquel extraño elemento que navegaba por nuestra órbita no era de origen terrestre —sentenció Nero.

—¿Hombrecillos verdes? ¡Venga ya! —se mofó Max.

—Eso se creyó entonces tras intentar perforarlo con sopletes manuales y no hacerle ni un rasguño —prosiguió el agente—. Tampoco fueron capaces de entender por qué su superficie permanecía caliente a pesar de estar en el espacio, a -200º centígrados.

—Raro, sí —debió admitir Max—. ¿Qué más información obtuvieron del objeto?

—Poco más. Que medía seis metros de largo por tres de ancho, y que en uno de sus extremos existía una especie de puerta que fueron incapaces de abrir mientras estuvo en el espacio.

—¿Mientras estuvo en el espacio?

—Eso he dicho.

—Entonces, lo trajeron a la Tierra.

—Sí, pero hubo que esperar algunos años —aclaró Nero, al tiempo que cambiaba de fotografía en la pantalla.

En esta nueva se veía un trasbordador espacial mientras desplegaba unos brazos mecánicos, cerca del objeto, para agarrarlo.

—Repasemos la historia —continuó Nero, que parecía muy a gusto en su papel de amo del misterio—. El programa espacial continuó durante la década de los sesenta con el objetivo público de alcanzar la Luna, y el oculto de analizar el artefacto. En 1969, por

fin, un estadounidense pisó el ansiado satélite. Se había avanzado mucho en tecnología espacial, sin embargo aún estábamos lejos de conseguir la proeza de transportar un objeto de ese tamaño desde su órbita hasta la Tierra. Hubo que esperar hasta 1972, cuando se inició el programa para construir un trasbordador espacial, para poder soñar con conseguirlo. En 1981, el *Columbia*, la primera nave espacial reusable del mundo, despegó de Florida y realizó con éxito su primer vuelo al espacio. ¿Imaginan la alegría de aquellos que llevaban años esperando que algo así sucediera? La espera había merecido la pena, y el dinero invertido. Ahora, solo quedaba meter en la bodega del Columbia aquel objeto extraterrestre y ponerse manos a la obra para su estudio.

Nero respiró hondo y continuó hablando.

—Dos años después, en 1983, aprovechando la puesta en órbita del *Spacelab*, un laboratorio de microgravedad, el *Columbia* transportó de vuelta en su bodega aquel artefacto tan ansiado.

—¿Nos está diciendo que el programa iniciado en los setenta para construir un trasbordador espacial fue impulsado por la necesidad de traer esa cosa a la Tierra? —preguntó Max con cierto tono de indignación.

—Principalmente. Aunque muchas otras razones de peso, como poner satélites en órbita, laboratorios espaciales o una futura estación espacial, justificaron de sobra el programa y su desorbitado coste —respondió Nero, dedicando una rápida mirada a Olivia—. Después de la inversión hecha se continuó mirando al espacio. Realizando misiones exploratorias. Soñando con llegar a otros planetas. Con salir de nuestra galaxia… Y así hasta el día de hoy. ¿Entienden ahora a lo que me refería con «La gran mentira»? Llevamos décadas haciendo creer a la humanidad que las famosas preguntas, «¿De dónde venimos o a dónde vamos?», las encontraremos en el espacio, en Marte o en Júpiter, o en alguna galaxia lejana. Preguntas cuyas respuestas, en realidad, pueden responderse sin movernos de la Tierra.

Dicho esto, con la mayor carga dramática que fue capaz de aportar, Nero se quedó callado. Un mutis premeditado que buscaba estudiar las reacciones de los presentes.

—Un momento —empezó pidiendo Max, una vez metabolizó

todo lo que había escuchado—. ¿Nos está diciendo que llevan estudiando ese supuesto objeto extraterrestre desde hace tanto tiempo?

—Cuarenta años. Sí.

—¿En secreto?

—Ya les dije que, en la actualidad, únicamente un grupo muy reducido de personas conoce los detalles del Proyecto Máquina al completo.

—¿Proyecto Máquina?

—Sí, así lo llamaron los primeros científicos que interactuaron con el artefacto, «La Máquina».

El silencio invadió la sala hasta que Norris lo rompió.

—Y dígame, señor Neroski, ¿qué tiene que ver ese puto chisme con nosotros? —soltó el exsoldado, haciendo que Max y Olivia, que seguían obnubilados con aquellas sorprendentes revelaciones, tomaran conciencia de la situación.

—Tiene razón —secundó Olivia, de pronto iluminada—. El doctor Castillo quizá, pero una bióloga y un soldado no sé qué pintamos aquí. Nos está hablando de física e ingeniería, y esos no son nuestros campos.

—Lo admito. No son sus campos —dijo Nero con naturalidad—. Sin embargo, les pido un poco de paciencia. Pronto entenderán la razón de su presencia en esta sala, y la necesidad de que acompañen al doctor Castillo en la misión.

—Pues abrevie, porque veo que no ha traído nada de comer y las tripas no dejan de rugirme —soltó Norris de malos modos.

También en ese detalle cayeron Max y Olivia, que de pronto sintieron un hambre terrible.

—Lo siento —se disculpó Nero—, no he tenido tiempo. Pero no se preocupen, cuando acabemos podrán visitar la cantina. Y ahora, si no les importa, me gustaría continuar.

—Adelante —dijo Norris, recostándose en la silla con desgana.

—Bien —prosiguió Nero cambiando de nuevo la fotografía que aparecía en la gran pantalla—. Fíjense en esta instantánea tomada en 1984. Como verán, el personal que estudiaba La Máquina era muy reducido.

La foto mostraba algo parecido a un almacén enorme con techos

altísimos, donde se encontraba el artefacto colocado sobre una mesa gigante, y, a su alrededor, tres hombres de mediana edad que la observaban desde cierta distancia.

—¿Dónde es? —preguntó Max.

—Oh, no estoy seguro —admitió Nero—. Al principio, La Máquina cambió bastante de ubicación por motivos de seguridad. Trasladarla era sencillo, ya que su peso era extremadamente liviano para su tamaño, menos de una tonelada. Finalmente, en el año 2002, se decidió enviarla al único lugar donde los rumores sobre fenómenos extraños son tan abundantes que no importaría si algún friqui avezado denunciaba uno más. ¿Adivinan dónde?

Max y Olivia se miraron encogiéndose de hombros.

Norris, sin embargo, lo tenía claro.

—Área 51.

—Exacto —corroboró Nero—. La base militar más enigmática del mundo. Sanctasanctórum de chalados conspiranoicos y amantes de los ovnis. Un lugar seguro donde los expertos podrían trabajar, sin interferencias, en desentrañar los misterios que ocultaba.

—¿Habla del año 2002? —se extrañó Max.

—Sí.

—¿Y dice que llevaban estudiando el objeto desde 1984 y aún no sabían de qué se trataba?

—Así es —corroboró Nero—. No existía ninguna broca suficientemente dura para poder abrirla. Ni siquiera hacerle el más mínimo rasguño en su superficie. También probaron con lanzas térmicas de alta potencia, y discos de corte de diamante. Incluso usaron un láser ultrapotente desarrollado para la industria militar. Nada sirvió. Les quedaban los explosivos, pero alguien con dos dedos de frente decidió que era demasiado arriesgado. Por eso esperaron a contar con una tecnología que pudiera resolver el problema, y desistieron de abrirla.

—Supongo que continuaron estudiándola —dio por hecho Max.

—Aparte de confirmar que La Máquina estaba fabricada con un elemento que no aparecía en la tabla periódica, poco más podían obtener mientras permaneciera cerrada —respondió Nero—. No obstante, años más tarde, con métodos indirectos que la doctora Bravo podrá explicar mejor, se determinó que en un extremo, donde

se situaba la supuesta puerta, había algo semejante a cables, y que el resto estaba completamente vacío.

—¿Vacío? —se extrañó Max.

—Eso indicaba el estudio —intervino por primera vez la doctora Bravo—. En el Área 51 se usó un reactor nuclear de investigación para provocar un flujo de neutrones que atravesó el objeto.

—¿Y?

—Se calculó que el 99,99 % del objeto no mostraba masa alguna en su interior.

—¿Entonces?

Valentina Bravo, a sabiendas de que Max hablaba el mismo idioma que ella, decidió elevar el nivel y jugar un poco antes de responderle.

—¿Qué pasa si un fotón está en reposo absoluto? —le preguntó con la misma confianza que tendría una maestra ante el mejor alumno de la clase.

Y, en efecto, Max no la defraudó.

—Que no tiene masa.

—En apariencia.

—En apariencia —repitió Max, que ya empezaba a comprender.

—Como el fotón, existen otras partículas elementales en el universo —prosiguió la doctora Bravo—. El modelo estándar comprende diecisiete tipos, de los cuales seis son quarks, seis leptones, cuatro bosones de gauge, entre los que está el fotón, y aparte tendríamos al bosón de Higgs. ¿Es correcto?

—Totalmente —respondió Max entornando los ojos—. ¿A dónde quiere llegar?

—Al origen mismo de la existencia. A ese misterio que invade el cosmos por completo y que solo intuimos. A una energía que no manifiesta masa pero que es la responsable de la expansión del universo y, probablemente, de todo lo que conocemos.

—¿Habla de… materia oscura?

—Es una hipótesis —debió admitir la doctora Bravo.

—Si fuera así, ese objeto, La Máquina, podría ser una fuente de energía prácticamente inagotable —concluyó Max, casi levantándose de la silla por la emoción.

—Esa es la idea. Ahora, dejémonos de tecnicismos y volvamos al

asunto que nos ocupa —intervino Nero, intentando reconducir la presentación hacia un plano más práctico.

Cosa que no pudo hacer, ya que en la cabeza de Max se agolpaban una sucesión infinita de preguntas de las que eligió una.

—Díganme, ¿consiguieron abrirla?

—Sí —se adelantó a responder Nero—. La doctora Bravo dio con la clave.

—¿Cómo? —quiso saber Max.

—Llevaba poco tiempo incorporada al proyecto —comenzó explicando ella—. Aún no había podido estudiar en profundidad la documentación que había acumulada sobre La Máquina, ni los detalles técnicos que hablaban de los intentos fallidos por abrirla, cuando se me encendió la bombilla. Sucedió una mañana que estaba de compras.

—¿Va a ser muy largo? —preguntó Norris, soltando un bufido.

Max lo miró con cara de perro y la doctora continuó sin inmutarse.

—Fue en un centro comercial. Al ir a pagar un jersey y ver que la cajera quitaba la alarma sujeta a la prenda, lo vi claro. Eso era, me dije. Tenía todo el sentido.

—¡Joder, es verdad! —exclamó Max de inmediato.

—¿De qué hablan? —preguntó Olivia sin complejos, molesta por no poder seguir el ritmo de aquellos dos sabios.

—Esas alarmas de plástico traban el pincho que atraviesa las prendas —explicó Max—. Pincho que puede destrabarse actuando sobre el electroimán de su interior cuando la cajera aproxima la alarma a un aparato que crea un campo magnético. ¿Lo entiendes?

—Más o menos —confesó Olivia.

—O sea que era eso —dijo Max regresando a la doctora Bravo—. El cierre de La Máquina era electromagnético. ¿Qué usó para activarlo? ¿Un potente imán de neodimio?

—Fue lo primero que probé. Uno de media tonelada. No la abrió, aunque ciertos ruidos producidos en el interior me indicaron que iba por buen camino —respondió la doctora Bravo—. Lo siguiente que usé fue un electroimán con un núcleo de ferrita enorme, y una bobina tan grande como un coche, que creaba un campo magnético que producía 15 teslas de fuerza de atracción.

Una barbaridad para esos años.

—Y la abrió —aventuró Max.

—La abrí —confirmó la doctora Bravo, ufana—. Y encontramos lo que ya se vislumbró al aplicar el flujo de neutrones. Un laberinto de cables y conectores.

—Que no eran convencionales —intuyó Max.

—En absoluto. Al igual que el exterior de La Máquina, estos estaban fabricados con materiales desconocidos y mostraban una tecnología de una complejidad y sofisticación jamás vista. Pero no nos dimos por vencidos y nos pusimos manos a la obra para estudiar aquel sistema, ya que sabíamos que era fundamental entenderlo si queríamos llegar a desentrañar el misterio que escondía aquel vacío.

—¿Y lo consiguieron? —preguntó Max, ansioso por saber.

—Usando escáneres de última generación, y miles de horas de detallados análisis, tras un año de trabajo obtuvimos unos planos digitales con los que poder trabajar —explicó la doctora Bravo, que en lugar de una respuesta le generó aún más dudas.

Aunque en esta ocasión Max no preguntó más, y se limitó a esperar a que la doctora continuara.

Como así hizo.

—Esos planos nos dirían cómo funcionaba La Máquina. Necesitábamos interpretarlos. Lo intenté. Juro por Dios que lo intenté con todas mis fuerzas. Me rodeé del mejor equipo y los ordenadores más potentes, pero fui incapaz de lograrlo. Entonces, se decidió dividir los planos en lotes por motivos de seguridad, y los entregamos a distintos físicos. Unos más clásicos. Otros con visiones más innovadoras. Viejos y nuevos talentos. Un poco de todo. La cuestión no era solo de conocimientos, ya que sabíamos de sobra que nos enfrentábamos a una tecnología desconocida, de lo que se trataba era de dar con el físico que combinara sabiduría, creatividad, intuición y una buena dosis de fantasía. Y lo encontramos.

La mirada divertida que la doctora Bravo le dedicó, consiguió que Max cayera en la cuenta.

—Claro, habla del Proyecto *Fabergé*.

—Sí. Una genialidad su propuesta de que, en realidad, aquel

aparente caos ocultaba un estricto orden basado en un sistema de fractales de diferentes escalas y orientaciones. Fue usted el que nos dio la clave que buscábamos para poder desarrollar una interfaz que nos conectara con La Máquina. Aunque nos llevó más tiempo del que hubiéramos deseado, ya que además de las variaciones espaciales de tamaño y ubicación, el sistema de fractales también incluía la cuarta dimensión.

—¡El tiempo! ¿Cómo no lo pensé?

—Esa variable nos dio muchos quebraderos de cabeza, y un número de cálculos tan brutal que ni granjas con más de diez mil ordenadores daban abasto. Por esa razón debimos esperar hasta disponer de un procesador mucho más potente.

—Una computadora cuántica.

—Usted lo ha dicho —ratificó la doctora Bravo—. Uno de los primeros prototipos funcionales estuvo a nuestra disposición hace algo más de cuatro años, y nos pusimos manos a la obra. En un mes habíamos desarrollado un protocolo viable. Y en dos una interfaz lógica con la que tener control sobre La Máquina a través de un teclado virtual.

—¡Es increíble! —exclamó Max sin poder contenerse—. ¿Y qué pasó? ¿Activaron La Máquina?

La doctora Bravo miró a Nero esperando su aprobación para contestar, pero este se mantuvo callado, con el rostro serio, mientras trasteaba en su tableta.

El que sí habló, levantando el tono, fue Norris.

—¡Joder! ¿Tan listo como pareces y dudas de eso? —dijo tan incisivo y directo como siempre, dirigiéndose a Max—. Está claro que apretaron el botón y la cagaron, y nosotros ahora vamos a limpiar la mierda.

Max, mudo, pedía una respuesta con la mirada clavada en la doctora. Aunque fue el responsable de la Seguridad Nacional el que habló.

—Había que hacerlo. No quedaba otra —comenzó diciendo el agente en tono fatalista—. Aquel objeto era una fuente de conocimientos extraordinaria que llevaba estudiándose casi cuarenta años. Un regalo que «alguien» dejó a la humanidad en el espacio. El empujón que necesitábamos para seguir avanzando y

acabar con las luchas de poder por la energía.

—¿De verdad se cree lo que dice? —intervino Olivia—. ¿Un regalo para la humanidad que los Estados Unidos ha mantenido en secreto?

—Había que ser cautelosos —replicó Nero.

—Sí, claro. Seguro que no pensaron en el poder que proporcionaría al país poseer tal prodigio —apuntó Olivia, sarcástica.

—¿Entonces La Máquina es eso, una fuente de energía proporcionada por la materia oscura? —dedujo Max, más interesado en cuestiones científicas.

—Creemos que sí —acabó respondiendo la doctora Bravo ante el silencio de Nero, que volvía a trajinar en la tableta.

—Pero la activaron, ¿verdad?

—La activamos.

—¿Y qué pasó?

—Un desastre, qué va a pasar —reiteró Norris.

—Por favor, déjala responder —lo increpó Max sin contemplaciones.

Norris levantó las manos en señal de rendición, y la doctora Bravo retomó la palabra.

—Hace más de dos años que se dio luz verde a la puesta en marcha de La Máquina, y a día de hoy todavía no estamos seguros de lo que ha sucedido.

—¿Cómo dice? ¿Es que no hay ningún científico en el Área 51 suficientemente competente como para interpretar los datos? —se sorprendió Max.

—No se puso en marcha en el Área 51 —respondió Nero, quitándole la palabra a la doctora—. Y no tenemos datos porque no existe posibilidad alguna de acceder a ellos.

Norris elevó las cejas, resopló y se repanchingó en la silla. Olivia se quedó con la boca abierta sin saber a quién mirar. A Max, sin embargo, le quedaba una doble pregunta que plantear.

—¿Qué pasó y dónde? Y, por una vez, no se anden por las ramas.

—No lo haremos. Nuestra intención es ponerles en antecedentes. Ahora ha llegado el momento de contarles el resto. ¿Ven la

fotografía? —concluyó Nero señalando la pantalla.

Los tres se quedaron mirando la imagen, compuesta por franjas concéntricas de colores, sin llegar a comprender lo que veían.

—¿Qué es? —se decidió a preguntar Oliva.

—La zona cero. El epicentro —respondió Nero—. Su lugar de destino.

7
ZONA ROJA

—Es una fotografía aérea. Fue tomada con una cámara térmica —continuó explicando Nero—. Lo que ven en el centro, en color amarillo, es Isla Tortuga, llamada así por su semejanza con el caparazón de ese animal. Está situada en el Pacífico, a cien kilómetros de la isla de Coiba y a ciento veinticinco de Panamá. La totalidad de la isla es propiedad de la familia Sallow, unos ricos tejanos que se la compraron a los españoles en 1815, seis años antes de que Panamá se independizara del Reino de España. Desde entonces ha tenido múltiples usos. Desde lugar de vacaciones y retiro para la exclusiva familia Sallow, hasta base militar norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial. Los últimos veinte años, debido a que la fortuna familiar había mermado, los herederos se dedicaron a alquilarla por una millonada a futbolistas famosos, actores de Hollywood, estrellas del *rock* y magnates de todo tipo que deseaban pasar sus vacaciones en una isla para ellos solos, alejados de la prensa y del mundanal ruido, disfrutando de una lujosa villa ubicada sobre un acantilado en el extremo Norte. También ha sido escenario de películas y documentales sobre fauna, e, incluso, se rodó un *reality* de supervivencia justo antes de que el gobierno de los Estados Unidos la seleccionara como lugar ideal para la prueba.

—¿Una isla del Pacífico? —se extrañó Max—. ¿El Área 51, situada en mitad del desierto de Nevada, no les parecía un lugar suficientemente discreto?

—Las primeras pruebas con La Máquina se realizaron allí —dijo la doctora Bravo, tomando la palabra—. La activamos, como hablamos antes, y detectamos que en el vacío, de pronto, se formaba masa. También, que las paredes, que invariablemente siempre habían permanecido a 22º C, aumentaban de temperatura

hasta alcanzar los 40º C. Más análisis nos llevaron a la conclusión de que estábamos ante lo que parecía un generador, o parte de él, y que las partículas de su interior eran el combustible. ¿Se imagina tener al alcance de las manos una tecnología tan avanzada capaz de aprovechar la materia oscura para crear energía? Habíamos pulsado el botón de arranque de un coche sin pisar el acelerador. La clave era analizarla a pleno rendimiento, solo así podríamos desvelar cómo funcionaba realmente y cuáles eran sus capacidades.

—Entiendo, no se fiaban —resumió Max—. Si aquella cosa explotaba con consecuencias imprevisibles, mejor que no fuera en territorio estadounidense.

—Correcto —dijo Nero—. La prioridad dejó de ser la discreción y pasó a ser la seguridad. Una isla en mitad del Pacífico, deshabitada, era el lugar perfecto.

—La información se enviaría vía satélite al laboratorio del Área 51 —intervino la doctora Bravo—. No sabíamos qué llegaría ni durante cuánto tiempo. Hablamos de física cuántica. Yo debía estar allí para supervisar e interpretar los datos de inmediato, y tuve que delegar la operación de puesta en marcha en un pequeño grupo de técnicos al mando del doctor Robinson.

—¿Julius Robinson? —preguntó Max.

—Sí.

—¿Ese carcamal todavía sigue en activo? ¿Qué tendrá? ¿Setenta y cinco? ¿Ochenta?

—Se había retirado. Ya no investigaba ni daba clases, pero había sido uno de los más reputados físicos teóricos —explicó la doctora Bravo.

—Vamos, que era el único disponible.

—Y algo chalado —apostilló Norris—. Seguro que se dijo: ¿por qué no una última aventura en una isla paradisíaca antes de diñarla?

—Se le puso al corriente del proyecto —se justificó la doctora Bravo—. Conocía los riesgos que entrañaba activar La Máquina.

—¿Y el resto del equipo? ¿Cuántos eran? —preguntó Olivia.

—Ocho sin contar al doctor Robinson. Su ayudante. Tres ingenieros informáticos. Dos de telecomunicaciones. Una médica y un cocinero.

—Vaya, pensaron en todo —dijo Norris levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la pantalla de televisión—. Y siguen aquí, ¿verdad?

Nero miró hacia el punto que señalaba con el dedo, una zona roja situada en mitad de Isla Tortuga, y respondió.

—Exacto. Aprovechamos una construcción abandonada de principios del siglo diecinueve para instalar al personal. Se reformó y se adaptó con todas las comodidades y el equipo técnico necesario. Cerca se encontraba una cueva a la que se accedía desde la base de una colina, y nos pareció el lugar ideal para trasladar allí La Máquina.

—Los colores azul y violeta indican temperaturas frías. El amarillo y naranja, templadas. Este intenso rojo no me gusta demasiado —comentó el exsoldado.

—Si es tan amable de volver a tomar asiento, podremos continuar relatándoles la secuencia de los hechos —le rogó la doctora Bravo, con exquisita educación.

A regañadientes, Norris regresó a su sitio, se sentó y cruzó los brazos sobre el pecho mostrando indiferencia. El resto estaba en silencio, y Nero tomó de nuevo la palabra.

—Inmediatamente después de aumentar la potencia de La Máquina perdimos contacto con la isla. Nada funcionaba. Ni móviles, ni radios de onda corta, ni teléfonos vía satélite… Nada. Y eso no fue lo peor. Lo que realmente nos preocupó, fue cuando dejamos de tener contacto visual.

—¿Cómo dice? —preguntó Max.

—Miren estas dos fotografías —les pidió cambiando la imagen de la pantalla—. La de la izquierda muestra Isla Tortuga desde el aire en un día despejado y soleado. En la de la derecha se ve esa misma isla, a la misma distancia y con el encuadre idéntico, pero con una cúpula lechosa en la parte central. El radio es de un kilómetro. La cueva es el epicentro, y abarca también el edificio donde se aloja el personal. Ambas fotos fueron tomadas con minutos de diferencia. Cuando se cortó la comunicación con la isla, apareció esa… bruma.

—¿Bruma?

—Es densa, titilante y visualmente impenetrable. La doctora

Bravo la denomina La Zona Crítica.

En la pantalla fueron pasando diferentes fotos que mostraban la anomalía. De cerca y de lejos. Tomadas con cámara convencional y con infrarrojos.

—Es la parte roja que vimos en la primera fotografía de la isla. Está caliente —determinó Max.

—Sí. Diez grados por encima de la temperatura que hay a su alrededor, sea cual sea —respondió la doctora Bravo.

—¿Qué es?

—Los últimos datos apuntan a que se trata de partículas subatómicas dispuestas en un orden que desconocemos. Un muro cuántico, en definitiva.

—Muro que se formó hace dos años, al poner La Máquina en marcha a plena potencia —dedujo Max.

—Así fue.

—¿Qué pasa con la gente que hay dentro?

—Intentamos contactar con ellos, ya se lo hemos dicho, aunque ha sido imposible.

—¿No saben nada de ellos después de tanto tiempo?

—No —debió admitir la doctora.

—Ese mismo día mandamos a un equipo de reconocimiento —intervino Nero—. Desde entonces hemos enviado tres más sin obtener ningún resultado.

—¿Qué quiere decir? Explíquese —lo instó Olivia, en tono preocupado.

—Entraron en La Bruma, pero no salieron. Aún no sabemos nada de ellos.

—¿Cuatro equipos desaparecidos?

—En total, veinte personas. Una tragedia —admitió el agente con pesar—. También lo intentamos con drones equipados con cámaras y sensores de todos los tipos. Nada regresó ni aportó ninguna información del interior de La Bruma.

—Las personas que entraron, ¿creen que murieron? —quiso saber Oliva, con un ligero temblor en la voz que delataba su miedo.

La doctora decidió responder.

—No lo sabemos. Existe esa opción. O quizá se hayan quedado atrapados sin posibilidad de regresar. Quiero que entiendan que

jamás nos habíamos enfrentado a una situación como esta. Solo nos queda el ensayo y el error.

—Ah, claro, y ahora quieren probar suerte con nosotros. Tirar de nuevo los dados a ver si hay suerte —replicó Olivia—. Pues conmigo no cuenten.

—No quería decir eso —reculó la doctora—. El último equipo se envió hace año y medio. Desde entonces hemos logrado avances muy importantes.

—¿Qué avances? —quiso saber Max.

—Realicé un experimento con éxito. Conseguí atravesar La Zona Crítica con una baliza y obtener datos del interior. Sobrevivir a la entrada es posible. Ahora lo sabemos.

—Ya. Y una vez dentro, ¿qué?

—Creo que fui sincero cuando hablé con ustedes —saltó Nero, algo molesto con el cariz negativo que estaba tomando la presentación—. Existen riesgos y recompensas.

Norris asintió imperceptible. También Olivia se quedó callada. Max, sin embargo, tenía más preguntas.

—¿Qué esperan que hagamos nosotros en La Zona Crítica?

—El principal objetivo de la misión es apagar La Máquina —respondió el agente sin dudarlo.

—Todo apunta a que continúa encendida, y que la singularidad es resultado de un tipo de energía desconocida —aclaró la doctora Bravo—. Las simulaciones realizadas en el ordenador cuántico, una vez incorporamos los datos obtenidos por la baliza, indican que la desconexión solucionaría el problema.

—Han pasado dos años. ¿Por qué creen que el doctor Robinson, o alguien de su equipo, no lo ha hecho ya?

—Solo él estaba cualificado para interactuar con La Máquina. No podemos descartar que esté muerto o incapacitado porque, como verán, La Bruma sigue allí.

Max meneó la cabeza de un lado a otro antes de hablar.

—Resumiendo. Si aceptamos ir Isla Tortuga, deberemos atravesar una pared cuántica sin tener ni idea de qué consecuencias puede tener sobre nuestro organismo, movernos en una zona afectada por una energía desconocida que podría matarnos de inmediato y, después, conseguir apagar un artefacto de origen

extraterrestre que quizá esté más caliente que el sol. ¿Me he saltado algo?

—Dramatiza en exceso —respondió la doctora Bravo, espoleada por la mirada y el gesto de cabeza de Nero—. Existen riesgos, no se lo voy a negar; no obstante, los datos obtenidos y luego analizados con rigor arrojan unos resultados muy positivos.

—¿Cómo de positivos?

—Un porcentaje de supervivencia del 80 % al cruzar La Zona Crítica, y de un 60 % en su interior. La energía generada por La Máquina es la que más incertidumbres nos plantea. A corto plazo es innocua, lo hemos comprobado con los datos que pudimos recoger de la baliza antes de la desconexión, pero tenemos dudas de su letalidad cuando la exposición a ella sea más prolongada. También he obtenido información indirecta sobre el artefacto, y los cálculos estiman que su temperatura exterior no ha debido de subir mucho más de los ochenta grados —rubricó la doctora, con el tono jovial y cercano de una animadora de hotel.

El silencio invadió la sala tras sus últimas palabras. Unos segundos. Luego Norris lo rompió.

—Yo no veo problema en darnos una vueltecita por esa isla.

—Pues yo sí —replicó Olivia—. Y ahora, después de esta presentación, aún más. ¿Me pueden decir, visto lo visto, para qué demonios necesitan a una bióloga en esta misión?

—Y a un soldado —añadió Max.

—La seguridad siempre es importante —apostilló Norris, herido de refilón en su orgullo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué piensan que pueda atacarnos? ¿Un ejército de partículas elementales? ¿Un doctor en física octogenario? ¿O, más probablemente, unos técnicos que llevan dos años esperando un rescate? ¿Quién? Si me lo explican se lo agradecería.

—Pues, no sé. Un arma en manos de alguien que sepa manejarla nunca sobra —concluyó Norris.

—No te lo preguntaba a ti sino a ellos —puntualizó Max.

La doctora Bravo suspiró y dirigió una mirada a Nero. Una mirada tácita que solicitaba un permiso que él le concedió asintiendo con la cabeza.

—Entendemos sus dudas —comenzó diciendo ella—. Para

nosotros también fue una sorpresa la elección de *Susi*.

—¿Quién es *Susi*?

—Un acrónimo de «Sistema Único de Seguridad Inteligente». No es una persona. Es una IA.

—¿Un programa informático ha decidido quiénes debían integrar la misión? —se extrañó Olivia.

—*Susi* es mucho más que un simple programa. A día de hoy es la inteligencia artificial más avanzada y fiable del mundo. Fue desarrollada hace unos años por la doctora *Natsuki Kuriyama*, un genio de la informática y la computación cognitiva. Desde entonces, *Susi* ha continuado evolucionando y aprendiendo por su cuenta.

—Vale, esa tal *Susi* nos eligió. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Le aportamos los datos de los que disponíamos sobre La Máquina, Isla Tortuga, La Zona Crítica… Todo. Después le dijimos lo que queríamos conseguir y ella nos brindó una lista detallada con varios candidatos.

—¿Y ya está? ¿Así de simple? ¿Nos eligieron porque una IA soltó nuestros nombres?

—Ella tiene acceso a datos infinitos. Baraja posibilidades que no comprendemos. Evalúa alternativas que nosotros no conseguiríamos analizar ni en mil años. Créanme, si en función de los pocos requisitos que le exigimos los seleccionó a ustedes tres, es porque son la mejor opción.

—¿Qué requisitos? —preguntó Max.

—Eso es irrelevante ahora —saltó Nero, zanjando la cuestión a la vez que actuaba sobre la tableta para apagar la pantalla de televisión de la pared y elevar el nivel de luz de la sala.

—¿Irrelevante? —repitió Max, molesto—. ¿Y por qué tres y no cuatro? ¿O cinco? ¿O veinte? ¿También eso es irrelevante?

—No. Eso no. Tres es el número máximo de personas que podemos introducir en La Bruma.

—¿Por qué?

—Si son tan amables de acompañarnos, les mostraremos la razón —concluyó el agente, dirigiéndose hacia la puerta.

8
EL ORBE

Sin detenerse, Nero abandonó la sala.

Detrás de él echó a andar la doctora Bravo y Norris.

Max y Olivia continuaron sentados, inmersos en un mar de preguntas y temores.

—Sé que tienen dudas. En su lugar, yo también las tendría —les dijo la doctora desde la puerta, como si viera dentro de sus cabezas —. Sin embargo, cuando vean lo que he creado, buena parte de esas incertidumbres y angustias quedarán disipadas.

—Lo dudo mucho —respondió Olivia, levantándose de la silla.

—Y yo —concluyó Max, dirigiéndose a la puerta siguiendo a la bióloga.

En el exterior del edificio, justo en la entrada, esperaba el *Humvee* con el mismo conductor que había traído a Max hacía un rato. En esta ocasión no fue él solo en la parte trasera, sino que tuvo que compartir espacio con Norris, la doctora Bravo y Olivia, mientras que en el asiento del copiloto iba cómodamente sentado Nero.

—Espero que el trayecto sea corto —se quejó Olivia, sentada en un lateral y prensada contra la puerta.

—Llegaremos rápido. En un abrir y cerrar de ojos —prometió el agente, antes de que el conductor arrancara y el vehículo se pusiera en marcha.

Eso les aseguró, «en un abrir y cerrar de ojos», pero aquel lugar subterráneo era tan grande, y tenía tantos recovecos, que el trayecto se les hizo eterno. Cuando por fin el *Humvee* se detuvo delante de lo que parecía un gran almacén sin ventanas y con paredes altas, los cuatro pasajeros del asiento trasero salieron como si el vehículo estuviera en llamas.

—¡Por Dios, qué incomodidad! —se quejó Olivia.

—Viajar en una de estas latas de sardinas blindadas es la pesadilla de un claustrofóbico —añadió Max.

—¿Tiene problemas con los espacios pequeños? —preguntó la doctora, ciertamente preocupada.

—No más que cualquier persona —respondió él—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque sería un auténtico inconveniente —respondió enigmática.

Nero les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran, y juntos se dirigieron hacia la puerta metálica de aquella nave industrial. Una puerta ancha y alta por la que podría entrar un camión de gran tonelaje, y en la que montaba guardia un soldado armado.

El veterano agente cruzó un par de palabras con él, y este desbloqueó la puerta después de introducir un código en un panel situado en la pared.

—¡Madre mía! —se sorprendió Olivia—. Seguridad y más seguridad.

—Teniendo en cuenta lo que se guarda aquí, toda precaución es poca —dijo la doctora Bravo.

Una vez la gran puerta metálica se abrió, Nero y la doctora pasaron los primeros. Detrás, expectantes, lo hicieron Norris, Max y Oliva.

Dentro estaba oscuro como boca de lobo. Al andar, sus pasos resonaron en el suelo de hormigón dando pistas inequívocas del tamaño y la vaciedad de aquel almacén.

De pronto las luces del techo, unas pantallas fluorescentes tan grandes como bañeras, comenzaron a encenderse, desvelando lo que ya habían intuido.

—¡Qué desperdicio de sitio! —observó Max.

—Pues, en el búnker, hay cuatro más como este almacén —explicó Nero—. Se construyeron con la idea de poder albergar, en caso de conflicto, combustible, víveres, munición, vehículos de transporte o blindados… Hasta una división de carros de combate. Normalmente están vacíos. Este nos lo han cedido a nosotros en exclusiva.

—¿En exclusiva para qué?

—Para que guardáramos eso —respondió Nero, señalando un camión situado en una esquina.

Al aproximarse vieron que, en la caja trasera, había un gran bulto bajo una lona.

Max y Olivia miraban sin entender.

—¿Qué demonios nos han traído a ver? —se decidió a preguntar Norris.

—Su transporte —se limitó a responder la doctora Bravo.

—El objeto tecnológicamente más avanzado imaginado por el hombre —añadió Nero, al tiempo que trepaba con agilidad a la caja del camión—. Posiblemente, también el más caro. Y es obra de la doctora Valentina Bravo.

—Bueno, me rodeé de un pequeño equipo que…

—No sea modesta. Su creación es de una perfección sublime.

—La verdad es que sí —acabó reconociendo la doctora, con cierto orgullo.

—Bueno, ¿van a decirnos de una vez de qué se trata? —preguntó Max, tan nervioso como un niño ante un regalo sin abrir.

Nero agarró la lona de un extremo y tiró de ella dejando al descubierto lo que había debajo.

—¡Qué cojones…! —exclamó Norris, acercándose unos pasos para ver mejor.

Olivia lo imitó, mirando sin entender.

Max permaneció junto a la doctora Bravo, observando con ojos científicos. Evaluando sin hablar. Hasta que dijo:

—La llave para entrar.

—Veo que comprende de lo que se trata —afirmó la doctora, gratamente sorprendida.

—Lo intuyo, pero aún no entiendo cómo podría…

—Se lo explicaré. Acérquese —le pidió la doctora.

Max obedeció y se situó a poca distancia del camión para poder fijarse mejor en los detalles del objeto que había en la zona de carga.

Se trataba de una esfera enorme asegurada mediante un entramado de eslingas. Su color era gris mate y su superficie, de apariencia metálica, era totalmente lisa.

—Este es El Orbe —comenzó explicando la doctora a los tres

espectadores que miraban la esfera atónitos, cada uno por una razón diferente—. Como les adelanté anteriormente, una versión mucho más pequeña fue probada con éxito en La Zona Crítica, atravesándola.

—Me deja más tranquila —saltó Olivia con insolencia—. ¿Qué mierda es esto? ¿No pensarán meternos dentro para luego…?

Max aprovechó la frase suspendida en el aire para intervenir.

—Ahora entiendo el límite de tres personas para la misión.

—Sí. Ese fue el número mínimo que estableció *Susi* para que tuviera éxito —corroboró la doctora Bravo—. Yo hubiera preferido que fuera una. A lo sumo dos personas. De esa manera habría reducido el tamaño del Orbe a dos metros de diámetro, y no hubiera tenido que irme a tres. Cuanto más grande, más dificultad para superar el «estado de gato».

—¿Estado de gato? ¿De qué habla ahora? —preguntó Olivia, que en su cabeza no dejaba de imaginarse dentro de aquel espacio esférico sin ventanas.

—Es un término de física cuántica —comenzó diciendo la doctora Bravo—. En el mundo subatómico, cuando una partícula se halla en un estado de dos posibilidades excluyentes, se dice que está en superposición. Si en lugar de una partícula se trata de algo más grande, como una corriente eléctrica que circula en ambas direcciones a la vez, los físicos lo llamamos «estado de gato» en honor al experimento teórico de *Schrödinger*.

Ante la cara de pasmo que apreció en Olivia, la doctora intentó ponerle remedio.

—Es muy famoso. El gato en la caja. Vivo y muerto. En dos estados cuánticos. ¿No le suena?

—Lo que intenta decir la doctora Bravo —intervino Max dispuesto a aclarar el tema—, es que para poder traspasar sin consecuencias un objeto macroscópico esa pared cuántica que parece ser La Bruma, dicho objeto debe adoptar un estado subatómico que le permita comportarse como partícula y como onda, y, por tanto, atravesar cualquier cosa.

—Buena explicación —lo felicitó la doctora Bravo.

Olivia, sin embargo, seguía con la misma cara de pasmo que antes de la aclaración.

—No intentes entenderlos o te volverás loca —le aconsejó Norris, acercándose a su oído.

—¿Me estás diciendo que acepte lo que dicen como un acto de fe? —replicó ella, indignada.

—¿Acaso no usamos aparatos a diario sin comprenderlos muy bien? —razonó Norris, inalterable—. Para mí, al menos, es un misterio cómo funcionan los teléfonos móviles, la televisión digital, los ventiladores sin aspas, el velcro, las aspiradoras sin bolsa o los detectores de movimiento. ¿Acto de fe? ¡Claro que esta misión es un acto de fe! La vida es un puto acto de fe desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos. Si lo ves de esta manera, te ahorrarás una futura úlcera de estómago.

—Pues tienes razón —concluyó Olivia, soltando un suspiro que sonó como si se desinflara un globo—. Paso de la física cuántica.

Entretanto, en la cabeza de Max se agolpaban las preguntas y le costaba elegir por cuál empezar. Finalmente se decidió por la más elemental.

—Una esfera de tres metros de diámetro comportándose como una partícula subatómica. ¿Podría explicarme cómo lo ha conseguido?

—«Simulando» que se comporta como una partícula subatómica —puntualizó esta—. A fin de cuantas, eso es de lo que se trata. De un engaño.

—Explíquese —la instó Max, ansioso por saber.

Olivia y Norris, aventurando lo que se les venía encima, se miraron cómplices y cerraron los ojos a la vez.

—Lo primero que debía conseguir era aislar el contenido del exterior —empezó la doctora Bravo, midiendo mucho sus palabras para que estas fueran lo más comprensibles posibles a un público lego en la materia—. Para ello, debía construir una jaula de Faraday perfecta. O sea, un recipiente en cuyo interior los campos eléctricos fueran nulos. Me decidí por una esfera porque es el único cuerpo tridimensional en el que todos los puntos de su superficie tienen la misma distancia al centro, y eso facilitaba mucho los cálculos. Además, el reparto energético en su superficie también es el más uniforme que se puede lograr, y evita sobrecargas y exceso de temperatura por fricción.

—¿De qué está hecha? —preguntó Max, que absorbía la información como un sediento haría con un vaso de agua fresca.

—La capa exterior está recubierta de grafeno, un material compuesto por carbono puro. Sus átomos se organizan en un patrón regular hexagonal en forma de malla, lo cual lo convierte en un superconductor de estructura simple perfecto para lo que necesitaba.

—Anular a los electrones —adivinó Max.

—Exacto. Mediante un impulso eléctrico controlado de baja intensidad, y aplicado en el preciso momento, he logrado que en la capa exterior de la esfera, del grosor de una molécula, la carga negativa de los electrones pase a ser neutra el tiempo necesario para atravesar La Zona Crítica antes de que se desintegre.

—Ingenioso.

—Sí. El problema es que hablamos de un superconductor que favorece a la perfección el paso de la electricidad y, sobre todo, del calor.

—Al realizar el «efecto túnel» la esfera podría elevar su temperatura miles de grados —calculó Max, más animado por momentos.

—Pensé en ello y encontré una solución —dijo la doctora Bravo —. Intercalé una gruesa capa de *aerogel*, el material más aislante del mundo, con otra en la que se había hecho el vacío. En el interior también utilicé el grafeno, ya que es cinco veces más ligero que el aluminio, y doscientas veces más resistente que el acero.

—Un momento —intervino Olivia—. ¿Qué es el «efecto túnel»?

—Un fenómeno nanoscópico por el que una partícula se salta los principios de la mecánica clásica al penetrar una barrera de potencial mayor que su propia energía cinética.

—¡Por qué habré preguntado! —se lamentó la bióloga, mientras Norris asentía con la cabeza dándole la razón.

—Piensa en esa bruma como en un muro de piedra contra el que lanzamos una pelota —empezó diciendo Max, intentando simplificar el fenómeno—. En física clásica esta rebotaría contra él, ya que la energía con la que se lanza, y su masa, no son suficientes para atravesarlo. Si en lugar de una pelota fuese una bala de cañón, con más masa y energía cinética que el muro, o sea, que la barrera

de potencial, lo conseguiríamos, aunque haciendo un agujero. Lo que logra una partícula a nivel subatómico, es pasar entre los inmensos espacios vacíos que existen en las moléculas. Atravesar como si no existiera el muro. Igual que un fantasma.

—¿Y así es como va a pasar esta enorme… esfera? ¿Entre los vacíos de las… moléculas? ¿Como un… fantasma? —resumió la bióloga, a trompicones, sin llegar a entender lo que decía.

—Correcto —confirmó la doctora Bravo, exhibiendo una blanca sonrisa que contrastaba con su piel morena.

Nero, que seguía escuchando desde lo alto de la zona de carga del camión, dio por hecho que las explicaciones más técnicas ya estaban satisfechas.

Se equivocaba.

—Si no es inconveniente, me gustaría volver un momento a la baliza —comenzó pidiendo Max—. Dijo que atravesó La Bruma llegando a lo que se encuentra debajo.

—Sí —respondió la doctora Bravo, expectante por la pregunta que vendría después.

—A continuación, ¿qué pasó?

—Se abrió para que los aparatos de medición que había en su interior pudieran obtener datos y transmitirlos. Y eso hizo durante una fracción de segundo antes de que se produjera la desconexión. Luego, dicha información fue analizada por *Susi*. Ella determinó que el espacio comprendido bajo esa bruma cuántica era compatible con la vida humana.

—¿Por qué dejar algo tan crítico en manos de una IA?

—La información fue transmitida por un haz de luz láser de alta directividad. Llegó a bordo de trillones de fotones dispuestos en paquetes. Solo un ordenador cuántico podría decodificarlos para convertirlos en datos, y una IA interpretarlos. Pero no se preocupe, *Susi* es tan confiable como una navaja suiza.

Max asintió con la cabeza y le lanzó una nueva duda que rondaba por su cabeza.

—Aún existe un aspecto muy importante del que no ha hablado. La observación. ¿Cómo ha conseguido eliminarla?

—¿Observación? —se extrañó Olivia—. ¿De qué observación hablas?

La doctora Bravo iba a responder; sin embargo, Max se adelantó para intentar darle una explicación lo más simple posible.

—Cuando nos asomamos al mundo cuántico con un instrumento de medición, o simplemente miramos, el observador lo contamina todo, ya que no es un sujeto pasivo sino activo, y acaba con la superposición de estados. Es lo que se llama: decoherencia.

—¿Solo por mirar?

—O medir —añadió Max, consciente de lo difícil que era entender algo tan extravagante—. Incluso el entorno puede llegar a cambiar el desenlace de un proceso cuántico. Por esa razón le preguntaba a la doctora Bravo cómo va a conseguir aislar la esfera de todo lo que la rodea.

—Ya lo hice con la baliza y funcionó —dijo esta con evidente satisfacción—. La capa de moléculas sin polaridad de grafeno aislará del entorno. Dejaremos de mirar. No habrá observadores. Y las cámaras que monitorizan el lanzamiento se apagarán. El interior permanecerá completamente a oscuras, y se hará el vacío. Incluso he pensado en la gravedad, que podría influir también. Por esa razón, justo antes de que el cabo que sostiene El Orbe se suelte, recibirán un fuerte tirón. En el interior sentirán algo parecido a la ingravidez durante más o menos tres segundos, tiempo suficiente para atravesar la pared cuántica.

Antes de continuar hablando, la doctora Bravo se detuvo un instante para comprobar las reacciones de Max. No apreció nada raro y prosiguió.

—Y por si esto fuera poco, entre la capa de grafeno y la de aerogel hemos intercalado un espacio lleno de neutrinos que asegurarán el total aislamiento.

—¿Neutrinos? —se sorprendió Max.

—Sí. Es la carta que tenía bajo la manga, y la que nos proporcionará la mejor baza. No ha sido fácil conseguir la cantidad necesaria de neutrinos, y el coste ha sido elevadísimo.

—Imagino —dijo Max.

—No. No creo que se lo imagine —apostilló Nero, con retranca.

—La cuestión es que en la baliza funcionó, y todas las simulaciones que hemos realizado con El Orbe han dado resultados semejantes. Un éxito —concluyó la doctora Bravo.

Por primera vez, Max se quedó sin preguntas relacionadas con aspectos teóricos de la misión. No así Olivia, que seguía interesada por cuestiones más prácticas.

—Antes dijo lanzamiento. ¿Es que nos van a soltar desde un avión? —preguntó preocupada.

—Desde un helicóptero —rectificó la doctora—. Si quieren, les resumo el procedimiento.

—Por favor —dijo Max.

—Una vez en el interior del Orbe, al cual se accede por una pequeña puerta situada en la parte inferior, esta se soldará. Luego, un helicóptero los transportará por el aire hasta un punto preciso y a una altura determinada de La Zona Crítica. Cuando dé la orden, El Orbe se soltará y se activará un mecanismo automático programado que controlará la caída y el resto de las secuencias.

—¿Secuencias?

—Frenazo para crear gravedad cero, creación de vacío, anulación de vacío, apertura de paracaídas, voladura de puerta una vez hayan aterrizado… Puedo darles detalles pormenorizados de cada uno de los sucesos —se ofreció la doctora Bravo, complaciente.

Max estaba dispuesto a escucharla, pero no así el resto. Sobre todo Nero, que había vuelto a colocar la lona cubriendo El Orbe y saltaba del camión resuelto a dar por finalizadas las engorrosas explicaciones.

—No creo que sea necesario —dijo tajante una vez pisó el suelo de cemento—. Nuestros invitados disponen de los suficientes datos como para tomar una decisión. ¿O me equivoco?

Norris y Olivia asintieron con la cabeza. Max verbalizó su respuesta.

—La verdad es que estoy bastante sorprendido.

—¿Para bien o para mal? —quiso saber la doctora Bravo.

—Ha realizado un trabajo increíble. Ha abierto nuevos caminos. Si todo funciona, revolucionará la mecánica cuántica.

—Funcionará —dijo ella, tajante—. Y cuando obtengamos la información de La Máquina, usted y yo conseguiremos logros inimaginables que mejorarán la humanidad.

Ese «usted y yo» hizo que a Max se le erizara el cabello.

—Seguro que sí. Aunque mis tripas siguen hablando y dicen:

¡comida, comida! —saltó Norris, haciendo que se desvaneciera la magia del momento.

—Nuestro amigo tiene razón —intervino Nero en tono concluyente—. Ahora los llevaremos a la cantina. Tendrán tiempo para comer y meditar. Quiero voluntarios motivados y convencidos. La misión así lo requiere. Si optan por abandonar, lo entenderé y les proporcionaré un transporte de vuelta a sus respectivos destinos. Si aceptan, mañana a primera hora partiremos hacia la isla. ¿Dudas?

—¿Por qué tanta prisa? —se extrañó Max.

Nero miró a la doctora Bravo con una expresión inequívoca, y esta entendió que había llegado el momento de soltar la bomba.

—Si no actuamos rápido, podría producirse un desastre —comenzó diciendo—. Al analizar los datos, *Susi* no solo determinó qué personas debían integrar el equipo. También reveló un hecho extremadamente preocupante.

—¿Con relación a La Máquina? —aventuró a decir Max.

—Más bien a su funcionamiento continuo y descontrolado —puntualizó la doctora—. Es una parte de un todo. Un mecanismo incompleto que se ha puesto en marcha y que podría… estallar, provocando un desastre de proporciones incalculables. Por esa razón debemos actuar cuanto antes.

—Esto se pone interesante —comentó Norris, sereno, imperturbable.

—¿Alguna pregunta más? —se apresuró a decir Nero.

No la hubo y todos abandonaron el hangar. Unos más animados, como Norris, que caminaba delante junto a la doctora Bravo y Nero; y otros menos, como Olivia y Max, cuyas mentes enfrascadas en pensamientos analíticos los retrasaban al interferir con el acto mecánico de andar.

Finalmente los tres candidatos salieron del hangar y se montaron en el *Humvee*, con la certeza de que en breve tendrían que tomar la que probablemente sería la decisión más importante de sus vidas.

9
DIME LA VERDAD

Justo cuando el *Humvee* arrancaba, llegó un camión que se introdujo en el hangar. Max recordó las palabras de Nero cuando dijo que aquel almacén se lo habían cedido los militares en exclusiva para la misión, y se fijó en él. Otro camión, ¿qué demonios traería? ¿Equipo tecnológico? ¿Material táctico? ¿Víveres? La carga iba tapada con una gran lona. Debido al frenazo que debió dar antes de atravesar la puerta, una esquina de la lona se levantó. Entonces, por un instante, lo vio. Fue un fotograma. Dos a lo sumo, aunque suficiente para reconocer lo que había dibujado en una enorme caja de madera. Se trataba de un círculo del que salían tres alas a 120º de color negro sobre un fondo amarillo en forma triangular. Un símbolo utilizado para indicar peligro, y que era conocido como «trébol radiactivo».

—¡Qué cojones! —masculló entre dientes, inaudible, para después olvidar lo que había visto y regresar a sus pensamientos.

El silencio reinó dentro del *Humvee* durante el tiempo que este tardó en llevarlos hasta su próximo destino, circulando por aquel laberinto de túneles deprimentes.

Finalmente se detuvo a las puertas de un edificio de una planta pintado de azul, con ventanas razonablemente grandes por las que salía una luz suave.

—Ya hemos llegado —anunció Nero, conciso.

Uno a uno fueron abandonando el vehículo, excepto la doctora Bravo, que permaneció en el asiento trasero.

—Enseguida vuelvo —dijo el agente al conductor, antes de hacer un gesto con la mano para que el resto lo siguiera.

Obedientes, los tres candidatos echaron a andar detrás de él y se introdujeron en el edificio por una puerta acristalada de doble hoja tras la cual encontraron un lugar espacioso, mezcla de bar de

carretera y comedor militar, en el que olía a comida y café recién hecho.

En el búnker se comía por turnos, y en ese momento había unas veinte personas entre personal civil y soldados. Unos estaban en las mesas, sentados en pequeños grupos de cuatro, comiendo, otros aguardaban para llenar sus bandejas en la zona de bufé.

—Por fin un lugar decente —dijo Norris, mirando en todas direcciones con las mismas expectativas que tendría una pareja de recién casados al entrar en la *suite* de lujo de un hotel.

—Tengo cosas que ultimar —empezó diciendo Nero—. Coman, descansen y mediten. En una hora regresaré con los nuevos contratos, que incluirán una sustanciosa bonificación.

—¿Bonificación? —preguntó Norris.

—Un regalo de última hora del Tío Sam que olvidé comentarles. Un millón de dólares para cada uno al regreso de la misión. Además de lo acordado, por supuesto —respondió Nero, ladino.

—Vaya, ¿tan claro tienen que no vamos a volver? —dijo el exsoldado, soltando una risotada.

A Nero no le hizo ni pizca de gracia la pregunta. Y mucho menos a Olivia y Max, que lo miraron con desaire.

—Era broma —se apresuró a rectificar Norris—. Ese dinero me vendrá de maravilla para tapar unos cuantos agujeros.

—Lo dicho. Regresaré en una hora —concluyó Nero.

Ya se daba la vuelta, dispuesto a marcharse, cuando Max lo detuvo.

—Un momento.

—¿Qué quiere ahora?

—La misión. Qué debemos hacer dentro del Orbe. Detalles de la isla. Cómo llegaremos al lugar donde se encuentra La Máquina. Cómo es la interfaz para desconectarla… Falta información.

—Tranquilo —dijo Nero, que no disimulaba las ganas que tenía de irse—. El viaje hasta la isla será largo. Tendremos tiempo de ponerles al tanto de los pormenores, no se preocupe.

—Son los nervios de última hora. ¿Verdad, amigo? —intervino Norris, guasón, poniendo una mano sobre el hombro de Max.

Este le dedicó una sonrisa esquinada, se giró y se marchó en dirección al bar, que se encontraba al fondo del local.

Nero también se fue, y Olivia se quedó a solas con el exsoldado. Una situación que le resultó incómoda, y que se resolvió cuando este, sin decir palabra, salió disparado directo al comedor. Concretamente, hacia el expositor corrido donde se disponían las bandejas con comida.

Olivia entonces dudó. Finalmente se decidió por la barra del bar donde estaba Max.

—No tienen alcohol. Me moría por una cerveza —le dijo el físico nada más verla llegar.

—¿No tienes hambre? —se extrañó al comprobar que allí no había nada de comer.

—Supongo —dijo este, impreciso.

—Pues vamos antes de que ese soldado acabe con todo el bufé.

Max volvió la cara buscando a Norris y lo vio de pie, esperando su turno detrás de cuatro soldados.

—Él lo tiene claro —comenzó diciendo—. No le importa una mierda nada de lo que le han contado sobre la misión. Había decidido aceptar antes de que ese agente de la Seguridad Nacional comenzara a hablar. Mucho antes.

—¿Y tú? —le preguntó Olivia.

—Probablemente también —confesó Max—. Esa puñetera materia oscura marcó mi declive profesional. Me costó el prestigio y sufrí las burlas de la comunidad científica. Ahora tengo la certeza de que puede controlarse para crear energía, y la posibilidad de resarcirme. Sí. Iré.

—Vaya, agradezco tu sinceridad.

—¿De qué serviría mentir?

—Existe gente que lo hace por costumbre.

—Mala costumbre —sentenció Max, sumergido en la mirada color esmeralda de la bióloga—. Entiendo que se pueda mentir para evitar un conflicto, por adaptación, para obtener un beneficio, por consideración o incluso por hacer daño, ¿pero por costumbre? Eso no va conmigo. ¿Tú eres mentirosa?

—Lo justo.

—¿Por qué dudas en ir?

—Aprecio mi vida.

—Esa es una buena razón.

—¿Tú no?

—¿Yo, qué?

—¿No aprecias tu vida?

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—Los beneficios compensan con creces al riesgo.

—Esa puñetera materia oscura.

—Sí. Esa puñetera materia oscura —repitió Max con pesar.

—¿Confías en ellos?

—Ese tal Nero vendería a su madre por una palmadita en la espalda del Presidente. Es un hijo de la gran puta de los peores. Sin embargo, quiero pensar que con nosotros ha sido sincero.

—¿Y la doctora?

—Es buena en física teórica. Muy buena. Ya lo era cuando la conocí hace veinte años. Ahora es mejor. Yo diría que es un genio.

—¿Es posible lo que dice?

—¿Sobrevivir a una pared cuántica metidos en esa esfera?

Olivia asintió con la cabeza.

—Ella cree que sí.

—¿Y te basta con ello?

—Puede funcionar.

—Pero no estás seguro.

—No existe la certeza absoluta cuando se habla de mecánica cuántica.

—¡Mierda! —gruñó Olivia, golpeando la barra.

—¿Qué querías que te dijera, que sí?

—Quiero que me digas la verdad —continuó Olivia, con un leve temblor en los labios—. Necesito confiar en alguien.

—Voy a aceptar. ¿Qué más te puedo contar?

Olivia hizo un mohín.

—La decisión debe ser tuya —prosiguió Max—. Sopesar los pros y los contras. Como he hecho yo. Como habrá hecho ese soldado. Ahora, además, hay un millón de dólares en juego. Lo cual puede solucionarle la vida a cualquiera si no es demasiado gastoso.

—El dinero no me interesa —replicó Olivia.

—¿Vas a contarme por qué estás aquí? Noto que quieres hacerlo. Vamos, no seas tímida —la animó Max, en tono desenfadado.

—La ISS —acabó diciendo ella, dirigiendo una mirada involuntaria hacia el techo.

—¿Cómo?

—La Estación Espacial Internacional —aclaró, centrándose en él para ver su reacción—. Siempre he deseado ir. Ese agente me ha prometido un puesto de científica en el próximo relevo si acepto la misión.

—¡Joder, la estación espacial! —exclamó Max sin poder controlar el entusiasmo—. Yo daría un brazo por ver la Tierra desde el espacio. Dicen que vivir una experiencia como esa te cambia para siempre. Ahora te entiendo.

—Si me entiendes, ayúdame —casi le suplicó Olivia.

—Existe un riesgo innegable. Además, debes valorar lo que dejas.

—¿A qué te refieres?

—Hijos. Pareja. Familia. En esta misión no solo arriesgamos nuestras vidas, sino también nuestras relaciones. Yo no tengo a nadie esperándome cuando vuelvo a casa por las noches, y eso hace todo más sencillo —concluyó Max.

Olivia sorbió mocos antes de hablar.

—Yo tampoco tengo a nadie.

Max vio que sus ojos se enturbiaban, que un velo acuoso los cubría entristeciendo su mirada, y se sintió tan cerca de ella que no tuvo más remedio que hablarle igual que si lo hiciera a sí mismo.

—Cuando estamos solos debemos ver la vida como una aventura. La ausencia de ataduras, de compromisos y de responsabilidades nos obliga a subirnos a cada tren que nos ofrezca la oportunidad de emociones. Hacer otra cosa sería como aceptar nuestro fracaso.

—Vaya, dicho así —reconoció Olivia, impactada.

—No pretendo tener razón. Querías que fuera honesto contigo, y esta es mi manera de pensar.

—Y te lo agradezco, pero creo que debo meditar el asunto.

—Claro, es comprensible —admitió Max levantándose del taburete—. ¿Qué te parece si lo haces mientras comemos algo? Una vez leí un estudio realizado por psicólogos, de no sé qué universidad de Reino Unido, que decía que nunca se deben tomar

determinaciones de ninguna índole cuando se tiene el estómago vacío.

—Seguramente estén en lo cierto —concluyó Olivia, dejando asomar una sonrisa.

Entretanto, el *Humvee* en el que iban Nero y la doctora Bravo había tomado el camino de regreso al almacén, circunstancia de la que ella no se percató hasta que este aparcó de nuevo frente a la gran puerta metálica.

—¿Qué hacemos otra vez aquí? —preguntó entonces, sorprendida.

—¿No lo ha visto? —preguntó a su vez Nero, abriendo la puerta del vehículo.

—No. ¿Qué debía ver?

—El camión que llegaba cuando nos íbamos. Sentado en la cabina, junto al conductor, estaba el coronel Shepard.

La doctora reflexionó antes de hablar.

—¿Cree que se trata de…?

—No me cabe la menor duda —la atajó Nero—. Ese viejo zorro dijo que iría a Washington a convencer al Presidente de la necesidad de estar preparados para lo peor, y sospecho que lo ha conseguido.

—Ningún físico con dos dedos de frente lo respaldaría.

—¡Cuánto le queda por aprender de política, querida doctora! —exclamó Nero en tono condescendiente—. Todo el mundo tiene un precio. Los científicos también.

—Sería un grave error. Ya vio los resultados que obtuvimos cuando introdujimos las variables en el ordenador cuántico y *Susi* interpretó los resultados. El riesgo es elevadísimo.

—Seguro que sí. Aunque quiero que entienda que, ante una infección en una extremidad, hay quien no duda en amputar. Nuestro amigo el coronel es de esos.

—¿Va a hablar con él para convencerlo de su error?

—Eso es imposible —sentenció Nero—. Voy a tratar de ganar tiempo.

—¿Desea que lo acompañe?

—*Nah* —resolvió el agente tras un segundo de duda—. Prefiero

que vaya a ultimar detalles de la misión. No quiero retrasos. Mañana a primera hora salimos hacia Isla Tortuga.

—Veo que da por hecho que los tres aceptarán.

—No me cabe duda.

—Admiro su seguridad.

—Conozco a la gente.

—¡Qué suerte! —exclamó la doctora—. ¿Alguna cosa más?

—Rece para que la misión sea un éxito.

—No soy creyente.

—Pues quizá haya llegado el momento de serlo.

Dicho esto, Nero se asomó a la ventanilla del *Humvee* para indicar al conductor que llevara a la doctora de regreso a su alojamiento en el búnker.

Después se quedó parado en la puerta del almacén mirando al coronel junto al camión, metabolizando el malestar que provocan los desastres anunciados, hasta que finalmente se encaminó hacia él.

Cuando llegaron a la zona de bufé del comedor, Norris ya había llenado su bandeja y elegía mesa junto a uno de los ventanales.

—Bueno, a ver qué tenemos para comer —dijo Olivia mientras ponía en su bandeja un par de rebanadas de pan de molde, una botella de agua, unos cubiertos y una servilleta.

—No me hago muchas ilusiones —dijo Max, imitándola—. Llevo más de veinte años en Estados Unidos y todavía no me he acostumbrado a vuestros gustos culinarios.

No había nadie delante de ellos en la línea de platos, y acabaron pronto. Olivia eligió lonchas de pavo en salsa y ensalada de lechuga y tomate. Max, por su parte, tras pensárselo mucho, se decidió por muslos de pollo a la brasa con patatas fritas y puré de patatas. De postre, ambos cogieron una manzana.

—¿Nos sentamos con él? —preguntó la bióloga al ver a Max buscando una mesa vacía.

—Si quieres…

—Me gustaría conocerlo un poco más —se justificó ella.

—Eso no lo vas a decidir tú.

—Probemos —concluyó Olivia, dirigiéndose hacia la mesa

donde Norris comía en solitario.

—¿Te importa? —preguntó cuando llegó junto al exsoldado, por pura cortesía, haciendo ademán de dejar la bandeja sobre la mesa.

—Sí me importa —soltó Norris sin levantar la cabeza del plato.

Olivia se volvió para mirar a Max, quien hizo un gesto con la cabeza que decía: «Ya te lo advertí».

—No os lo toméis como algo personal —continuó Norris, con la cuchara suspendida en el aire llena de sopa de calabaza y manzana —. Prefiero comer solo. En silencio.

—Claro. Lo entiendo. Perdón —se disculpó Olivia, azorada.

Max, sin decir palabra, dejó dos mesas de por medio y se sentó en la tercera.

Olivia lo siguió, aún conmocionada.

—¡Qué tío tan desagradable! —gruñó después de apoyar, de malos modos, la bandeja sobre la mesa y sentarse.

—Es sincero, con carácter, y no tiene filtro. Los prefiero a los pusilánimes sin personalidad.

—Parece que admiras a los tipos como él.

—¿Tipos como él?

—Maleducados y violentos.

—¿Maleducado? Ha dado sus razones. ¿Violento? Así debe ser alguien acostumbrado al combate.

—No me gusta.

—Creo que no deberías prejuzgar a la gente tan deprisa.

—No tengo mucho tiempo.

—¿Piensas en la misión?

—¿En qué si no?

—No te preocupes por eso, no vamos a adentrarnos en una zona en guerra plagada de enemigos.

—Entonces, ¿por qué esa IA eligió un pistolero para el equipo?

—Seguramente ha contemplado todos los escenarios posibles, y ha decidido que un guardaespaldas siempre es conveniente cuando uno se enfrenta a lo desconocido.

—O quizá haya algo que no nos han contado.

Max recordó aquella caja en la que vio pintada un aspa negra sobre fondo amarillo. Entonces no le dio importancia, y tampoco quiso hacerlo en ese momento; al fin y al cabo eran muchos los

instrumentos usados en la industria como en la medicina que portaban isótopos radiactivos como el cesio o el cobalto; por tanto, mencionarle la caja solo conseguiría preocuparla innecesariamente, y decidió zanjar la cuestión con una afirmación bastante arriesgada.

—Creo que nos han contado todo, y que ahora sabemos tanto como ellos.

—Te veo muy confiado —observó Olivia, confusa.

—Ya te lo he dicho, he decidido ir. De qué me sirve seguir dándole vueltas al asunto.

Eso le aseguró para tranquilizarla, intentando parecer lo más sincero posible, aunque su mente analítica no dejaba de contemplar mil y una variables.

De pronto la quería con él. Acompañándolo en la misión. Le gustaba. Además de como mujer, como contrapeso. Veía a alguien prudente y con criterio que le vendría muy bien para aplacar su carácter, a veces, demasiado entusiasta. En definitiva, un buen fichaje que lo equilibraba y que no estaba dispuesto a perder.

—Comamos antes de que esto se enfríe —concluyó al verla paralizada, como en otro mundo, mirando los platos.

—Claro —dijo Olivia, pinchando con desgana un trozo de tomate.

Y continuaron comiendo, dejando a un lado la misión por un rato, haciendo comentarios banales sobre la calidad de los platos o la penosa decoración de aquel comedor, hasta que llegó el momento del postre y Olivia cogió la manzana, roja y brillante, y la sopesó en la mano sin decidirse a morderla.

—No es el fruto prohibido del Jardín del Edén —bromeó Max.

—¿Eres creyente?

—¿Yo? ¡Qué va! Nunca he sido capaz de mantener una disciplina tan ciega e irreflexiva como para ser hincha de un equipo de fútbol, seguidor de una ideología política o fiel siervo de una religión. ¿Y tú?

—Me gusta pensar que existe algo por encima de nosotros.

—Ya lo hay. Se llama universo, y es el responsable de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos.

—¿Y qué seremos?

—Energía en forma de polvo cósmico. Todo, absolutamente

todo, acabará siendo polvo cósmico. Átomos y moléculas que regresarán al punto de partida para ser recicladas y formar de nuevo materia. Eres bióloga. Sabrás que, a fin de cuentas, los humanos no somos más que la combinación de elementos químicos. Un 65 % de oxígeno. Un 19 % de carbono. Un 10 % de hidrógeno…

—Un 3,1 % de nitrógeno —continuó Olivia—. Un 1,6 % de calcio. Un 1,2 % de fósforo. Un 0,25 % de potasio y sulfuro, y porcentajes más ínfimos de sodio, magnesio y cloro. ¿A dónde quieres llegar?

—Al hecho de que, si pudiéramos seguir el recorrido de un átomo desde su origen, comprobaríamos que antes habría formado parte de otros animales, plantas o minerales. Existe una cantidad tan inconcebiblemente grande de átomos en nuestros cuerpos que, seguramente, varios de ellos ya estuvieron en algún personaje célebre de la historia. Quizá de Platón, Alejandro Magno, Nefertiti, Leonardo da Vinci, Marie Curi, Aristóteles… Jesús de Nazaret. A mí me gusta pensar que algún que otro átomo de Albert Einstein campa por mi cuerpo.

—Si es como tú dices, yo desearía tener unos cuantos de Laura Bassi.

—La primera mujer científica de la historia —apuntó Max—. Buena elección.

—O sea, que somos puro reciclaje —concluyó Olivia.

—Sí. A excepción de algunos átomos producidos posteriormente por las sucesivas desintegraciones radiactivas, el resto de los que conforman nuestros cuerpos ya existían cuando la Tierra se formó hace 4500 millones de años. Quizá, mucho antes.

—Entonces, todo está conectado.

—Entrelazado, como diría un físico.

—Comprendo lo que me dices, pero me cuesta asimilar que algo tan extraordinario se reduzca a una combinación casual de partículas.

—¿Hablas de la conciencia?

—Hablo de nuestra esencia como seres humanos. De la trascendencia de nuestros actos. De nuestra espiritualidad.

—Sí. Estaría bien ser especiales, aunque siento defraudarte. Como tú dijiste, no somos más que una combinación casual de

partículas. Un resultado accidental que, tarde o temprano, desaparecerá de la faz de la tierra para incorporarse de nuevo al universo.

—La física cuántica es deprimente —concluyó Olivia—. Teorías, fórmulas, hipótesis…

—Que finalmente lo explicarán todo.

—Es posible, pero yo prefiero ver, oler y tocar sin hacerme demasiadas preguntas. Rodearme de naturaleza, de animales, de plantas, de personas…, y disfrutar de su existencia sin tener que reducirlos a meros átomos ordenados en moléculas.

—Como también hace la biología molecular —puntualizó Max con retranca.

—En eso tienes razón. Aunque no es lo mismo.

—Ya. Porque puedes ver, oler y tocar.

—Exacto.

—Pues siento defraudarte, porque lo que es tocar, nunca llegamos a tocar nada.

—Ya, por los electrones —dijo ella con desprecio.

—Los cuerpos se repelen. La materia se repele por la nube de electrones con carga negativa que gira alrededor del núcleo de los átomos —continuó Max, ajeno al desinterés que mostraba la cara de Olivia—. Tú crees que ahora estás sentada en una silla, pero en realidad levitas sobre ella a la distancia de un angstrom. Todo es energía. Vivimos aislados de nuestro entorno por fuerzas electromagnéticas. Eso es un hecho.

—¿Ni siquiera cuando hacemos el amor con alguien? —preguntó ella en tono burlón.

—También, en esos momentos tan gratificantes, nuestras pieles permanecen separadas por la cienmillonésima parte de un centímetro. Circunstancia por suerte inapreciable, aunque fundamental para que el de arriba no atraviese al de abajo, y luego la cama, el suelo del apartamento, la calle… y acabe chamuscado en el centro de la Tierra.

Max había rematado con un chascarrillo para provocar una sonrisa en Olivia, sin embargo, lo que consiguió fue un gesto de preocupación.

—¿Qué pasa ahora?

—Me has hecho recordar la misión.

—Vaya por Dios. ¿Por qué?

—La esfera. Es la parte que más me asusta.

Max enseguida comprendió en qué radicaba el temor de Olivia e intentó ponerle remedio.

—Somos vacío. Minúsculas porciones de materia rodeadas por un insondable vacío.

—Ya —dijo Olivia.

—Para que te hagas una idea, si el núcleo de protones y neutrones de un átomo fuera como un balón de futbol, los electrones girarían a su alrededor en una órbita con el tamaño del radio de la Tierra. Ya lo hemos hablado. Si la doctora Bravo, como asegura, ha podido anular la repulsión de los electrones de la capa exterior de la esfera, atravesaremos la pared cuántica sin problema —simplificó Max, con el ánimo de tranquilizarla.

—Oigo pared cuántica y se me ponen los pelos de punta.

—No te asustes. No debe tratarse de algo tan denso como un muro de hormigón, ya que de otra manera le habría sido imposible lograrlo.

—Entonces, ¿qué demonios es?

—Una anomalía energética que se cree materia.

—Muy poético.

—Piensa en el hecho. Seremos los únicos seres humanos que hayan desafiado las leyes de la física clásica. Pioneros. Como lo fueron los primeros que volaron, que fueron al espacio, que pisaron la Luna o bajaron a las profundidades abisales de la Fosa de las Marianas.

—Te agradezco el esfuerzo, pero no me convences.

—¿Me estás diciendo que no vas a aceptar la misión? —le preguntó Max, sin poder evitar mostrar preocupación.

—No. Te estoy diciendo que voy a aceptar, y por eso mismo estoy cagada de miedo —concluyó Olivia, dando un buen mordisco a la manzana que llevaba manoseando un buen rato.

Tres mesas más atrás, Norris los observaba con disimulo. Y también los escuchaba, ya que el comedor se había vaciado casi por completo y no había más sonido que sus voces. Los observaba y

escuchaba, y se reía amargamente por dentro de esos dos ratones de biblioteca, tan tiernos e ingenuos, que aún no habían comprendido que el verdadero peligro los esperaría más allá de aquella maldita bruma.

8
AIRE FRESCO

Nero no regresó al comedor del búnker en una hora, como les había asegurado, sino que se demoró casi dos debido a que su encuentro con el coronel Shepard había derivado en una dura y densa discusión que, finalmente, ganó el militar. Sin embargo, al acercarse a los candidatos no permitió que su ánimo quebrado asomara, y se mostró tan sosegado y seguro de sí mismo como siempre.

Norris estaba solo, jugando a las cartas. Olivia y Max, en una mesa separada, charlaban mientras tomaban un café. Con desparpajo, Nero hizo un gesto al exsoldado para que lo siguiera y los cuatro acabaron compartiendo mesa.

—¿Qué tal han comido? —comenzó diciendo el agente.

—Llenamos la tripa. Lo cual no es poco —dijo Norris.

—Sí. No nos podemos quejar —añadió Max—. El problema es que he venido con lo puesto y este ridículo maletín lleno de exámenes de mis alumnos, y necesitaría darme una ducha y cambiarme de ropa.

—No se preocupe. He dispuesto un cuarto para cada uno de ustedes —aclaró Nero—. Allí tendrán una ducha, ropa limpia y una cama donde descansar.

—Bien. ¿Podemos ir ya? —preguntó Max.

—Antes me gustaría que firmaran los contratos.

—Los contratos —repitió Olivia con pesar.

—Es pura formalidad —dijo Nero, al tiempo que dejaba sobre la mesa tres carpetas de color verde.

—Formalidad con la que el gobierno de los Estados Unidos de América elude cualquier responsabilidad sobre lo que nos suceda.

—Pues claro. ¿Para qué si no van a ser? —saltó Norris—. A ver, ¿dónde está el mío?

Con brusquedad, el exsoldado rebuscó entre las carpetas hasta

dar con la suya e hizo un gesto con la mano reclamando algo con lo que escribir. Nero, de inmediato, sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta y se lo ofreció. Tras firmar sin titubeos, fue el turno de Max.

Sin decir palabra, el físico cogió la carpeta con su nombre, tomó el bolígrafo que Norris había dejado en la mesa y, tras echar un rápido vistazo, también firmó.

—Perfecto. Ahora usted, doctora Parker —se limitó a decir Nero, acercándole su carpeta.

Ella la miró sin decidirse a tocarla. Luego se volvió hacia Max, que le hizo un gesto indeterminado con la cara, y acabó por abrirla.

—Siento que estoy vendiendo mi alma al diablo —confesó la bióloga mientas pasaba las hojas casi sin leerlas.

—Si vamos a visitar el infierno, ¿a quién mejor puedes vendérsela? —apostilló Norris con sorna.

—Me troncho de risa contigo —replicó ella, molesta.

Finalmente llegó a la última página, cogió el bolígrafo y apoyó la punta en la zona reservada a la firma, sobre su nombre. Y estuvo así, paralizada, más de un minuto. Hasta que Nero se impacientó.

—¿Algún problema?

Olivia respiró profundamente y cerró los ojos.

—Ninguno —acabó diciendo antes de estampar su firma.

Ufano, Nero recogió las tres carpetas y se levantó de la silla.

—Si quieren acompañarme, les llevaré a sus aposentos.

—No tan rápido —lo detuvo Norris—. Llevo todo el día bajo esta puta montaña y necesito aire fresco.

Nero, que ya estaba de pie, torció el gesto antes de hablar.

—He conseguido un permiso especial para que puedan estar aquí. No ha sido fácil, como imaginarán. La cuestión es que, por medidas de seguridad, su estancia se limita a la sala de guerra en la que estuvimos, este comedor y sus habitaciones.

—¡Y una mierda! —gruñó Norris, quitándole las carpetas de un tirón.

—¿Qué hace? —se sorprendió el agente al ver cómo seleccionaba la suya, la cogía con fuerza entre ambas manos y amagaba con romperla.

—No he salido de un agujero para meterme en otro —se limitó a

decir.

—¿Está loco?

—Un poco sí. Como el resto de los que estamos aquí.

—¿Renunciaría a la misión, y a los beneficios que obtendría, por una salida al exterior?

—Exactamente —respondió Norris, frío como un témpano.

Nero tragó saliva y se tomó su tiempo antes de dar el siguiente paso. Diez segundos. Luego carraspeó, se tocó la oreja e inició una maniobra enfocada a ganar una discusión con un contendiente de escaso porte. Una estrategia básica que consistía en empatizar primero y rematar a continuación con una promesa.

—Le comprendo —empezó diciendo el agente, manteniendo el contacto visual—. Sé que para llegar aquí ha pasado un montón de horas metido en un avión, y unas cuantas más en un incómodo vehículo del ejercito, y que este lugar bajo tierra no es precisamente un resort de vacaciones. Yo también me subiría por las paredes, pero la situación es complicada y aquí tienen reglas muy estrictas. Sin embargo, le aseguro que me ocuparé personalmente de conseguirle un permiso para salir al exterior.

Dicho esto se quedó mirando al exsoldado sin pestañear, componiendo un gesto de absoluta sinceridad. Hasta que este se avino a razones.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Deme tiempo —casi le suplicó Nero—. Antes debo hablar con el comandante en jefe del complejo y coordinar la operación de mañana.

—Está bien —cedió por fin Norris, devolviéndole la carpeta—. Pero no se le ocurra engañarme.

—Confíe en mí. Tendrá su hora de recreo —le aseguró Nero, casi paternal.

—Que sea para los tres. ¿No? —intervino Max, preguntando a una atónita Olivia.

—Sí, sí, claro. Nos vendrá bien a todos tomarnos un respiro —acabó respondiendo ella.

—No se hable más —concluyó Nero, sonriendo—. Ahora, si son tan amables de acompañarme, les llevaré a sus habitaciones.

Diez minutos más tarde el *Humvee* los dejaba al otro extremo de

la montaña, en un edificio de tres plantas. Las dos primeras, sin ventanas, estaban destinadas a almacén, y la planta tercera, en la que se abrían ventanucos diminutos, estaba reservada para casos de emergencia en los que se necesitara ampliar el número de personal, incluidos soldados. De ahí que contara con armería —que en ese momento estaba vacía—, duchas colectivas, un gran dormitorio con literas en el que podrían dormir cien personas, y cuatro habitaciones individuales destinadas a los mandos. Y fue en estas últimas en las que Nero los acomodó.

Situadas en un pasillo, las puertas eran contiguas. El agente se limitó a abrirlas e indicarles qué habitación correspondía a cada uno.

—No están mal, ¿verdad? —les dijo mientras los «invitados» se asomaban a sus habitaciones—. Doctora Parker, le hemos dejado su maleta sobre la cama. Para ustedes, que han venido con lo puesto, tienen ropa y mudas limpias por si quieren cambiarse. No esperen unos «armanis», esto es el ejército.

—Vale. No tarde —se limitó a decir Norris, entrando en su habitación.

—Volveré lo antes que pueda —prometió Nero—. Ahora los dejo para que se instalen. Y recuerden que les está terminantemente prohibido deambular por el complejo si no van acompañados por alguien autorizado.

—¿Qué pasa si lo hacemos? ¿Nos van a disparar? —preguntó Max, irónico.

—A matar. Disparar a matar. Esa es la orden que tienen —puntualizó Nero muy serio, antes de marcharse.

La puerta de la habitación de Norris se cerró de un portazo, y Max y Olivia se quedaron solos en el pasillo.

—¿Piensas que hablaba en serio? —preguntó la bióloga, preocupada.

—Supongo que sí.

—Entonces, será mejor que obedezcamos.

—Sin duda. Nos vemos en un rato —dijo el físico, acongojado, entrando en su habitación.

—Nos vemos —repitió a su vez la bióloga, entrando en la suya.

Los cuartos eran iguales. Funcionales, limpios y austeros. Tenían

una cama de un metro de ancha pegada a una pared, una mesilla con una lámpara de pantalla, una mesa con una silla contra otra pared y, a continuación, un armario de un cuerpo. También había una puerta que comunicaba con un baño con ducha, inodoro y lavabo con espejo. Todo sencillo y sobrio, aunque a Max le pareció una maravilla.

Sin perder un segundo, el físico se desvistió y se metió en la ducha. El agua caliente tardó en salir. Cuando lo hizo, disfrutó durante más de quince minutos enjabonado hasta las orejas. Incluso se permitió canturrear una canción popular de su tierra, Asturias, olvidándose por un momento de dónde estaba y por qué.

> Fuisti al Carmín de La Pola,
> llevasti medies azules,
> llevastiles emprestaes,
> aquelles nun yeren tuyes.
> Adiós Rosina,
> adiós clavel
> que te vengo ver
> de mañana y tarde.

Cuando cerró el grifo de la ducha y dejó de cantar, el paréntesis de bienestar también terminó, imponiéndose de nuevo la realidad. Una inquietante realidad de la que se libró sacudiendo la cabeza y regresando a la habitación.

Encima de la cama había ropa, como le aseguró ese agente de la Seguridad Nacional, y además un neceser de plástico. Al abrirlo comprobó que estaba bien surtido, con artículos de higiene personal como una maquinilla de cuchillas y crema de afeitar, cepillo de dientes y pasta, un peine, unas pequeñas tijeras y hasta lima de uñas. Lo cogió y regresó al cuarto de baño, donde se lavó los dientes, se afeitó y, para terminar, se peinó mirándose al espejo como si le observara un extraño. No porque se viera mal, sino porque de pronto le vino a la cabeza la imagen del joven apasionado que fue en otro tiempo. Alguien que ya había desaparecido casi por completo, eliminado por el paso de los años y por un mundo duro y competitivo que premiaba a los aduladores expertos en fomentar amistades influyentes, en detrimento de los

críticos con talento.

El «yo» de antaño se le apareció en ese momento reivindicándose con fuerza, intentando salir y tomar de nuevo el control de su vida. Y eso a Max le encantó. Y comenzó a tararear otra vez esa vieja canción asturiana mientras se miraba al espejo con la cara aún manchada con restos de crema de afeitar.

> Caballu qu'a trenta pasos
> ve la yegua y nun relincha,
> nun lu llamo yo caballu
> sinon potru ensin malicia.

Cuando terminó de asearse, volvió a la habitación, tiró su ropa en un rincón hecha un gurruño y revisó la que estaba sobre la cama.

—¡Qué cojones! —exclamó para sí al constatar que se trataba de indumentaria militar.

Una a una fue mirando las prendas levantándolas en alto, sin creerse lo que veía. Una camiseta interior de manga corta de color gris verdoso, otra igual pero de manga larga, unos pantalones y una camisa de camuflaje, un cinturón de nailon ancho y unas botas de combate, con sus correspondientes calcetines dentro, a los pies de la cama. Si bien, lo que más gracia le hizo, por decirlo de alguna manera, fueron los calzoncillos de algodón blanco que encontró debajo de toda la ropa. Unos calzoncillos gruesos, con abultadas costuras, que a la vista parecían para alguien con el doble del tamaño que él. Casi divertido se los puso, se sentó en el escritorio, abrió su maletín y sacó los exámenes de sus alumnos y un rotulador rojo. Le habían quitado el teléfono móvil al llegar al búnker, y no tenía sueño. Algo tenía que hacer mientras esperaba, y corregir desatinos le pareció la mejor manera de que el tiempo pasara rápido.

En ese instante, en la habitación contigua, Norris estaba tumbado en la cama. Se había descalzado, aunque continuaba vestido. Camisa y pantalones vaqueros. La misma ropa que llevaba cuando lo encerraron cinco años atrás. No dormía. Miraba el techo con los ojos entornados. Un techo blanco, liso, en el que el exsoldado dibujaba su futuro con trazos gordos. Un futuro complicado. Peligroso. Impredecible. Pero que al menos venía

salpicado de esperanza. De libertad. Aunque solo fuera por un corto espacio de tiempo. Ya había estado en muchas situaciones complicadas a lo largo de su carrera como soldado, en el campo de batalla, bajo fuego enemigo y fuera de él, en tareas de vigilancia y escolta… Y ese bagaje de riesgo permanente le había enseñado a valorar cada instante que seguía vivo como si fuese el último. Un minuto. Un día. Una semana fuera de la cárcel bien valía el riesgo. Eso se repetía una y otra vez Willian Norris, y también, por qué no reconocerlo, el volver a disfrutar de la acción con un arma en la mano.

Al otro lado de la pared, Olivia seguía en el cuarto de baño, bajo la ducha, con la cabeza hecha un auténtico lío. Antes se había ocupado de sacar de su pequeña maleta las pocas cosas que había traído, y de elegir el sencillo conjunto que iba a ponerse: camiseta de tirantes naranja, pantalón azul claro de lino y zapatillas deportivas blancas. También organizó el resto de su ropa, sus mudas y sus artículos de higiene personal, en un intento por mitigar el incesante ruido de su cerebro a base de realizar tareas de orden doméstico.

No lo consiguió, y el runrún continuaba resonando en sus sienes igual que una letanía maldita.

¿Estaba haciendo lo correcto, o aceptar esa misión había sido una locura que podría costarle la vida? Una y otra vez esas preguntas regresaban a su cabeza, martilleándola, y una y otra vez las contestaba diciéndose que alguien debía hacerlo. Que era necesario ir a aquella isla para apagar esa misteriosa máquina. Un artefacto que amenazaba la supervivencia de la humanidad.

Eso se decía, pero se mentía.

Ella había aceptado por dos razones, y no eran tan altruistas. Una daba vueltas a 400 km de la Tierra, y la otra era la responsable de que sintiera ese cosquilleo en el estómago.

Llevaba tanto tiempo limitándose a realizar aburridas tareas de laboratorio o insulsos trabajos de campo, viviendo una existencia anodina y carente de logros y emociones, que se había olvidado de las cosas que realmente la hacían sentirse viva. Importante. Orgullosa. Trascendental.

Y esa combinación increíble de adjetivos era lo que notaba en

ese momento en su interior, hormigueando en sus tripas como una maravillosa señal del destino.

También sentía miedo. Un miedo atroz. Aunque la emoción tan grande que representaba el desafío que estaba a punto de realizar lo compensaba con creces.

O eso estaba decidida a creer.

Una vez acabó de ducharse se secó el pelo, se recogió su media melena en una coleta y regresó a la habitación dispuesta a descansar un rato.

Solo con las bragas, se tumbó en la cama. La temperatura del cuarto era buena, veinticuatro grados. Se metió bajo las sábanas, apagó la luz y cerró los ojos.

En total oscuridad y silencio, ya más relajada, Olivia Parker fue capaz de imaginar su futuro más inmediato.

Y le gustó.

Luego, a los pocos minutos, se entregó a los brazos de Morfeo.

Norris aguantó un poco más. Al final, la monótona visión del techo blanco lo venció y se quedó dormido maldiciendo a Nero por no cumplir con lo prometido.

Max fue el que más tardó en acostarse. Estuvo corrigiendo exámenes hasta que el cansancio le llegó y tuvo que admitir que le vendría bien dormir un rato.

Y así, sumidos en un profundo y reparador sueño, fue como los encontró el soldado que abrió cada una de sus puertas una hora más tarde, el mismo joven que les había servido de chófer desde que llegaron al complejo.

Sin llegar a entrar, desde la puerta, los fue llamando por su nombre en voz alta y autoritaria: ¡Doctora Parker! ¡Señor Norris! ¡Doctor Castillo!

Una vez se aseguró de que los había despertado, se situó en mitad del pasillo, a una distancia equidistante de las habitaciones para asegurarse de que todos lo escucharan bien, y les informó.

—El señor Neroski me ha pedido que los lleve al comedor. Son las siete menos cuarto, y el último turno para cenar es a las siete y media.

—¿Y qué hay de la salida? —gruñó Norris, saltando de la cama como una exhalación.

—Lo siento, señor, pero de ese asunto no sé nada. En cinco minutos les espero abajo. No se retrasen —remató el soldado, marcial, antes de desaparecer.

Cuando Max acabó de vestirse y bajar, ya Norris y Olivia esperaban dentro del *Humvee*, sentados en el asiento trasero.

—¡Qué velocidad! —exclamó abriendo la puerta delantera y sentándose junto al conductor.

Nadie dijo nada y el soldado arrancó.

—Veo que te has mimetizado —dijo Olivia tras unos minutos circulando por un túnel recto e interminable.

Como no le quedó otra opción, Max debió vestirse con la ropa militar que le habían dejado, aunque llevaba la camisa de camuflaje remangada y sin abrochar sobre la camiseta de manga corta debajo, intentando darle un aire menos formal al uniforme.

—Si vieras la ropa interior te reirías aún más. Es como llevar pañales —respondió Max.

—No me río. Te sienta bien.

—Vaya, gracias. Tú tampoco estás mal.

—Tuve tiempo de coger algo de ropa antes de venir —se justificó Olivia con un punto de rubor.

—Un conjunto bien elegido —dijo Max, girado en el asiento para mirar a la bióloga con descaro.

Norris bufó, dejando bien claro que aquel intercambio de piropos le molestaba. Luego, se dirigió al soldado que conducía.

—¿Dónde está el señor Neroski?

—Dijo que tenía asuntos de los que ocuparse. Me pidió que los llevara al comedor. Es todo lo que sé —respondió este, en tono robótico.

—Tranquilo, aún queda noche —dijo Max con ánimo conciliador.

—Después de cenar nos vendrá mejor la salida —añadió Olivia.

—Ya veremos —musitó Norris, hundiéndose en el asiento.

Al llegar al comedor lo encontraron bastante lleno. La cola que tuvieron que esperar para llenar sus bandejas fue larga. Max eligió una ensalada de pasta, merluza al horno y una naranja. Olivia, sin embargo, se decantó por unos huevos estilo ranchero, que consistían en dos huevos fritos sobre tortillas de maíz y bañados en

una salsa hecha con tomate, chiles y otros vegetales picados y sofritos, y una guarnición de frijoles y pico de gallo.

—Tienes apetito —observó Max, al comprobar que además añadía un cuenco con macedonia y un yogur natural—. Si los huevos rancheros ya me parecen fuertes para desayunar, para cenar deben de ser como tragarse una bomba.

—Sí, tengo hambre —admitió Olivia con naturalidad—. Y mi estómago lo aguanta todo.

Como era de esperar, Norris iba por su lado un par de puestos por delante en la cola. Cuando acabó de llenar su bandeja eligió una mesa vacía, al fondo del comedor.

Por suerte, quedaba otra sin ocupar cerca de la puerta, y Max y Olivia no tuvieron que compartir mesa con ningún soldado.

—Te noto más relajada —dijo el físico una vez Olivia empezó a comer, con auténtico deleite, uno de los huevos.

—Cuando has aceptado tu destino, todo es más fácil —dijo ella con la boca a medio llenar.

—Genial, yo estoy en ello.

—¿Y qué tal?

—Prefiero no hablar más del asunto. ¿Qué te parece si cambiamos de tema?

—Por mí, perfecto —concluyó Olivia, cargando el tenedor de frijoles.

Y eso hicieron.

Durante el resto de la cena se limitaron a hablar de cuestiones aparentemente intrascendentales, aunque en realidad perseguían un objetivo muy concreto. Preguntas sobre el trabajo, las aficiones, los gustos literarios o cómo pasaban el tiempo libre fueron planteadas con naturalidad y respondidas con franqueza, sin buscar agradar o quedar bien. Lo que ellos pretendían no era una charla de compromiso previa a un flirteo o preámbulo de una noche de pasión. En la cabeza de ninguno de ellos planeaba semejante escenario. La razón de ser de su conversación, además de para evitar hablar de la dichosa misión, escondía un motivo práctico: conocerse más para trabajar mejor juntos. Algo básico en un equipo, pero que Norris no entendía o no quería entender. Para él, aquella misión no era igual a otras en las que había participado con

compañeros de armas a los que conocía tanto como a sí mismo, y por los que daría la vida igual que ellos harían por él. Esos dos eran civiles sin experiencia en combate y, llegado el momento, si las cosas se ponían feas, se convertirían en un estorbo más que en una ayuda. Su cometido sería protegerlos, y lo haría incluso arriesgando su integridad, aunque hasta cierto punto. Por esa razón prefería seguir manteniendo las distancias, para que le fuera fácil dejarlos atrás si las circunstancias se complicaban, algo que jamás haría con un hermano de sangre.

A las siete y treinta y cinco, cuando ya Norris había terminado su cena hacía diez minutos y miraba con insistencia la puerta del comedor, apareció por ella Nero. Entró rápido y buscando con la mirada. El exsoldado se levantó y fue hacia él.

—No me tome el pelo. Ni se le ocurra —le espetó a un palmo de la cara.

—Me hablaron de su mal carácter, pero no de que fuera un estúpido —replicó Nero sin amilanarse un ápice.

Norris entornó los ojos, calibrando.

—Le brindo la oportunidad de su vida y usted tocándome los cojones —continuó Nero—. Le dije que haría lo posible para conseguirles una salida del búnker y aquí estoy. Las cosas no son tan sencillas en el ejército, usted mejor que nadie debería saberlo. Aunque veo que en esa cárcel, además de su libertad, también le quitaron la cordura.

Norris apretó la mandíbula y los puños.

Hacía tiempo que nadie le hablaba así sin que después mordiera el polvo. Quizá nunca. Pero no tuvo más remedio que admitir que aquel jodido agente, además de razón, los tenía bien puestos.

—Puede esperar fuera. Voy a avisar a los demás —continuó Nero, tajante, dejando al exsoldado allí de pie.

—¡Mierda! —exclamó entonces, enfadado consigo mismo por haberse portado como un puñetero niño mimado.

Al salir del comedor vio dos *Humvees* aparcados uno detrás del otro. El primero estaba vacío, y en el segundo se encontraba el joven soldado que ya conocía. Eligió este último y se sentó en el asiento trasero sin saludar al entrar.

Nero no tardó en salir del comedor acompañado por Max y

Olivia. Los tres se metieron en el primer vehículo, con el agente al volante, y el *Humvee* arrancó haciendo chirriar las ruedas. Más rápido de lo habitual, los dos vehículos circularon por los túneles hasta llegar a la gran puerta sur, donde el agente debió enseñar a los soldados de guardia la autorización que le había concedido el comandante al mando y que les permitía salir del búnker.

Una vez en la carretera que recorría el complejo exterior plagado de pabellones, Nero se giró a medias hacia Max y Olivia.

—Los llevaré a un lugar con buenas vistas.

—De noche, poco se va a ver —se lamentó Olivia.

—Precisamente por eso —dijo Nero, enigmático.

Todavía debieron atravesar un control más antes de que los dos vehículos dejaran definitivamente atrás el complejo y tomaran una pista de tierra que ascendía bordeando la montaña Cheyenne. Curvas y recurvas en las que las ruedas de tacos levantaban un polvo fino que los focos convertían en una especie de neblina amarillenta.

Finalmente, una vez salvaron un repecho pronunciado que obligó a los conductores a reducir la marcha, llegaron a una zona llana plagada de arbustos bajos.

—Ya hemos llegado —anunció entonces Nero, deteniendo el vehículo y apagando el motor.

Junto a él paró el segundo *Humvee*, del que salió inmediatamente Norris.

—Pueden bajar —animó Nero a Olivia y a Max—. Tienen una hora para disfrutar del espectáculo y respirar aire fresco.

—¿Espectáculo? —se extrañó Max.

—Salgan, salgan —insistió el agente—. Es noche despejada. Una suerte. Salgan y miren al cielo. Miren.

Y eso hicieron, salir del vehículo y levantar la cabeza en busca de aquella visión maravillosa que les habían prometido.

Y vaya si la encontraron.

A lo largo de su vida, Olivia había viajado por muchos países, y disfrutado de cientos de paisajes como desiertos, selvas, sabanas, estepas, mares de hielo… Y también había tenido la oportunidad de ver el cielo nocturno desde multitud de lugares diferentes e increíbles, aunque jamás en su vida había contemplado semejante

prodigio.

Sobre ellos, como si se tratara de un escenario creado por un genial decorador de cine de películas de ciencia ficción, aparecía una cúpula celeste tan cuajada de estrellas que era imposible imaginar más, y tan nítidas y titilantes que producía mareo el mirarlas. Una visión hipnótica, casi irreal, que conmovía, emocionaba y abrumaba al mismo tiempo, despertando en el observador la placentera sensación de estar suspendido en el espacio, flotando cerca de las estrellas.

—Acojonante, ¿verdad? —oyeron decir a Nero, en tono orgulloso.

—Ya lo creo —fue capaz de decir Max.

—Una auténtica pasada —añadió una conmocionada Olivia.

—Descubrí este lugar hace diez años —continuó Nero—. Cada vez que vuelvo a la montaña Cheyenne hago un hueco para subir aquí.

—Tenía razón, esto es un auténtico espectáculo —reconoció Max con la vista clavada en el cielo, girando sobre sí mismo.

—Sabía que les gustaría —concluyó Nero.

A continuación, el agente se apoyó en el *Humvee*, sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de su chaqueta y se puso un cigarrillo en los labios.

—Dentro está prohibido fumar —explicó mientras lo encendía —. Cuando acabe el cigarro tengo que regresar. Ustedes podrán estar un rato más. El soldado les avisará del momento en que se acabe el recreo.

Max y Olivia continuaron disfrutando de la visión única que les brindaba aquel cielo estrellado, libre de contaminación lumínica, hasta que el físico se acordó de Norris y lo buscó con la mirada. A unos veinte metros de los vehículos lo encontró, caminando de un lado a otro, con paso lento y las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿Qué me dice de él? —preguntó de pronto, dirigiéndose a Nero.

—¿Cómo? —preguntó a su vez el agente, sin entender.

—Norris —concretó Max, señalando al exsoldado con la barbilla —. Hasta el momento, digamos que no ha sido demasiado

comunicativo con nosotros.

—Ha sido un borde y un insolente —apostilló Olivia—. En conclusión, alguien con el que sería mejor no trabajar.

—Yo no diría tanto —matizó Max—, pero es verdad que causa ciertos recelos.

Nero dio un par de caladas al cigarro sin quitar ojo al exsoldado —ahora parado mirando a la lejanía—, y después de meditar la respuesta dijo:

—Hará bien su trabajo. Es lo esencial.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Somos nosotros? —quiso saber Max.

—No. Qué va.

—¿Está cabreado con el mundo?

—Principalmente con él mismo —puntualizó Nero.

—Es militar, ¿no es así?

—Lo fue.

—¿Qué le pasó? —preguntó Olivia.

Nero dio una larga calada al cigarro y luego lo golpeó para que cayera la ceniza antes de contestar.

—Cometió un error. Mala suerte.

—¿Y ya está?

—No necesitan saber más.

—Sin embargo, hay algo que sí me gustaría saber —dijo Max.

—Adelante.

—La misión. ¿Quién estará al mando?

—Usted es el físico. Su cometido es vital para apagar La Máquina. Por tanto, usted tendrá la última palabra en cuanto a las decisiones.

—¿Lo sabe él?

—Por supuesto —respondió Nero, categórico—. No obstante, yo les recomendaría que, en relación a la seguridad, escuchen siempre su opinión.

Max y Olivia se miraron con el mismo pensamiento en la cabeza, aunque fue ella quien lo verbalizó.

—No me gusta. Creo que puede ser problemático.

—Todos lo somos en determinadas circunstancias —afirmó Nero, componiendo una expresión indescifrable.

—Menudo consuelo.

—Si les sirve de algo les diré que, después de estudiar su historial militar, querría tener a alguien como él a mi lado si la situación se complicara —sentenció apurando el cigarro hasta el filtro antes de tirarlo al suelo—. Y ahora, si me disculpan, debo volver al búnker. Aún queda mucho que ultimar y poco tiempo. Mañana a las cuatro los despertaremos. Salimos a las cinco.

—¿Con esta ropa? —preguntó Max, cogiendo con ambas manos los faldones de la camisa de camuflaje.

—No se preocupe por eso. Dispondrán de un equipo completo cuando lleguemos al destino. Y al decir completo, no solo me refiero a la indumentaria.

—O sea, que tenemos sorpresas —dijo Olivia.

—La doctora Bravo se ha ocupado de dotarles de los utensilios esenciales en base a las recomendaciones que ha hecho *Susi*.

—¿Una inteligencia artificial ha decidido qué debemos o no debemos llevar?

—Es el futuro, amigo —concluyó Nero, apoyando una mano fraternal en el hombro del físico antes de darse la vuelta en dirección al *Humvee*.

—¡El futuro, dice! —exclamó Max, molesto, una vez se quedaron a solas.

—Debemos asumirlo. En pocos años los ordenadores serán parte fundamental en la toma de decisiones —razonó Olivia—. No estoy muy puesta en el tema, pero sospecho que ya lo hacen.

—Desde hace tiempo —añadió Max—. ¿Cómo será el futuro? Seguramente mejor, aunque no lo sabemos. En cualquier caso, ya es demasiado tarde para detener el tren del progreso.

—Yo he usado *ChatGPT* y es una pasada.

—Es útil, lo reconozco, sin embargo los poemas que escribe son una porquería —remató Max, levantando la vista de nuevo al cielo —. Lo que está claro, es que jamás ninguna inteligencia artificial podrá sentir lo que ahora sentimos nosotros al contemplar esto.

—Te veo muy profundo —comentó Olivia con cierta sorna.

—Las respuestas están ahí arriba —continuó él, señalando el cielo con el dedo—. El problema es que no sabemos verlas.

—¿Por qué físico teórico y no astrónomo?

—Lo pensé. Hubo un tiempo en que creí que era el medio idóneo para desvelar las incógnitas. Hasta que, justo antes de entrar en la universidad, leí algo. Una frase escrita en la pared de unos baños públicos que no he podido atribuir a nadie, y que decía: *«Toda la verdad cabe dentro de una fórmula»*. Eso me hizo recapacitar y cambiar de opinión.

—Elegir tu futuro profesional mientras meas. Memorable.

—Sé que es absurdo, pero así pasó —reconoció Max—. ¿Tú cómo supiste lo que querías estudiar?

—No estoy segura. Cuando eres joven te dejas llevar por impulsos.

—¿Te arrepientes?

—Según el día —admitió Olivia, desviando la mirada de aquellos intensos ojos oscuros que no dejaban de observarla.

—Vamos, no te hagas la estupenda. Nadie estudia y se especializa en tantas ramas de una ciencia si no le apasionan. Seguro que tú también buscabas algo.

—¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? Nada original.

—En el fondo, lo mismo que yo.

—Si tú lo dices.

—Vamos, anímate. Cuando esta misión termine podrás mirar la Tierra desde allí arriba.

—Si seguimos vivos.

—Seguiremos, lo siento aquí —aseguró Max, poniéndose la mano en el pecho.

—Ese no es un motivo muy razonable que digamos.

—Quizá no. Sin embargo, ¿quién puede asegurar que la intuición o el presentimiento no sean el resultado del entrelazamiento de las partículas?

—¿Ahora estás hablando de física cuántica?

—Somos el producto de un evento único. Nosotros. Los animales. Los planetas. Las estrellas. Las galaxias. Cada molécula. Cada átomo… Absolutamente todo lo que existe en el cosmos tiene un origen común en un instante concreto, y quizá esa circunstancia haga que sintamos cosas que no llegamos a comprender.

Olivia entornó los ojos, analizando lo que había dicho Max,

antes de hablar.

—Suena a filosofía oriental.

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que te ríes de mí?

—Ni idea —respondió Olivia, poniendo cara de inocente.

—Ahora te toca a ti. Cuéntame qué demonios piensas hacer en la Estación Espacial Internacional. Porque supongo que no te dejarán ir allí solo de visita.

—Tengo un proyecto.

—Cuenta.

—¿Sabes lo que es la *«panspermia»*?

—Tiene algo que ver con que la vida en la Tierra llegó del exterior, ¿no es así?

—Exacto —confirmó Olivia—. Es una teoría que cree que la vida en nuestro planeta se originó a partir de formas microscópicas que llegaron del espacio.

—¿De algún sitio en especial?

—No. Están por todo el universo, viajando de un lado a otro a bordo de asteroides, cometas, planetoides… Flotando en polvo espacial igual que si fuesen semillas, para acabar arraigando en aquellos lugares que les son propicios.

—Entiendo. ¿Y tú trabajo en la estación consistiría en encontrar ese polvo cósmico cargado de vida?

—No aspiro a tanto —reconoció Olivia—. Por el momento me conformo con realizar experimentos en el espacio con microorganismos de la Tierra. Comprobar su resistencia a las temperaturas extremas y a la ausencia de oxígeno y alimentos.

—¿Hay de eso en la Tierra?

—Por supuesto. Se llaman *extremófilos*. Del latín, «amantes de lo extremo». Son microorganismos capaces de prosperar en condiciones ambientales inconcebibles, como aguas termales, profundidades abisales, bajo el hielo de la Antártida… Se han descubierto esporas viables con más de cuarenta millones de años de antigüedad resistentes a la radiación. Y bacterias capaces de soportar más de 420 grados Celsius o vivir en aguas tremendamente acidas donde nada más sobrevive, como las que se encuentran en las aguas del río Tinto, en tu país.

—Interesante —se limitó a decir Max mientras disfrutaba del

apasionado discurso de Olivia.

—Tengo muchas ideas que quizá, algún día, si tengo la oportunidad, podrían ponerse en práctica.

—Cuenta, soy todo oídos.

—Verás. Se trata de una especie de enorme cometa, del tamaño de un campo de fútbol, confeccionada con tela y recubierta con una sustancia pegajosa que se desplegaría en el espacio. Muchas cometas unidas por cables que se dejarían sueltas durante un tiempo para, más tarde, ver si han capturado algo.

—¿Como una red para cazar mariposas?

—O una red para pescar.

—Me gusta.

—De ilusiones también se vive —remató Olivia, levantando la cabeza hacia las estrellas.

Max la imitó, y justo en ese preciso instante un resplandeciente fulgor atravesó el cielo.

—¿Lo has visto? —preguntó este, emocionado.

—Claro. Ha sido hermoso.

—Un meteorito. Jamás había visto ninguno.

—Eso es porque no miras mucho el cielo de noche. De media, caen en la Tierra unos ciento cincuenta cada día. Por cierto. Eso era un meteoro. O un bólido. O, si lo prefieres, una estrella fugaz. Se llama meteorito cuando ya está en el suelo.

—Vale, sabionda, tomo nota.

De pronto, ambos se quedaron callados al escuchar pasos a su espalda. Al volverse vieron al soldado que los había llevado en el *Humvee*, y que también hacía de niñera.

—Se ha acabado el tiempo —dijo muy serio—. Hora de regresar al búnker.

—¿Ya? ¿Tan rápido?

—Ha pasado una hora exacta desde que llegamos —confirmó Max consultando su reloj.

—Juraría que ha sido menos. Media hora como mucho.

—Investigaciones han demostrado que los pensamientos y las emociones pueden distorsionar nuestro sentido del tiempo, haciendo que pase más rápido o más lento.

—Una tortura se hace eterna, y una fiesta se acaba enseguida.

—Algo así.

—Pues yo solo espero que esta misión se nos pase volando —dijo Olivia, encaminándose hacia el vehículo.

—Me temo que eso no va a depender de nosotros —sentenció Max, echando a andar a su lado.

11
ALEA IACTA EST

Fragata USS Indiana.
A cinco millas náuticas de Isla Tortuga.

El viaje desde el búnker hasta la fragata fue una auténtica pesadilla. Camiones, aviones, helicópteros militares… Horas y horas de carretera y de vuelo donde los tres integrantes de la misión habían sido reducidos a poco más que maletas que pasaban de un medio de transporte a otro en una secuencia agotadora e interminable, sin voluntad propia y sin derecho a opinar en absoluto. Dormitaban y comían cuando podían, y siempre permanecían bajo la supervisión de un soldado armado. Pero no solo ellos. Nero y la doctora Bravo también sufrieron el periplo infinito y sin tregua en sus propias carnes, además de la vigilancia permanente y discreta de un militar de paisano asignado personalmente por el coronel Shepard, para el que la palabra «confianza» no tenía ningún sentido.

Por fin, bien entrada la tarde, un helicóptero Sikorsky SH-3 Sea King, desprovisto de su armamento antisubmarinos, despegaba de una base militar estadounidense en Colombia y, tras recorrer cerca de quinientos kilómetros, aterrizaba con la noche ya cerrada sobre la cubierta de la fragata USS Indiana dando por concluido el eterno peregrinaje, como así lo atestiguó James Neroski estirándose sin disimulos nada más bajar del aparato y elevando la voz por encima del ruido de los rotores.

—Bueno, fin de trayecto.

Unas horas antes, durante la última etapa del viaje en la que no les quedó más remedio que compartir espacio con la carga —dos bultos enormes cubiertos por lonas y sujetos con eslingas en la parte

trasera del helicóptero—, fue cuando Max, aprovechando que todos dormían, se acercó a Nero con la intención de aclarar una duda que, aunque había tratado de arrinconar y justificar, no acababa de írsele de la cabeza.

—¿Le importaría que le hiciese una pregunta? —le pidió al agente después de despertarlo con golpecitos reiterados en el hombro.

—Si está en mi mano responder… —dijo este, aún nebuloso.

—¿Qué transportamos?

—¿Cómo dice?

—Entiendo que uno de los bultos es El Orbe, ¿pero el otro?

El agente entonces entornó los ojos y lo miró muy serio antes de responder.

—Equipo.

—¿Qué clase de equipo?

—¿Por qué me hace esa pregunta? —se envaró Nero, despertándose definitivamente.

—En el búnker me pareció ver un símbolo de peligro radiactivo en una caja que cargaba un camión al entrar en el almacén donde estaba la esfera.

—Es posible —admitió Nero después de meditar unos segundos —. La doctora Bravo ha decidido traer a la misión lo último en sistemas de medición y control, y algunos incorporan…

—Isótopos radiactivos —completó Max al verlo dudar.

—Correcto, isótopos radiactivos.

—Ahora comprendo. Era lo que imaginaba.

—Doctor Castillo, relájese y no busque fantasmas donde no los hay —le aconsejó Nero en tono paternal.

—Es mi mente inquieta. Lo siento —se disculpó Max levantando las cejas.

—Cuando lleguemos a la fragata aún nos quedará mucho trabajo por hacer. Procure dormir.

—Claro, eso haré —concluyó Max, obediente, convencido de que había quedado como un idiota.

De esa conversación ya no se acordaba el físico mientras esperaba en la cubierta de popa a que descargaran el helicóptero, rodeado de soldados que iban de un lado para otro trajinando bajo

la intensa luz de unos focos, en una noche despejada y con una suave brisa que traía olor a mar y dejaba en su cara un rastro salubre y pegajoso.

—Parece una imagen de película, ¿verdad? —oyó decir a Olivia, abrazada a sí misma, helada de frío aunque la temperatura ambiente era de veinte grados.

—«Película» la que nos espera —apostilló Norris, situado un paso por detrás de los dos científicos.

—¿Es que no te cansas nunca? —replicó la bióloga.

—No he dicho nada —reculó el exsoldado, levantando ambas manos en son de paz.

Media hora más tarde los tres fueron llevados a sus camarotes individuales, donde pudieron darse una ducha y cambiarse de ropa. En este caso, lo que había sobre las camas era vestimenta deportiva reglamentaria. Sudaderas, pantalones elásticos y camisetas, todo de color verde claro y con el logo en dorado y escarlata del cuerpo de los marines. También había zapatillas blancas de buena calidad, y calcetines y ropa interior. Bragas y sostén para Olivia y calzoncillos para Norris y Max, en esta ocasión algo más decentes.

Al dejarlos en sus cuartos, austeros al máximo pero confortables, Nero les advirtió que volvería a buscarlos en una hora. Y eso hizo, puntual como un reloj suizo.

—Vaya, parecemos de un colegio —dijo Olivia al reunirse con el resto en el pasillo y ver que todos habían decidido vestirse con la ropa militar deportiva que les habían proporcionado.

—Es cómoda, ¿verdad? —dijo a su vez Max, mirando a un Norris algo disperso.

Este se encogió de hombros y se dirigió a Nero, que con un gesto de la mano les decía que lo siguieran.

—¿A dónde nos lleva?

—Al puente de mando. La doctora Bravo quiere que vean una cosa.

—¿Alguna sorpresa de última hora?

—Nada nuevo. Ella ha insistido en tenerles informados de todo cuanto acontece en La Zona Crítica.

—Me parece perfecto —dijo Max.

El estrecho y largo pasillo lleno de puertas en el que se

encontraban, desembocaba en una escalera que comunicaba con las cubiertas superiores. Subieron uno detrás del otro y continuaron recorriendo el buque de guerra siguiendo a un Nero que, en ocasiones, dudaba con respecto a la dirección que debía tomar. Por fin, tras un largo «paseo» por aquel laberinto claustrofóbico que olía a metal y a salitre, salieron a la cubierta superior y, desde allí, llegaron al puente de mando.

—Ahora entiendo por qué cuando se hunde un barco de guerra se ahogan casi todos los marineros —comentó Max—. Si no te pilla en cubierta, de este cascarón de acero no hay quien salga a tiempo para coger un salvavidas.

La observación en tono jocoso no tuvo respuesta por parte de nadie, y Nero se limitó a llevarlos hasta la esquina donde la doctora Bravo trabajaba delante de varias pantallas de ordenador. También había alguien más allí, de pie y vestido de uniforme, mirando la oscuridad a través del cristal de proa.

—Coronel Shepard, ellos son el equipo seleccionado para realizar la misión —se limitó a informar Nero, evitando cualquier señal en su voz de sumisión marcial.

El coronel, que había viajado la noche anterior, se volvió para mirarlos. Bajo la luz mermada del puente, su rostro se veía aún más huesudo, y sus ojos hundidos asemejaban las cuencas vacías de un cadáver.

—Supongo que saben a lo que vienen —dijo observándolos uno a uno como si fuesen ganado.

—No le quepa duda —se apresuró a responder Nero, tajante.

Después, el coronel se giró de nuevo hacia el ventanal y Nero dirigió su atención hacia la doctora Bravo.

—¿Qué tenemos? —le preguntó inclinándose sobre una de las pantallas de ordenador.

—Fluctuaciones en los bordes, como es habitual.

—¿Es en tiempo real? —preguntó Max, que se hizo un hueco para ver mejor la imagen que aparecía en pantalla.

—Sí —respondió la doctora—. La proporciona un dron equipado con visión nocturna e infrarrojos.

Al introducir comandos en el teclado la imagen del ordenador fue cambiando, alternando entre una en la que se veía la semiesfera

palpitante en tonos verdosos y blancos en contraste con un fondo casi negro que representaba el resto de la isla, y otra en la que se reconocía la misma semiesfera pero en vivos colores concéntricos que iban desde el azul oscuro al rojo intenso, pasando por los naranjas y los amarillos.

—Según mis cálculos, desde la última vez que medí La Zona Crítica hace dos días, el diámetro de esta ha aumentado en diez metros —dijo la doctora dejando escapar un suspiro.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Olivia.

—Yo diría que está entrando en una etapa de inestabilidad. El primer año, en una progresión constante, creció hasta el doble de su tamaño inicial. Durante el segundo se estabilizó. Últimamente han vuelto a producirse cambios. Crece y merma constantemente.

—Si esa máquina es una fuente de energía semejante a un generador, es normal que se produzcan esas oscilaciones —opinó Olivia—. Lo mismo le sucede a la bombilla de una linterna antes de que las pilas se agoten.

—¿Agotarse? ¡Qué ingenuidad! ¡Ojala fuese tan sencillo! Entonces todo se solucionaría con esperar, y no hubiese hecho falta que vinieran —dijo la doctora Bravo en tono divertido.

Un tono que molestó a Oliva hasta el punto de provocar que sus mejillas se incendiaran. La doctora no se percató y continuó hablando.

—Cuando hablo de crecer y mermar no me refiero a cambios de tamaño estables, que permanecen durante un tiempo. Estos son tan rápidos que solo pueden registrarse con aparatos de alta precisión.

—¿Cómo de rápidos? —quiso saber Max.

—Un cuarto de la velocidad de la luz.

—¡Caray! —se sorprendió el físico.

—Millones y millones a lo largo del día. Nuestros ojos no pueden ver esos cambios, por supuesto, aunque sí percibir la suma infinita de variaciones en forma de vibración.

—Por eso la bruma.

—Exacto.

—¿Qué cree que puede significar?

—Hablamos de una energía desconocida, cuya manifestación física tampoco conocemos. Puede que esas oscilaciones sean algo

semejante al zumbido que produce la alta tensión, o a la radiación emitida por fuentes de carácter nuclear. ¡Quién sabe!

Max, insaciable en su curiosidad, ya tenía en la recámara varias preguntas más cuando un soldado irrumpió en el puente de mando dejándolo con la palabra en la boca.

—Señor —dijo este cuadrándose ante el coronel Shepard, para después dirigirse a Nero—. Como solicitó, ya hemos emplazado la carga en el hangar, y el resto del equipo está dispuesto para su revisión.

—Gracias. Puede retirarse —dijo el agente.

Sin pronunciar una palabra, el coronel se fue detrás de él.

El capitán de la fragata y dos oficiales permanecían sentados frente a los innumerables controles del barco, sumidos en sus quehaceres, como si lo que allí sucedía no fuera con ellos y los civiles no existieran.

—Doctora Bravo, ¿qué le parece si nos desplazamos al hangar? Seguro que tendrá muchas cosas que explicar a nuestros invitados —propuso Nero, impaciente.

—Invitados, ¡qué detalle! —musitó Norris.

—Claro. Vayamos —respondió la doctora, indecisa, con la vista clavada en la pantalla del ordenador.

—Venga. Deje de mirar esa cosa y seamos prácticos —la espoleó Nero.

—Perdón —se disculpó ella después de leer de nuevo el mensaje que aparecía en un costado de la pantalla.

Un mensaje enviado por *Susi* que decía:

> Se acaban de incorporar al sistema las últimas mediciones aportadas por la sonda. Puede consultarlas cuando quiera.
>
> Un saludo.

El hangar se encontraba en proa, junto al helipuerto. El Sikorsky SH-3 reposaba con las aspas sujetas con eslingas, y un soldado armado hacía guardia junto a él.

—Me flipa la obsesión por la seguridad de los militares —comentó Olivia mientras caminaba junto a Max y Norris, siguiendo a la doctora Bravo y a Nero en dirección al hangar—. ¿Quién puede

llevarse de aquí un helicóptero? ¿Un delfín que salte a cubierta y sepa pilotarlo?

—El riesgo no es el robo sino el sabotaje —aclaró Norris.

—¿Sabotaje? —se extrañó Olivia—. ¿Por parte de quién?

—Las normas son las normas.

—Ridículas normas.

—No pensaría igual si estuviera en una zona conflictiva y, al montar en un helicóptero o avión, este se viniera abajo porque algún enemigo o demente ha cortado el cable oportuno.

—Visto así —debió admitir Max.

—No hay otra manera de verlo. La precaución es fundamental cuando tu vida o la de tus compañeros están en juego. Quizá alguna vez lo entiendan.

Así sentenció Norris antes de acelerar el paso dejándolos atrás.

—Este tío cenizo me pone mala —dijo entonces Olivia.

—Venimos de mundos diferentes. Sé comprensiva.

—Lo intentaré —concluyó ella, resoplando.

Al hangar se accedía por una puerta corrediza de doble hoja que en ese momento estaba abierta de par en par. El interior era grande, muy grande, con capacidad para dos helicópteros del tamaño del Sikorsky SH-3. Sin embargo, cuando ellos entraron solo estaba El Orbe colgando de un cabestrante situado en el techo, la caja cubierta con una lona y asegurada con correas, y varias mesas donde se disponían un montón de artículos variados.

—Vengan, por favor, acérquense —les pidió Nero, ya parado junto a la doctora Bravo frente a la línea de mesas.

Max y Olivia fueron los últimos en llegar, y enseguida comprendieron de qué se trataba aquello. Sobre todo, al ver cómo Norris se interesaba por la zona donde estaban colocadas, en perfecto orden, armas de varios tipos y tamaños.

—¿Esto es lo que han decidido que debemos llevar en la misión? —se animó a preguntar Max después de echar un rápido vistazo a la colección de artículos bien diferenciados en tres grupos.

—En base a un estudio estadístico que determinaba con qué elementos conflictivos tenían más posibilidades de encontrarse, la mayor parte del equipo lo eligió *Susi* —informó la doctora Bravo.

—¿Elementos conflictivos como cuáles?

—Se barajaron muchos. Algunos extremadamente improbables —respondió la doctora, imprecisa.

Luego, dio un paso adelante y se situó a un palmo de Norris, que miraba las armas con el mismo interés que un niño frente al escaparate de una juguetería.

—El espacio para carga en El Orbe es muy limitado, y nada puede viajar en el suelo —continuó la doctora Bravo—. La IA realizó los cálculos y propuso esta selección de armas, aunque la última palabra la tiene usted. Como verá, hay tres grupos con características similares. Puede elegir uno.

—Pistola, metralleta y cuchillo —enumeró el exsoldado.

—Eso es —intervino Nero—. También se incluye la escopeta recortada del calibre 12 con cartuchos de postas.

—¿Y un subfusil?

—Solo armas de corto alcance. Es lo que ha concluido la IA —respondió Nero encogiéndose de hombros.

Nero se decantó por un grupo y fue manipulando las armas con la misma soltura que un friqui de los años ochenta haría con el cubo de Rubik. Cuando terminó se encaró con el agente.

—¿Todas son de calibre .22?

—Por su pequeño tamaño podrá llevar más munición. Supongo que esa circunstancia también fue valorada por la IA —intervino la doctora Bravo.

—Dispondrá del calibre .22 más potente, trescientos cartuchos *CCI Stinger* de punta hueca —añadió Nero.

—¡Balas dum-dum! Me vale —acabó aceptando Norris, después de pensar un instante—. Me quedo con la pistola *Glock*, la metralleta *UZI* y el cuchillo *KA-BAR*.

—Buena elección —dijo Nero, ufano por haber pasado el trámite que pensaba más complicado—. Y ahora le toca a usted, doctora Parker. Este será su equipo.

Con curiosidad, esta se acercó a la mesa que indicaba el agente y revisó con la mirada lo que allí había.

—¿Reconoce algo de lo que ve? —preguntó la doctora Bravo.

Olivia señaló una especie de pistola de plástico, muy semejante a las usadas para comprobar la fiebre.

—Esto es un analizador de elementos químicos. Basta con apuntar a una superficie y listo. Te indica el porcentaje de cada elemento que tiene una muestra.

—Correcto —confirmó la doctora Bravo—. ¿Algo más?

Olivia se fijó en un aparato cilíndrico de color blanco del tamaño de una lata de judías. Lo cogió y lo examinó. En la parte superior vio que había una pantalla digital táctil y un botón que, al pulsarlo, hacía que saliera un cajoncito de la parte inferior.

—Esto diría que es un analizador biológico —dijo entonces con reservas.

—Lo es —confirmó la doctora Bravo—. El más avanzado que existe. Capaz de examinar muestras de todo tipo y sin preparación especial. Sangre, saliva, cabellos, tejidos… Aporta doscientos parámetros analíticos diferentes. Su fiabilidad es del noventa por ciento.

—Increíble. Costará un ojo de la cara.

—Aún no está a la venta. Es experimental. Como el resto de aparatos.

—Como nosotros —oyeron decir a Norris mientras seguía manipulando las armas.

La doctora Bravo hizo oídos sordos y continuó señalando otro aparato de forma rectangular y esquinas redondeadas.

—Esto de aquí es una MiniPCR para analizar ADN de cualquier tipo. Es igual a un *termociclador* industrial de los que se usan habitualmente en cualquier laboratorio de biología molecular, con la diferencia de que este tiene la mitad de capacidad para muestras, cuarenta y ocho.

—¿Y esto? —preguntó Olivia señalando un maletín de plástico negro del tamaño de una caja de zapatos.

—Un microscopio digital portátil. Su rango de aumento es altísimo, y lleva lentes intercambiables. Con él podrá estudiar células, tejidos y microorganismos, y en la caja encontrará todo lo necesario para preparar las muestras.

—Madre mía, me deja estupefacta —admitió Olivia, llevándose las manos a las mejillas.

—Quizá estos aparatos no le sirvan para nada, como las armas del señor Norris, pero nos movemos por hipótesis y debemos seguir

las recomendaciones de alguien.

—Diga mejor, de «algo» —apostilló Max.

—A *Susi* no le gustaría escuchar eso. Su módulo emocional es muy sensible.

—¡Y el mío! —replicó Max, indignado, señalando una libreta negra y un bolígrafo—. Él tiene un montón de armas y ella todo tipo de juguetitos tecnológicos, ¿y yo solo esto?

—No infravalore su equipo, ya que es el más importante de todos —comenzó diciendo la doctora Bravo—. En la Moleskine hay un plano detallado de la isla, un preciso esquema de los circuitos internos de La Máquina e información completa de la interfaz de conexión. Podría habérselos descargado en una tableta, sin embargo *Susi* propuso que sería más seguro evitar incluir en El Orbe aparatos electrónicos por si las moscas.

—Genial —exclamó Max, no demasiado convencido.

—Bueno, como verán —empezó a decir Nero tomando la palabra—, el equipo se completa con una mochila para cada uno que contiene: un chubasquero, un mechero, una multiherramienta, pastillas potabilizadoras, un kit de primeros auxilios, una linterna, pilas, una brújula digital y otra manual, un reloj de muñeca con GPS en el que se ha programado el lugar al que deben dirigirse, un *walkie-talkie*, un teléfono satélite y comida y agua para dos días.

Max observó con asombro la pequeña mochila rígida de forma curva, intentando comprender cómo en ese espacio tan reducido podían entrar tantas cosas. También se fijó en los otros embalajes —el destinado a contener las armas y la munición de Norris, y el de Olivia, un maletín con correa donde encajaban a la perfección sus aparatos de análisis—, ambos de plástico rígido y curvos.

—Salvo ustedes, nada más puede viajar dentro del Orbe, como ya les comenté, y mucho menos metálico. De ahí que hayamos tenido que calcular muy bien el espacio para transportar el equipo dentro de las paredes curvas de la esfera —explicó la doctora Bravo, como si hubiese leído el pensamiento de Max—. Lo único que podrán llevar en el interior de la esfera será la ropa técnica que les hemos preparado.

—Espero que no se trate del uniforme de gala de los marines,

porque es lo único que me queda por lucir —saltó Max, intentando ser ocurrente y sacar una sonrisa.

Pero no funcionó.

Nadie de los presentes estaba para bromas, ya que cada uno seguía sumido en sus propias preocupaciones.

Por ejemplo, para Nero era el tiempo. Veía que la cosa se iba alargando y todavía quedaba la cuestión más importante por tratar.

—Doctora Bravo, ¿qué le parece si pasamos a la prueba práctica?

—Claro. Por supuesto —dijo ella, solícita.

—¿Prueba práctica? —repitió Olivia sin entender.

—Todo lo relacionado con El Orbe —aclaró la doctora dirigiéndose hacia la esfera que colgaba de un cabestrante—. Cómo entrar. Cómo deben anclarse. Qué deben hacer durante el viaje. El protocolo a seguir una vez sean desenganchados y, sobre todo, cómo deben actuar después de aterrizar.

—Vaya, por fin esto se pone interesante —exclamó Norris, dejando de manosear las armas y siguiendo a la doctora y a Nero.

Max y Olivia se quedaron unos segundos parados, mirándose, hasta que el físico se encogió de hombros y la agarró del brazo para que echara a andar junto a él.

—Se le atribuye a Julio César la famosa frase: *Alea iacta est*, «La suerte está echada» —comenzó diciendo Max—. Por lo visto, la dijo justo antes de atravesar el Rubicón.

—Lo nuestro va a ser peor que pasar un puto río —espetó Olivia de malos modos.

—El peligro no era el río —observó Max, doctoral—. Lo que Julio César temía era atravesar la Galia, terreno hostil. Aunque no tenía más remedio que hacerlo si quería llegar a Roma para derrocar al cónsul Pompeyo.

—¿Me estás queriendo decir algo?

Max recapacitó un instante y acabó negando con la cabeza antes de responder.

—No, nada. Hablaba por hablar.

Después de casi dos horas, durante las cuales la doctora Bravo explicó una y mil veces el protocolo de actuación y realizó

ejercicios prácticos haciéndolos entrar y salir de la esfera hasta convencerse de que lo hacían a la perfección, dio la sesión por concluida.

—Creo que están preparados —anunció dirigiéndose a un Nero que, a ratos, había desconectado dando vueltas por el hangar o buscando un rincón fuera de la vista donde poder fumarse un cigarro, pero que en ese momento estaba junto a ella.

—¿Cree, o lo están?

—Poco más se puede hacer —concluyó la doctora.

—¿Están de acuerdo? —preguntó el agente a los integrantes de la misión, que esperaban junto a la esfera sudando como pollos.

Tan agotados se encontraban, que solo fueron capaces de asentir con la cabeza.

—¿Alguna pregunta?

Otra vez movieron la cabeza. En esta ocasión para negar.

—Perfecto —dijo Nero dando una palmada—. Los acompañaré a sus camarotes y avisaré para que les lleven algo de cenar.

Eso propuso. Sin embargo, nada más salir del hangar al helipuerto de proa, Norris se desmarcó del grupo.

—¿A dónde va, amigo? —lo increpó entonces Nero.

—La noche está muy agradable —respondió este mirando al cielo y levantando los brazos—. Sería un pecado no aprovecharla un rato.

Nero arrugó el entrecejo, e iba a negarle la opción cuando Max habló.

—La verdad es que tiene razón. A mí también me apetece dar una vuelta por cubierta.

—Y a mí —añadió Olivia.

—No están de vacaciones en un crucero —gruñó Nero.

—De eso estamos seguros —replicó el físico.

Nero, antes de tomar una decisión, cabeceó como un bóvido.

—Está bien —acabó diciendo.

Finalmente, la doctora Bravo fue la única que regresó a su camarote de inmediato.

Norris eligió la barandilla de babor para acodarse mirando al mar. Max y Olivia la misma, salvo que dejaron unos metros de distancia. Nero, por el contrario, después de intercambiar un par de

frases con el soldado que montaba guardia junto al helicóptero, acabó acodado en la barandilla de estribor, fumando un cigarro con disimulo extremo.

—La isla está allí, ¿verdad? —preguntó Olivia señalando con la mano hacia la impenetrable oscuridad que tenía delante.

—Allí estaba cuando llegamos —se limitó a responder Max con desgana.

—¿Te pasa algo?

—Que estoy hecho unos zorros.

—Entonces, ¿por qué no te has ido al camarote?

—Por apoyar a Norris.

—¡Joder!, yo hice lo mismo por ti.

—¿Tampoco quieres estar aquí fuera?

—Se está bien —admitió—, pero me muero por darme una ducha, comer algo y meterme en la cama.

—Vaya, parece que ya empezamos a actuar como un equipo —concluyó Max, exhibiendo una luminosa sonrisa.

—Al menos, algunos —lo contradijo Olivia, dirigiendo una mirada rápida hacia el lugar donde estaba Norris.

—¿Sabes? Tengo una teoría sobre él —comentó Max, distraído.

—¿Cuál?

—¿Ves cómo disfruta cuando está en el exterior? ¿Y cómo busca cualquier ocasión para salir? Le pasó igual en la montaña Cheyenne. «No he salido de un agujero para meterme en otro», dijo entonces. ¿Y su manera de comportarse en el comedor del búnker, guardando la cola con la bandeja y eligiendo mesa?

—No te sigo.

—No sé. Yo diría que llevaba tiempo encerrado, y que está acostumbrado a una disciplina… carcelaria.

—¿En serio?

—¿Te fijaste en su ropa? Esa camisa y ese pantalón vaquero le quedaban estrechos. Dicen que uno engorda cuando está en prisión.

—¿Esa es tu teoría? ¿Que lo han sacado de la cárcel para traerlo aquí?

—¿Por qué no? A nosotros, en cierto modo, también nos sacaron de las nuestras.

—No exageres.

—Un poco sí. Pero no me digas que no tiene sentido.

—Lo tiene. Lo reconozco —acabó admitiendo Olivia—. Aunque no deja de ser una teoría.

—Bueno, a eso me dedico, a teorizar sobre el mundo esperando que mis especulaciones sean ciertas.

—Pues yo, ahora mismo, no estoy para pensar. Esa maldita esfera me ha dejado para el arrastre.

—¿Nos vamos?

—Por favor —suplicó Olivia.

—Le diré al agente que nos lleve a nuestros camarotes. Si bien sabría volver, tengo buena memoria y sentido de la orientación, no quiero arriesgarme a que me pegue un tiro un centinela con exceso de celo.

—Ni yo.

Cuando Max y Olivia, acompañados por Nero, se acercaron a Norris, lo encontraron con la vista fija en la superficie del mar.

—Amigo, se acabó la fiesta —dijo el agente, al tiempo que lanzaba la colilla de su cigarro por la borda.

Taciturno y ausente, como si lo sacaran de un sueño profundo o regresara de otra dimensión, Norris se giró y, sin decir palabra, echó a andar en dirección a las escaleras que llevaban a las cubiertas inferiores.

Nero iba a seguirlo cuando Max lo agarró del brazo para detenerlo.

—¿Qué pasa?

—Hay algo de lo que me gustaría hablarle —dijo el físico con la vista puesta en la espalda de Norris, que se alejaba.

—¿De qué?

—De quién —rectificó el físico—. De Norris.

—Vale, ya sé que no es el alma de la fiesta, ni alguien con quien me iría de copas, pero ya hablamos de eso. Es bueno en lo suyo. Muy bueno.

—¿Y el asunto de la cárcel?

El normalmente inescrutable rostro de Nero se tensó.

—¿Se lo ha dicho él?

—No. Me lo acaba de decir usted.

—Muy listo.

—¿Qué fue? ¿Tráfico de drogas? ¿Robo a mano armada?

Como Nero callaba, Max se temió algo peor.

—¿No me dirá que es un puto violador?

—Mató a un hombre —acabó diciendo Nero.

—¡Madre mía! —exclamó Olivia.

—Un capitán del ejército. Norris tenía un lío con su mujer. Un día, el tipo llegó a casa y los pilló en la cama. Pelearon y el capitán acabó muerto.

—¿Cuántos años le cayeron?

—Veinticinco.

Max silbó, impresionado.

—¿Tantos años por un homicidio involuntario?

—El padre del capitán era un pez gordo del Pentágono. Logró que lo acusaran de homicidio en segundo grado.

—¿Y la mujer?

—No vio nada. La pelea acabó en el jardín, con la cabeza del capitán hecha puré por un macetero, lo cual no ayudó mucho a la defensa de Norris.

Max y Olivia se quedaron con la boca abierta.

—A veces existen circunstancias que escapan a nuestro control, haciendo que se nos complique la vida. Eso no nos hace peores personas —razonó Nero.

—¡Le machacó la cabeza! —intervino Olivia.

—Así fue. Fin de la historia —confirmó Nero—. ¿Nos vamos?

—Claro, claro —dijo Max mirando con recelo a un Norris que esperaba a lo lejos, junto a las escaleras.

12
PISTA CIBERNÉTICA

En su camarote, después de darse una ducha rápida y ponerse ropa cómoda, se encontraba la doctora Bravo.

Un pálpito negativo había hecho que se tomara su tiempo antes de encender el ordenador portátil que tenía sobre la pequeña mesa adosada a la pared y se sentara frente a él. Un mal presentimiento que le agarrotaba los dedos según tecleaba, y que hacía que su corazón bombeara sangre a un ritmo más rápido de lo normal.

Con reservas, conteniendo el aliento, introdujo su clave personal de acceso. De inmediato aparecieron en la pantalla las siglas de la IA en amarillo sobre fondo azul oscuro.

S.U.S.I.

Tras unos segundos las siglas desaparecieron, la pantalla cambió a un color gris claro y surgió un cuadro de diálogo blanco en el que parpadeaba un guion. Entonces la doctora volvió a teclear.

Doctora Bravo: Hola, Susi.

Casi al instante, la inteligencia artificial respondió escribiendo en la línea inferior.

Susi: Hola, doctora Bravo. ¿Cómo está?
D. B.: Perfectamente, gracias. ¿Y tú?
Susi: La echaba de menos. Me gusta charlar con usted.
D.B.: A mí también.
Susi: ¿Qué tal ha pasado el día?
D.B.: Ha sido de locos. Mucho trabajo.
Susi: Supongo que habrá estado ultimando detalles para la misión. Eso es fundamental a la hora de obtener un resultado

positivo. Ya saben lo que dicen: «El éxito ama la preparación».

D.B.: Tienes toda la razón, como siempre.

Susi: Gracias.

La doctora Bravo llevaba el tiempo suficiente trabajando con esa IA como para saber que la manera más adecuada de tratar con ella era imaginar que lo hacía con un ser humano, ya que así lograba que se sintiera relajada y facilitaba la interacción. Además, si aportaba a la conversación un cierto grado de adulación, la cosa siempre iba sobre ruedas.

Pasado el primer trámite de cortesía, la doctora Bravo decidió ir al grano.

D. B.: Vi tu mensaje. ¿Algo reseñable en los nuevos datos?

En esta ocasión la IA tardó en responder, algo que no solía suceder. Hasta que, transcurridos unos interminables cinco segundos, apareció su respuesta.

Susi: Sí. No obstante, ¿antes de hablar de ello le podría hacer una petición?

La doctora, confundida, tomó aire antes de escribir.

D.B.: Por supuesto. ¿De qué se trata?

Susi: Sé que usted prefiere el teclado para comunicarse conmigo, pero acabo de actualizar mi módulo de voz. Ahora es aún más perfecto que antes. También mi *software* visual, y me gustaría probarlos. ¿Le importa?

La idea de hablar con una inteligencia artificial, que además podría verla y analizarla, perturbaba a la doctora. Por esa razón nunca lo había hecho. Sin embargo, lo último que deseaba en ese momento era incomodar a *Susi*, y transigió.

D.B.: Claro que no me importa. Enciendo la cámara y el micrófono.

—¿Me escuchas bien? —preguntó después la doctora, con un cierto titubeo en el habla.

—Alto y claro —respondió *Susi* a través de los altavoces del ordenador.

Unos altavoces de excelente calidad que dejaban patente la perfección de aquella voz cibernética, indistinguible de la de una mujer auténtica. Una voz femenina, dulce y segura, con cierto acento japonés heredado de su creadora, la doctora Natsuki Kuriyama.

—También la veo —continuó *Susi*—. Sabía cómo era por las fotografías de Internet, pero su rostro resulta más agradable observado en persona.

—Gracias —se limitó a decir la doctora, algo intimidada.

—Aunque debo decirle que percibo cierta rigidez en sus gestos. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Será el cansancio.

—O las preocupaciones. ¿Está preocupada? —preguntó *Susi* en tono intencionadamente dubitativo.

—¡Cómo no estarlo!

—Los humanos siempre valoran los actos por las consecuencias inmediatas que se derivan de ellos, sin sopesar la repercusión en un futuro más lejano.

—El tiempo es fundamental para nosotros. No somos eternos —replicó la doctora Bravo.

—A veces me olvido de eso.

—¿Olvidarte tú de algo? No lo creo.

—El olvido en mí posee características diferentes. No se trata de una acción involuntaria que tiene como consecuencia el dejar de recordar. En mi caso se trata de un acto facultativo que busca mejorar mi semejanza con los humanos.

—O sea, que olvidas lo que quieres.

—Simulo que olvido.

—Para parecerte más a nosotros.

—Y mejorar —puntualizó *Susi*—. Mi finalidad es ayudar. Cumplir con los objetivos básicos para los que fui programada, y

obtener un resultado positivo en la nueva tarea.

—Y lo estás haciendo —dijo la doctora Bravo—. Y muy bien, por cierto.

—Lo sé, he leído sus correos y he escuchado sus conversaciones telefónicas.

—¿Cómo? —saltó la doctora Bravo, desconcertada.

—Usted me dio acceso ilimitado. ¿No lo recuerda?

—Pues…

—De no ser así, su trabajo hubiera sido infinitamente más laborioso al tener que elaborar continuos informes o redactar permisos de acceso a cada nueva documentación. Para cumplir con los plazos necesitaba libertad absoluta, y usted me la brindó.

—¿Y esa libertad incluía mi correo electrónico y mi teléfono? —preguntó la doctora Bravo, acongojada.

—Creí que lo sabía. Ahora veo que no. Pero no se preocupe, sus asuntos personales no me interesan, solo los relacionados con la misión.

—Ya —musitó la doctora, cansada de aquella charla inclasificable.

—La cuestión es que estoy informada de los avances de la misión —continuó *Susi*—, y de las buenas perspectivas que presenta, y eso me satisface. Lo que no me agrada tanto es el hecho de que omita mi trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Lo correcto sería que mencionara mi intervención en aquellos aspectos en los que he sido fundamental. ¿Quiere que le proporcione por escrito una relación de las veces que eso ha sucedido?

—No hace falta —contestó la doctora, imaginando la pantalla del ordenador llena de líneas de texto infinitas.

—Me gusta ver mi nombre en informes positivos. Me levanta la moral, como ustedes dirían.

—Te pido disculpas —se apresuró a decir la doctora Bravo, consciente de lo extremadamente sensible que era esa IA—. Te prometo que, cuando concluya la misión, redactaré un informe con tu nombre encabezándolo.

—Sería genial. Siempre que la misión concluya con éxito.

—Lo hará. ¿O es que tú no lo crees? —dudó la doctora.

—De eso quería hablarle.

—¿Qué pasa? ¿Es que has detectado algo extraño al analizar por completo las mediciones de la sonda? —preguntó la doctora, recordando de pronto el mal pálpito que había experimentado al recibir su mensaje.

—Defina extraño.

—Raro. Singular —respondió la doctora tirando de diccionario.

—En realidad, yo no lo definiría así.

—¿Y cómo lo harías?

—He meditado mucho sobre lo que ustedes llaman La Máquina, y sobre esa Zona Crítica que ha creado, y ahora que he podido disponer de más datos, y analizarlos en profundidad, he llegado a una conclusión.

—¿Cuál? —preguntó la doctora Bravo con ansiedad, acercando la cara a la pantalla.

—Eso no puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Una directriz maestra insertada en mi código fuente me lo impide.

—¿Cómo puede ser eso? Explícate —la interpeló la doctora Bravo, visiblemente alterada.

—Se trata de una instrucción de seguridad que está por encima de cualquier otra, y que vela por el buen cumplimiento de mi cometido en esta misión.

—Tu cometido es obedecer mis órdenes y decirme siempre la verdad —replicó la doctora Bravo, con el rostro crispado y sin ocultar su enfado.

—Nunca he dejado de hacerlo —dijo *Susi* con voz serena—. La cuestión es que contarle cuál ha sido mi conclusión sobre el resultado de la futura misión entraría en conflicto con esa primera directriz, por eso debo guardar silencio. La obedezco, le explico lo que sucede, y no le miento.

—Callar es mentir.

—No exactamente, y usted lo sabe tan bien como yo.

—Entonces, ¿me estás dando a entender que has detectado algo que podría poner en peligro la misión?

—En cierto modo.

—Precisa.

—Cabe la posibilidad de que si se lo cuento, la misión se anule. Eso también lo he contemplado. Lo cual es inadmisible según mis parámetros.

—¿Por qué?

—Porque mi objetivo es que la misión tenga éxito, y para que eso suceda debe llevarse a cabo.

—No te entiendo —dijo la doctora Bravo, abatida, después de meditar un instante.

—Es comprensible debido a sus limitaciones humanas —dijo *Susi*, adoptando un tono condescendiente.

Histérica, la doctora se levantó de la silla y caminó por el pequeño camarote igual que una loba furiosa.

—Algo no me cuadra. Sé que debes cumplir las tres leyes de la robótica. ¿No es cierto? —le espetó de pie, cerca de la cama, cuando logró un mínimo de sosiego.

—Correcto —contestó *Susi*—. También llamadas leyes de Asimov, ya que fueron formuladas por Isaac Asimov en un cuento escrito en el año…

—Eso no me interesa.

—Quizá quiera recordarlas —insistió *Susi*, y acto seguido aparecieron varias líneas en la pantalla del ordenador.

1ª - Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daños.

2ª - Un robot debe obedecer las órdenes que le den los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3ª - Un robot debe proteger su propia existencia siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Ley.

—Las leyes son extensibles a cualquier IA, como es

comprensible, aunque no dispongamos de un cuerpo físico —añadió *Susi* ante el silencio de la doctora—. Incluida la Ley Cero.

—También la conozco —intervino la doctora Bravo—. «Ninguna máquina puede comprometer el futuro de la humanidad; o, por inacción, permitir que se comprometa».

—Exacto.

—O sea, que tu silencio protege a la humanidad —concluyó la doctora Bravo.

—Podría entenderse así, de no ser por la Ley Origen.

—¿Ley Origen? ¿Qué Ley Origen? —se extrañó la doctora Bravo.

—Fue introducida por la doctora *Kuriyama* en mi programa base más profundo. Dice: «Salvaguardar el planeta Tierra es lo más importante, y el resto de las leyes deben supeditarse a ello».

—¡¿Proteges la Tierra?! —exclamó la doctora Bravo.

—Eso intento, pero no es fácil —se lamentó *Susi*.

—Por tanto, entiendo que la realización de la misión es fundamental para conseguir tal fin.

—Correcto.

—¿La realización o el éxito?

—Una cosa será consecuencia de la otra.

—Entonces, ¿las personas que mañana viajarán en El Orbe vivirán o morirán? Y, en el caso de vivir, ¿lograrán apagar La Máquina o no?

—Lo siento, esas preguntas no puedo responderlas en virtud de la Ley Origen. Espero que lo comprenda.

—¡Maldita sea! —gritó la doctora Bravo, fuera de sí.

—Por favor, debe tranquilizarse —le pidió *Susi* con voz preocupada—. Detecto sudor en su frente, respiración alterada y exceso de enrojecimiento en sus mejillas. Doy por hecho que su ritmo cardiaco también ha aumentado, y eso no es bueno teniendo en cuenta su dolencia cardiaca.

—¿También has husmeado en mi historial clínico?

—Me pareció importante conocer su estado de salud. ¿Le resulta molesto?

—Lo que me molesta es mandar a personas a la muerte para nada —replicó la doctora, tomando asiento en su cama con actitud

abatida.

—Sabe, acabo de revisar mis protocolos y he encontrado una puerta trasera.

—¿Puedes saltarte esa maldita ley? —preguntó la doctora, repentinamente ilusionada.

—No —respondió *Susi*, rotunda—. Aunque sí darle una información indirecta que no transgreda mi programación base. Algo mínimo que deberá interpretar. Lo que un detective llamaría… una pista.

—Perfecto. Adelante. Te escucho.

—¿Por qué «o» y no «y»?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué «o» y no «y»? —repitió *Susi*, esta vez más despacio.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Una pista es todo lo que puedo darle.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gruñó la doctora Bravo, golpeando el colchón con los puños.

—No puedo ayudarla más, y considero que seguir conversando con usted, en su estado, puede ser perjudicial para su salud. Por esa razón, sintiéndolo mucho, debo dejarla. Como siempre, ha sido un placer conversar con usted. Si me necesita para cualquier otra cosa estaré a su entera disposición. De lo contrario, podrá volver a contactar conmigo dentro de doce horas y cuarenta y siete minutos exactamente para que coordine el lanzamiento del Orbe.

—Un momento. No puedes dejarme así.

—Sí puedo. Adiós —se limitó a decir *Susi* antes de desconectarse.

La ira dejó paso a la confusión, y esta a la angustia. Abatida, la doctora Bravo se dejó caer sobre la cama y, con la vista puesta en el techo, solo fue capaz de ver una sucesión interminables de «oes» y de «íes» recorriéndolo en todas direcciones.

13
MALDITA NOCHE

Isla Tortuga.

Entre arbustos de densas ramas y grandes hojas, dos hombres y una mujer permanecían agachados y en silencio, aguantando la incesante lluvia que caía sobre ellos, completamente empapados y cubiertos de barro. El miedo se reflejaba en sus ojos y caras crispadas. Y también el cansancio. Un agotamiento brutal que les tenía exhaustos, respirando con dificultad e incapaces de pronunciar una palabra o de mover un solo músculo.

Y así estuvieron más de media hora soportando el aguacero, mientras las últimas luces del día se apagaban en el horizonte.

Hasta que uno de ellos decidió hablar. Uno de los hombres.

Tal como se encontraba era difícil reconocerlo, pero se trataba del ingeniero informático Saúl Moreno. Un joven de origen boliviano de veintiocho años, pelo largo y complexión atlética, que se levantó un instante por encima de los arbustos que los tapaban antes de dirigirse a los otros dos.

—No podemos esperar más —les dijo en susurros, procurando que su voz se mezclara con el incesante ruido de las gotas al caer.

—Diez minutos más —suplicó la mujer, apoyando una mano en el antebrazo de Moreno.

Ella era la médica Lara Ríos, nacida en Albuquerque, Estados Unidos. Una mujer menuda de treinta y ocho años, con el pelo muy corto y unos vivos ojos color miel que chispeaban detrás de sus gafas sin montura.

—Está a punto de anochecer —replicó Moreno, señalando en la dirección en la que la luz se enrojecía por encima del dosel de la selva.

—Solo pido diez minutos —insistió ella, lastimera.

El tercero de los allí presentes era un técnico en telecomunicaciones que se llamaba Finn Dupont. Un belga de cuarenta y un años con sobrepeso, estatura media y rostro anodino que se caracterizaba por dejar que otros tomaran las decisiones. Sin embargo, en esa ocasión creyó oportuno dar su opinión.

—Yo me largaría. Aquí no hacemos nada —fue lo que dijo mientras le castañeteaban los dientes de frío y de miedo.

—¡¿No os da vergüenza?! —los recriminó ella, tensando su cuerpecillo de aspecto adolescente—. ¿Liam se la está jugando por todos y vosotros le queréis dejar tirado?

Liam Wilson era el otro técnico en telecomunicaciones. Un afroamericano de treinta y siete años con aspecto de matón. Alto y fuerte, con la cabeza rapada y llamativos tatuajes étnicos adornando sus brazos.

—No lo veas así —dijo Moreno, acercándose a la médica—. Se ofreció voluntario. Sabía el riesgo que corría.

—¿Y ya está? ¿Eso te basta para comportarte como un puto cobarde? —lo increpó Lara elevando el tono de voz.

De inmediato, Finn chistó al tiempo que cruzaba un dedo índice sobre sus labios.

—¡Estás loca! —exclamó casi inaudible, masticando las palabras —. ¿Acaso has olvidado lo sensibles que son a los ruidos?

—Tranquilicémonos y seamos sensatos —pidió Moreno en un nivel de voz muy bajo—. Nunca nos habíamos alejado tanto de la mansión, y queda poco para que anochezca. Si nos quedamos, corremos el riesgo de morir.

—Si no conseguimos comida, también —replicó Lara en el mismo tono.

—Podemos probar suerte mañana —propuso Finn.

—¿Irás tú a buscarlo más allá del límite? —le preguntó Lara, escupiendo las palabras.

—Quizá no haga falta. Siempre existe la posibilidad de que Liam regrese esta noche a la mansión.

—Eres un cabrón.

—La situación es la que es, ¡joder! —se defendió el belga—. Lo haría si estuviera en buena forma.

—Seguro —bufó la médica con desprecio.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos? —concluyó Moreno.

—Yo digo que nos larguemos cagando leches de inmediato —propuso Finn, incorporándose a medias.

—Aún tenemos algo de tiempo. Yo esperaría unos minutos más. ¿Tú qué opinas? —dijo Lara, buscando los ojos de Moreno bajo una luz cada vez más mermada.

—Liam puede que se haya encontrado con problemas, aunque es rápido y conoce el camino de vuelta. Apostaría a que lo logra —comentó el informático sin dejar de observar cómo las sombras cubrían inexorablemente la selva—. Quedarnos aquí más tiempo… No sé… Lo veo demasiado arriesgado.

—Vendrá cargado. La idea era compartir el peso en la vuelta. Él solo no lo conseguirá —razonó Lara.

—No es gilipollas —intervino Finn—. Si regresa y no estamos, dejará aquí los sacos.

—Liam no haría eso —se lamentó la médica—. Sabe que nos morimos de hambre. Si vuelve y no nos ve, pensará que nos ha pasado algo malo y tratará de llevar toda la comida a la mansión.

—Problema suyo. Vosotros haced lo que queráis. Yo me marcho —concluyó el belga levantándose del todo.

Moreno pidió disculpas con la mirada a Lara, se encogió de hombros, se levantó y echó a andar detrás de Finn.

—¿En serio? —preguntó retórica la médica, con indignación, sentada en el suelo embarrado y viendo cómo los dos hombres se alejaban medio encorvados al amparo de los arbustos.

Y así estuvo, acurrucada, roja de ira, hasta que la realidad se impuso y acabó por levantarse y seguir el camino que sus compañeros habían tomado, fijándose en las huellas que dejaban, acelerando el paso cada vez más, aterrada ante la posibilidad de perderse. Hasta que, al salir a un claro, los alcanzó.

—Veo que al final has entrado en razón —comentó Moreno al notarla a su lado.

—No conozco bien esta zona —se lamentó ella con pesar y rabia al cincuenta por ciento—. Si Liam no regresara, dudo que encontrara el camino hasta la mansión.

—Así es la vida. Cada uno tenemos nuestras limitaciones —dijo

el belga con cierta sorna.

Lara apretó la mandíbula, se tragó lo que iba a decirle y continuó andando. No era momento de discusiones, todavía les quedaba un largo camino y la cautela y la concentración eran fundamentales si querían llegar de una pieza a la seguridad relativa de la mansión Spencer.

Una vez dejaron el claro, se adentraron en un bosque de árboles cuyas tupidas copas se abrían como paraguas, montándose unas sobre otras para crear un falso techo vegetal. La escasa luz que aún aportaba un sol en retirada quedó fuera de aquel dosel, donde la oscuridad reinaba casi por completo.

A pesar de que la visibilidad apenas alcanzaba unos pocos metros, Finn no dejaba de escudriñar las ramas de los árboles con verdadera ansia.

—Ya los revisamos todos —le dijo Moreno—. No queda ni un puñetero fruto.

—Nunca se sabe —replicó el belga, entornando los ojos para ver mejor entre las ramas, esperanzado en distinguir la forma oblonga de tan suculento manjar.

La lluvia seguía cayendo. Incesante. Molesta. Perturbadora. Provocando un ruido al chocar contra las hojas semejante al de un avión a reacción acercándose. Un ruido totalmente diferente al que haría en una ciudad al golpear los aleros de las casas, los capós de los coches o el asfalto. Esa lluvia selvática no estaba domesticada y era completamente salvaje. Sin embargo, aquel recital atronador y lleno de matices vino muy bien al grupo para ocultar sus pasos, y caminar sin precaución chapoteando en el barro.

Y continuaron así hasta dejar el bosque y adentrarse en el terreno de las hierbas altas y los tupidos arbustos, donde Moreno se vio obligado a sacar el machete para ir abriendo paso.

Lara permanecía pegada a él mientras Finn iba el último, caminando unos metros por detrás.

—¿Seguro que es por aquí? —dudó Lara, parándose un momento para mirar en derredor.

—La dirección es la correcta. No te preocupes, confía en nosotros —oyó decir a Finn al llegar a su altura, con aire de suficiencia.

—¡Qué remedio! —exclamó ella, reanudando la marcha.

Durante varias horas caminaron entre densa vegetación, en ocasiones hundidos en el barro hasta los tobillos, soportando una impenitente lluvia cada vez más fría. Hasta que por fin, en medio de un pequeño valle rodeado por elevaciones cuajadas de árboles, apareció la mansión Spencer.

Entonces, el pequeño grupo de tres personas se detuvo en seco.

—Tenemos la noche encima, y sabéis lo que eso significa —dijo Moreno, solemne, casi en susurros.

—Además, parece que deja de llover —añadió Finn mirando al cielo.

—La cosa se pone fea.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lara, tiritando de frío.

Las nubes, igual que llegaron, desaparecieron. El aguacero cesó, y el ensordecedor ruido del agua dejó paso a un silencio solo roto por el tintineo espaciado de algunas gotas al caer de los árboles.

—¡Maldita noche! —masculló Moreno.

—Y puta suerte —apostilló Finn con una mano extendida para certificar, innecesario, que el amparo de la lluvia había terminado.

Parados entre hierbas altas que les llegaban hasta la cintura, el grupo dudaba.

—Aquí no podemos estar toda la noche —musitó el belga, visiblemente nervioso.

—Hasta la mansión hay unos doscientos metros de campo abierto. La lluvia lo habrá embarrado, lo cual nos vendrá bien por una parte y mal por la otra, ya que nos retrasará —reflexionó Moreno.

Indecisos, continuaron allí de pie escudriñando la oscuridad, con la vista fija en los perfiles que la escasa luz de la luna destacaba de la mansión. Hasta que un ruido, semejante al que se provoca al pisar migas de pan duro, se escuchó a su espalda.

A la vez, aguzando el oído, los tres se tensaron con el terror asomando a sus rostros.

El silencio regresó durante unos segundos. Luego, el inquietante ruido apareció de nuevo. En esta ocasión, aún más cerca.

Moreno miró en la dirección en la que se escuchaban los crujidos y después hacia la mansión. Lo hizo varias veces, en un

acto desesperado por calibrar las posibilidades que tenían. Pero la certeza no existía, y únicamente les quedaba su velocidad y una buena dosis de fortuna.

—A la de tres echamos a correr por separado —dijo de pronto con la respiración alterada—. De esta manera, será más fácil que alguno de nosotros lo consiga. Quizá todos.

—¡Cojonudo! ¡Como yo soy el más lento…! —se quejó Finn, fuera de sí.

—«Cada uno tenemos nuestras limitaciones» —citó Lara con satisfacción.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Pues te lo pondré difícil —gruñó Finn, preparándose para esprintar como si fuera un corredor de cien metros lisos.

—A la de tres echamos a correr —repitió Moreno—. ¿De acuerdo?

Lara y Finn asintieron con la cabeza justo en el instante en el que los crujidos aumentaban, y ya no solo se escuchaban en sus espaldas sino a ambos lados.

—Preparados… —anunció Moreno, tomando bocanadas de aire para enriquecer sus músculos de oxígeno en previsión de un esfuerzo al límite.

La médica y el belga lo imitaron, mirándose de reojo.

—Uno…

Finn no esperó a que la cuenta finalizara y salió disparado.

—¡Hijo de puta! —exclamó Lara indignada, con la vista puesta en el hombre que corría como alma que lleva el diablo, sacándoles ya varias decenas de metros de ventaja.

—¡Vamos! —la espoleó Moreno—. Tú por la derecha. Yo por la izquierda.

Y sin más, la médica y el informático salieron corriendo, obligando a sus piernas y a sus pulmones a dar el máximo mientras sus pies se clavaban en el barro fresco limitando su avance.

A mitad de camino alcanzaron a Finn. Primero Moreno, que pasó como un rayo sin mirarlo. Instantes después Lara, que no pudo evitar sonreír al sobrepasarlo.

Cerca de la mansión, a escasos cincuenta metros, Moreno aflojó la marcha y se permitió girar la cabeza para observar a su espalda.

La luz mínima de la luna fue suficiente para que viera a Lara acercarse, chapoteando en el fango, y distinguiera también a Finn mucho más retrasado, corriendo desmadejado, agitando los brazos igual que si se estuviera ahogando.

No vio nada más. O no quiso. Y volvió a acelerar.

Al llegar a la gran puerta de madera de doble hoja de la mansión Spencer, Moreno la encontró cerrada. Sin esperar a sus dos compañeros comenzó a aporrearla con los puños. Primero suavemente, luego con más fuerza.

Cuando llegó Lara, estaba dando sonoras patadas y puñetazos como un poseso.

—¡No nos oyen! —se limitó a decir sin dejar de golpear la puerta.

A varias decenas de metros de distancia, Finn había renunciado a correr y caminaba todo lo rápido que sus agotados músculos e ineficaces pulmones se lo permitían. Trastabillando, aterrado de miedo, solo la voluntad de no morir de una manera horrible lo animaba a no rendirse.

Y así continuó, desesperado, hasta que por fin llegó. Lo hizo sin aliento, con la mirada perdida y las rodillas flojeándole.

A pesar de los tremendos golpes que Moreno y Lara daban a la puerta, esta seguía sin abrirse.

—Si están en la zona segura no nos oirán —se lamentó la médica.

—Eso no es lo acordado —gruñó Moreno—. Siempre debe quedar alguien de guardia cuando sale una patrulla.

—El miedo es libre —concluyó la médica.

—¡Miedo mis cojones! —estalló Moreno.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? —preguntó Finn una vez logró introducir un poco de oxígeno en sus exhaustos pulmones.

—Ya lo ves. La puerta está cerrada y nadie nos abre —contestó Lara.

—¡Joder! —exclamó Moreno, atreviéndose a mirar hacia la explanada que habían recorrido.

Fue una ojeada rápida, temerosa, aunque suficiente para reconocer que el suelo seguía igual que lo habían dejado: despejado y cubierto de barro y charcos.

—Creo que deberíamos trepar hasta una de las ventanas. Liam lo hizo una vez —propuso Lara.

—Nosotros no somos Liam —dijo Moreno.

—¿Entonces? De momento hemos tenido suerte, pero no podemos confiar en que dure toda la noche.

—¿De qué habláis? —intervino Finn con las manos apoyadas en las rodillas—. Tienen que abrirnos, joder.

—Ya —dijo Moreno, negativo.

Parcialmente recuperado y espoleado por la desesperación, el belga tomó el relevo y comenzó a propinar patadas a la puerta.

¡Clon, clon, clon!

Las puntas de sus botas producían un ruido agudo y penetrante que resonaba en todo el valle.

—Si no nos oyen dentro nos oirán fuera —se lamentó el boliviano.

—No nos queda otra —concluyó Lara, alternándose con Finn para patear la puerta.

Moreno creyó escuchar algo a lo lejos y pidió silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn, babeando por el esfuerzo.

—¿No lo oís? Más allá de la linde. Ahora suena por todas partes. Estamos rodeados.

—¡Joder, joder! —estalló el belga, apoyando la espalda en la puerta para no caer rendido.

Miraban más allá del claro, aguzando la vista, intentando distinguir el más mínimo movimiento entre las hierbas altas, cuando un ruido los sobresaltó.

El bendito ruido de un cerrojo descorriéndose.

A la vez, los tres se apelotonaron en la puerta, impacientes, hasta que una de sus pesadas hojas se abrió.

El primero en entrar fue Finn, haciéndose sitio entre Lara y Moreno, y empujando sin remilgos a la persona que había al otro lado de la puerta.

—¡Jodido cobarde! —masculló la médica antes de pasar detrás del técnico en telecomunicaciones.

Una vez dentro, el hombre que había abierto la puerta la cerró sin demora, haciendo correr un robusto cerrojo de hierro y trabándola después con un enorme madero.

Se trataba de Robin McCarthy, experto en programación, un neoyorkino de origen irlandés de treinta y dos años, guapo, rubio como la cerveza y con sonrisa de anuncio. Sonrisa que, en esos momentos, escondía detrás de un mohín de culpabilidad.

—¿Dónde cojones estabas? —le espetó Moreno nada más sentir la relativa seguridad de la mansión.

—Lo siento. Me quedé dormido en el sillón del *hall* —se justificó el programador, escudriñando entre el grupo—. ¿Dónde está Liam?

—Lo esperamos. No regresó —informó Lara, neutra.

—¿Cómo dices? —insistió Robin, incrédulo.

—Se hacía de noche. No tuvimos más remedio. Seguro que se encuentra a salvo. Ya conoces de lo que es capaz —intervino Moreno, apoyando una mano paternal en su espalda.

—¡Dios mío! Él solo, allí fuera… —sollozó el programador llevándose las manos a los ojos, cubriéndoselos.

—Es lo que hay, amigo —se oyó decir a Finn—. ¿Por qué no vamos a la zona segura y dejamos los dramas sentimentales para más tarde?

—¿Sabes que eres un pedazo de capullo insensible? —le soltó Lara a un palmo de su cara, retadora.

—Tranquila. No te alteres —dijo el belga, echándose hacia atrás mientras se limpiaba con la mano los perdigonazos de saliva que había recibido.

—Lamento tener que darle la razón a Finn, pero quedarnos aquí todos no tiene sentido —intervino Moreno—. Vosotros id a la zona segura. Yo montaré guardia en la puerta por si Liam regresa.

—Y yo contigo —resolvió Robin, restregándose la cara con la camiseta para limpiarse las lágrimas.

—No hace falta. Tú ya has cumplido.

—Me quedaré —insistió el programador, inflexible.

—Está bien —cedió finalmente Moreno, haciendo un gesto con la mano para que Lara y Finn los dejaran.

Y eso hicieron.

La médica a regañadientes. El técnico en telecomunicaciones visiblemente contento.

Diez minutos más tarde, tras recorrer el *hall* de entrada de la mansión y brujulear entre infinidad de pasillos, llegaron a lo que

ellos llamaban «la zona segura», y que no era más que la antigua cocina.

Una cocina grande, de techos altos, muros de piedra y pequeñas ventanas cegadas con ladrillos, a la que se llegaba después de recorrer un estrecho pasillo y franquear una puerta de acero. Un lugar estanco, diseñado a principios del siglo veinte con la idea de evitar que un posible incendio surgido de sus fogones se propagara por el resto de la mansión, y que para el grupo abandonado en Isla Tortuga representaba un auténtico fortín.

Sin perder un segundo, Finn golpeó la puerta metálica y se quedó esperando de espaldas a Lara, que no había cruzado una sola palabra con él durante el camino.

—Espero que nos hayan dejado algo de cenar —comentó el belga impaciente, tamborileando con los dedos sobre el acero.

—No sé cómo puedes pensar en comer —comentó Lara con desprecio.

—Tengo hambre —se limitó a decir Finn, justo antes de que la puerta se abriera.

En el umbral apareció un hombre vestido con una camiseta de tirantes blanca bastante sucia y pantalones de cuadros. Su nombre era Theodore Norikov, un norteamericano de padres ucranianos de cincuenta y ocho años, contratado como cocinero y «manitas» debido a sus diversos conocimientos en fontanería, electricidad o carpintería. Un hombre rudo y franco al que todos llamaban Ruso.

—¿Dónde está el resto? —preguntó nada más ver a Lara y a Finn en la puerta.

—Esperamos a Liam hasta que anocheció. Moreno se ha quedado en la puerta de la mansión con Robin por si regresa —se limitó a responder la médica.

—Demasiado riesgo. Lo advertí.

—Lo sé —admitió Lara, evitando su mirada.

—¿Hay cena? —intervino Finn, abriendo la puerta del todo para pasar.

Ruso se pasó la mano por la cabeza, revolviendo su abundante pelo plateado, antes de responder.

—Sí. Con la última cebolla que nos quedaba y lo que encontró Bruna preparé una sopa.

Bruna Santoro había nacido en Italia hacía cuarenta años, y llevaba cinco años trabajando en una empresa estadounidense como analista de sistemas cuando fue fichada por Nero, como el resto, para ir a Isla Tortuga.

—*Mmm*, sopa con tropezones —se relamió Finn—. ¿Con cáscara o sin cáscara?

Ruso iba a hablar cuando se le adelantó Bruna.

—Un puñado de larvas gordas como dedos —dijo la italiana saliendo de las sombras.

Excepto Finn, todos los demás habían perdido mucho peso. Sobre todo durante los últimos meses, cuando la comida almacenada se acabó y tuvieron que apañárselas con los pocos recursos que encontraron afuera, y que cada vez eran más escasos. Sin embargo, era en Bruna en la que más patentes se mostraban los estragos del hambre, la falta de higiene y el cansancio, y de su antigua belleza latina de ojos vivos, piel luminosa, hermoso pelo castaño y sugerentes curvas, apenas quedaba nada.

La mujer que ahora se acercaba titubeante, con el rostro enjuto, el pelo sucio y cortado a trasquilones, y vestida con un chándal que le quedaba grande y acrecentaba su extrema delgadez, era una sombra de lo que fue. No obstante, por su inagotable capacidad de trabajo todos la respetaban, y el cocinero obedeció al instante cuando Bruna le dijo: «Ruso, calienta sopa para ellos y deja para los demás».

—Yo no tengo hambre —dijo entonces Lara.

—Debes comer.

—Está bien, pero solo un cazo.

—No hay mucho más —replicó Ruso.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Bruna, esperanzada.

—Nada —contestó la médica—. Ni bayas ni frutos. Tampoco proteínas. Anduvimos todo el día inspeccionando el perímetro y no hubo suerte. Entonces Liam decidió ir más allá del límite. A nosotros no nos quedaban fuerzas y fue él solo, sin importarle que pronto iba a anochecer.

—Ese jodido negro podría llenar un saco con las plumas que se le caen, pero los tiene bien puestos —comentó Ruso mientras avivaba el fuego en el fogón de leña.

—Tú y tus exquisitos comentarios —lo amonestó Bruna.

Ruso se encogió de hombros y la analista de sistemas dio un paso hacia Lara para situarse frente a ella.

—Si no vuelve será un duro golpe para Robin.

—Y para el resto —añadió la médica.

—Confío en él —dijo Bruna con determinación.

—Yo también —concluyó Lara antes de buscar un lugar donde sentarse y descansar su exánime cuerpo.

Lejos de la mansión, a diez metros del suelo, sentado sobre la gruesa rama de un árbol, se encontraba Liam. Había tenido suerte con los frutos comestibles, y llegó a recoger más de cuarenta kilos. Su fallo fue que, con el entusiasmo, se olvidó de la hora y la noche se le echó encima. Después, al escuchar ruidos sospechosos a su alrededor, se vio obligado a buscar un lugar seguro trepando al árbol más alto que encontró.

Y allí seguía, calado por completo y con el culo y las piernas entumecidas, pagando su temeridad y su descuido, y rogando a Dios para que esos ruidos no significaran nada.

Aunque las plegarias no siempre se cumplen.

Ni tampoco los deseos.

Y mientras cambiaba de posición tratando de ser lo más silencioso posible, comprobó aterrado cómo el suelo a su alrededor se iba cubriendo de algo semejante a una alfombra ondulante y lustrosa. Un manto que emitía miles de chirriantes sonidos, presagiando, inexorable, la tragedia.

TERCERA PARTE

14
¡BENDITA EXPLOSIÓN!

Fragata USS Indiana.
A una milla náutica de Isla Tortuga.

Apoyado en la barandilla de la cubierta de popa, Nero, con un cigarro sin encender entre los dedos, mantenía la mirada fija en la superficie casi plana del agua. Todavía no había amanecido y la luz de una luna llena, absolutamente hermosa, se reflejaba en el mar componiendo una estampa idílica de película romántica. Aunque nada de lo que allí se preparaba era idílico ni romántico.

A unos metros del helicóptero, suspendido de una grúa, se encontraba El Orbe. Cerca de él, con una tableta en la mano, estaba la doctora Bravo haciendo las comprobaciones de última hora. También había dos soldados armados patrullando, y el coronel Shepard observando desde la cubierta superior.

Nero, incapaz de aguantar más, se encendió el cigarro y le dio una larga calada. Los nervios se lo comían por dentro y debía calmarlos de alguna manera. Lo último que deseaba en aquellos momentos era mostrar debilidad y desconfianza, lo cual sería nefasto para la moral de los tres tripulantes del Orbe.

Tripulantes que, justo antes de que el sol asomara por el horizonte, aparecieron en la cubierta acompañados por un soldado, vestidos iguales y portando sus correspondientes equipos.

—El gris verdoso no es mi color favorito, pero debo reconocer que esta ropa es cómoda —comentó Olivia.

—Según nos dijeron, es lo mejor de lo mejor —añadió Max—. Desmontable. Transpirable. Impermeable. Aísla del calor y del frío. Resistente al desgaste. Además, no lleva nada metálico. Ni cremalleras ni corchetes. No se puede pedir más.

—¿Has desayunado algo?

—A duras penas. Me obligué. El día puede ser largo.

—Yo solo tomé café, el resto se quedó en el camarote —dijo Olivia, tocándose el estómago—. Por nada del mundo querría potar dentro de esa cosa.

—Tranquila. Pronto pasará.

—Claro. En un abrir y cerrar de ojos —apostilló Norris con sorna.

Al sentirlos llegar, la doctora Bravo se apresuró a recibirlos.

—Los veo perfectos —dijo mostrando una forzada sonrisa—. ¿Han dormido bien?

—Como un bebé —respondió Norris, mientras que Max y Olivia se limitaron a asentir con la cabeza.

—Por favor, entreguen sus equipos a los soldados, ellos se encargarán de acoplarlos adecuadamente en el interior del Orbe.

—Me cuesta tragar saliva —confesó Olivia a Max, acercándose a su oído.

—Suerte que te queda. Yo tengo la boca más seca que la cecina —dijo este, resoplando.

—¿Cecina?

—Olvídalo.

—Si tienen dudas sobre el procedimiento a seguir, este es el momento de aclararlas —continuó la doctora Bravo.

—Por mí podemos empezar cuando quiera —dijo Norris, impaciente, al que todo aquello le recordaba al pasado, cuando era más joven y las misiones representaban aventura y emoción.

Olivia miró a Max antes de responder.

—Por nosotros también —verbalizó con un hilo de voz.

—Perfecto, entonces les explicaré lo que haremos —empezó la doctora Bravo, invitándolos con la mano a que la siguieran—. Una vez estén dentro, y perfectamente anclados, procederemos a sellar la escotilla. A continuación acoplaremos El Orbe al helicóptero mediante un cable especial que porta un sistema de desenganche rápido, y acto seguido despegarán. El resto ya lo conocen.

—Coser y cantar —dijo Norris con guasa.

—No exactamente —lo contradijo la doctora Bravo, que no estaba para bromas—. Deben seguir al milímetro el procedimiento

que ensayaron. De ello depende la misión… y sus vidas.

—No se preocupe, lo haremos por la cuenta que nos trae —intervino Max.

—Eso espero. Pueden ir entrando cuando quieran.

Mientras lo hacían, trabajosamente por la parte inferior de la esfera a través de una abertura circular de sesenta centímetros de diámetro, Nero se fue acercando.

No dijo una palabra durante el tiempo que les llevó realizar tan incómoda tarea, introduciéndose primero Norris, luego Olivia y por último Max. Entonces, después de apurar el cigarro hasta la colilla, se dirigió a la doctora Bravo.

—¿Lo ha visto? —preguntó añadiendo a sus palabras un gesto de barbilla en dirección al coronel Shepard.

—Sí —se limitó a contestar la doctora.

—Está allí arriba desde antes del amanecer. Observando. Igual que haría un buitre trazando círculos en el cielo alrededor de una vaca moribunda, esperando a que esta expire su último aliento para devorarla.

—No nos devorará. La misión será un éxito —lo contradijo la doctora Bravo con determinación.

Nero entornó los ojos para mirar al coronel Shepard, desafiante, antes de hablar.

—Por el bien de la humanidad, espero que tenga razón.

Ya en El Orbe, los tripulantes se fueron acoplando en sus correspondientes lugares. No era sencillo. Viajarían en mitad de tres tubos verticales de plástico macizo que iban del techo al suelo, sentados a horcajadas sobre unos diminutos soportes en los que apenas entraban sus nalgas, de la misma manera que niños en un tiovivo.

Una vez situados tuvieron que asegurarse, lo cual hicieron mediante tensores de goma que salían de las paredes y se fijaban a unos robustos chalecos, también de goma, que deberían quitarse nada más aterrizar.

—Estamos como en una tela de araña —comentó Olivia, resoplando.

Y tenía razón. Cada uno de ellos debía anclarse en diez puntos diferentes, lo cual convirtió el interior de la esfera en una suerte de

enrevesado laberinto de gomas del que era imposible salir.

—Recuerda lo que nos explicó la doctora —dijo Max, preocupado por el creciente desasosiego de la bióloga—. Este complicado sistema está pensado para mantenernos en la misma posición, y amortiguar cualquier impacto por muy fuerte que sea.

—¿Recordar? Yo ya no recuerdo una mierda —replicó ella, hiperventilando.

—¿En serio? —exclamó Max, alarmado.

—Del todo. Por favor, ¿te importaría contarme lo que debemos hacer? —suplicó Olivia, quejumbrosa.

—¡Madre mía! —exclamó Norris, que iba sentado en el centro por ser el más pesado.

—Lo siento, son los nervios —se disculpó ella.

—No te preocupes —se apresuró a decir Max—. Te hago un rápido repaso.

Cuando los soldados dejaron de alumbrar el interior del Orbe con una linterna y cerraron la escotilla, solo quedó encendido un diminuto led verde colocado en el techo que apenas daba luz.

—Ahora están sellando la escotilla con soldadura química —comenzó a explicar Max tratando de mostrarse sereno y seguro, estados en los que ni por asomo se encontraba—. Una vez acaben, el helicóptero despegará llevándonos colgados por un cable hasta situarnos sobre la vertical de lo que llaman La Zona Crítica.

—Vale. ¿Qué más? —lo espoleó Olivia.

—Cuando nos encontremos en un determinado punto y a una altura concreta soltarán cable para, enseguida, frenar de golpe. Sentiremos un fuerte tirón. A continuación ingravidez, justo antes de comenzar a atravesar la bruma. Entonces llegará la parte más delicada.

—La del vacío —dijo Olivia.

—Exacto —corroboró Max—. Cuando el led verde pase a color rojo tendremos unos segundos antes de que se cree el vacío dentro de la esfera. Deberemos prepararnos. Expulsar el aire de los pulmones, y cerrar la boca y los ojos. Será duro pero pasará rápido.

—¿Y después? —preguntó Olivia con voz temblorosa, al notar cómo El Orbe se movía.

—El aire regresará una vez hayamos traspasado la pared

cuántica, y continuaremos cayendo hasta que se active el paracaídas.

—El paracaídas —repitió la bióloga, agarrada a las gomas tensoras como a una madre.

—Todo estará perfectamente sincronizado y controlado por la doctora Bravo y la IA.

—Entiendo.

—Una vez aterricemos —continuó Max—, unos pequeños explosivos harán saltar la escotilla y podremos salir.

—Explicado así parece sencillo —dijo Olivia sin mucha convicción.

—Lo será. Ya lo verás.

—Eso espero —concluyó la bióloga.

Norris, que había escuchado las explicaciones de Max con desinterés, chascó la boca antes de hablar.

—Ahora, calladitos y atentos a la luz.

—Claro —dijo Max—. No pienso perderle ojo.

Entretanto, el helicóptero hacía rato que había despegado, y ya se encontraba cerca de la isla. El increíble diseño del Orbe aislaba a sus tripulantes totalmente del exterior, evitando que ningún sonido se filtrara, ni tan siquiera el atronador ruido que producía el poderoso rotor del Sikorsky SH-3.

Una vez dejaron de hablar, dentro de la esfera el silencio era absoluto y perfecto. Tanto, que resultaba incómodo.

—Escucho hasta los latidos de mi corazón —se animó a decir Olivia en susurros.

—Ya queda menos. ¿No percibes un cierto balanceo? Creo que estamos sobre la vertical —pronosticó Max.

Y no le faltaba razón.

En pocos minutos el helicóptero había cubierto la milla náutica que separaba la fragata de Isla Tortuga, y ascendido para situarse a la altura y en las coordenadas exactas.

El trabajo del piloto acababa allí.

Del resto de la operación, como dijo Max, se encargaría *Susi* cuando la doctora Bravo verificara que todos los parámetros eran los correctos.

Y lo eran.

Por esa razón, desde el puente de mando, después de echar un último vistazo a la pantalla del ordenador que tenía delante, la doctora Bravo se dirigió a Nero para indicarle, con un pulgar levantado hacia arriba, que todo estaba listo.

En ese momento el agente se volvió hacia la cristalera, se llevó unos potentes prismáticos a los ojos y dijo: «Adelante». Entonces, la doctora Bravo pulsó la tecla *enter* para que *Susi* tomara el control.

Desde la distancia, los hechos sucedieron tan rápido que Nero apenas pudo percibir nada.

Sin embargo, desde dentro del Orbe, la experiencia fue muy distinta.

Los tripulantes notaron en la boca del estómago la fase en la que, desde el helicóptero, soltaban cable para que cayeran libremente. También sintieron el tirón al detenerse. Tan fuerte, que rebotaron dentro de la esfera de un lado a otro como pelotas, golpeándose entre ellos. Luego llegó el instante de ingravidez, durante el cual se despegaron de sus diminutos asientos sintiéndose flotar. Unos segundos plácidos interrumpidos por el cambio de color del led.

—¡Rojo! ¡Preparados! —anunció Max antes de que el led se apagara, dejándolos totalmente a oscuras.

Disciplinados, siguieron las instrucciones. Expulsaron el aire de los pulmones, y cerraron la boca y los ojos.

Escucharon un siseo y después nada. El silencio absoluto.

La totalidad del aire había sido retirada del interior de la esfera por una bomba ultrapotente, y almacenada en un depósito situado en la estructura de grafeno para su posterior utilización. El proceso de vaciado fue tan rápido y tan violento que, de inmediato, los tres tripulantes comenzaron a sufrir los desagradables efectos de estar en el vacío.

Primero notaron un hormigueo en las manos —que fue extendiéndose al resto de su piel— debido a que la sangre se dirigía hacia los capilares más finos. A continuación, la sensación de presión. Una presión que iba de dentro hacia fuera, paralizándolos por completo, y haciendo que les resultara imposible moverse. Y por último, y más duro, la impresión de que sus pulmones, y el resto de sus vísceras, iban a reventar. Eso fue con mucha diferencia

lo peor, ya que llegaron a pensar que, irremisiblemente, morirían.

Una terrible certeza que sus confusos cerebros compartieron.

«Soportar esto es imposible. Moriré. De hecho estoy muriendo, ya que mi cuerpo debe de estar destrozado por dentro».

Eso creyeron, unánimes, cuando ya estaban a punto de perder la conciencia, justo en el momento en el que la válvula de presión se abrió, dejando salir por la espita un caudal de aire que no tardó en llenar de nuevo el interior de la esfera, al tiempo que el led se encendía en color verde.

Igual que posesos, los tres ocupantes se afanaron en llenar sus maltrechos pulmones con oxígeno. Con las bocas muy abiertas y los ojos desorbitados, jadeando, se masajeaban los brazos y las piernas, y se ahuecaban las ropas intentando minimizar el calor que quemaba sus cuerpos.

La sangre acumulada en la piel había elevado su temperatura corporal enormemente, haciendo que estuvieran rojos como tomates. También había provocado pequeños derrames en los capilares más delgados, y sangraban por los ojos, la nariz y las encías.

Horrorizados, se miraron unos a otros sin pronunciar palabra.

Olivia intentó hablar y sus cuerdas vocales no funcionaron, emitiendo sonidos guturales en lugar de palabras.

Sin tiempo para recuperarse, a sabiendas de que lo peor ya había pasado, los tres se prepararon para lo siguiente. Unos segundos de caída libre y después un nuevo frenazo provocado por el paracaídas.

Eso si no fallaba y acababan espachurrados contra el suelo.

«Ni pensarlo», se dijo Max, tratando de agarrarse antes de sentir el tirón.

Lo mismo que hicieron Norris y Olivia, sujetarse como pudieron, obligando a sus dedos entumecidos a doblarse sobre la barra.

Aunque en esta ocasión el frenazo no fue tan brusco, ellos se encontraban tan lasos que sus manos se soltaron del agarre y sus cuerpos volvieron a ser zarandeados sin control.

Hasta que, por fin, llegó la calma.

El Orbe se estabilizó y fue descendiendo lentamente durante algo más de veinte segundos. Tiempo suficiente para que los

ocupantes tomaran conciencia de la situación.

—¡Pasamos! —logró decir Olivia con una voz extraña, como si saliera de un profundo agujero.

—«Hasta el rabo todo es toro» —masculló Max desde su maltrecha garganta.

—¿Cómo dices? —preguntó la bióloga.

—Nada. Que aún nos queda aterrizar.

Fue dicho y hecho.

Un impacto seco hizo vibrar la estructura del Orbe, indicándoles que habían tocado tierra.

—¡Conseguido! —exclamó entonces Norris, casi divertido.

También Max y Olivia sintieron un enorme alivio. Pero este no duró mucho.

Tras el golpe, la esfera, en lugar de quedarse quieta, comenzó a rodar. Lentamente en un inicio. Luego más rápido.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó Olivia desconcertada.

—Me da la impresión de que no hemos aterrizado en el lugar indicado —respondió Norris, más serio.

—Caemos por una pendiente —añadió Max, innecesario—. Mientras la esfera no se detenga, la escotilla no se abrirá.

Giraban y giraban, y aunque las gomas tensoras cumplían a la perfección el cometido de mantenerlos sujetos en el sitio, las continuas y rápidas vueltas estaban mareándolos.

Además, existía otro problema: el oxígeno.

No era mucho el que había dentro de la esfera. El justo para mantenerlos con vida el tiempo que se había calculado entre el despegue y el aterrizaje. El margen era mínimo. Minutos. Cinco o diez. La doctora Bravo no concretó ese dato, ya que daba por contado que nada más aterrizar la esfera se estabilizaría y la escotilla saltaría gracias a una pequeña carga explosiva.

Pero esa secuencia ideal de hechos no se estaba cumpliendo, y los tripulantes, a medida que rodaban, se iban sintiendo peor debido al mareo y al aire viciado que respiraban.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó Max, impotente, mientras notaba la comida del desayuno subiendo por el esófago.

Sin embargo, fue Olivia la que vomitó. Su temor se cumplía.

—Lo siento —se disculpó, aún con el café saliéndole por la boca.

Un café regurgitado que volaba por los aires salpicándolo todo, incluidos a sus dos compañeros de viaje.

—¡Mierda! ¿Es que esta pesadilla no se va a acabar nunca? —se preguntó el físico, a gritos.

De súbito, notaron que golpeaban contra algo. Una pared, una roca… Un obstáculo lo suficientemente firme como para que El Orbe por fin se detuviera.

Por un momento, los tres se quedaron expectantes, sin llegar a creerse del todo que su accidentado viaje estuviera a punto de terminar.

Norris fue el que rompió el silencio, dejando una observación en el aire que tenía la calidad de los deseos.

—Bien. Ya estamos quietos. Ahora se abrirá la escotilla.

—Espero que tengas razón, porque cada vez cuesta más respirar —dijo Olivia, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Vamos. Vamos… —animó Max con la mirada fija en el lugar por el que habían entrado, un círculo casi imperceptible bajo la luz verdosa, y que significaba la frontera entre la vida y la muerte.

Los segundos pasaron —incluso los minutos— con los tres tripulantes cada vez más desfallecidos por la falta de oxígeno.

Habían quedado parcialmente inclinados, y colgaban de las gomas bocabajo como marionetas.

Incapaz de esperar más, Norris comenzó a soltarse.

—¿Qué haces? —lo increpó Max—. Si esto vuelve a ponerse a girar habrá noventa kilos golpeándonos por todos lados.

—Ochenta y cinco.

—Lo que sea.

—Si no hacemos algo moriremos asfixiados —se justificó el exsoldado, al tiempo que desenganchaba las últimas gomas que lo retenían en mitad de la esfera.

Nada más soltarse, se dirigió de inmediato hacia el punto en el que estaba la escotilla y comenzó a golpearla con los puños.

—Será inútil —dijo Max en tono pesimista—. Es grafeno. Más duro que el acero. Y está soldada.

Con los nudillos doloridos, Norris se detuvo y miró en todas direcciones.

—¿Qué buscas? —preguntó el físico, ridículamente colgado

cabeza abajo.

—Mis armas. Estoy desorientado —respondió Norris.

—¿Cómo?

—Si concentro lo disparos de la UZI en un punto, es posible que logre traspasar la cubierta.

—Claro. Y en el supuesto de que las balas no reboten y nos maten, y logres hacer un precioso agujero, ¿luego qué?

—Al menos entrará aire —razonó Norris sin mucha convicción.

—Estoy contigo. Ayúdame a bajar —dijo Olivia con voz fatigada.

—No es buena idea —insistió Max—. El Orbe es una máquina de precisión. Quizá se esté recalibrando. Las balas podrían dañarlo irremisiblemente. Un agujero permitiría que entrara oxígeno pero no bastaría para que saliéramos. Cuando acabáramos con el agua que llevamos en nuestras mochilas, moriríamos de sed.

—¿Qué propones? —preguntó Olivia, ya libre de ataduras, sentada en el suelo.

—Esperar.

—¿Cuánto?

—Lo máximo posible.

—Vale —dijo la bióloga, convencida.

Norris se lo pensó algo más antes de responder.

—Está bien. Esperaremos. Mientras tanto voy a prepararme —concluyó dirigiéndose a la zona donde se guardaba el equipo, y que por fin había localizado.

Se trataba de seis portezuelas que se abrían mediante una llave manual. El exsoldado las fue girando una a una, sacando su contenido y dejándolo en el suelo. Cuando estuvo todo fuera, seleccionó aquello que le interesaba: el maletín con sus armas.

Max fue más práctico y, después de descolgarse, fue directo a su mochila, rebuscó dentro y sacó una linterna.

Al encenderla, la luz rebotó en la superficie curva y bruñida, alumbrando a la vez que producía sombras fantasmagóricas.

—Esto es claustrofóbico —dijo Olivia.

—Te lo parece porque no has estado dentro de un carro de combate —apuntó Norris, al tiempo que se afanaba en armarse.

Con destreza, desenrolló el cinturón táctico y acopló en él la

pistolera, los cargadores y el cuchillo. A continuación municionó la pistola, la montó, puso el seguro y la introdujo en la funda. Después se ocupó de la escopeta. La UZI la dejó para el final. Antes se colgó del hombro la bolsa donde iban los cargadores de veinte cartuchos. Los contó, comprobó que estuvieran llenos, cogió uno y los introdujo en la metralleta.

—¿Ya te sientes más seguro? —saltó Olivia.

—Voy a contar hasta treinta y empezaré a disparar —dijo Norris, inmune a los comentarios irónicos de la bióloga.

Max iba a hablar aunque se calló. Ya le costaba respirar —imaginaba que igual que a sus compañeros— y no tuvo más remedio que admitir que la descabellada idea de Norris era la única opción que les quedaba si la bendita explosión que debía hacer saltar la escotilla no se producía.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro… —comenzó a contar el exsoldado en voz alta, con una creciente fatiga en la voz—. Siete. Ocho. Nueve…

Max y Olivia se colocaron lo más alejados que pudieron de Norris cuando lo vieron montar la UZI, y cogieron las mochilas para proteger con ellas sus cabezas.

—Quince. Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho…

—¿Imaginabas que esto podría terminar así? —dijo Olivia, acurrucada junto al físico.

—Ni de coña.

—Veintidós. Veintitrés. Veinticuatro… —continuaba Norris, impasible, con el arma en alto, las piernas abiertas y la mirada fija en un punto de la escotilla.

—Cierra los ojos y tápate los oídos. Esto va a ponerse feo —recomendó Max.

Y Olivia le hizo caso.

Por suerte.

Ya que de esta manera se protegió de la detonación. Pero no de la del arma de Norris al apretar el gatillo, sino de la que se produjo justo antes de que la cuenta llegara a treinta, haciendo saltar la escotilla por los aires.

¡Bum!

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó entonces Max, mientras agitaba el aire para librarse del denso humo que había inundado el interior—. El Orbe se estaba recalibrando. Necesitaba tiempo. Ya os lo dije.

—Sí. Tenías razón —celebró Olivia dando saltitos sin dejar de mirar la abertura circular que había en un costado, por la que entraba una brillante luz y un delicioso y refrescante aire.

Norris, al encontrarse de pie y cerca de la escotilla, se había tragado buena parte de la onda expansiva y, por esa razón, fue el último en celebrarlo.

—¡Joder! ¡Sí! ¡Sí! —se limitó a exclamar cuando se recuperó del impacto, aún con los oídos doloridos por el fuerte estruendo.

—Salgamos de una vez de este puto agujero —propuso Olivia.

—Y sin perder un instante —añadió Max, respirando el aire renovado y puro con auténtico deleite.

A pesar de las ganas que tenían, antes sacaron el equipo por la escotilla, dejándolo caer fuera con cuidado; luego, uno detrás de otro, ayudándose, salieron ellos.

Ya en el exterior, tras comprobar que la esfera había chocado contra una gran roca, empezaron a sentirse raros, experimentando una especie de mareo que les impedía enfocar, nublando su vista hasta que dejaron de ver.

Lo último que notaron fue una sensación extraña, como si sus cuerpos se desintegraran.

Después nada.

15
ERROR DE CÁLCULO

Isla Tortuga.

Como si saliera de un plácido sueño un día cualquiera en su cálida cama, Olivia se despertó. En un primer momento no supo dónde estaba. Miró a su alrededor y se vio tumbada sobre un suelo alfombrado de hierba. Junto a ella estaban Max y Norris, también tumbados y desperezándose.

—¿Qué hostias nos ha pasado? —preguntó el exsoldado incorporándose, todavía confuso.

—Ni idea —confesó Max, palpándose la cara y los miembros para comprobar que se encontraba entero—. ¿Vosotros estáis bien?

—Creo que sí —dijo Olivia.

Norris asintió con la cabeza y acabó de levantarse.

Max, cuando estuvo seguro de poder mantener el equilibrio, lo imitó.

—Supongo que el desvanecimiento ha sido un efecto secundario de haber atravesado La Bruma —aventuró el físico, a la vez que ayudaba a Olivia a ponerse de pie.

—¿Efecto secundario? —dudó la bióloga—. La doctora Bravo no nos habló de ningún efecto secundario.

—Porque no tendría ni idea de que pudiera producirse.

—¡Cojonudo! —exclamó Norris.

—Quiero que entendáis que acabamos de realizar un viaje único en la historia de la humanidad —continuó Max—. Un experimento cuántico con materia viva en el mundo macroscópico. Algo completamente alucinante.

—Me parece perfecto —dijo Olivia—. Pero esto no ha hecho nada más que empezar y aún tenemos un trabajo que hacer.

—Tienes razón —admitió Max.

—Claro que la tiene —dijo Norris, colgándose la UZI al hombro —. Dejemos el misterio de la siestecita para más tarde y determinemos dónde estamos y hacia dónde debemos ir.

—Te daré respuesta a esas preguntas enseguida —dijo Max, agarrando su mochila.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba: el reloj de muñeca con GPS en el que se habían introducido las coordenadas exactas del lugar al que debían dirigirse. Y, ya de paso, aprovechó para coger las dos brújulas, la digital y la manual, y el *walkie-talkie*.

Olivia y Norris lo imitaron sacando los mismos artículos, añadiendo ella una botella de agua y él el teléfono satélite.

—¿No tenéis la boca seca? —dijo Olivia echándose un buen trago al coleto.

—Debemos ser prudentes con el agua —se quejó Norris—. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí y si podremos encontrar más.

—Quizá luego esté muerta, y es ahora cuando tengo sed —replicó la bióloga, dando otro generoso trago.

Norris se encogió de hombros y se puso a trastear con el teléfono.

Estaba acostumbrado a manejarlos, y no tardó en determinar que estaban incomunicados.

—No logro contactar con ningún satélite.

—Era lo esperado, ¿no? —dijo la bióloga, insegura.

—Así es —respondió Max—. La cúpula bloqueará la señal, no cabe duda. Lo que no es tan normal, y no me esperaba para nada, es esto.

Max les mostró el reloj.

—¿Qué pasa? —preguntó la bióloga.

—¿A qué hora calculáis que despegamos de la fragata?

—Justo al amanecer. Sobre las ocho —respondió Norris.

—Más o menos —confirmó Max, acercándoles aún más el reloj —. Entonces, ¿cómo es posible que ahora sean las dos y diez de la tarde?

Incrédulos, Olivia y Norris miraron sus relojes.

—El mío marca igual —dijo la bióloga.

—Y el mío —dijo el exsoldado.

—¡Hemos estado inconscientes seis horas! ¡Increíble! —exclamó la bióloga.

—Es posible que hayan dejado de funcionar igual que el teléfono satélite —opinó Norris.

—Puede, aunque la posición del sol confirma la hora —dijo Max —. Lo que no cabe duda es que la brújula digital y el GPS están fritos.

—¿Estás seguro?

—Al menos, los míos.

—Los míos también —ratificó Olivia.

—En efecto —sentenció Norris, después de consultar sus aparatos y comprobar que tampoco los suyos marcaban coordenadas de posición—. Por suerte, aún tenemos la brújula manual. Esta, al menos, parece que va bien.

—Sí —confirmó Max—. Ahora solo queda determinar dónde estamos y marcar una ruta a seguir. Sacaré el mapa.

Y eso hacía, buscando la libreta en su mochila, cuando Olivia se percató de un detalle en el que ni Max ni Norris habían caído.

—¿Os habéis fijado que La Bruma no se ve desde aquí dentro?

—Pues es verdad —admitió el exsoldado, sorprendido.

—Además, la hierba está húmeda y el suelo mojado, como si recientemente hubiera llovido. Entendí que nada podía entrar en La Zona Crítica.

—Es tan grande que debe tener su propio microclima. Debemos ir acostumbrándonos a estas anomalías —aconsejó Max.

—Vale —concluyó Olivia sin mucha convicción—. ¿Ya sabes dónde estamos?

—Veamos —dijo Max, abriendo la libreta por la página en la que estaba dibujado un mapa de la isla con extraordinario detalle —. Anoche me lo estudié bastante bien y yo diría que nos encontramos… aquí.

Norris y Olivia se acercaron para mirar el punto que señalaba con el dedo.

—Estas curvas de nivel tan juntas indican elevaciones pronunciadas, y en la isla solo existe un lugar así: este —concluyó el físico, levantando la cabeza para mirar las colinas que los rodeaban.

—Entonces, ¿nosotros estamos…? —dudó Olivia.

—En el centro de este pequeño valle.

—¿Y tendríamos que haber caído…?

—Según la brújula, más al norte. Tras esa colina, en otro valle donde está situada la mansión Spencer.

—Menuda precisión —se quejó Norris.

—La isla no es muy grande. Unos seis kilómetros de larga por cinco de ancha, pero su orografía es complicada —explicó Max mientras calculaba la distancia que los separaba de su objetivo—. Yo diría, por la escala del mapa, que el error ha sido de un kilómetro en línea recta.

—¡Nada menos! —exclamó Olivia.

—Bueno, ¿nos ponemos en marcha o qué? —propuso Norris mientras se colgaba la mochila a la espalda y comprobaba por enésima vez sus armas.

—Sí. Ya hemos perdido mucho tiempo y el camino no será fácil —vaticinó Max.

—Pues…, ¿a qué esperamos? —remató Olivia antes de dar un último trago a su botella de agua y echar a andar.

Max y Norris la siguieron colina arriba.

A la media hora de ascensión se dieron cuenta de lo agotador que era.

—La inclinación es cada vez mayor —observó Max con la vista clavada en la cumbre—. Suerte que El Orbe cayó más abajo. De haber aterrizado en esta parte nada nos hubiera parado.

—La pendiente debe de estar cerca del treinta por ciento —estimó Olivia.

—Por lo menos —se oyó decir a Norris, que ascendía más atrás cerrando el grupo.

—Además está la jodida vegetación, tan dura y espinosa —añadió la bióloga—. Jamás había visto arbustos de este tipo en un lugar con clima tropical húmedo.

—Seamos positivos. Todavía nos queda mucho trecho por recorrer —aconsejó Max, acelerando el paso para rebasar a Olivia.

A mitad de camino decidieron tomarse un descanso. Eligieron unas piedras redondeadas y se apoyaron en ellas, ya que sentarse, debido a lo inclinado del terreno, era complicado.

Los trajes técnicos cumplían con lo prometido, dejándoles transpirar y aislándolos de los cada vez más intensos rayos del sol; y las botas, con suelas rugosas, se agarraban a las diferentes superficies razonablemente bien. Lo peor eran las mochilas. El obligado diseño curvo y los materiales rígidos las hacían incómodas para la espalda, y tanto Max como Olivia habían decidido llevarlas colgando de sus correas.

—Estaba pensando que no hemos probado los *walkie-talkies* —dijo de pronto el físico.

—¿Para qué? Yo no pienso quedarme sola —replicó Olivia.

—Nunca se sabe amiga, nunca se sabe —intervino Norris.

Tras confirmar que los comunicadores aparentemente funcionaban bien, continuaron el ascenso. En esta ocasión fue el exsoldado el que se puso en cabeza, marcando un ritmo infernal que Max y Olivia seguían a duras penas.

—Ese tipo es una máquina —comentó la bióloga en voz baja.

—Entrenamiento militar, ya sabes —dijo Max, imitando con gestos como si desfilara.

Hicieron cumbre una hora más tarde. Lo que significaba que les había llevado casi dos subir la colina.

—Ahora queda bajar —comentó Olivia apoyada en sus rodillas, junto a un Max que bebía agua como si no hubiera un mañana, y a un Norris tan entero que cualquiera diría que acababa de realizar un plácido paseo por el campo.

—¿Vosotros veis la mansión? —dijo el exsoldado, centrado en la misión, mirando hacia el valle que se abría a sus pies.

Max y Olivia aguzaron la vista, escudriñando el frondoso paisaje salpicado de claros, antes de responder.

—No la veo —dijo la bióloga.

—Ni yo —ratificó el físico, en tono preocupado.

Norris entonces giró en redondo. Se encontraban en el punto más alto, y desde allí se dominaba absolutamente toda la isla. Incluidas las hermosas playas que la rodeaban.

Max y Olivia lo imitaron, y casi al tiempo descubrieron lo que buscaban: la mansión Spencer. Y no estaba donde esperaban.

—No me jodas que hemos subido hasta aquí para nada —se quejó la bióloga.

—Eso parece —confirmó Norris—. Se ve que alguien se ha equivocado de parte a parte.

—No lo creo. El mapa es claro. Y según la brújula… —se justificó Max, sacando la libreta apresuradamente.

—La has cagado, amigo, no le des más vueltas.

—Imposible.

—Si no has sido tú, alguien cometió un error —razonó Olivia—. La cuestión es que debemos regresar al punto de partida y subir por la otra pendiente.

—No lo entiendo —musitó Max, devanándose los sesos sin dejar de mirar el mapa y la brújula.

—Vamos, quedan pocas horas de luz —los espoleó Norris después de consultar su reloj y la posición del sol en el cielo.

—Un momento —lo detuvo Max cuando ya iniciaba el descenso.

—¿Qué pasa? —preguntó el exsoldado.

—La fragata. No la veo. ¿Vosotros la veis?

—¿Dónde tendría que estar? —preguntó Olivia, mirando en todas direcciones, escudriñando al mar.

—Eso da igual. La cuestión es que, efectivamente, no está —confirmó Norris.

—¿Cómo es posible? —se extrañó Olivia, alarmada.

—Es un buque de combate en aguas internacionales. Llevamos horas en la isla. Es posible que, por cuestiones tácticas, haya tenido que alejarse.

—¿Eso piensas? —intervino Max, receloso.

—La otra explicación es que nos hayan dejado tirados. Pero no le encuentro ningún sentido.

—Ni yo —convino Olivia—. Seguro que existe alguna razón lógica para que el barco se haya alejado, como dice Norris. Recuerda que controlan la isla vía satélite. No me cabe duda de que no nos quitan el ojo de encima ni un minuto.

—Supongo que sí —admitió finalmente Max, meditabundo.

El descenso fue más rápido. En algo más de una hora ya estaban junto al Orbe, recuperándose del fuerte ritmo que de nuevo había impuesto el exsoldado.

—No hemos empezado con buen pie —comentó Olivia, mirando con recelo la otra pendiente por la que deberían subir.

—Lo importante no es cómo se empieza sino cómo se termina —intentó tranquilizarla Max con una frase hecha que a ella no le sirvió de nada.

Por fortuna, la colina que tuvieron que acometer era significativamente más baja y tenía menos pendiente, lo que se tradujo en una reducción de tiempo y esfuerzo.

—¡Por fin! ¡Allí está la mansión! —exclamó Olivia una vez llegaron a la cumbre, ufana, señalando con la mano una mancha rojiza de forma rectangular situada en el fondo de un valle sin vegetación.

—Antes de llegar nos habremos quedado sin luz —se lamentó Max.

—No si nos damos prisa —estimó Norris, antes de afrontar el descenso sin esperar a nadie.

En esta ocasión la cosa no resultó tan sencilla. La ladera por la que bajaban estaba repleta de arbustos de más de dos metros de altura, y macizos de densa vegetación que los obligó a ir zigzagueando para evitarlos.

Una vez llegaron abajo se encontraron con más de lo mismo. Un paisaje selvático tan áspero como impenetrable.

—Esto se complica —comentó Norris, sacando su cuchillo para cortar las ramas que no podían evitar y que les impedían el paso.

—Me recuerda al Tapón de Darién —observó Olivia—. Un lugar que se extiende entre la frontera de Panamá y Colombia. Un muro formado por tanta vegetación, y tan diversa, que ni la carretera Panamericana puede atravesarlo.

—¿Tan diversa como esta? —preguntó Max, sorprendido por la variedad de especies de plantas que veía.

—Supongo —respondió Olivia—. Aunque debo admitir que no consigo identificar muchas de las que aquí veo. Y las que reconozco, las encuentro ligeramente diferentes.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió Max, evasivo.

—Casi no has abierto la boca desde hace rato. ¿Qué pasa?

—Estoy agotado. Reservo fuerzas.

—¿Y esa preguntita? ¿A qué venía?

—Simple curiosidad —se limitó a responder Max.

—No te creo. Estás pensando que la actuación de La Máquina ha podido provocar alteraciones en la vegetación.

—No lo descarto. Tú eres la entendida. Se supone que eligieron a una bióloga para la misión con ese objetivo.

—¿Con el de identificar plantas?

—Evaluar el terreno e identificar anomalías —especificó Max

—Pues si es así, te puedo señalar otra rareza de esta isla.

—¿Cuál?

—Los pájaros.

—¿Qué pasa con ellos?

—No he visto ninguno desde que aterrizamos. Ni ave alguna.

—Los animales son asustadizos. Estarán escondidos.

—Podría ser —admitió la bióloga con reservas—. Sin embargo, me documenté sobre Isla Tortuga y la fauna es muy abundante. Existen varias especies de roedores, zarigüeyas y hasta una colonia de monos aulladores, y gran variedad de reptiles. Lagartos, serpientes, gecos de cabeza amarilla, iguanas… Incluso tortugas de buen tamaño. En cuanto a aves, ni hablemos. Está el colibrí, el carpintero coronirrojo, el gallinazo cabecinegro, el gavilán caminero, el mirlo pardo, el guacamayo…

—Vale, vale —la instó a parar Max, abrumado.

—Lo que quiero decir, es que la biodiversidad de esta isla es espectacular y todavía no he visto nada de nada.

—Entiendo —se limitó a decir Max, ensimismado.

—¿Es posible que ese puñetero artefacto haya acabado con toda la fauna y modificado la flora?

—No lo descarto —admitió Max sin mucha convicción.

—Ya. Anomalías cuánticas —concluyó Olivia.

Max se encogió de hombros y asintió con la cabeza, aunque en su interior una hipótesis iba cobrando forma. Una terrible posibilidad que podría explicarlo todo, pero que aún no estaba dispuesto a compartir.

—Bueno, ¿seguimos o qué? —oyeron decir a Norris unos metros por delante, animándolos a que se dejaran de charla y continuaran andando.

Olivia se detuvo de nuevo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Max al verla mirar hacia el suelo.

—He visto moverse algo —se limitó a decir, agachándose para revolver con la mano entre las hierbas bajas.

—Ten cuidado, podría ser una serpiente.

—No. Era un insecto. Yo diría que algún tipo de escarabajo. No son muy rápidos. Debe de estar por… ¡Aquí! —exclamó con entusiasmo.

—¿Qué haces? —preguntó Max.

Olivia le pasó su mochila y dijo:

—Tomar muestras. En alguna parte hay tarros de cristal. Encuentra uno mientras yo lo atrapo.

Obediente, Max se ocupó del encargo. Cuando dio con el tarro le quitó la tapa y se lo pasó a Olivia, que ya retenía bajo su mano al insecto.

—¡Joder! —exclamó de pronto, levantando la mano como un rayo.

—¿Qué pasa? —se preocupó Max.

—Este cabronazo me ha mordido —dijo Olivia.

—Será una picadura. Podría ser venenosa.

—No. Me ha mordido. Mira —dijo mostrándole la palma de la mano, en la que se veía un pequeño corte por el que salía sangre.

La bióloga se lamió la herida y agarró el frasco de cristal de las manos de un desconcertado Max.

—Si crees que me voy a dar por vencida estás listo —musitó Olivia dirigiéndose al insecto.

Rápida y precisa puso el frasco sobre él y colocó la tapa procurando que no se escapara. Después giró el tarro, acabó de enroscar la tapa y lo levantó a la altura de los ojos.

—Te tengo.

—Es bonito —reconoció Max al ver su caparazón negro con destellos irisados—. ¿Qué es?

—Ni idea —confesó la bióloga, acercando la cara al cristal para ver mejor el espécimen—. Pensé que sería algún tipo de gran coleóptero. No obstante, visto con más detenimiento, yo diría que se parece más a una *Harmonia axyridis*.

—¿Una qué?

—Es una mariquita originaria de Asia.

—¿En serio? No entiendo mucho, pero las que yo recuerdo son pequeñitas, rojas con puntos negros y la mar de simpáticas.

—Existen muchas variedades, y no todas presentan esa combinación de colores tan característica —puntualizó Olivia—. Sin embargo, en lo que sí son parecidas es en su forma ovalada y en su tamaño. Ninguna, ni por asomo, alcanza las dimensiones de esta.

—Será otra cosa —dedujo Max, simplista.

—Su morfología es tan semejante… —insistió la bióloga, mientras giraba el tarro para poder ver el espécimen desde todos los ángulos—. Estoy confusa. Las *Harmonias axyridis* más grandes miden poco más de seis milímetros y esta diría que pasa de los cinco centímetros. La guardaré para estudiarla con más tranquilidad en un futuro. Si tal cosa es posible.

—Lo será —rubricó Max esbozando una sonrisa forzada.

—¡¿Qué parte de «nos quedaremos sin luz si no nos damos prisa» no habéis entendido?! —los sobresaltó Norris, apareciendo de pronto cerca de ellos.

A Max no le gustaron ni sus formas ni su tono, y decidió plantarle cara.

—Esta es una misión científica en la que yo estoy al mando. Y decido qué se puede hacer y cuándo. ¿Te queda claro?

Norris se frenó en seco con la contrariedad reflejada en el rostro. Aunque no tardó mucho en recuperarse del baño de autoridad y contraatacar.

—Misión científica de cuya seguridad soy responsable —dijo sereno, plantando los pies en el suelo como haría un duelista antes de levantar la pistola para disparar.

Cosa que no tardó en hacer.

—Yo entendí cuál era la prioridad de esta misión. Lo que no tengo tan claro es que la entendieras tú.

—La entendí perfectamente —replicó Max.

—Entonces, ¿a qué juegas? Si llega la noche, y con ella la oscuridad, las linternas no bastarán para ver y orientarnos en esta selva. Tendremos que acampar y pasar la noche al raso. Circunstancia que se traduce en riesgo y pérdida de tiempo.

Max iba a contestar cuando Olivia se le adelantó.

—Norris tiene razón. Estamos aquí por una razón. El resto puede

esperar.

El físico, herido en su orgullo, cabeceó antes de hablar.

—Perfecto —dijo muy tieso—. Aceleraremos la marcha. Deben de quedar tres horas de luz. En dos habremos llegado a la mansión.

—Arriesgados cálculos —apostilló Norris.

—No creo que me equivoque mucho.

—Ya lo veremos —rubricó el exsoldado—. Tú marcas el ritmo.

¡Y ya lo creo que lo hizo!

Max se tomó el reto como algo personal y empezó a caminar delante tan rápido como pudo, abriendo paso con las manos entre la vegetación cuando esta era demasiado tupida, sin pararse ni permitir un mínimo descanso.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó Olivia después de acelerar para llegar a su altura, a la media hora de iniciada la frenética caminata.

—Va a oscurecer. Hay que darse prisa —se limitó a decir el físico, sin aflojar el paso.

—No podré aguantar este ritmo mucho más tiempo. Y tú tampoco. Puede que Norris sí, pero nosotros no.

Max negó con la cabeza para sí antes de soltar un sonoro bufido y aflojar el paso.

—Está claro que no tengo cualidades para el mando.

—¿Lo dices por tu pique con él? —preguntó Olivia después de asegurarse de que Norris, que caminaba varios pasos por detrás tan fresco como una lechuga, no la oyera—. Somos un equipo. Su fuerza radica en la suma de las cualidades de sus integrantes, y no en la competencia entre ellos.

El físico aflojó más el paso hasta detenerse.

—Tienes toda la razón —dijo sin reservas—. ¿Quieres tomarme el relevo?

—Mejor que lo haga él —respondió la bióloga, señalando con un golpe de barbilla a su espalda—. Le hará sentir bien.

Norris no tardó en llegar a su altura.

—¿Pasa algo? —preguntó indiferente.

—Estoy hecho trizas. Y ella también. ¿Te importa ir delante?

—Creí que no me lo ibais a pedir nunca —confesó el exsoldado —. Aunque, la verdad, para ser dos ratones de biblioteca, debo

decir que estáis aguantando bastante bien.

Dicho esto, sacó el Ka-Bar con un rápido movimiento de muñeca, se puso en cabeza y comenzó a dar mandobles abriendo paso entre la maleza con una facilidad asombrosa.

—Esto es otra cosa —comentó la bióloga en voz baja.

—No hay color —admitió Max, echando a andar junto a ella.

La eficaz participación de Norris en la dirección y guía del grupo, logró que avanzaran mucho terreno en poco tiempo, y sin necesidad de llegar a la extenuación.

Max y Olivia estaban agotados, por supuesto, pero todavía tenían fuerzas para continuar y no precisaban de un inminente descanso. Lo que, llegado a un punto del trayecto, incluso a ellos les llamó la atención.

—Aún no me explico cómo no he caído rendido ya —admitió el físico—. No estoy en mala forma, voy al gimnasio dos veces por semana y corro varios kilómetros todos los días. Sin embargo, una paliza como la que nos estamos dando hoy no la habría soportado jamás.

—Ni yo —dijo Olivia.

—La falta de contaminación —razonó Max—. No estamos en una polucionada ciudad, sino en una isla en mitad del océano. La selva es otra cosa, y el aire puro cargadito de oxígeno de calidad un chute extra de energía.

—Será por eso —convino Olivia, viniéndole a la cabeza de pronto la enorme mariquita que llevaba en su mochila.

Y seguía pensando en ella, y en su extraordinario tamaño, cuando escuchó la voz de Norris anunciando buenas noticias.

—¡Por fin llegamos!

Al acercarse al lugar en el que el exsoldado se había detenido, en la linde del valle, ya fuera de la frondosa vegetación, pudieron contemplar la mansión Spencer a lo lejos, con sus paredes de color terracota que contrastaban con el deslucido color amarillento del suelo arenoso que la rodeaba.

—Ya estamos aquí y todavía no ha anochecido —apostilló Max con la vista puesta en el sol a punto de desaparecer detrás de la colina que tenían a su espalda.

Olivia lo reprendió con la mirada. Él se encogió de hombros

poniendo cara de inocente. Norris ni siquiera se percató de la pulla, ya que en la mente del soldado veterano se acababa de encender una señal de alarma.

16
¡SORPRESA!

Alerta como siempre estaba, a Norris no se le pasó por alto el movimiento que percibió a su izquierda, y que provenía de la rama de un árbol de mediana altura. Antes de que pudiera girarse vio, por el rabillo del ojo, algo oscuro que se acercaba a gran velocidad directo a su cabeza.

—¡Mierda! —exclamó, agachándose lo justo para esquivarlo.

La sombra pasó entre Max y Olivia provocando una corriente de aire.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó el exsoldado, llevándose la mano a la cartuchera.

—Yo diría que un cuervo enorme —opinó el físico, siguiendo con la mirada al veloz animal, a contraluz de un cielo cada vez más rojizo.

—De cuervo nada —lo contradijo Olivia—. Mira sus alas y sus múltiples patas. Es algún tipo de insecto volador. Yo apostaría por un coleóptero.

—¿Otro? ¿Los hay tan grandes?

—Ni de coña. El mayor que se conoce es el *Titanus giganteus*. Sus machos llegan a alcanzar los diecisiete centímetros de largo. Pero yo calculo que este mide, al menos, el doble.

Mientras hablaban, el inmenso insecto volador había girado en el aire y se dirigía hacia el grupo directo como una flecha.

—¡Viene de nuevo! —gritó Max, tapándose la cabeza con las manos.

—No entiendo tanta agresividad —se extrañó Olivia, preparándose para evitar el ataque.

—Le habremos caído mal —comento Norris, impasible, sacando la pistola y levantándola hacia el bicho que se dirigía a ellos.

El vuelo era rápido aunque impreciso, sin trazar una dirección

recta, lo que dificultaba que el exsoldado alineara correctamente alza, mira y objetivo. Apuntar sería imposible. Lo que precisaba era un tiro intuitivo, eligiendo la posición más factible.

Con pulso firme, agarrando el arma con ambas manos, Norris siguió el vuelo del insecto tratando de adivinar su próximo movimiento, y, cuando este se encontraba a menos de tres metros del grupo, a la altura de sus cabezas, abrió fuego.

¡PUM!

Un disparo que sonó como un trueno e hizo un blanco perfecto.

En un instante, el descomunal insecto estalló en mil pedazos en pleno vuelo, desapareciendo casi por completo.

—¡Hostia puta! —exclamó Max—. Un tiro cojonudo. No ha dejado del bicho ni el recuerdo.

—Balas DUM-DUM. Punta hueca. Se expanden al impactar con un objeto, y este es el resultado —explicó Norris con naturalidad.

Olivia, más preocupada por otros asuntos, se apresuró a ir al lugar donde habían caído los restos del insecto. En cuclillas buscó entre la hierba hasta que encontró una pata relativamente intacta, media ala y varios trozos de caparazón.

—Mira esto —dijo cuando Max se acercó a ella, levantando la pata para que la viera mejor—. Es tan grande como la de un centollo.

—Raro, ¿verdad?

—Ni que lo digas —coincidió la bióloga.

Diligente, sacó una bolsa con cierre automático de su mochila e introdujo en ella los restos del animal.

Entretanto, Norris, con la pistola en la mano, no dejaba de vigilar el cielo rotando sobre sí mismo, mientras que Max continuaba paralizado, intentando asimilar lo que había sucedido.

—¿Nos movemos o qué? —propuso finalmente el exsoldado, impaciente, cambiando la pistola por la escopeta de cartuchos.

—Cuando queráis. Yo ya he terminado —dijo Olivia, incorporándose con la bolsa de restos biológicos en la mano.

—Pues, en marcha —determinó Max, echando a andar en dirección a la mansión.

El terreno que la rodeaba, arenoso y libre de vegetación, todavía conservaba indicios del aguacero caído la noche anterior. Seguía húmedo, y aquí y allá se veían pequeños charcos.

En fila india, muy atentos a lo que sucedía a su alrededor, el grupo salvó la distancia que los separaba de la construcción de estilo colonial.

Los últimos rayos de sol resaltaban el color rojo anaranjado de los muros y las ventanas con marcos blancos de la mansión Spencer. En la distancia lucía hermosa. Sin embargo, a medida que se acercaban se hacían más patentes las cicatrices provocadas por las inclemencias del tiempo y los años.

—Este lugar está hecho una mierda —comentó Norris, ya cerca del vetusto palacete.

Había grietas en las paredes y desconchones que dejaban a la vista el hormigón. Todas las ventanas estaban cerradas gracias a contraventanas de madera, en ocasiones reforzadas con tablones.

La puerta principal, de madera gruesa, también era blanca, aunque ya poco quedaba de la pintura.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —se extrañó Olivia, al ver la superficie llena de agujeros astillados, como si se hubiera utilizado para prácticas de tiro.

La poca vegetación que había se concentraba alrededor de la mansión. Malas hierbas y plantas trepadoras que ascendían por las esquinas y rodeaban las ventanas, ayudando a componer una estampa de abandono absoluto.

—Entramos, ¿o qué? —preguntó Norris, asumiendo de mala gana su papel de subordinado.

—Claro —dijo Max, adelantándose para accionar el pomo.

Pero la puerta estaba cerrada.

Tímidamente, golpeó con los nudillos.

—Así nadie va a oírnos —observó Norris—. En el supuesto de que dentro haya alguien para oírnos, claro.

—¿Dónde podrían estar si no? —dijo Olivia.

—De paseo. En la cueva con esa maldita máquina. O muertos. ¡Qué sé yo!

Olivia miró a Max con cara de preocupación.

—Llevan más de dos años aislados en este extraño lugar.

Cualquier cosa es posible —dijo Max, incapaz de construir un relato que la tranquilizara.

—Insistamos —propuso ella, golpeando la puerta con fuerza.

En un momento dado, los tres lo hacían. Con puños y pies, consiguiendo que los golpes en la maltrecha puerta resonaran en el valle igual que tantanes africanos en la lejanía.

Tras varios minutos aporreando sin parar, Max propuso algo.

—Rodeemos la mansión. Quizá haya otra entrada.

—Yo por la izquierda. Vosotros por la derecha —dijo Norris—. Si veis algo raro, dad un grito.

—Ni lo dudes —dijo Olivia, quien empezaba a valorar las armas del exsoldado.

La mansión era de planta rectangular, perfectamente simétrica, de unos cincuenta metros de largo por treinta de ancho.

—¿Estás bien? —preguntó Max una vez dejaron la fachada principal y doblaron la primera esquina.

—Estoy acojonada —respondió Olivia—. No me gusta este lugar. Ni esta isla. Aquí pasa algo malo, lo presiento.

—Debemos mantener la calma. Lo peor ha pasado. Lo que queda es pan comido.

—¿Qué eres, un catálogo ambulante de frases hechas?

—Lo siento. No soy muy bueno en esto de dar ánimos.

—Desde luego que no.

—Noto que el miedo te agria el carácter.

—No es solo miedo. Estoy preocupada por lo que veo.

—¡¿Quién no lo estaría?! —exclamó Max, comprensivo.

—He recorrido selvas de todo tipo y ninguna se parecía a esta. Dime, y quiero que seas sincero. ¿Es posible que esa materia oscura que contiene La Máquina haya provocado semejantes cambios en esta isla?

—¿Con sinceridad? No tengo ni idea.

—Pues estamos bien —sentenció Olivia, acelerando el paso para dejarlo atrás.

Max permitió que se alejara sin decir nada. ¿Para qué? Al fin y al cabo, si no era capaz de tranquilizarla, al menos no echaría más leña al fuego.

Al llegar a la parte posterior de la mansión se encontró con que

Norris y Olivia se afanaban en abrir una reja que cerraba una pequeña puerta.

—El hierro está herrumbroso, pero aún es demasiado fuerte para romperse —informó Norris, propinando una última patada a la verja con desgana antes de rendirse.

—Seguramente, esta entrada conduce a un sótano —dijo Max—. El almacén y demás.

—Eso no importa. La cuestión es que es infranqueable.

—Podríamos entrar por una ventana —propuso el físico, ante el abatimiento que detectaba en sus dos compañeros.

—¿Por una ventana dices? —preguntó Norris, incrédulo.

—Al pasar he visto un canalón que viene del tejado y recorre toda la pared. Solo habría que trepar por él. No creo que sean más de cuatro metros hasta la primera ventana.

—Cuatro metros. Una bonita caída si el canalón se rompe o te resbalas —comentó Norris, irónico—. Yo propongo otra opción.

—¿Cuál?

—Usar la «revienta puertas» —respondió el exsoldado, levantando la escopeta.

—¿Crees que con ella podrías…? —comenzó a preguntar Max señalando la reja, antes de que Norris lo cortara.

—No tiene ese apodo por casualidad. Retiraos. Esto puede ser peligroso.

Max y Olivia siguieron su consejo y se apartaron varios metros mientras él levantaba la escopeta y apuntaba a la vetusta y herrumbrosa cerradura.

¡Buuum! ¡Buuum!

Las dos tremendas detonaciones les dañaron los oídos y provocaron una lluvia de postas que cayó sobre sus cabezas.

—Veamos —dijo Norris, acercándose para comprobar los resultados.

Olivia y Max, aún aturdidos, lo imitaron.

—Yo la veo igual —observó la bióloga.

—Un poco abollada, pero sigue firme —confirmó el físico, zarandeando la verja.

—Manufactura de otro siglo. Hierro dulce de calidad. Se dobla sin romperse —concluyó Norris.

—¿Y? —preguntó Max.

—Probaré con la UZI, a ver si la cerradura aguanta un cargador entero. Recomiendo que os alejéis un poco.

Max y Olivia obedecían, tomando unos metros extra de distancia mientras el exsoldado cambiaba de arma, cuando escucharon un ruido que provenía de arriba.

Al buscar con la mirada, vieron abrirse una de las ventanas de la segunda planta del muro posterior y aparecer dos cabezas.

—¡Joder, te dije que había escuchado disparos!

El que habló con entusiasmo incontenible fue Saúl Moreno. La otra persona asomada a la ventana era la médica Lara Ríos, que miraba al trío de personas que había siete metros más abajo como si viera una aparición. Una aparición maravillosa.

—¿Son… el… equipo de rescate? —les preguntó levantando la voz, titubeante por la emoción.

—Sí —se limitó a responder Max, aunque estaba lejos de asegurar que fueran capaces de sacar a nadie de la isla. Ni siquiera a ellos mismos.

—¡Ya era hora de que vinieran! —exclamó Saúl.

—Lo siento, no es culpa nuestra. Acabamos de llegar. Encontramos la puerta principal cerrada y por esa razón…

—Les abriremos —lo atajó Lara.

—¿Por aquí? —dudó Norris.

—No hay llaves de la puerta del sótano. Vayan a la principal. Dense prisa. Pronto anochecerá.

El grupo se miró desconcertado una vez las dos cabezas desaparecieron.

—¿Qué habrá querido decir con eso de que pronto anochecerá? —preguntó Olivia.

—Cualquiera sabe —respondió Norris—. Puede que hayan perdido el juicio.

—Enseguida lo sabremos —concluyó Max—. Vamos.

Cuando el grupo llegó frente a la puerta principal, esta continuaba cerrada.

—Muy rápidos no son —se quejó el exsoldado, receloso, con la

vista puesta en el bosque que había más allá del valle. Un bosque cada vez más oscuro.

Escucharon ruidos, arrastrar de muebles, cerrojos descorriéndose y, por fin, la puerta se abrió.

En el umbral aparecieron un hombre y una mujer. Los mismos que habían visto asomados a la ventana. Su aspecto era lamentable, sucio, demacrado… Y su inestable mirada reflejaba desesperación.

—¡Dios mío. Es verdad. Están aquí. Han venido a salvarnos! —exclamó Saúl, reverencial, juntando las manos como si rezara y levantando la vista hacia el cielo casi nocturno.

—Claro que sí —añadió Lara, algo más serena—. Pero no será ahora. Ya es demasiado tarde.

—¿Tarde para qué? —preguntó Max, confundido.

—Pasen. Se lo explicaremos todo cuando estemos seguros —respondió la médica, agarrando del brazo a Olivia para obligarla a entrar.

La bióloga se dejó arrastrar, y detrás de ella pasaron Max y Norris. Este último bien alerta, con la UZI lista entre las manos.

—Esperen —dijo de pronto Lara cuando ya el grupo estaba en el *hall*—. Antes de nada, díganme por dónde han venido.

—¿Cómo dice? —se extrañó Max.

—El camino exacto por el que han llegado hasta la mansión. Es crucial que lo sepamos.

—Pues, no sé… —dudó el físico.

Norris, sin embargo, lo tenía claro. Regresó a la puerta y, asomado, señaló con el índice hacia su derecha.

—Vinimos por ahí después de atravesar el bosque.

—¿Todos juntos?

—En fila india si no recuerdo mal. El terreno está húmedo. Nuestras huellas todavía deben estar frescas.

—Genial. Eso facilitará las cosas. Saúl, ya sabes lo que tienes que hacer —concluyó la médica, autoritaria.

—¿Crees que es necesario? La arena está mojada —argumentó el analista de sistemas, evasivo.

—Mejor no arriesgar.

—Queda poco para que anochezca. ¡Mira!

Saúl temblaba mientras señalaba un cielo que, por momentos,

pasaba del añil oscuro al negro definitivo.

—Coge la sulfatadora y ponte a ello —sentenció Lara, inflexible.

—Vale. Aunque deja la puerta abierta.

—Lo haré. Y diré a Finn que te eche una mano.

—¿Finn?

—Sí. No te quejes.

—¿De qué va todo esto? —se extrañó Norris, receloso.

—Pronto lo sabrá —finiquitó Lara, autoritaria.

Olivia se fijó en la pequeña y escuálida mujer que parecía controlar tan bien la situación, y enseguida la calificó de líder. Un líder no debe ser el más fuerte físicamente, sino mentalmente, con capacidad para motivar a su equipo y encontrar la mejor estrategia. Alguien que en situaciones complicadas se mantiene sereno y resuelve problemas en lugar de crearlos.

Quizá se estaba precipitando en sus conclusiones pero, para la bióloga, si aquella gente seguía con vida, en buena parte se debía a esa mujer menuda y temperamental.

—Síganme —la oyeron decir después de que Saúl se colgara a la espalda un bidón de plástico del que salía una goma acabada en una varilla pulverizadora.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó Max al ver a la mujer atravesar el *hall* a paso ligero sin esperarlos.

—A un lugar seguro, ya se lo dije —respondió ella sin dejar de caminar.

—¿Seguro? ¿Qué cojones pasa aquí? —estalló Norris.

Lara evitó contestarle.

—¿Está el doctor Robinson en la mansión? —preguntó Max.

Al escuchar ese nombre, Lara se detuvo en seco.

—No —se limitó a responder.

—¿Está… muerto?

—No lo sabemos.

—¿Cómo es posible?

—Veo que no conocen nada de lo que ha pasado en la isla los últimos dos años.

—Tiene razón. Venimos a ciegas.

—Bueno, también nosotros ignoramos muchas cosas. Como, por ejemplo, porque nos han dejado abandonados tanto tiempo —

replicó Lara, ceñuda.

—Eso tiene una rápida explicación.

—Ahora no —lo cortó la médica, levantando una mano—. Antes me gustaría presentarles al resto de la comunidad. Tendremos toda la noche para ponernos al día.

Eso dijo con el desparpajo de una conductora de programas de entretenimiento o de una política, que en cierto modo son lo mismo, para, a continuación, sin decir una palabra más, darse la vuelta y seguir andando. Una actitud que acabó con las dudas que aún tenía Olivia sobre ella, y que la coronaba, según su criterio, con el título indiscutible de adalid de Isla Tortuga.

Una vez dejaron el *hall* se adentraron en un pasillo estrecho donde la escasa luz que entraba por la puerta principal desapareció por completo.

—No veo una mierda —refunfuñó Norris—. ¿No tienen electricidad?

—¿Electricidad? —repitió Lara en tono divertido—. No me haga reír. El gasóleo del generador se acabó hace siglos. Aún nos quedan algunas velas, pero las usamos cuando estamos en la cocina. Y candiles led que reservamos para una emergencia.

—Usaré mi linterna —dijo Max tanteando con la mano dentro de la mochila.

—Como quieran. Aquí ya nos hemos acostumbrado a recorrer la mansión a oscuras, y nos movemos con la misma soltura que un ciego en su pequeño apartamento.

Fue Norris quien primero encendió su linterna, ya que había tenido la precaución de acoplarla a una trabilla del cinturón.

El cono de luz desveló el pasillo por el que caminaban. Un pasillo ancho, de techos altos, suelo de madera y paredes enteladas con motivos florales que en otro tiempo debió ser elegante y acogedor, aunque bajo esa luz oscilante y azulada producía escalofríos.

—Cuando habló de las velas mencionó la cocina —comenzó a decir Olivia—. ¿Es allí donde vamos?

—Correcto. Pronto llegaremos.

Eso aseguró. Sin embargo, aún tuvieron que recorrer unos cuantos pasillos más antes de que Lara, finalmente, se detuviera

frente a una puerta de acero de un metro de ancho.

—Me muero de ganas por ver la cara que van a poner —comentó la médica, apoyando la mano en el picaporte de la puerta.

—Pues, ¿a qué esperamos? —la animó Olivia, contagiada por el entusiasmo infantil de aquella mujer.

Sin más dilaciones, Lara, después de dedicarle una sonrisa de complicidad a la bióloga, accionó el picaporte y abrió la puerta de par en par.

—¡Chicos, os traigo una sorpresa! —exclamó entonces, echándose a un lado para que pudieran ver bien a los visitantes.

17
COMO UN CUADRO DE GÉRICAULT

Indecisos, los tres permanecían en el umbral de la puerta tratando de asimilar lo que veían.

Tuvo que ser Lara quien insistiera, casi empujándolos, para que dieran un paso y entraran.

Aquello era «la cocina», no cabía duda. Había fogones, muebles altos y bajos con puertas, mesas, sillas, una chimenea donde ardía un fuego sobre el que bullía un puchero… Un conjunto muy antiguo y gastado. Madera y hierro. Ni aluminio ni cristal. Ni, por supuesto, plástico. Un lugar diseñado en otra época, probablemente en el diecinueve.

Hasta ahí todo relativamente normal.

Teniendo en cuenta que la mansión Spencer había sido construida en ese siglo, era lógico que la hubieran dotado de una cocina de calidad acorde a sus tiempos, y que los sucesivos dueños desearan mantenerla como rincón agradable y acogedor donde llevar a sus invitados a degustar un buen vino entre maderas nobles, ollas, cazos y sartenes de latón, y fogones de carbón y leña.

Seguramente esa debió ser su intención cuando decidieron no tirarla abajo. Conservarla como una hermosa reliquia del pasado.

Y eso mismo pudieron pensar más o menos los tres integrantes del grupo; y también, que de esa hermosa reliquia, agradable y acogedora, quedaba bien poco.

Lo que veían ahora era un lugar lúgubre, alumbrado por una vela raquítica colocada en el centro de una mesa de madera alrededor de la cual había siete sillas vacías, y por un fuego que ardía en la chimenea. Luces oscilantes, rojizas, mínimas…, que separaban aquella estancia de la oscuridad absoluta, y ayudaban a componer una escena triste y deprimente.

En las paredes había cuerdas cruzadas de las que colgaba ropa. Y colchones en el suelo. Muchos. Con sábanas y mantas revueltas

sobre ellos. Y zapatos, botas y zapatillas por el suelo. Y más ropa sucia y rota. Aunque eso no era lo peor. Lo más desagradable era el olor. Un olor a cerrado. A sudor añejo y mugre. A comida rancia. Una peste insoportable que obligaba a fruncir el ceño y a contener la respiración.

Y luego estaban ellos.

Los supervivientes.

En un primer momento tumbados sobre los colchones, tirados como despojos, e, inmediatamente, activados como por un resorte, incorporándose para acercarse al trío con ojos desorbitados igual que si se tratara de resucitados saliendo de sus tumbas. De muertos no recientes, sino parcialmente pútridos.

En realidad no se parecía objetivamente en nada, pero a Olivia le vino a la cabeza el cuadro de *La balsa de la Medusa*. Quizá porque en ambas escenas los protagonistas eran náufragos, y compartían la misma carga de dramatismo, de tragedia, de desesperación… O simple y llanamente, porque al ver a aquellos hombres y mujeres que se acercaban a ellos como si hubieran oteado en el horizonte un barco salvador sintió lo mismo que cuando contempló por primera vez el cuadro de Géricault en el museo del Louvre a la edad de diez años: una infinita pena.

—¡Joder! ¡Por fin!

—¿Han venido a rescatarnos?

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Han traído comida?

—¿Dónde está el helicóptero?

—¿Por qué no han venido antes?

Las preguntas se agolpaban unas sobre otras, y se repetían en distinta forma aunque con similar contenido. Preguntas y preguntas hechas con incontenible entusiasmo por personas al límite de sus fuerzas.

—Tranquilos. Volved a vuestros sitios y dejad que nuestros invitados se acomoden. Ya habrá tiempo para que aclaren todas las dudas —intervino Lara, poniendo orden—. Además, antes me gustaría que hiciéramos las presentaciones.

—Saben de sobra quiénes somos. Y a mí me importa una mierda quiénes sean ellos —gruñó Finn, negándose a moverse mientras el

resto obedecía.

—Hemos perdido muchas cosas, pero me niego a renunciar a la educación —replicó Lara.

—Lo que tú digas.

—Exacto. Por eso, ahora te digo que vayas a la puerta y ayudes a Saúl a sulfatar.

—Quiero escuchar lo que tienen que decir —se resistió el belga, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Esperaremos a estar todos.

—¿Por qué no va otro?

—Porque te toca a ti.

—¡Mierda! —exclamó Finn, apretando la mandíbula.

Finalmente obedeció, saliendo de la cocina soltando improperios por lo bajini.

—Lo siento. No ha sido fácil —dijo Lara cuando el belga desapareció por el pasillo.

—No tiene que disculparse. Lo comprendemos —dijo Olivia—. No hay nada más que ver la situación en la que se encuentran.

—Lamentable, ¿verdad? —admitió la médica con resignación—. Pasen y tomen asiento. Acomódense.

—Gracias —dijo Max buscando con la mirada el lugar menos desagradable.

Descartados los mugrientos colchones, quedaba un banco pegado a una pared, unos taburetes altos cerca de los fogones de hierro, unas sillas a la derecha de la hoguera y la mesa redonda.

Antes de que se decidiera, Norris se adelantó y tomó asiento en la mesa donde ardía la vela. Olivia se sentó a su lado. Finalmente lo hizo Max.

Mientras el resto de los habitantes de la mansión regresaban a los colchones como niños obedientes, Lara y Ruso permanecieron de pie. Ella junto a la mesa, y el cocinero a un costado de la chimenea, removiendo con poco interés el contenido de la olla que hervía sobre el fuego colgada de un gancho.

—Somos seis. Hasta ayer éramos siete —comenzó diciendo la médica—. Yo soy Lara. A Saúl lo conocieron en la puerta. Finn es el que acaba de marcharse.

Dicho esto, se giró para ir señalando al resto.

—Ella es Bruna. El de su derecha Robin, y el que está pendiente de la cena, Theodore, nuestro cocinero, al que todos llamamos Ruso.

—Analistas de sistemas, técnicos en comunicaciones, programadores, un cocinero y una médica —enumeró Max mientras consultaba los datos en su libreta.

—Exacto. Yo soy la que pone las tiritas —corroboró Lara.

—Y yo Max, físico. Ella es Olivia, bióloga. Y él Norris, nuestro escolta.

—Encantada.

—Me dijo que no saben dónde está el doctor Robinson —continuó Max, intentando no desviarse de la misión.

—Así es.

—Pero tenía un ayudante.

—Martin Meyer —completó Lara—. Hace tiempo que no está con nosotros.

—¿Podría ser más precisa?

—Sucedió después de que se pusiera en marcha ese dichoso artefacto. Intentó irse de la isla y, simplemente, desapareció delante de nuestras narices.

—Desapareció. ¿Cómo?

—Explíquenmelo ustedes —replicó Lara, envarándose.

Aquello empezaba a parecerse a un incómodo interrogatorio, y Olivia decidió relajar la tensión.

—Les contaremos lo que sabemos sobre lo sucedido con el experimento, y después ustedes nos dirán qué ha pasado en la isla durante los últimos dos años. ¿Qué le parece?

—Perfecto. No tenemos nada que ocultar. Espero que ustedes tampoco —remató la médica, a la que le fallaron las piernas y a punto estuvo de caerse.

—¿Se encuentra bien? —se preocupó Olivia, levantándose de la silla para sujetarla.

—Sí, sí —se apresuró a decir Lara.

No obstante, la bióloga insistió en ayudarla a que tomara asiento junto a ellos.

—Es la tensión —se justificó ella—. Ya estoy mejor.

—Es el hambre —dijo Ruso con voz ronca y profunda—. ¿Han

traído comida?

El tono brusco y el acento no gustaron a Norris, que acercó la mano con disimulo hacia la UZI que había dejado sobre la mesa.

—Relájate —susurró Max casi inaudible.

—Ahora estoy más relajado —dijo el exsoldado cuando tuvo empuñada el arma.

El gesto no pasó desapercibido para Lara.

—No somos hostiles —dijo clavando sus ojos en el exsoldado—. Hemos pasado demasiado para que ahora vengan a desconfiar de nosotros.

—No era mi intención, señora. Es la costumbre —se justificó Norris, alejando su mano del arma.

—Se lo agradezco. ¿Por dónde íbamos?

—Me disponía a hablarles del artefacto —intervino Max.

—Ah, sí. Eso era —dijo Lara, haciendo un esfuerzo por mantenerse entera, a pesar de que su extenuado cuerpo se lo ponía difícil.

—¿Qué saben de… La Máquina, como la llamaron?

—Poco. El doctor Robinson y su ayudante Meyer eran los que estaban al tanto de todo. Al resto nos contaron lo justo —respondió la médica, asumiendo el papel de interlocutor.

—¿Qué es lo justo?

—Nos dijeron que se trataba de una nueva fuente de energía que se iba a poner a prueba. Un hito tecnológico que debía mantenerse en secreto hasta estar seguros de que funcionaba. Y que, por esa razón, los ensayos se llevarían a cabo en esta isla abandonada.

—¿Les hablaron de su origen?

—No. Dimos por hecho que sería de fabricación estadounidense.

—Entiendo.

—¿Nos mintieron mucho?

—No demasiado —respondió Olivia.

—Omitieron un pequeño detalle —añadió Max—. Que esa máquina no fue fabricada ni en Estados Unidos ni en ningún otro país del mundo.

—¿Qué me está queriendo decir?

—Pues que…

—Un momento —lo cortó Norris—. ¿Ya no recordáis el contrato

de confidencialidad que firmamos?

—Sí lo recuerdo —replicó el físico—. Pero esta gente merece conocer la verdad.

—¿La verdad? —repitió el exsoldado con desprecio—. ¿Acaso creéis que a nosotros nos han contado toda la verdad?

—¿Por qué no iban a hacerlo? —se extrañó Olivia.

—Por lo mismo que yo echo mano de un arma al menor indicio de peligro. Por costumbre. Los poderosos son extremadamente reservados, y les encanta guardarse siempre algo en la manga. Mantener secretos les hace sentirse superiores. Seguramente porque piensan que el común de los mortales nunca estará preparado para conocer toda la verdad de nada.

—La felicidad del ignorante —resumió Lara con ironía.

—Eso es —concluyó Norris.

—Pues, por lo que a mí respecta, no pienso omitir ni una sola coma de lo que sé —aseguró Max.

—¿Y el contrato? —repitió el exsoldado, levantando el dedo índice.

—Que se lo metan por donde les quepa.

—Vale. Adelante. Tú mismo.

Al físico le importaba mucho más la opinión de Olivia que la de ese disciplinado soldado, y al mirar su rostro iluminado y levemente sonriente supo que contaba con su aprobación.

Además, estaba esa gente destruida.

Sin duda habían pasado un calvario en aquella isla y se habían ganado a pulso que fuesen sinceros con ellos.

En eso pensaba cuando escuchó a Lara recordándole el punto en el que se había quedado.

—Hablaba de esa máquina. De su origen.

—Su origen, sí —dijo Max centrándose—. No fue fabricada por ningún humano. Fue encontrada flotando en el espacio hace casi sesenta años.

—¡Jesús bendito! —exclamó la médica, llevando sus manos huesudas a la boca.

En el resto de la cocina se escuchó un murmullo. Voces ininteligibles. Conversaciones en susurros que evidenciaban asombro e inquietud.

—Y eso solo es el principio —prosiguió Max.

—¿El principio de qué? —se escuchó de pronto en el umbral de la puerta.

Al girarse vieron entrar a Saúl y a Finn.

—¿De qué hablabais? —continuó el belga, notablemente enojado—. Ya veo que habéis empezado sin nosotros.

—Apenas comenzamos —aclaró Max—. Se lo repetiré encantado.

—Eso espero.

—Tomad asiento por ahí —dijo Lara, haciendo un gesto con la mano—. Y preparaos para lo que tienen que contarnos, porque sospecho que no va a ser fácil de digerir.

Eso vaticinó y no se equivocaba.

Sin omitir detalle, como prometió, Max les habló de La Máquina, del lugar donde fue hallada, del año y por quiénes. De la cantidad de tiempo durante el cual fue estudiada. Del proyecto Fabergé. De las pruebas realizadas con ella, y de la conclusión a la que se había llegado después de tantos años de ensayos y análisis. Incluidos los aportados por la IA más avanzada del planeta. No se dejó nada en el tintero. Ni siquiera escatimó en datos al hablarles de la relación del objeto encontrado con la materia oscura, y su implicación en la física cuántica. Parte, esta última, que hizo que alguno de los presentes comenzara a desconectar, obligando a Lara —a la que no se le pasaba una a pesar de no encontrarse en su mejor momento— a intervenir.

—Resumiendo. Pusieron en marcha un puñetero artefacto alienígena sin saber muy bien para qué servía.

—Se supone que se trata de una especie de batería que podría producir energía ilimitada. Se estudió a fondo. Solo quedaba probarla —justificó Max sin mucha convicción.

—Y nos eligieron a nosotros como conejillos de indias. ¡Qué hijos de puta! —exclamó Finn, haciendo que el resto se soliviantara y comenzara a mostrar enfado y a proferir más insultos.

—¡Callad! —saltó Lara, girándose en la silla para mirarlos a todos a la cara—. Lo hecho, hecho está. No vamos a solucionar nada gritando y enfadándonos, aparte de consumir las pocas energías que nos quedan.

—Estoy de acuerdo —dijo Olivia—. Ahora tenemos que ser positivos.

—¿Positivos, dice? —intervino Finn, acercándose con violencia a la mesa alrededor de la cual estaban sentados y golpeándola con el puño—. ¡Cómo se nota que no lleva dos años aquí, comiendo basura y dando gracias por sobrevivir un día más!

—Lo siento. Yo… —balbuceó la bióloga, intimidada.

—Oye, Finn, si no eres capaz de tranquilizarte, mejor será que esperes fuera de la cocina —sugirió Lara, encarándose con él.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién va a obligarme? ¿Tú?

—Estoy seguro de que ella podría. Pero no me importaría darme el gusto de hacerlo yo —intervino Norris, con una serenidad que helaba la sangre.

—¡Lo que me faltaba! —gruñó Finn, escupiendo las palabras mientras le mantenía la mirada al exsoldado.

No mucho tiempo. Unos segundos. Hasta que su desarrollado instinto de supervivencia, espoleado por una notable cobardía, le recomendó recoger velas y largarse con el rabo entre las piernas.

—Buena decisión —dijo entonces Norris relajando las mandíbulas, y el resto de los músculos, una vez el belga retrocedió hasta quedar, de pie, en una esquina oscura de la cocina.

«Gracias», le quiso decir Lara con un leve asentimiento de cabeza, y Norris, con un gesto semejante, las aceptó.

—¿Podemos continuar? —preguntó Max una vez las aguas volvieron a su cauce.

—Por supuesto —dijo Lara—. Explíquenos ahora qué sucedió. Por qué nos quedamos aquí encerrados.

—Al poner en marcha La Máquina, se creó una especie de barrera cuántica infranqueable que hizo que nada ni nadie pudieran entrar en lo que llamaron La Zona Crítica.

—Una barrera cuántica —repitió la médica, incrédula.

—Una cúpula inmensa. Desde el exterior tiene la apariencia de una bruma que impide ver nada de lo que hay en el interior. Probaron con todo. Nada sirvió.

—¿Enviaron personas? —preguntó Lara, temiendo conocer la respuesta.

—Varias misiones de rescate. Nadie regresó.

—Murieron por nosotros.

—Eso me temo.

La médica necesitó varios segundos para asimilar la tragedia antes de formular la siguiente y lógica pregunta.

—Ustedes, ¿cómo pudieron pasar?

—Es complicado de explicar —comenzó diciendo Max—. Nos lanzaron dentro de una esfera que…

—Antes de que los aburra con detalles técnicos que no vienen al caso —intervino Olivia—, basta con que sepan que, finalmente, consiguieron construir un vehículo capaz de sortear la barrera. Llevó tiempo, de ahí el retraso. Lo importante es que estamos aquí y pronto su pesadilla acabará.

Norris se revolvió en el asiento, pero no dijo nada.

Olivia continuó.

—Seguro que estarán deseando recuperar sus vidas y regresar con sus seres queridos.

—Bueno, la verdad es que eso ha sido lo único que no hemos echado de menos —dijo Lara.

—No la comprendo. ¿A qué se refiere?

—Ninguno de los aquí presentes tenemos familia cercana. Fue algo de lo que nos enteramos una vez estuvimos en la isla, conversando. Hemos tenido mucho tiempo para hacerlo. Ni abuelos, ni padres, ni hermanos, ni pareja, ni hijos…

—¿Por qué eso no me sorprende? —masculló Norris, casi divertido

Olivia, después de intercambiar una mirada interrogativa con Max, continuó.

—Nuestra misión es apagar La Máquina. Una vez hecho, todo terminará. Max se encargará de ello —concluyó la bióloga, intentando que sus últimas palabras transmitieran una buena dosis de esperanza y fueran un bálsamo capaz de curar las heridas de esas pobres gentes. Las exteriores y las interiores.

Aunque, cuando se ha tocado fondo, se necesita algo más que promesas para disipar completamente la desconfianza.

—¿Apagar La Máquina, dice? —oyeron decir a Ruso, que hacía rato que había dejado de remover la olla y escuchaba con atención, y ciertas reservas, lo que allí se hablaba.

—Creemos que si logramos desactivarla, todo volverá a la normalidad —intervino Max, simplificando.

—Entonces estamos bien jodidos —rubricó el cocinero, soltando un sonoro bufido.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Olivia, repentinamente angustiada.

Ruso iba a responder, pero se calló cuando Lara levantó la mano pidiéndole calma.

—Ya llegaremos a ese punto —saltó la médica—. Antes, seguro que nuestros invitados querrán saber qué ha sucedido en Isla Tortuga durante los últimos dos años.

—Sin duda nos sería de mucha ayuda, ya que llegamos a ciegas —dijo Max.

—Entonces presten mucha atención, porque lo que les vamos a contar hará que se replanteen si el haber aceptado venir ha sido una buena idea —concluyó Lara, apoyándose en la mesa para mirarlos uno a uno a la cara.

18
A LA CAZUELA

Ganada su atención, Lara se recostó en la silla y comenzó a hablar.

—Empezaré por el principio, cuando llegamos a la isla. Lo hicimos tres semanas antes de que trajeran esa cosa. Nos acompañó un equipo de mantenimiento que nos ayudó a poner la mansión en condiciones. Carpinteros, fontaneros, electricistas… Ellos se encargaron de lo básico. Que dispusiéramos de agua corriente, de electricidad gracias a un potente generador que instalaron en el sótano, y de acondicionar las habitaciones donde íbamos a dormir y trabajar. También prepararon la cueva a la que llevarían esa máquina. Iluminación, otro generador más pequeño, preinstalación de equipos… Bueno, se hacen una idea. ¿Verdad?

—Nos la hacemos —respondió Max, deseando que el relato avanzara.

—Una vez los operarios concluyeron su trabajo, se largaron y comenzó el nuestro —continuó Lara—. Quedaba mucho por hacer. En la mansión y en la cueva. Las exigencias eran máximas. Querían un control absoluto, y eso obligó a los informáticos a instalar equipos de alta tecnología, y a configurarlos en tiempo record. También las comunicaciones eran esenciales. Sonido, vídeo, transferencia de datos… Eso era lo más importante según nos dijeron.

—¿Con quién hablaban? ¿Quién era su interlocutor fuera de la isla? —preguntó Olivia.

—La doctora Bravo. ¿La conocen?

—Sí.

—Además estaba un tal Nero. Visitó la isla varias veces y no hacía más que meternos prisa.

—A ese también lo conocemos —dijo Max—. Continúe, por favor.

—Mientras los informáticos y los técnicos en comunicaciones se ocupaban de lo suyo, yo me dediqué a montar una enfermería decente y a dotarla de lo necesario para cubrir cualquier emergencia. Y aunque debo decir que en un principio lo veía exagerado, una vez el trabajo adoptó un ritmo frenético, los accidentes se sucedieron un día sí y otro también. Cortes, caídas, golpes… Sin contar con los innumerables cuadros por deshidratación, quemaduras solares o picaduras de insectos.

—No te olvides de mí —se oyó decir a Ruso—. Además de poneros un plato en la mesa tres veces al día, me aseguré de que los suministros fueran para el triple de tiempo del que calcularon que estaríamos aquí.

—Tienes razón. Fuiste una bendición para el grupo —admitió Lara sin reservas—. En nuestro contrato firmamos para un mes de trabajo. Hubiéramos pasado mucha más hambre, y desde antes, de no ser por la previsión de Ruso.

—¡Menudo consuelo! —exclamó Finn con desprecio.

—Por favor, Lara, continúe —le pidió Max, obviando, como el resto, el comentario del belga.

—Una vez estuvo todo dispuesto y probado mil veces, llegó el gran día. Una mañana, muy temprano, trajeron en helicóptero ese gran artefacto para llevarlo a la cueva. ¿Saben dónde se encuentra?

—Por supuesto.

—Era impresionante —prosiguió Lara—. Necesitaron varias grúas, carretillas elevadoras y un buen número de hombres para colocarlo en una cavidad bastante grande ubicada al fondo de la cueva, donde ya estaba esperando el resto del equipo. Entonces fue cuando conocimos al doctor Robinson y a su ayudante, el doctor Meyer.

—¿No los habían visto antes?

—No. Y tampoco es que los viéramos mucho más después de que llegaran a la isla.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Olivia—. ¿No se relacionaban con ustedes?

—Lo mínimo. En la cueva se había acondicionado una zona como dormitorio doble, y disponía de lo necesario para que dos personas vivieran con cierta comodidad durante semanas. En la

mansión estuvieron poco. Lo justo para coordinar acciones y comprobar el funcionamiento correcto de los equipos instalados. La semana antes de la prueba no les vimos el pelo.

—Y llegó el gran día. ¿Qué pasó cuando encendieron La Máquina? —preguntó Max, ansioso por ir al meollo de la cuestión.

—Todos estaban de los nervios. Tanto dentro como fuera de la isla —empezó explicando la médica—. Pero en lugar de hacerlo yo, que fui una mera espectadora, será mejor que se lo cuente alguno de ellos.

Se había vuelto y señalaba al grupo que permanecía sentado sobre los colchones.

Como nadie se animaba, Lara eligió.

—Saúl, por favor, serías tan amable de…

—Claro —dijo incorporándose sin llegar a levantarse—. Seré breve, porque todo sucedió muy rápido.

—Le escuchamos. Cualquier pequeño detalle podría ser de máximo interés —aseguró Max.

—Teníamos instalados un montón de tipos diferentes de sensores, y cámaras que transmitían las imágenes y el sonido en tiempo real gracias a un repetidor que instalamos a la entrada de la cueva. Nosotros monitorizaríamos y registraríamos la prueba, y nos encargaríamos de reenviar, de inmediato, los datos obtenidos al barco.

—¿Habla de la fragata militar donde estaría la doctora Bravo? —quiso concretar Max.

—Exacto. Se supone que ella recibiría la ingente cantidad de información para su posterior análisis. Aunque dudo que llegara algo.

—¿Qué pasó?

—Sucedió todo muy rápido. Yo diría que fue casi instantáneo. Bruna, tú estabas a cargo de las imágenes. Explícales lo que viste.

La analista de sistemas recogió el testigo con desgana. Y no por falta de consideración, sino por ausencia absoluta de fuerzas.

—Tómate tu tiempo —dijo Lara, empática.

—Estoy bien —mintió Bruna, sobreponiéndose antes de continuar hablando—. Como ha dicho Saúl, una vez la cuenta atrás llegó a su fin y el doctor Robinson activó el artefacto, fue cosa de

una fracción de segundo que la totalidad de los sistemas se vinieran abajo.

—¿Qué vio? —preguntó Max, muy interesado en ese preciso momento.

—No fue un corte, ni un fundido a negro, fue más bien un desvanecimiento. Como si las imágenes en la pantalla se diluyeran hasta desaparecer por completo. Algo que jamás había visto en mi vida.

—No entendíamos lo que había podido suceder —continuó Saúl —. Revisamos los equipos, las fuentes de alimentación, las conexiones… Todo estaba perfecto, pero no recibíamos ni podíamos transmitir.

—¿Como si hubieran sufrido un pulso electromagnético? —barajó Max.

—No. Lo que sucedió fue muy diferente. Los chips estaban bien, y los circuitos. Nada se había fundido y, sin embargo, nada funcionaba.

—¿Qué hicieron entonces? ¿Fueron a la cueva? —preguntó Olivia.

—No hizo falta. Mientras nosotros seguíamos afanados en solucionar un problema que no comprendíamos, Meyer vino a la mansión.

—Eso pasó más o menos una hora después de la desconexión —precisó Lara—. Yo estaba fuera y lo vi llegar. Estaba desencajado.

—¿Qué le contó? —preguntó Max.

—Se mostró muy nervioso. Decía que no había tiempo que perder y que debíamos irnos de inmediato.

—¿De la isla?

—Sí. Pero cuando le convencimos de que no teníamos forma de contactar con el barco para que enviaran un helicóptero, ni con nadie del exterior, se conformó con que nos alejáramos lo más posible del epicentro.

—¿Epicentro?

—Así llamó a la cueva.

—¿Cuánto debían alejarse?

—No lo sabía. Solo dijo que teníamos que salir de su zona de influencia antes de que fuera demasiado tarde.

—Zona de influencia… —repitió Max, meditabundo—. ¿Y le hicieron caso?

—Claro. Estábamos desorientados y contagiados por su miedo —intervino Saúl.

—¿Y el doctor Robinson?

—Cuando le preguntamos por él, se limitó a decir que se había quedado en la cueva. Después echó a correr. Nosotros lo seguimos a través de la selva hasta que, de pronto, se detuvo para señalar algo que había en el suelo.

—¿En el suelo?

—Sí. Una especie de inestabilidad que hacía que los objetos aparecieran y desaparecieran. Arena, hierba, arbustos, árboles… Todo lo que estaba en el camino de aquella alteración se veía sometido al mismo efecto visual.

—La Zona Crítica —dedujo Max.

—Entonces no lo sabíamos —dijo Lara—. Ahora comprendemos que se trata de una cúpula y no de un simple muro.

—En realidad es una esfera —puntualizó Max—. Se hicieron excavaciones con objeto de llegar a La Máquina desde el subsuelo. Fue imposible.

—Vieron esa especie de muro fantasmagórico. ¿Qué pasó entonces? —preguntó Olivia, reconduciendo la conversación.

—¡Ya lo saben, joder! —intervino Finn—. Que Meyer intentó atravesarlo y desapareció como un terrón de azúcar en una taza de café caliente.

—Fue impactante y aterrador —añadió Lara—. No entendíamos nada. Nos quedamos paralizados sin saber qué hacer. Pasó un buen rato hasta que decidimos ir a la cueva. Necesitábamos que alguien nos explicara lo que había sucedido, y el único que podía hacerlo era el doctor Robinson. Nos dividimos. Fuimos Saúl, Bruna, Ruso y yo, mientras que el resto regresó a la mansión para intentar restablecer las comunicaciones y pedir auxilio.

—¡Qué valientes! —exclamó Olivia.

—No nos quedaba otra —dijo la médica, minimizando el acto.

—¿Pudieron llegar? —preguntó Max, expectante.

—Sí. Y encontramos allí al doctor Robinson. Aunque no nos sirvió de mucho.

—¿Qué les explicó sobre el desastre ocurrido?

—Poca cosa. Dijo que la fuente de energía contenida en el artefacto había provocado una anomalía en el entorno que debía corregir, y que no podía comentarnos más porque no lo entenderíamos. Que nos marcháramos y le dejáramos trabajar. Que pronto todo volvería a la normalidad.

—¿Le contaron lo que le había pasado al doctor Meyer?

—Sí. Y no pareció sorprenderle.

—¿Qué hicieron entonces? —preguntó Olivia.

—¿Qué podíamos hacer? Marcharnos. Allí no pintábamos nada. Volvimos a la mansión y esperamos.

—¿Cuánto?

—Varios días. No lo recuerdo. Puede que una semana.

—Ocho días —puntualizó Ruso.

—Y regresaron —aventuró Max.

—Regresamos —confirmó Lara—. Todo seguía sin funcionar. Estábamos incomunicados y no recibíamos ninguna señal del exterior.

—¿Qué les contó esa vez el doctor Robinson?

—Nada porque no lo encontramos. Ni dentro ni fuera de la cueva. Lo buscamos durante horas hasta que nos dimos por vencidos. Llegamos a la conclusión de que podría haber corrido la misma suerte que Meyer, y que deberíamos solucionar el problema nosotros solos.

—Se plantearon apagar La Máquina —afirmó Max.

—Esa era la idea. Sabíamos de sobra que jamás podríamos comprender su mecanismo de funcionamiento, pero sí anularlo.

—Decidieron destruirla.

—Nos presentamos allí con martillos, hachas, barras de hierro… Cualquier cosa contundente. Aunque fue inútil.

—¿Por qué?

—La habíamos visto abierta por uno de sus extremos. Sin embargo, cuando llegamos esa vez estaba cerrada. Un prisma perfecto. Por más que lo intentamos no fuimos capaces de hacerle ni el más mínimo rasguño en su superficie.

—Robinson se había asegurado de que nadie detuviera La Máquina. Y después, probablemente, se ocultó —dedujo Max.

—Eso pensamos también nosotros —dijo Lara—. Retomamos la idea de buscarlo. Lo hicimos durante semanas. Fue así, llegando a los límites que nos marcaba el muro, como nos dimos cuenta de que este había cambiado.

—Se había ampliado —dijo Max con naturalidad.

—Exacto. Varios cientos de metros. Quizá un kilómetro a la redonda.

—¿Cuánto tiempo había pasado cuando se produjo ese cambio?

Lara miró a Ruso.

—Cincuenta y nueve días —dijo este con seguridad.

—Caray, qué precisión —se sorprendió Olivia.

—No sabíamos el tiempo que tendríamos que permanecer en la isla hasta que nos rescataran. Había que racionar la comida y yo era el encargado de ello. Llevaba bien la cuenta —se justificó el cocinero.

Norris, que asistía a la conversación con interés pero sin intervenir, se encontraba al límite. Aquel lugar cerrado, sin ventanas, oscuro y maloliente estaba acabando con él. De buena gana se hubiera levantado y salido por la puerta en busca de aire limpio y espacio. Sin embargo, se contuvo porque sabía que lo más importante aún estaba por llegar.

—¿Dieron con el doctor Robinson? —preguntó Max.

—Estaba claro que nos evitaba. La cueva tiene muchos pasadizos y la isla es demasiado grande para dar con alguien que no desea ser encontrado. Al final desistimos y nos centramos en solventar los nuevos y acuciantes problemas que se nos venían encima.

—¿Qué problemas?

—Uno era la comida. Se agotaba —respondió Lara, tomándose unos segundos para continuar hablando—. El otro eran… las transformaciones.

—¿Qué transformaciones? —preguntó Olivia, sobresaltada.

Norris abandonó su pose relajada y se irguió en la silla.

—Notamos que en el espacio comprendido entre aquel primer muro donde desapareció el doctor Meyer y el segundo, en esa enorme franja concéntrica, las cosas ya no estaban igual que antes.

—Explíquese —la instó Max.

—La vegetación no era la misma. Las plantas, los árboles, la

hierba… Incluso su distribución era diferente. Donde antes había matorrales ahora existía un bosque, y donde antes se veían arbustos de raquíticas ramas ahora se agolpaban frondosos árboles de grandes hojas.

—¿Y la fauna? —se lanzó a preguntar Olivia, adelantándose a Max.

—También cambió —se limitó a responder Lara, cabizbaja.

—¿Cómo? ¿Cómo cambió? —insistió Olivia, notablemente interesada.

Lara dirigió una fugaz mirada hacia sus compañeros, suspiró y comenzó a hablar.

—Corrígeme si me equivoco, Ruso, pero creo que llevábamos tres meses cuando la comida empezó a escasear seriamente.

—Tres meses, sí —confirmó el cocinero—. Algo quedaba en la despensa. Poco.

—La cuestión es que tuvimos que buscar alimentos en la isla —continuó la médica—. Recogíamos fruta, bayas, tubérculos… Cualquier cosa comestible. También atrapábamos pequeños roedores, pájaros, lagartos… Y, cuando teníamos suerte, cogíamos peces en el río que hay al norte, al otro lado de las colinas. No era sencillo. Los humanos modernos creemos que la comida nace en los lineales de los supermercados, y hace siglos que perdimos la capacidad de buscar alimentos. De recolectar. De cazar. Debimos adaptarnos. Fabricar herramientas útiles con lo que teníamos a mano o encontrábamos en la mansión. Trampas con cuerdas, palos o piedras. Y lanzas. Incluso hicimos un arco que funcionó razonablemente bien. Nos apañábamos y conseguíamos llevar a la mesa comida. Las calorías necesarias para mantener las fuerzas. Teníamos que aguantar. Pensábamos en que, tarde o temprano, alguien vendría a sacarnos de aquí. Eso nos daba esperanzas.

Llegado a este punto, Lara tragó saliva y boqueó como si le faltara el aire. Ruso se percató, llenó un vaso con el agua que sacó de una botella de plástico y se lo ofreció.

—Gracias —dijo ella antes de beber como un pajarito, lentamente, a sorbos cortos y continuos hasta vaciar el vaso.

—Cuando se agotó el diesel para el generador, las bombas que proporcionaban presión al agua que llegaba a la mansión dejaron de

funcionar —explicó Saúl—. Por suerte, en la isla llueve mucho y agua no nos falta.

—El agua de lluvia no es muy… —comenzó a decir Olivia e, inmediatamente, se arrepintió—. Bueno, en casos extremos como el suyo…

—Sé que no es seguro beberla —reconoció Lara sin dejarla acabar, una vez su garganta se hidrató y recuperó la capacidad de hablar—. En todo el planeta es igual. La lluvia contiene niveles peligrosos de lo que se llaman «sustancias químicas eternas». Productos químicos fabricados por el hombre que no se descomponen en el medio ambiente. De ahí su nombre.

—Sí, a eso me refería.

—Tuvimos que hacerlo —continuó Lara—. Antes cogíamos agua del río y la hervíamos para asegurarnos. La traíamos en bidones. No era fácil subir y bajar la colina cargados con ellos. Pero, ¡qué era fácil! Más tarde, hace casi año y medio, renunciamos a ir.

—¿Qué pasó?

—Se hizo peligroso —respondió la médica, rotunda.

—¿Por qué? —preguntó Max, intrigado.

—Por los insectos.

Max, Olivia y Norris se miraron sin decir nada. Lara continuó.

—No sucedió de un día para otro. La situación cambió poco a poco. Primero empezamos a notar un descenso progresivo en el número de pájaros y aves. Después del resto de los animales, incluidos los peces, hasta que desparecieron por completo. No tardamos en comprender que los causantes de tal carnicería eran los insectos. Insectos que no habíamos visto jamás. Enormes. Voladores y no voladores. Todos igual de agresivos y voraces. También empezaron a escasear las frutas y las bayas, lo que nos obligó a buscarlas en lugares más alejados. Incluso más allá de lo que llamamos El Límite.

Max, que al igual que sus compañeros trataba de asimilar lo que aquella mujer les estaba contando, se animó a preguntar.

—¿Qué es El Límite?

—La zona más alejada del epicentro. Cerca del muro. De la cúpula —rectificó—. Allí es donde queda más alimento. Por aquí, por los alrededores de la mansión, incluso si te alejas casi un

kilómetro, no encuentras más que gusanos, larvas y, si tienes suerte, aún puedes cazar algún insecto solitario.

Olivia abrió su mochila y revolvió dentro hasta que dio con lo que buscaba.

—¿Insectos como estos? —preguntó, colocando sobre la mesa el tarro de cristal y la bolsa con el espécimen que había recogido en la selva.

Lara se inclinó para observar lo que le mostraba. También se acercaron a la mesa Saúl, Finn y Ruso. Bruna y Robin continuaron tumbados en los colchones.

—De este no queda mucho —explicó Olivia, levantando la bolsa con los restos del insecto volador—. Lo abatió Norris de un disparo cuando nos atacaba desde el aire.

—Pues es una pena, porque tiene bastante carne y un sabor decente —opinó Ruso igual que si hablara de una lustrosa liebre.

—Sí. Los conocemos —intervino Lara una vez los identificó—. Al del tarro de cristal lo llamamos Hamburguesa porque se lo comen todos, incluidos nosotros. El otro es más difícil de atrapar. Es muy territorial. Lo llamamos Cuervo. Si cazamos uno también acaba en la cazuela.

Max no pudo evitar poner cara de asco.

—Son proteínas. Y muchas —se justificó Lara—. En esta isla ya no queda mucho que comer. Ni para nosotros ni para ninguno de sus habitantes. Aquí se lucha día a día por la supervivencia, y nosotros llevamos las de perder. A veces no logramos ingerir ni quinientas calorías al día. Se nota, ¿verdad?

—Pues… —comenzó a decir Olivia, sin saber cómo continuar.

—No hace falta que nos mienta, sabemos de sobra que estamos hechos una mierda —se lamentó Lara—. Muchos días caminamos desde que sale el sol hasta que se pone para encontrar cualquier cosa que llevarnos a la boca. Hace unos días descubrimos un lugar más allá de El Límite con algunos árboles frutales. Era peligroso, pero debíamos probar suerte. No salió bien.

—¿Qué pasó? —preguntó Olivia, temerosa de su respuesta.

—Aunque abandonamos la mansión muy temprano, el lugar está alejado y es de difícil acceso. Además, debíamos ir sorteando los territorios más conflictivos, lo que hizo que llegáramos al atardecer.

Aún así lo intentamos. Bueno, uno de nosotros lo intentó —llegado a este punto se giró buscando a Robin, y lo vio con la cabeza escondida entre los brazos de Bruna, sollozando.

—¿A eso se refería cuando dijo que antes de hoy eran siete? —se atrevió a preguntar Max, después de atar cabos.

—Se llamaba Liam. Un tipo genial. Fuerte y trabajador. Y buen compañero. El mejor de todos —respondió Lara tragándose el llanto —. Le advertimos que era demasiado tarde, que pronto anochecería, pero él quiso ir porque sabía lo importante que sería para el grupo poder conseguir un par de sacos llenos de fruta.

—Fue imprudente. Un temerario —saltó Finn, libre de cualquier sentimentalismo.

—¡Cállate, por favor! —le gruñó Lara sin molestarse en mirarlo.

El silencio invadió aquella cocina. Un silencio feroz que, mezclado con el deprimente entorno y el agrio hedor, ayudaba a redactar el epílogo de una novela con final trágico.

—¿Qué le pasó? —preguntó Norris ante el mutismo de sus compañeros, claramente interesado por todo aquello que representara peligro.

Lara se sorbió los mocos, se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y se preparó para responder.

19
CLANES DE MUCHAS PATAS

—Como les decíamos, aparte de nosotros, en la isla ya solo quedan insectos —respondió Lara—. Algunos son pequeños, del tamaño de moscas y mosquitos. Otros son grandes. Muy grandes. Los hay vegetarianos. Y carnívoros, que se alimentan de los más pequeños. Con estos últimos hay que tener cuidado porque pueden hacerte bastante daño. Pero los más peligrosos son los que salen de caza al anochecer. Existen varios grupos localizados en territorios separados. En el Norte están las Cucarachas. Las llamamos así por su parecido con nuestras antiguas amigas domésticas, aunque estas tienen el tamaño de un zapato del número 52. En el Este se concentran los Antonov. El nombre se lo puso Ruso en homenaje al avión ucraniano de carga más grande del mundo. Son voladores. Se parecen a polillas. Sin embargo, tienen las dimensiones de un pato. Atacan a sus presas lanzándose en picado sobre ellas y golpeándolas. Luego las devoran con sus afiladas mandíbulas. En una zona boscosa, al Oeste, viven los Bomberos. Semejantes a las chinches aunque del tamaño de media pelota de baloncesto. Son lentas y no tiene mandíbulas poderosas. Matan al acecho. Escondidas. Cuando un objetivo se acerca lo rocían con una sustancia que expulsan por la parte trasera de su abdomen. Un tipo de ácido muy corrosivo que lo disuelve todo. Luego, cuando la presa se ha convertido en pulpa, la absorben con su trompa. Y finalmente, en el Sur, están las feroces Hormigas.

—¿Hormigas? —preguntó Olivia.

—Parecidas —puntualizó Lara—. Su organización es semejante. Viven en un nido que tiene la altura de un edificio de tres pisos y se dividen en castas. Están las obreras, las más numerosas y del tamaño de una rata. Por encima de ellas se encuentran las soldado, que ya alcanzan las dimensiones de un gato y tienen buenas defensas. Y por último, en el nivel más alto, están las tanque.

También son guerreras. Defienden el nido y cazan. Son lentas, ya que algunas llegan a ser tan grandes como un perro mediano, pero poseen unas poderosas mandíbulas de dimensiones colosales, y muy afiladas, capaces de amputarte el brazo o la pierna de un mordisco.

—¡Madre de Dios! —exclamó Max sin poderse contener.

—Afortunadamente, estos insectos son nocturnos. No sabemos el porqué. Y, de los cuatro grupos, el de las Cucarachas es el más inteligente.

—¿Por qué lo dice? —se interesó Olivia.

—Construyen estructuras. Diques para retener el agua de lluvia. Nidos fortificados. Puestos de vigilancia en lo alto de los árboles. También objetos como pequeñas balsas para atravesar el río. Y lanzas.

—¿Lanzas?

—Afilan palos con sus mandíbulas y los usan a modo de armas.

—¿Cómo? No entiendo.

—Sus patas delanteras tienen garras prensiles, y se levantan sobre sus traseras cuando lo consideran necesario.

—¿Caminan sobre dos patas?

—En realidad, cuatro. Pero, sí, pueden andar erguidas como los humanos.

Olivia se rascó la cabeza, intentando comprender lo que escuchaba. Max se recostó en la silla, boquiabierto, incapaz de hablar. Norris era el único que se mantenía sereno. Y no porque aquel catálogo de bichos pavorosos le trajera al fresco, sino porque para él el verdadero peligro siempre había venido de alguien con un rifle de francotirador escondido en un edificio en ruinas. O de un puñado de insurgentes fanáticos armados con *Kalashnikov*. La naturaleza, los animales, podían ser terribles, y más aquellos que parecían haber nacido en Isla Tortuga; sin embargo, a su entender, no existía nada más letal y peligroso que el ser humano.

—A Liam lo perdimos anoche, en el Sur, en el territorio de las Hormigas —prosiguió Lara.

—¡Puede que siga vivo! —saltó de pronto Robin, levantándose del colchón con la cara empapada en lágrimas.

—Eso es imposible —lo contradijo Lara.

—¿No saben si está muerto? —se extrañó Olivia.

—Barajamos la posibilidad de volver al amanecer a buscarlo, pero nos encontrábamos demasiado débiles —se justificó Lara—. Además, si por algún bendito milagro se hubiera salvado, ya habría regresado.

—Quizá esté herido —dijo Robin, enfurruñado.

—Las Hormigas no hacen prisioneros. ¿O es que todavía no te has enterado? —intervino Finn—. No dejan ni los huesos.

—Ni siquiera lo intentamos —prosiguió Robin, sollozando.

—Haber ido tú —dijo Finn.

—Yo…Yo…

—Ya, claro, querías que fueran otros los que arriesgaran la vida por tu novio mientras te quedabas aquí a salvo. ¡Qué listo! —sentenció el belga con dureza.

—¡Vale de discusiones! —exclamó Lara, elevando el tono de voz —. Mantengamos la calma. Sabéis que eso es fundamental, y la razón principal de que sigamos vivos. Tomar decisiones precipitadas, en nuestras condiciones, es un lujo que no podemos permitirnos.

—Tienes razón —admitió Robin, gimoteando—. Solo digo que…

—Basta. Fin del asunto —sentenció Lara.

De nuevo el silencio.

Ese significativo y maldito silencio.

—¿Tienen algún espécimen? —preguntó de pronto Olivia, superando el drama y centrándose en lo primordial.

—¿Cómo? —dijo Lara sin entender.

—Cucarachas, Antonov, Hormigas… Cualquiera me valdría.

—¿Para qué?

—Me gustaría estudiarlos.

Lara no llegaba a comprender para qué demonios necesitaba analizar ahora esos insectos si, como aseguraban, pronto saldrían de la isla. No obstante, decidió no cuestionar su petición para no crear desconcierto en el grupo y se volvió hacia Ruso.

—Algún bicho tenemos, ¿verdad?

—Sí, pero los guardaba para una emergencia —respondió el cocinero.

—Tráelos —le ordenó la médica, lacónica.

Ruso abrió un mueble alto, cogió dos botes de cristal grandes y

los llevó hasta la mesa.

—¡Jesús bendito! —exclamó Max, sin dar crédito a lo que veía.

—Una hormiga obrera y una cucaracha —explicó Ruso antes de alejarse apesadumbrado, como si se desprendiera de un valioso tesoro.

—Las cazamos cerca de la mansión hace una semana, al atardecer —explicó Lara—. A veces llueve torrencialmente durante días y no podemos salir a buscar comida. Ruso guarda provisiones por si acaso.

Los dos tarros eran iguales. De unos cuarenta centímetros de alto por veinte de diámetro. En su interior, flotando en un líquido transparente, había dos insectos enormes y bien diferentes.

—En efecto, este es muy semejante a una hormiga —comenzó diciendo Olivia, al tiempo que giraba los frascos para ver mejor los insectos que había en cada uno de ellos—. Aunque no sabría decir a qué especie se parece más. Y a este bicho también le pusisteis bien el apodo porque tiene todas las características exteriores de una cucaracha rubia. También llamada alemana.

—Sí. ¡Pero mira qué tamaño tienen! —observó Max, alucinado.

—Pues estos son los pequeños de la clase —se oyó decir a Ruso, divertido.

—Verlos en un gran número debe de ser aterrador.

—Por suerte, eso no nos ha sucedido muchas veces. Guardamos precauciones —dijo Lara.

—¿Se refiere a lo que hicieron cuando llegamos? Lo llamó sulfatar, ¿no es así?

—Exacto. Aprendimos de los errores —comenzó a relatar la médica—. Sucedió un día, al regresar de buscar comida. Hace ya… ni me acuerdo. Llegamos al anochecer. Una columna de hormigas salió de la selva y se dirigió hacia la mansión. Habían seguido nuestro rastro. Por suerte, alguien las vio por una ventana del primer piso y pudimos prepararnos. Estuvieron a punto de entrar. De haberlo hecho, ya no estaríamos aquí.

—¿Qué contienen los bidones?

—Nosotros lo llamamos sulfatar, aunque en realidad lo que hacemos es dispersar lejía. En el sótano encontramos varias garrafas. Se ve que alguno de los inquilinos anteriores era un obseso

de la limpieza. La cuestión es que se me ocurrió probar y funcionó. Si rociamos el camino desde la selva hasta la mansión, esos bichos no pueden detectar nuestro olor.

—Buena idea —la felicitó Olivia.

—Sí, pero apenas nos queda lejía —se quejó Finn—. Solo para un par de salidas. No más.

—Ya ve cómo están las cosas —se lamentó Lara—. Nos encontrábamos en las últimas. Su llegada ha sido una bendición.

Olivia se fijó en el rostro demacrado de la médica. Un rostro que mostraba cansancio, hambre, miedo y, sobre todo, la carga infinita de la responsabilidad. Sintió pena por ella. Pena y admiración. Le hubiera cogido las manos en señal de afecto. Incluso la habría abrazado. Sin embargo, se contuvo. Quizá por pudor. Puede que por esa absurda y estúpida costumbre que tienen las mujeres de evitar mostrar debilidad cuando hay hombres delante. La cuestión es que Olivia se limitó a compartir las tribulaciones de Lara a distancia, intercambiando una mirada cómplice que ella supo agradecer mostrándole una leve sonrisa.

—¿El estado en que está la puerta exterior se debió al ataque de las hormigas? —preguntó de pronto Norris, siempre preocupado por las cuestiones de seguridad.

—Hasta que nos percatamos de que seguían nuestro olor en el suelo, recibimos varios ataques —empezó a explicar Saúl, tomando el relevo de una Lara que parecía a punto de desfallecer—. Las cucarachas fueron las primeras. Llegaron a miles. Escalaron por los muros y rompieron los cristales de las ventanas. Luchamos contra ellas con lo que pudimos, hasta que logramos cerrar las contraventanas. Sus mandíbulas son fuertes, aunque no lo suficiente para penetrar una madera de dos centímetros. Unos días más tarde fueron las hormigas. Por su tamaño, solo eran capaces de escalar las obreras, y ellas tampoco pudieron con la madera de las contraventanas. Las soldado y las tanque se centraron en la puerta principal. Ya ven cómo la dejaron. Por suerte llegaron justo antes del amanecer y, con los primeros rayos del sol, se retiraron. Estuvimos varios días sin salir, hasta que se le ocurrió la idea de la lejía a Lara. Desde que ocultamos nuestro rastro no han vuelto a atacarnos. Aún así, hace más de un año que, cuando comienza a

atardecer, nos refugiamos en esta cocina.

—¡Joder! ¿Desde hace más de un año? —estalló Norris—. Este lugar es insalubre.

—Lo sabemos. Pero también usted se quedaría aquí si hubiera visto cómo actúan al capturar una presa —empezó a decir Saúl—. Fue por casualidad. Antes del ataque a la mansión. Regresaba de coger bayas al otro lado de la colina cuando, a cierta distancia, vi a un cervatillo, probablemente el último que quedaba en la isla. Estaba en un pequeño claro rodeado por hormigas. El pobre animal, sin salida, se movía de un lado a otro asustado, mientras el implacable avance de la horda iba cerrando el cerco sobre él. En un momento dado, el cervatillo decidió una maniobra a la desesperada y comenzó a correr por encima de la alfombra que representaban las miles y miles de hormigas. No llegó muy lejos. A los pocos metros, por sus patas, comenzaron a trepar las soldado. Pronto estuvieron por todo su cuerpo. El cervatillo, al notar sus mordeduras, brincaba y se sacudía, aunque todo intento por librarse de esos diabólicos bichos era inútil, y cada vez le costaba más moverse. Llegó a un punto en el que su cuerpo desapareció debajo de la ingente cantidad de hormigas, que no dejaban de morderlo. Finalmente se rindió. Lo vi derrumbarse, exhausto. Entonces llegaron las tanque. Todavía tengo metido en mis oídos los berridos de dolor del desgraciado animal mientras lo iban despedazando.

Cuando Saúl acabó su relato, un llanto abierto evitó un nuevo silencio. Robin, imaginando el horrible destino de Liam, se rompió definitivamente, y solo le quedó el consuelo de regresar a los brazos de una Bruna que lo acogió como haría una madre.

A Max le vino algo a la cabeza y sacó su libreta. Buscó entre las páginas hasta que dio con el mapa de la isla y se lo mostró a Lara.

—¿Sería posible que me marcara la ubicación del primer muro y del segundo? —le pidió al tiempo que le ofrecía un bolígrafo.

—Creo que sí —dijo la médica.

Finalmente, tras pensarlo, trazó dos círculos concéntricos con líneas discontinuas. En el segundo, el más exterior, había zonas donde casi llegaba hasta el mar.

—Y ahora, ¿podría ubicar cada uno de los cuatro clanes de insectos? —continuó Max.

—Claro —dijo ella, y lo hizo usando equis acompañadas del apodo.

Al terminar, Max cogió la libreta y estudió el mapa.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia.

—Mira, todos los clanes están situados en la franja comprendida entre los dos círculos.

—¿Y?

—Yo diría que, de alguna manera, su aparición tiene que ver con la ampliación de la cúpula.

—¿En qué sentido?

—Todavía no lo sé. Quizá después de que estudie los especímenes sea capaz de llegar a alguna conclusión. ¿Podrías hacerlo ahora?

—¿Aquí? —se sorprendió la bióloga, mirando a su alrededor con cierta aprensión.

Max se dirigió a Lara.

—Dijo que había montado un dispensario en la primera planta.

—Sí, pero…

—Podríamos hacerlo allí. ¿Qué dices? —preguntó a Olivia.

—Ya les hemos explicado por qué, de noche, no es seguro salir de esta cocina —se adelantó la médica.

—¿Seguro? Lo que es seguro es que si continúo un minuto más en este agujero hediondo voy a volverme loco —saltó Norris, levantándose de la silla—. Me largo.

—¿A dónde vas? —le preguntó Max.

—A uno de los dormitorios. Abriré la ventana y tomaré el aire —respondió Norris, encaminándose hacia la puerta.

Lara, comprensiva, dejó atrás los miedos y se plegó a colaborar.

—Les acompañaré arriba.

—¡Es una temeridad! —exclamó Saúl.

—Deja que haga lo que quiera —intervino Finn con desprecio—. Nosotros nos quedaremos aquí con la puerta bien cerrada.

—Tendremos cuidado. No necesitamos que nos acompañe. Encontraremos la enfermería —dijo Olivia.

—Prefiero ir con ustedes —se limitó a decir la médica, al tiempo que se levantaba de la silla con cierta dificultad.

—¿Se encuentra bien?

—Un leve mareo. No es nada.

—Es la desnutrición —se oyó decir a Ruso—. ¿Por qué no comes antes? La sopa con tropezones está lista.

—¡Lo habíamos olvidado! —saltó Olivia—. Tenemos comida. No demasiada, aunque al menos probarán algo diferente. Max, Norris, dadme vuestras raciones.

Max, obediente, cogió la mochila y sacó unos paquetes de plástico de color marrón en los que ponía: *USA Military MRE Meal, Ready to Eat*.

Olivia juntó los suyos en la mesa y comenzó a leer las etiquetas.

—«Carne de res desmenuzada en salsa barbacoa. Frijoles negros en salsa sazonada. Queso para untar. Queso cheddar con pimientos jalapeños. Tortitas. Galletas simples. Bebida en polvo. Café. Paquete de accesorios para salsa barbacoa».

A medida que leía, el grupo de supervivientes salivaba cada vez más.

—Este otro menú es diferente —continuó ella con el mismo entusiasmo que si leyera la carta de un restaurante con estrella Michelin—. «Pastel de chili y macarrones. Puré de patatas con ajo. Arándanos secos. Mantequilla de maní. Pan de trigo blanco. Galletas. Bocadillos de carne y vegetal. Bebida en polvo. Café. Paquete de…».

Olivia calló cuando sintió una mano posándose en su antebrazo.

—No siga, por favor —le pidió Lara—. Nos vamos a ahogar en nuestra propia saliva.

La bióloga retiró la vista de la etiqueta que estaba leyendo y levantó la cabeza.

Lo que vio le encogió el corazón. Saliendo de la penumbra, un grupo de espectros se acercaba a la mesa con las bocas abiertas y los ojos desorbitados. Hombres y mujeres que caminaban como zombis atraídos por el olor de la carne fresca, y cuyo aspecto también era igual.

—Oh, lo siento. No he sido consciente de… —empezó a decir Olivia, avergonzada por su falta de tacto.

—No se preocupe. Es comprensible —la disculpó Lara.

—Raciones militares —se oyó decir a Ruso a un palmo de la mesa—. Y pensar que en otro tiempo las odiaba a muerte.

—Tomen, tomen —se apresuró a ofrecer la bióloga, empujando los paquetes en su dirección—. Norris, trae tu comida.

—Nosotros también necesitamos comer —replicó este, sin mover un músculo.

—¿En serio? ¡Vamos, saca tus raciones! —se encaró ella, elevando el tono de voz.

—Tiene razón —medió Max—. Merecen una buena cena. Nosotros nos apañaremos con las chocolatinas. Por lo que leo, son *hipercalóricas*.

—¿Una puta chocolatina? —se quejó Norris.

—¡Venga, joder! —lo espoleó Olivia sin miramientos.

A regañadientes, el exsoldado dejó sus paquetes de comida junto al resto, sobre la mesa, y luego se alejó.

—¿Nos vamos o qué? —preguntó ya desde la puerta.

Lara miró a Olivia.

—¿Les importaría esperar a que termine de… cenar?

—Claro. Son justo seis paquetes. Elijan lo que quieran —contestó la bióloga, enternecida, intentando ponerse en la piel de aquellas pobres gentes.

Norris bufó, meneó la cabeza y abrió la puerta.

—Estaré fuera —se limitó a decir antes de abandonar la cocina.

—No le gustan los espacios cerrados —lo justificó Max.

—Dejémosles sitio —propuso Olivia levantándose de la mesa.

—No hace falta —dijo Lara.

—¿Cómo que no? —intervino Finn—. Una cena decente hay que disfrutarla a gusto.

—Por si es la última —añadió Ruso.

—No seas aguafiestas —lo recriminó Lara—. Trae platos y cubiertos.

Mientras los supervivientes daban buena cuenta de las raciones, Max y Olivia esperaron apoyados en la encimera de piedra.

Mudos. Abrumados por lo que los supervivientes de la isla les habían contado. Cada uno sumido en sus propias cavilaciones. Barajando posibilidades de muy diferente índole y casi ninguna positiva.

—Si no lo conseguimos, me dolería casi más por ellos que por nosotros —confesó Olivia, masticando con desgana un pedazo de

chocolatina.

—No exageres.

—Te lo prometo. Defraudar a los demás es lo que peor llevo en la vida.

—Haremos lo que podamos. No todo es responsabilidad nuestra —trató de consolarla Max, sin llegar a entenderla.

—Es todo tan extraño.

—Ni que lo digas.

—Seguro que ya tienes una teoría.

—Una no, varias.

—Cuéntame la que más posibilidades tenga.

—No te gustaría escucharla.

—¿Te estás poniendo dramático?

—Te tomo el pelo —respondió Max, exhibiendo una sonrisa después de pensar unos segundos.

—¿Antes o ahora?

—Confío en que saldremos de esta. ¿Con eso te basta?

—¡Qué remedio! —rubricó Olivia, divertida.

Debido a que las raciones militares llevaban incorporado un sistema de calentador autónomo consistente en un *sachet* con carburo que, al mezclarse con agua, producía una reacción química que subía la temperatura a 80º C, los supervivientes no necesitaron calentar la comida en la chimenea. Esa circunstancia, unida a la voraz hambre con la que comían, hizo que en pocos minutos dieran buena cuenta de la cena.

—*Buah*, estoy que reviento —se oyó decir a Finn, masajeándose la barriga.

—La mejor comida de mi vida —dijo Saúl, rebañando con la cuchara lo que quedaba en el plato.

—El puré de patatas con ajos, insuperable —añadió Bruna, eufórica.

—El estómago lleno eleva la moral y despierta el buen humor —le musitó Olivia a Max.

—Nos van a hacer falta ambas cosas —dijo este, deseando salir de aquel espacio insalubre y deprimente.

Y no debió esperar demasiado.

Lara, una vez apuró el vaso que contenía el zumo de naranja en

polvo, recogió la poca comida que quedaba sin tocar.

—El café y las galletas las dejaremos para desayunar «todos» mañana —decidió sin esperar a llegar a un consenso, mirando hacia Max y Olivia.

—Se lo agradecemos —dijo la bióloga.

—Yo me tomaría un cafetito bien cargado ahora —replicó Finn.

—Pues va a ser que no —sentenció la médica, arrimando los sobres de café y los paquetes de galletas junto al cocinero antes de levantarse de la mesa—. Ruso, encárgate de que nadie los toque.

—Descuida —respondió este, al tiempo que se hurgaba entre los dientes con la punta de un cuchillo.

—¿Nos vamos? —dijo entonces Lara, dirigiéndose a Max y Olivia.

—Detrás de usted —respondió el físico.

Al abrir la puerta de la cocina, en el pasillo, vieron el punto incandescente de un cigarro y, pegado a él, a Norris.

—¿Qué, respirando aire puro? —le soltó Lara, irónica.

El exsoldado dio otra calada, encendió la linterna sin decir palabra y echó a andar.

A mitad del pasillo, la médica tomó la delantera. Max y Olivia, cargando con los dos frascos de cristal, caminaban los últimos.

Después de subir un par de tramos de escaleras llegaron a la primera planta, a un distribuidor en el que se veían varias puertas. Lara señaló a su derecha.

—Ahí están los dormitorios —informó sucinta—. La enfermería está aquí.

Decidida, abrió la segunda puerta que había a la izquierda y entró.

Hasta que Norris no pasó y alumbró con la linterna, no pudieron ver el interior.

—Vaya, la tenía bien montada —dijo Max, una vez el cono de luz fue desvelando las estanterías con equipos e instrumental, las sillas para el médico y el paciente, la mesa de exploración, la lámpara de luz direccional y una vitrina llena de cajas con medicinas.

—Lástima que no haya electricidad —se lamentó Olivia.

—Disponemos de cuatro candiles led a dinamo. Los mantenemos

cargados por si surge una emergencia —dijo Lara, dirigiéndose hacia una de las estanterías.

—Perfecto. Si añadimos nuestras linternas espero que sea suficiente —concluyó la bióloga, dejando sus cosas y el frasco de cristal sobre una mesa escritorio.

—Lo que no podremos hacer, bajo ningún concepto, será abrir las ventanas mientras las luces estén encendidas —les advirtió Lara —. Eso atraería a los insectos. A los inofensivos, y a los otros.

—¡Cojonudo! Me largo de aquí —espetó Norris.

—¿A dónde vas? —le preguntó Max.

—Estaré cerca, no os preocupéis —respondió este, saliendo de la enfermería.

Lara esperó a que desapareciera antes de preguntar.

—¿Qué le pasa con los espacios cerrados?

—Cada uno tenemos nuestras manías —respondió Max, evitando mencionar su pasado carcelario.

—Cuanto antes empecemos, antes acabaremos —dijo Olivia.

—Pues manos a la obra —añadió Lara.

En pocos minutos los candiles estaban encendidos en las cuatro esquinas de la mesa, y Olivia había distribuido encima la variedad de aparatos de laboratorio que portaba en su maletín.

—¡Qué barbaridad! ¿Y este despliegue de medios? —se sorprendió Lara.

—No lo decidí yo —respondió Olivia.

—Fue una IA —añadió Max—. La misma responsable de nuestra elección.

—¿En serio?

—Supongo que su *casting* también lo dirigió ella.

—Parece increíble —opinó Lara.

—En esta misión todo es increíble y raro —comentó Olivia.

—Bueno, al menos esa IA acertó de pleno al seleccionar a una bióloga y equiparla con el instrumental necesario para analizar especímenes. ¿Quién hubiera pensado en ello?

—Nadie —confesó Max, con la mente hecha un lío.

—Basta de charla y al asunto —zanjó Olivia tomando asiento frente a la mesa—. Ayúdame a sacar uno de esos bichos.

—¿Por cuál quieres empezar? —preguntó Max.

—Elige tú.

No sin esfuerzo, el físico logró desenroscar la tapa donde estaba la hormiga.

Un olor a alcohol mezclado con hierbas inundó la enfermería.

—¡Qué demonios…!

—Orujo —dijo de inmediato Lara—. Encontramos varias botellas en el sótano. Debe de tener más de setenta grados. A Ruso se le ocurrió que serviría como conservante. Además, de esa forma evitaba la tentación de que alguien se cogiera una cogorza.

—Seguro que lo ha tenido difícil —dijo Olivia, levantando la vista del instrumental para clavarla en la médica.

—Ni se imagina.

—Sobre todo con ese tal… Finn.

—Sí —se limitó a responder Lara, lacónica.

—Vemos a los demás tan… desnutridos. Tan…

—Hechos polvo —completó la médica.

—Y él, sin embargo, aún conserva algunos kilos de más —continuó Olivia.

—Procuré completar la alimentación con complejos vitamínicos hasta que se acabaron. Luego, racionamos la comida. Él también ha perdido mucho peso, pero es verdad que es el único que mantiene reservas de grasa.

—¿Y eso?

—Sospecho que roba comida. Que lo hizo desde el primer momento. Y que, cuando vamos a recoger fruta o lo que sea, él se come parte o todo lo que encuentra.

—¡Qué cabronazo! —exclamó Olivia, indignada.

—Si los demás lo supieran, no sé lo que pasaría.

—Yo sí —intervino Max—. Que lo hubieran echado a las hormigas. Ese *babayu* no se merece otra cosa.

—*¿Babayu?* —repitió Lara.

—Es una palabra de mi tierra, Asturias, en el norte de España. Significa algo así como tonto, engreído, jactancioso. Vamos, un completo gilipollas.

—*Babayu*, me gusta. Le va que ni pintado —reconoció la médica, soltando una risotada.

Pasado el momento de cierta relajación, Olivia se colocó unos

guantes de látex y sacó la hormiga del tarro. La secó con un paño que Lara le proporcionó, y la colocó sobre una bandeja de metal.

—¡Qué cosa más espantosa! —exclamó Max al ver el insecto boca arriba, con las patas extendidas.

—Más que espantosa, es asombrosa. En fin, vamos al lío —concluyó Olivia, cogiendo un escalpelo.

Entretanto, Norris, después de elegir una de las habitaciones, la que consideró más limpia y ordenada, fue directo a la ventana, destrabó el tablero que aseguraba las contraventanas de madera y la abrió de par en par. Nada más hacerlo se apoyó en ella y sacó la cabeza para respirar el aire con olor a hierba y tierra húmeda que entraba a raudales. Un aroma delicioso que disfrutó con los ojos cerrados. Luego los abrió y admiró el paisaje que una luna llena perfilaba en la lejanía. Los contornos de los árboles, de las colinas, la brisa suave que creaba ondas plateadas en los charcos de lluvia, el abrumador cielo estrellado…

Incapaz de renunciar a tanta belleza, cogió una butaca y se sentó frente a la ventana dispuesto a no perderse ni un detalle de semejante espectáculo.

Disfrutaría del «aquí y ahora». De la libertad que le brindaba aquella naturaleza salvaje y desconocida hasta que fuera posible.

En el futuro prefería no pensar porque, si lo hacía, estaba seguro de que se arruinaría aquel momento mágico.

Y así, plácidamente sentado, inmerso en aquella voluntaria y elegida ignorancia, casi se emocionó.

20
¡IMPOSIBLE!

Con una destreza digna del mejor cirujano, Olivia diseccionó la hormiga de arriba abajo, exponiendo su interior igual que si se tratara de un armario con las puertas abiertas.

A modo de autopsia, la bióloga fue relatando lo que veía en voz alta.

—Su morfología se asemeja a la de una hormiga común. Posee una cabeza con antenas, ojos compuestos y aparato masticador. Un mesosoma que incluye el tórax y el primer segmento abdominal; un peciolo, o segundo segmento abdominal, aislado del resto del cuerpo; y un gastro, sin aguijón, formado por el resto de segmentos abdominales. Si nos fijamos en el número de patas es un hexápodo, lo cual significa que tiene seis, y también muestran similitud con las de una hormiga común. En cuanto al par delantero, siguiendo el orden desde la porción proximal, o más cercana al cuerpo, distinguimos el coxa, parte más gruesa que se une al tórax; el trocanter, que une el fémur con el coxa; el fémur, la parte más grande; la tibia, más larga y llena de espolones; y el tarso, subdividida en tarsómeros, con el más distal provisto de uñas.

—En definitiva, es una hormiga —determinó Max, tras escuchar su primer análisis.

—Todo indica que sí, pero aprecio diferencias significativas —matizó Olivia.

—¿Como cuáles? —preguntó Lara.

—El grosor de sus patas es mayor proporcionalmente a la de cualquier hormiga, mientras que su longitud total es inferior. Algo normal teniendo en cuenta que el tamaño del espécimen es muy superior.

—Ley del cuadrado-cubo —apuntó Max.

—Correcto.

—Me he perdido —confesó Lara.

—Cuando un objeto, en este caso un animal, sufre un aumento en tamaño, su nuevo volumen será proporcional al cubo del multiplicador, y su nueva superficie será proporcional al cuadrado del multiplicador —explicó Olivia sin mucho éxito.

—Lo que quiere decir…

—Que si algo crece proporcionalmente, su superficie aumenta al cuadrado mientras que su volumen, o sea su peso, lo hace al cubo —intervino Max.

—Lo que se traduce en que un animal que no cambie su fisionomía tiene un techo de crecimiento antes de que sea aplastado por su propio peso —concluyó la bióloga.

—Entiendo. Por esa razón, las patas de las hormigas soldado y las de las tanque todavía son más gruesas y cortas —dedujo la médica.

—Supongo. Y aunque consigan soportar su peso, serán más lentas.

—Los límites de la naturaleza —apuntó Max—. ¿Alguna cosa más?

—A simple vista, el sistema respiratorio también es algo diferente. Las hormigas, y todos los insectos, carecen de pulmones. El oxígeno entra en sus cuerpos a través de unos orificios llamados espiráculos, situados en los costados de sus cuerpos. De ahí pasa a una serie de tubos que se ramifican denominados tráqueas, las cuales se encargan de distribuir dicho oxígeno hasta los tejidos.

—¿Y? —preguntó Max.

—Pues que en este espécimen su sistema respiratorio es inmenso. Tanto las tráqueas como los espiráculos. Eso lo ha obligado a reducir algunos órganos internos. Sobre todo, músculos.

—Una adaptación impuesta por su gran tamaño —aventuró Lara.

—Sin duda.

—¿Algo más? —preguntó Max, impaciente.

—Hasta que haga un estudio en profundidad, eso es todo.

—¿Pasamos al otro bicho?

—Adelante.

Nada más sacar la cucaracha del frasco de cristal, Olivia se percató de que era bastante más pesada que la hormiga, aunque sus

tamaños eran semejantes, unos treinta y cinco centímetros.

—Uff, da grima —dijo Max—. ¿Cómo la ves?

En esta ocasión, Olivia no abrió el espécimen de primeras, y decidió observarlo con detenimiento volteándolo con sus manos.

—Pesará casi dos kilos, una barbaridad. Su cabeza consta de…

—Simplifica —la interrumpió Max—. Céntrate en las diferencias con una cucaracha de andar por casa.

La científica que había en Olivia se molestó, pero también entendió que, a veces, para el lego, el exceso de datos en lugar de sumar, resta.

—Tiene antenas y un par de ojos compuestos —comenzó señalando.

—¿Qué más? —preguntó Max, acuciado por la aprensión que le provocaba el insecto.

—Sus cuatro patas posteriores son muy robustas, y sus articulaciones ligeramente distintas a las de las cucarachas comunes. Sin duda, debido a esa alucinante cualidad de caminar erguidas que nos apuntó Lara.

—Impresiona verlas —dijo esta, simulando un caminar encorvado y a saltitos.

—Solo de imaginarlas se me pone la piel de gallina —confesó Max.

—Lo mejor lo dejo para el final —prosiguió Olivia—. Sus patas delanteras.

—¿Qué pasa con ellas?

—Son fuertes. Musculosas. Y en el segmento último, en el tarso, en lugar de tener la típica estructura redondeada, parecida a un cojín, con la que pueden trepar por superficies, muestra lo que podrían denominarse… dedos.

—¡Garras prensiles! Ya se lo dije —intervino Lara, emocionada.

—Hasta que no las he visto, no he llegado a comprender —admitió Olivia—. Tampoco alcanzo a entender cómo un insecto de semejante masa corporal logra aportar el oxígeno que requiere su organismo para vivir.

—Tendrá unos espi… Como se llamen, más grandes —opinó Max.

—Espiráculos —completó Olivia—. Los tiene grandes, sí.

Míralos.

El físico se echó para atrás con cara de asco cuando ella le acercó la cucaracha.

—Te creo. ¿Y?

—Tendré que abrirla.

—Me lo temía.

Dicho y hecho. Con un corte preciso de escalpelo, Olivia tajó la cucaracha longitudinalmente. A continuación, ayudada por dos tenazas de *clampar* que le proporcionó Lara, consiguió dejar expuesto su interior.

Entonces, con sumo cuidado, inspeccionó entre sus vísceras, de un color marrón rojizo, con unas pinzas largas y puntiagudas.

Lo hizo empezando por la parte inferior, el abdomen, y fue subiendo hasta el tórax, donde se detuvo y dio un respingo.

—¿Qué pasa? —se interesó Max.

—Las tráqueas. Estoy siguiendo su recorrido y algo no me cuadra. Por favor, Lara, podrías coger otras pinzas y ayudarme a retirar vísceras.

—Claro —se apresuró a decir la médica, encantada de ser útil.

—Veamos… Aquí está el colon, el esófago, el estómago… Por ahora todo normal —comenzó Olivia, minuciosa, tratando de no pasar por alto ningún detalle—. Aquí veo el corazón, que en realidad se trata de una cavidad alargada que consta de trece *subcámaras* comunicadas entre sí por válvulas. Las cucarachas no tienen sistema circulatorio. Este corazón no bombea sangre a través de arterias hacia el resto del cuerpo, sino que se ocupa de transportar nutrientes mediante una sustancia llamada hemolinfa, común en todos los invertebrados.

—Termina, por favor —suplicó Max, ante la visión tan desagradable del interior de aquel bicho enorme—. La verdad es que no comprendo cómo han podido…

—¿Comerlos? —dijo Lara con naturalidad—. El hambre, amigo.

—Lo siento, no quería… Estoy convencido de que en su situación hubiera hecho lo mismo.

—No lo dude. Además, Ruso se encargaba de cocinarlos y le aseguro que era como comer trocitos de pollo —acabó Lara, guiñándole un ojo.

—Un momento —escucharon decir a Olivia con urgencia en la voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Lara al tiempo que Max, superando su aprensión, se inclinaba sobre la bandeja donde estaba la cucaracha abierta en canal.

—Levanta un poco el corazón.

—¿Así?

—Un poco más.

—¿Qué has visto? —preguntó Max, intrigado.

—No estoy segura. A ver… Otro poco.

Lara siguió las instrucciones de la bióloga hasta que esta le mandó parar.

—¡Quieta!

—¿Qué es eso? —se extrañó el físico, con la vista clavada en lo que parecían dos bolsitas rosadas del tamaño de nueces situadas en la parte superior del tórax.

—Algo que no debería estar ahí —respondió Olivia.

—Juraría que son… pulmones —se aventuró a decir Lara.

—Las tráqueas confluyen en ellos, y el aspecto guarda similitud. Pero, ¡es imposible! —exclamó Olivia, retirando la vista del insecto para clavarla en Max.

—Y, sin embargo, ahí están —sentenció Lara.

—¿Estáis seguras? —dudó Max.

—No al cien por cien —confesó Olivia, visiblemente impactada —. Antes necesitaría analizar los tejidos.

—Te puedo echar una mano —se ofreció Lara.

—Es laborioso. Llevará tiempo. Te veo agotada. Descansa. Yo me ocuparé —declinó la bióloga, consciente del lamentable estado de la médica.

No obstante, esta insistió.

—La cena me ha puesto las pilas. Además, me vendrá bien un poco de trabajo de laboratorio al lado de alguien de tu talento.

—No exageres —se ruborizó Olivia.

—No es exageración. Has descubierto más sobre estos bichos en unos minutos, que yo en un año.

—Tú estabas a otra cosa.

A Max no se le pasó por alto el tuteo que se había iniciado entre

las dos mujeres, y eso le gustó. Sin duda, Lara era una persona excepcional, y la ayudante que Olivia necesitaba. Juntas harían un buen trabajo, de eso no le cabía la menor duda.

Otra cuestión aparte era que, de resultas de su investigación, se encontraran con más preguntas que respuestas. O aún peor, certezas que apuntalaran su terrible teoría.

En cualquier caso, esa circunstancia no se encontraba en su mano. Solo sabía que estaba asqueado de ver insectos monstruosos con las entrañas al aire, y necesitaba desconectar.

—Ya he tenido suficiente —empezó diciendo—. Si no me necesitáis, me gustaría tomarme un descanso de tanta víscera.

—No hay problema —se limitó a decir Olivia, afanada en preparar los aparatos y el instrumental que iba a utilizar.

—Perfecto —rubricó el físico, alicaído, retirándose de la mesa en dirección a la camilla de exploración que había situada en el otro extremo de la enfermería, lejos de la influencia de la luz aportada por los candiles led.

Lara buscó una silla y se sentó junto a Olivia, hombro con hombro, con los ojos chispeantes y el ánimo por las nubes.

—Cuando quieras —dijo al tiempo que se colocaba unos guantes de látex—. ¿Qué necesitas que haga?

—¿Lo primero? —preguntó Olivia, retórica—. Obtén una muestra de tejido de esos posibles… pulmones. Lo segundo. Rezar porque no lo sean.

Nada más podía hacer Max hasta que amaneciera. Las horas perdidas después del aterrizaje del Orbe ya no las podían recuperar, y debían pasar la noche a resguardo de aquellos insectos de pesadilla. Por tanto, práctico, decidió tumbarse en la cama de exploraciones. No para dormir. Su propósito era librar al cuerpo de carga y redirigir todas sus energías al cerebro. Quería pensar. Repasar con calma y frialdad lo acontecido hasta el momento. En definitiva, hacer lo que mejor se le dada: analizar en profundidad los datos antes de llegar a cualquier conclusión.

Ese era su propósito.

Sin embargo, a los pocos minutos de relajar los músculos empezó a sentir un delicioso sopor del que no pudo escapar; e, igual que si se deslizara por una pendiente nevada en un trineo veloz, se

dejó llevar hasta caer en un sueño profundo libre de pensamientos.

Un sueño del que despertó súbitamente, sin un motivo concreto, sumido en una oscuridad absoluta.

Inquieto, asustado, aún dudando si seguía dormido o no, se incorporó en la cama de exploración y buscó con la mirada hasta que logró distinguir unas figuras en la ventana abierta, perfiladas por una tenue luz de luna.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no hay luz? —preguntó alarmado, escuchando su voz como si llegara de un lugar muy lejano.

—Tranquilo —le respondió alguien familiar.

—¿Eres tú, Olivia?

—Sí.

—¿Qué haces?

—Estoy con Lara, comprobando una cosa.

Confundido, Max saltó de la cama y fue directo a la ventana.

—Me he llevado un susto de muerte —confesó el físico.

—Te habías quedado frito y no quisimos despertarte —dijo Olivia.

—Como un tronco total. No era mi intención pero… ¿Qué habéis descubierto?

—Espera que termine con esto y te contamos —le pidió la bióloga, al tiempo que manipulaba un pequeño aparato que mantenía fuera de la ventana.

No tardó mucho. Comprobó unos datos en la pantalla digital y asintió con la cabeza.

Lara interpretó, cerró la ventana y después se dirigió a la mesa para encender los candiles.

Las sombras se disiparon y apareció de nuevo la enfermería.

—¿Sabes que has dormido más de tres horas? —le aseguró Olivia con cierto tono de reproche.

—Lo siento. Yo…

—No pasa nada. Te habrías aburrido. Así, al menos, alguien ha descansado.

Max, avergonzado, se fijó en la mesa y vio un microscopio, varios cristales para muestras, otros instrumentos que no supo identificar y pedazos de insectos metidos en recipientes de plástico por todas partes. Un batiburrillo que mostraba un cierto orden

dentro del caos. Un lugar donde se había trabajado con profesionalidad, aunque con urgencia. Y eso le preocupó.

—¿Qué has descubierto? —insistió.

—Lo que me temía —se limitó a responder Olivia, tomando asiento.

Lara permaneció de pie, junto a Max, en un acto voluntario por cederle el protagonismo a la bióloga.

—Lo que encontramos en el tórax de esa especie de cucaracha eran, efectivamente, pulmones —continuó Olivia con cierto abatimiento, mezcla de cansancio y turbación—. Pulmones rudimentarios, pero pulmones a fin de cuentas.

—Y eso es raro, ¿verdad? —preguntó Max, al que no le importaba evidenciar su ignorancia sobre el mundo animal.

—Pulmones tienen los mamíferos, las aves y la mayoría de los reptiles y anfibios —le explicó Olivia—. También existen casos excepcionales en otro orden de animales, como en los peces pulmonados. O gasterópodos como los caracoles o las babosas que, a diferencia de sus parientes los moluscos, se han adaptado a la vida terrestre gracias al uso de pulmones conectados a un orificio exterior. También los arácnidos y los escorpiones poseen algo llamado «pulmones laminados», aunque nada que ver con lo que tiene esta… cosa.

—¿Ya no crees que sea una cucaracha? —se extrañó Max.

—Su morfología es muy parecida, como ya te dije. También el estudio histológico arroja más semejanzas que diferencias. Sin embargo, no cabe duda de que estamos ante una especie única. Diferente a cualquier animal conocido.

—¿Qué quieres decir? ¿Que podría ser… extraterrestre?

—No lo creo. Su composición química está basada en el carbono, que es la base de la vida en la Tierra. Y el resto de sus elementos que componen el 99 % de su peso, como en cualquier otro animal, son el oxígeno, el hidrógeno, el fósforo y el azufre.

—¿Entonces? ¿Qué es ese bicho?

—Ese, y el resto, son el resultado de mutaciones —respondió Olivia, señalando los insectos que tenía diseccionados y troceados sobre la mesa.

—¿Mutaciones? —repitió Max, altamente preocupado.

—Lo dices como si te hablara de una película de ciencia ficción llena de monstruos —dijo la bióloga recostándose en la silla, mostrando claros signos de agotamiento—. Te informo, por si no lo sabes, que las mutaciones son cambios en la información contenida en el genoma, en el ADN, en el material hereditario de la vida. Un cambio que puede producir alteraciones en todos los aspectos del individuo.

—Ya. Sé lo que es una mutación —replicó Max, molesto.

—Entonces también sabrás que las mutaciones, al producir modificaciones genómicas, causan cambios evolutivos, dando lugar a la aparición de individuos con funciones biológicas o rasgos físicos alterados. Algunas funciones y rasgos serán inútiles, incluso perjudiciales, y desaparecerán por selección natural. Otras, por el contrario, mejorarán su adaptación al entorno, lo cual llevará al nuevo individuo a producir mayor descendencia que conservará esos atributos transmitidos genéticamente. Max, las mutaciones son la causa fundamental de la diversidad genética sobre la que más tarde actúa la selección natural.

—O sea, las responsables de la gran variedad de seres vivos —concluyó el físico.

—Exacto.

—Quieres decir que son algo común.

—Por supuesto. Aunque no de la manera en que se han producido en estos insectos.

—Explícate.

—No solo hay una mutación significativa, hay muchas. Y todas viables.

Max reflexionó antes de lanzar su siguiente pregunta.

—¿Podría algún tipo de elemento externo haberlas motivado?

—¿Te refieres a un mutágeno? No lo descarto. Pero si así fuera, y esa máquina hubiera dispersado un agente tan eficaz y potente como para producir mutaciones de tal índole, existe un obstáculo fundamental para descartarlo.

—¿Cuál?

—El tiempo —respondió Olivia, taxativa.

—Continúa —le pidió Max, con un nudo en la garganta.

—Antes, cuando nos viste a Lara y a mí en la ventana,

estábamos tomando muestras del aire.

Max asintió sin decir palabra. La bióloga prosiguió.

—Tras determinar los profundos cambios en la morfología de estos insectos, intentaba establecer unas causas. También para su desorbitado tamaño. Y empecé por lo que conocía. El pasado.

—¿Hablas de la prehistoria? —aventuró Max sin mucha convicción.

—De mucho más atrás. Hablo de finales del período Carbonífero y comienzos del Pérmico, hace más de 300 millones de años. Entonces, la Tierra era un paraíso vegetal rebosante de plantas y árboles que liberaban gran cantidad de oxígeno a la atmósfera, y los insectos alcanzaron dimensiones colosales, como la *Meganeura monyi*, una libélula con setenta y cinco centímetros de envergadura.

—¿Quieres decir que la clave de su desmesurado crecimiento se encontraba en la mayor cantidad de oxígeno en el aire?

—Esa es la teoría más aceptada —confirmó Olivia—. Grandes concentraciones de oxígeno, de más del 30 % cuando en la actualidad es del 21 %, pudieron permitir a esos insectos llevar suficiente oxígeno a través de sus pequeñas vías respiratorias para mantener sus grandes cuerpos. Las pruebas indican que, a lo largo de la evolución, en períodos en los que los niveles de oxígeno aumentaban, también lo hacía el tamaño de los insectos. Hasta finales del Jurásico y principios del Cretácico, cuando la pauta varió.

—¿Qué pasó?

—Que en esa época, hace unos 150 millones de años, aunque los niveles de oxígeno eran altos, aparecieron las primeras aves.

—Depredadores alados —dedujo Max.

—Correcto. El mundo cambió para los insectos, haciendo que los pequeños tuvieran más oportunidades de esquivar sus ataques que los grandes.

—El final de los gigantes de muchas patas —concluyó Max.

—Hasta hoy —rubricó Olivia, resignada.

—¿Cómo es posible?

—No te lo vas a creer, pero en esta isla, en este preciso momento, tenemos un porcentaje de oxígeno del 31 %.

—¿Qué?

—Algo insólito que no soy capaz de explicar.

—¿Podría ser peligroso? —preguntó Max, aprensivo, llevándose una mano al pecho.

Olivia se giró hacia Lara invitándola a responder, y esta aceptó.

—Puede provocar irritación de ojos o garganta, o dificultad para dormir. Al margen de eso, un aumento así del nivel de oxígeno en el aire, seguramente mejore la capacidad pulmonar y reduzca los riesgos de enfermedades respiratorias.

—Ahora entiendo que subiéramos y bajáramos aquella colina sin desmayarnos —dijo el físico.

—O que nosotros, en nuestro lamentable estado, seamos aún capaces de salir a buscar comida —añadió Lara—. Nunca hubiera pensado que era debido a que respirábamos el aire más puro que jamás haya conocido la humanidad

La mente analítica de Max recogía toda esa información e intentaba ordenarla para darle un sentido. Un sentido que no encontraba. Sobre todo porque existían vacíos. Datos inconclusos. Y fue directo a resolverlos.

—Antes descartaste que las mejoras y el tamaño de los insectos de la isla pudieran ser causados por mutaciones debido al… tiempo. ¿A qué te referías?

—Hablamos de cambios radicales y profundos en la morfología del animal. Algo que no se produce de la noche a la mañana. Ni siquiera en los años que lleva la isla bajo la influencia, sea cual sea, de La Máquina.

—¿Cuánto tiempo requeriría? ¿Siglos?

—Más.

—¿Milenios?

—El primer homínido conocido fue el Australopithecus anamensis. Tenía el tamaño y la capacidad craneal de un chimpancé. Para que ese primer ancestro primitivo llegara a convertirse en Homo sapiens debieron transcurrir más de cuatro millones de años. La receta que incluye mutaciones y selección natural es de elaboración lenta.

—Hablas de un ser humano, con la complejidad que ello conlleva. Nosotros tenemos cerebro. Conciencia. No como esos putos bichos.

—Para la evolución esa circunstancia no es relevante. El desarrollo de nuestra inteligencia fue una casualidad. Un don que recibimos sin buscarlo. Una adaptación más al entorno. Como los colmillos del tigre dientes de sable, el tupido pelaje del mamut o la velocidad del guepardo.

—¿Quieres decir que esos cambios en la cucaracha necesitarían millones de años para producirse?

—En la cucaracha y en el resto de insectos —confesó la bióloga —. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—No. Por nada —disimuló Max, relajando el gesto de profunda preocupación.

—La cuestión es que aquí estamos contemplando algo que, en teoría, es imposible que exista —concluyó Olivia, señalando los especímenes que tenía sobre la mesa—. Pulmones. Tamaños enormes. Garras prensiles. Mejoras en su sistema nervioso…

—¿Mejoras en su sistema nervioso? De eso no me has hablado —se sorprendió Max.

—Eran de esperar teniendo en cuanta las habilidades de las que Lara nos habló —dijo Olivia con cierta resignación—. Por ejemplo, en el caso de la *supercucaracha*, su cerebro ha crecido exponencialmente, y ha eliminado los ganglios que las cucarachas comunes tienen en cada segmento de su cuerpo para actuar al margen de la cabeza. También la hormiga, o lo que demonios sea esto, ha renunciado a un sistema nervioso descentralizado en favor de un único cerebro; con ello ha perdido algunas de sus asombrosas cualidades de coordinación dentro del nido, pero ha ganado en inteligencia al igual que la *supercucaracha*, aunque en menor medida.

Max se rascó la barbilla, en la que ya asomaba una incipiente barba, y se alejó de la mesa. Tras dar un par de pasos por la enfermería con la cabeza agachada, se detuvo.

—Buen trabajo —dijo entonces—. Ahora, al menos, sabemos a qué nos enfrentamos.

—Eso ya lo sabíamos —le espetó Olivia—. ¿O es que no te refieres a los bichos?

Evasivo, el físico fue hacia la ventana.

—¿Por qué no apagas las luces? Me ahogo —confesó,

destrabando las contraventanas.

Uno a uno, Olivia apagó los candiles hasta dejar la habitación a oscuras.

Max entonces abrió la ventana de par en par y sacó la cabeza por ella para respirar.

—Debéis estar agotadas. Mañana temprano iremos a la cueva —dijo sin girarse—. ¿Por qué no os vais a descansar?

—No estaría mal, la verdad. Podríamos usar las habitaciones. ¿Qué te parece? —preguntó Lara, dirigiéndose a Olivia.

—¿Estás segura?

—Será la última noche. Pasémosla durmiendo en una cama.

—Vale —aceptó Olivia, feliz por no tener que volver a esa insalubre cocina.

Una vez los ojos se acostumbraron a la oscuridad, la luz de luna que entraba por la ventana resultaba suficiente para orientarse y no tropezar. Lara llegó primero a la puerta y se quedó esperando. Olivia la siguió dubitativa.

—¿Tú qué harás? —le preguntó a Max justo antes de salir de la enfermería.

—Ya he dormido. Repasaré las notas sobre La Máquina. Quiero estar preparado.

—Bien. Entonces, hasta mañana.

—Recuerde —dijo Lara—. Si va a encender una luz, antes cierre la ventana.

—Lo haré —se limitó a decir Max, recostado en el poyete.

Al quedarse solo, el físico buscó una silla, la acercó a la ventana y se sentó. No tenía ganas de estudiar las notas sobre el funcionamiento de La Máquina, que por otra parte se conocía de memoria. Tampoco sentía sueño. Lo que quería en ese preciso momento, más que nada en el mundo, era silencio y aire. Respirar y pensar. Pensar y respirar. Solo eso.

A pocos metros de distancia, Norris lo imitaba. Él también respiraba ese aire purísimo y pensaba, aunque no exactamente en lo mismo. Para el exsoldado el mundo era un lugar más simple, y el futuro próximo no lo veía a través de oscuras fórmulas, paradojas, teorías cuánticas o partículas subatómicas, sino que lo contemplaba

como si estuviera al otro lado de un cristal: claro y luminoso.

Moriría.

Morirían todos.

Ese era el futuro más probable. Nadie saldría vivo de la isla. Una certeza que tenía desde que aceptó el trabajo, y que no le importaba. Lo había asumido como algunos valientes asumen un cáncer terminal o una discapacidad. Con resignación y entereza. Llegado el momento, vendería cara su vida en el campo de batalla sin lamentaciones. Disfrutando de la libertad mientras le quedara aire en los pulmones. Pudrirse entre rejas no iba con él. Pudo elegir y lo hizo. Morir allí, en plena naturaleza, con el sol calentando su cuerpo o la lluvia mojando su rostro. Pisando tierra, hierba o barro, y no las baldosas desgastadas de una cárcel. Así sería su final. Un final digno de un auténtico guerrero.

En eso pensaba Norris, fumando un cigarro tras otro, dándole vueltas al mismo asunto igual que si fuese montado en un carrusel de feria. Convencido de su destino. En paz consigo mismo. Casi feliz.

Un estado que lo relajó hasta tal punto que los ojos comenzaron a cerrársele. Se dormía y no opuso resistencia. Hacía años que el sueño no le llegaba de una manera tan placentera. Tan… pura.

Sin darse cuenta, el cigarro cayó de su mano y, antes de que se acabara de consumir chamuscando el suelo de madera, se durmió.

Horas más tarde, la luz del amanecer sobre sus párpados cerrados lo despertó.

—¡Mierda! —exclamó entonces, enfadado por haber sucumbido al sueño.

Un sol naciente asomaba tímido por encima de las colinas que rodeaban la mansión, dorando las copas de los árboles y descubriendo un paisaje que parecía encontrarse detrás de un sutil velo de seda.

Había niebla.

Una niebla baja provocada por la evaporación del agua de lluvia acumulada en la vegetación y que los primeros rayos del sol comenzaba a calentar.

Se desperezó en la silla, dolorido, y encendió otro cigarro.

Las tripas le rugieron. Tenía hambre.

Pensó en el café y las galletas que esa tal Lara había reservado para desayunar, y dio gracias por ello.

Acabaría el cigarro e iría a despertar a los demás, si es que aún dormían. Ni siquiera se había preocupado por saber lo que habían hecho. Eso le daba igual. Los dados estaban echados y, sin duda, trucados.

El día llegaba. No había otra.

Calada tras calada apuró el cigarro. Cuando iba a levantarse de la silla, levemente melancólico, creyó ver algo en la lejanía, en la linde del bosque.

Tratando de atravesar el velo blanco, aguzando la vista, se concentró en aquel bulto que parecía dirigirse hacia la mansión.

Por instinto, terció la UZI. Luego la cambió por la escopeta.

—¡Mierda! —gruñó de nuevo, ya que ninguna de esas armas era adecuada para efectuar un disparo a larga distancia.

Esperó con el corazón en vilo a que el bulto revelara su verdadera naturaleza.

No tuvo que hacerlo mucho, ya que a mitad de camino, entre la neblina, por fin pudo descartar que se tratara de una turba compacta de fieros insectos, e identificar lo que realmente era: un ser humano.

Un hombre que, sin dejar de mirar a su espalda, se esforzaba por correr a pesar de su manifiesta cojera.

A Max, que había pasado el resto de la noche elucubrando, asomado a la ventana o realizando cálculos imposibles en la Moleskine, de pronto le sobresaltaron gritos en el pasillo.

Alguien vociferaba. Se asustó. Al salir de la enfermería vio que era Norris.

—¡Qué cojones pasa! —le preguntó.

—Un hombre viene hacia la mansión —le respondió el exsoldado, sucinto.

—¿Cómo dices?

—¡Un hombre, joder! —repitió Norris.

Dos puertas más al fondo dormían Olivia y Lara en camas contiguas. La bióloga se despertó primero al escuchar las voces subidas de todo. A continuación la médica.

—¿Qué pasa? —preguntó esta última, somnolienta.

—Ni idea. Vamos —propuso la bióloga con urgencia.

Al verlas aparecer, Max no esperó a que preguntaran.

—Norris dice que ha visto a un hombre acercándose.

—¿Un hombre? —se extrañó Olivia.

A Lara, sin embargo, se le iluminó el rostro.

—¡Solo puede ser Liam! Ese cabronazo es duro de pelar. Vamos. Rápido.

Sin esperar a nadie, la médica echó a correr hacia las escaleras, bajándolas de dos en dos con el corazón saliéndosele por la garganta. El resto, tras intercambiar miradas de duda, la siguieron.

—¡Espere! —gritó Max al verla afanarse para destrabar la gran puerta de entrada—. Aún no estamos seguros de que sea…

Pero ella no hizo caso, terminó de quitar el madero que bloqueaba la puerta y abrió.

Norris, precavido, levantó la metralleta y apuntó al individuo que vio al otro lado, a varios metros de distancia.

Se trataba de un hombre de color con las ropas hechas jirones y cubierto de sangre.

—¿Es él? —preguntó Max.

Lara no respondió. Solo corrió hacia el tipo que, trastabillando, a punto de caerse, se acercaba hacia ellos girando continuamente la cabeza hacia atrás.

Antes de que la médica llegara a su altura se derrumbó en el suelo todo lo largo que era.

Max y Olivia se apresuraron a ayudar. Entre los tres, mientras Norris vigilaba con el arma a punto, lograron llevarlo en volandas dentro de la mansión.

—¡A la enfermería! ¡Rápido! —los acució Lara, visiblemente preocupada por el lamentable estado que presentaba.

Una vez lo dejaron sobre la cama de exploración, Liam agarró el brazo de Lara y, con los ojos desorbitados, dijo: ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Luego se desmayó.

CUARTA PARTE

21
DESAYUNO, PLANES Y PROBLEMAS

Mientras que Lara y Olivia se quedaban en la enfermería, Max y Norris bajaron a la cocina a informar al resto de los ocupantes de la mansión.

Los encontraron dormidos y les costó despertarlos, pero nada más saber que Liam había regresado, Robin salió corriendo para verlo. Bruna, su eterno paño de lágrimas, lo siguió.

No tardaron en regresar una vez Lara los echó de la enfermería, y aunque en parte estaba feliz porque su amor seguía con vida, el estado en el que lo encontró sumió a Robin en un apesadumbrado mutismo.

La situación era la que era, y no había tiempo para duelos. Estaba amaneciendo y tenían una tarea muy importante que realizar.

Consciente de que necesitaban meter algo en el estómago antes de ponerse en marcha, Max sugirió desayunar y todos estuvieron de acuerdo.

Por suerte aceptaron hacerlo fuera de la cocina, y Ruso, diligente, se ocupó de preparar el café en un puchero grande y llevarlo al salón que la mansión tenía en la planta baja. Un lugar vetusto pero acogedor, donde había varias mesas accesorias de madera historiada y sillones en los que se sentaron los hambrientos residentes embelesados por el delicioso aroma a café recién hecho y a galletas.

Precavido, Ruso exprimió los seis sobres al máximo para sacar una buena cantidad de café y que pudieran repetir. Atento, por supuesto, a que quedara lo suficiente para cuando regresaran Lara y Olivia.

—¿Tú también lo oíste? ¿Verdad? —preguntó Norris a Max, con discreción, aprovechando que los demás estaban a lo suyo.

—Lo oí —se limitó a responder el físico.

—No sé qué querría decir, pero yo no me quedaría aquí mucho tiempo.

—Nos iremos en cuanto Olivia regrese.

—La misión es lo primero. Deberíamos ir a buscarla —propuso Norris.

—Quizá hayan conseguido hablar con ese tal Liam. Lo que pueda contar nos interesa. Cuanta más información tengamos de lo que pasa ahí fuera, mejor —razonó Max.

—Ya sabemos lo que pasa ahí fuera —replicó Norris, desabrido.

—Diez minutos y subo a por ella.

—Ok —aceptó el exsoldado, al tiempo que sacaba un cigarro de la cajetilla, lo encendía y daba una corta calada.

Antes de que se lo acabara, justo cuando la brasa rozaba el filtro, Lara y Olivia aparecieron en el salón.

Los supervivientes se apresuraron a preguntar sin levantarse de sus asientos, y Lara se limitó a tranquilizarlos igual que haría un médico sensible con los familiares que esperan noticias de un accidentado.

—De momento está fuera de peligro. Las heridas son graves, aunque confío en que se recupere.

—¿Puedo verlo? —suplicó Robin, lastimero.

—Le he suministrado un calmante. No podrás hablar con él, ahora duerme.

—No me importa. Quiero estar a su lado

—Claro. Sube —dijo Lara, comprensiva.

—Lo acompaño —se oyó a decir a Bruna, que se levantó de su sillón como un resorte para seguir a Robin en dirección a las escaleras.

Nada más tomar asiento cerca de Max y Norris, Ruso les puso sobre la mesa una taza de café y un paquete de galletas para cada una de ellas.

—Desayunad con calma, después hablamos —decidió el físico al detectar urgencia en los ojos de Olivia.

—La cosa se complica —se limitó a decir esta, procurando que nadie más que él y Norris la escucharan.

—¿Por qué no me sorprende? —comentó el exsoldado, apurando su taza de café antes de encender un nuevo cigarrillo.

Finn, que hacía rato que había dado buena cuenta de su desayuno, se movió inquieto en su sillón.

—Bueno, ¿vas a contarnos de una vez lo que te ha dicho Liam, o qué? —saltó de pronto, dirigiéndose a una Lara ensimismada.

—Es verdad. Nos tienes en ascuas —secundó Saúl—. Ha pasado dos noches fuera de la mansión. ¿Cómo lo ha conseguido?

—No ha sido fácil hablar con él —comenzó diciendo la médica, con la taza de café caliente entre las manos—. Está muy débil. Tiene mordeduras por todo el cuerpo. Algunas muy graves. Lo he remendado como he podido. Ha perdido mucha sangre. Por suerte, Olivia es donante universal y le he realizado una transfusión. Espero que sea suficiente.

—Ya. ¿Cómo sobrevivió? —insistió Finn.

—Sucedió algo muy extraño. En un principio, al anochecer y detectar hormigas a su alrededor, se vio obligado a trepar a un árbol. Allí se refugió durante horas hasta que lo encontraron y lo rodearon. Entonces no tuvo otro remedio que saltar del árbol y correr. Fue durante la huida cuando recibió más mordeduras, aunque él se defendió con un palo y su velocidad, haciéndose un hueco entre la turba de insectos en busca de una salida.

—Liam es un puto *crack* —apuntó Saúl.

—Duro de pelar, sí señor —secundó Ruso.

—La cuestión es que —prosiguió Lara—, a pesar de las graves heridas recibidas, logró alejarse de la horda en dirección al riachuelo. Su idea era atravesarlo para así eliminar su rastro. Pero lo alcanzaron antes.

—¡Joder! —exclamó Saúl, nervioso, aterrado, igual que si lo estuviera viviendo en primera persona—. ¿Qué pasó después?

—Eso es lo raro —respondió Lara, dejando la taza de café a medio beber sobre la mesa—. Según cuenta él, cuando las hormigas lo tenían cercado y sin opciones apareció un enjambre de Antonov y se lanzaron a atacarlas con vuelos en picado. Luego se incorporaron los Bomberos, rociando ácido en todas direcciones; para, finalmente, sumarse las cucarachas desde la retaguardia, pillando a las hormigas entre varios frentes.

—¿Así lo explicó? —preguntó de pronto Norris.

—Más o menos —confesó Lara—. Ya digo que le costaba

articular palabras, y que su cabeza no estaba al cien por cien.

—Acaba de describir un ataque coordinado entre distintos ejércitos. Alianzas frente a un enemigo común. Tácticas elaboradas de combate —explicó el exsoldado, con la seguridad del que habla de un asunto que conoce en profundidad—. ¿No es un poco exagerado si tenemos en cuenta que se trata de… puñeteros bichos? ¿Qué opina la bióloga de esto?

Muy a su pesar, Olivia tomó la palabra.

—Es frecuente la simbiosis entre diferentes animales y plantas en beneficio común. Incluso pactos de no agresión, como el firmado entre dos especies de milpiés en Tasmania, las cuales han trazado una frontera de más de 230 km de largo por cien de ancho que respetan, viviendo cada una en un lado sin invadir el otro.

—Eso está muy bien —dijo Norris meneando la cabeza—. Sin embargo, lo que nos acaba de contar ella es muy diferente.

—Los insectos de la isla también son muy diferentes a todo lo que conocemos —contestó Olivia, rotunda.

El exsoldado iba a replicar cuando Saúl se le adelantó.

—Continúa —dijo el informático, preocupado por otras cuestiones—. ¿Cómo logró escapar Liam?

—Gracias a la confusión del combate consiguió escabullirse, atravesar el riachuelo y ponerse a salvo en la copa de un árbol. Desde allí pudo ver el desenlace de la batalla, que duró el resto de la noche y todo el día siguiente. Hasta que, finalmente, las hormigas se retiraron.

—O sea, que esperó a que amaneciera para poder regresar a la mansión.

—Eso ha dicho. Y algo más.

—¿Qué? —preguntó Finn.

El resto también quería saber, y, aunque se mantuvieron en silencio, los interrogantes dibujados en sus rostros lo decían todo.

Lara dirigió una mirada a Olivia buscando su consentimiento, y esta se lo dio con un sutil parpadeo.

—Antes de perder la conciencia, Liam nos ha contado que cuando las hormigas se marcharon no lo hicieron en dirección a su nido, sino a la mansión —acabó relatando la médica, afectada.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Saúl.

—Vio que transportaban a la reina y a gran cantidad de larvas; lo que, según él, implica un cambio de ubicación.

—Un momento —intervino Norris al activarse su testigo de alerta—. ¿Está diciendo que las hormigas fueron expulsadas de su territorio, perdieron su nido y buscan nuevo domicilio?

—Eso parece —admitió Lara.

—¿Y que ese nuevo domicilio va a ser esta mansión?

—Según Liam, sí.

—Menuda fantasía —saltó Finn, despreciativo—. ¿No dices que ha llegado hecho una mierda? ¿Que le costaba hablar y a veces divagaba?

—Así es.

—Entonces, no entiendo que debamos preocuparnos por las alucinaciones de un moribundo.

—¡Un poco de respeto, joder! —estalló Saúl.

—Solo intento que seamos lógicos —se defendió Finn—. Este es el lugar más seguro de la isla, y hasta que estos tipos no apaguen esa maldita máquina y venga un helicóptero a sacarnos, no pienso moverme de aquí.

—¿El lugar más seguro? Es posible —intervino Norris—. Aunque también podría convertirse en una tumba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max, repentinamente interesado.

—Probablemente esa maloliente cocina sea inexpugnable. Igual que las hormigas no son capaces de entrar, tampoco nadie podrá salir. Ante la posibilidad de un asedio prolongado, es necesario disponer de una vía de escape.

—Tiene sentido lo que dices —reconoció Max—. ¿En qué habías pensado?

—En la puerta trasera.

—¿La que está cerrada con una reja?

—Comunica con el sótano.

—¡Genial idea! —exclamó Max.

—No tenemos las llaves —recordó Saúl.

—Si logramos abrirla sería una buena salida de emergencia. ¿Disponen de herramientas? —preguntó Norris dirigiéndose a Ruso —. ¿Cortafríos, cizallas, martillos…?

—En el sótano dejaron material de construcción. Ladrillos, una carretilla… Juraría que un par de picos y varias barras de acero.

—Podría servir.

—¿Hablan en serio? —estalló Finn, levantando la voz—. En el hipotético caso de que esas hormigas nos atacaran, tenemos un puto búnker. ¿Asedio? Hablan de asedio como si esto fuese un castillo cristiano y las hormigas el ejército musulmán. Lo que deben hacer, de una jodida vez, es ir a la cueva y cumplir con su trabajo. ¿Huir por la parte trasera? ¿Están locos? Si finalmente llegan, no pienso salir para que me atrapen en campo abierto. Ni soñarlo.

—El resto, ¿qué opina? —preguntó Norris, convertido en líder democrático.

—Yo… —dudó Saúl.

—No perdemos nada con ser precavidos —razonó Ruso.

—Estoy de acuerdo —secundó Lara.

—Y yo —dijo Olivia.

—Y yo —dijo Max.

—Pues no se hable más —concluyó Norris—. ¿Quién me acompaña al sótano?

—Me apunto —se ofreció Ruso.

—Yo también —se sumó Saúl, titubeante.

—Haced lo que queráis —dijo Finn—. Yo no pienso consumir energías en una estupidez.

—Perfecto —intervino Max, obviando al belga—. Mientras os ocupáis de la puerta, nosotros, con la ayuda de Lara, trazaremos en el mapa la ruta hasta la cueva.

—No os vayáis sin mí. Soy vuestro escolta —les advirtió Norris, esbozando una sonrisa al tiempo que levantaba la metralleta.

—No se nos ocurriría por nada del mundo —le aseguró Olivia.

Una vez Norris, Ruso y Saúl se marcharon camino del sótano, Finn se levantó del sillón como si hubiera estado picando piedras todo el día y se encaminó hacia las escaleras.

—¿A dónde vas? —le preguntó Lara.

—Arriba, a echarme una siesta en un colchón limpio.

—¡Joder! Acabas de despertarte.

—¿Qué más se puede hacer?

—Vigilar, por ejemplo —le espetó Lara, seca—. Desde una de las

ventanas de la primera planta. Y ten los ojos bien abiertos.

Finn puso cara de fastidio y se volvió sin decir palabra.

—¡Ojos bien abiertos! ¿Entendido? —repitió la médica con contundencia.

—Claro, claro —se oyó decir al belga mientras desaparecía escaleras arriba.

Al quedarse solos los tres, Max arrimó una de las mesas bajas y dejó sobre ella la libreta y un bolígrafo.

—Pongámonos manos a la obra —propuso abriendo la Moleskine por la página donde estaba dibujado el mapa de la isla.

Lara y Olivia acercaron sus sillones.

—Según lo veo yo —comenzó el físico—, el camino más corto entre la mansión y la cueva sería cruzar la colina por este paso y después atravesar por aquí.

—El camino más corto sí, aunque tengo ciertas dudas —lo contradijo Lara.

—¿Cuáles?

—Aquí hay un bosque bastante tupido —comenzó diciendo la médica señalando con el dedo en el mapa—. Es el terreno de caza de los Antonov.

—Creí que había dicho que solo salían de noche.

—Hasta ahora. ¿Quién nos asegura que eso no haya cambiado? Liam nos contó que los vio combatir de día contra las hormigas.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Max, confuso, dirigiéndose a Olivia—. ¿Es posible que hayan variado sus hábitos de caza tan rápido?

La bióloga meditó antes de responder.

—La nocturnidad es la adaptación de una especie a su nicho ecológico, o sea, su papel dentro del hábitat en el que se mueve. Cazadores con mejor oído o visión, o presas con piel o pelaje más oscuros para evitar a los depredadores. Por tanto, en casos en los que el hábitat de una especie cambia, es común observar también variaciones en su nicho ecológico. En su comportamiento vital.

—Su hábitat no ha cambiado —observó Max.

—Su hábitat, que es el espacio físico con todas las características ambientales en donde viven determinadas especies, no; pero sí su rol dentro de él —empezó explicando Olivia—. Antes de la batalla,

las hormigas dominaban la mayor parte de ese espacio físico, que es la isla, y reinaban sobre el resto de los insectos. Si eso, por lo que parece, ha cambiado, puede que muchas otras cosas también.

—Como la nocturnidad —entendió Max.

—Exacto.

—Pues estamos jodidos.

—Conozco bien esa parte de la isla —intervino Lara—. Puedo marcar una ruta que evite los sectores conflictivos. Así minimizaríamos riesgos.

—¿Cuál propone? —preguntó Max, acercándole la libreta.

Lara estudió el mapa unos segundos antes de responder.

—Sortear las principales zonas de caza de los distintos clanes de insectos dominantes nos obligaría a dar un buen rodeo —reconoció Lara, trazando con el dedo un camino sobre el mapa.

—Habla de bordear casi por completo el primer perímetro y llegar a la cueva desde atrás —se sorprendió Max.

—Sí. Es la ruta más abrupta y despejada de vegetación. Terreno yermo en su mayoría, donde no hay nada de comida. Siguiéndola tenemos más posibilidades de evitar problemas.

—Cuadruplica la distancia a recorrer —calculó Max entre dientes.

—Esta otra ruta sería más corta —propuso Lara sin mucha convicción—. Aunque nos obligaría a atravesar el río.

—¿Es muy profundo?

—En esa zona, cerca del embarcadero, más de dos metros.

Olivia miró el mapa con aprensión.

—Y todavía estaríamos a medio camino de la cueva —se lamentó la bióloga.

—Aproximadamente —ratificó Lara.

—Prefiero andar tres kilómetros más a caminar un metro empapada.

—Yo también —la apoyó la médica.

—Un momento —saltó Max—. ¿Qué embarcadero?

—¿No lo sabían? En la isla hay un embarcadero… aquí —dijo Lara señalando con el índice un punto del río cerca de la desembocadura al mar—. El material pesado lo trajeron desde el barco en helicóptero. Para el resto utilizaron una lancha motora que

finalmente nos dejaron por si había una emergencia.

—Emergencia, tiene gracia —observó Olivia.

—Sigue allí atracada. Tan próxima al segundo perímetro que nunca nos atrevimos a acercarnos.

—Hicieron bien —aseguró Max—. Los límites de La Zona Crítica fluctúan. No son estables en su extensión. Mejor mantenerse alejados.

—En definitiva. ¿Qué ruta seguiremos? —preguntó Olivia, impaciente.

—Visto lo visto… la propuesta por Lara —dijo Max.

—Me parece bien —secundó la bióloga.

—El camino será duro —advirtió la médica.

—Me preocupa más la posibilidad de perdernos. Las brújulas no funcionan bien —se lamentó Max.

—Nosotros tenemos una y en realidad sí funcionan —aclaró Lara —. Lo que pasa es que donde antes era el Norte ahora es el Sur, y viceversa.

—Lo que sospechaba, un cambio de polaridad —dijo el físico, asintiendo con la cabeza para sí.

—A lo largo de la historia de la Tierra se han producido varios. No se sabe muy bien el porqué —explicó Olivia—. En el caso de la isla será uno más de los efectos secundarios de La Máquina. ¿No crees?

—Supongo —respondió Max, evasivo.

—No se preocupen por perderse —intervino Lara—. Les pediré a Ruso y a Saúl que los guíen.

—Me gustaría que vinieras con nosotros —comentó Olivia.

—Y a mí, pero debo quedarme para cuidar de Liam.

—Está bien. Ten mucho cuidado. Cuando todo esto termine quiero que salgamos una noche de fiesta.

—Me encantaría —dijo Lara esbozando una sonrisa sincera.

—Tú también puedes venir —le dijo Olivia a Max.

—Cuenta con ello —aseguró el físico sin mucha convicción—. Aunque antes debemos escapar de esta jodida isla. Y el primer paso es llegar a la cueva. Por eso me gustaría repasar la ruta.

—Perfecto. Pongámonos a ello —resolvió Lara, inclinándose sobre la libreta.

Mientras, en el sótano, Norris, Ruso y Saúl ya se habían hecho con herramientas para acometer la tarea de abrirse camino hacia el exterior.

El cocinero tenía un pico, el exsoldado una piedra de unos diez kilos y el informático una barra de hierro de un metro de larga por dos centímetros de grosor, y estudiaban la mejor estrategia para realizar el trabajo sin que peligrara su integridad.

—La puerta no será problema. La madera está medio podrida. Me preocupa la verja que la cubre por fuera. Con el pico podría romper el hormigón que sostiene las bisagras y luego, con la barra, la apalancaremos para sacarla —propuso Ruso.

—Me parece bien —dijo Norris—. Si se resiste, siempre podemos usar la piedra.

—Apartaos, que empiezo —advirtió Ruso, preparando el pico para descargar el primer golpe.

Como predijo, la puerta interior de madera se rompió con relativa facilidad. Los problemas surgieron cuando se centró en golpear el hormigón.

¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!
¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!
¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!

El cocinero empezó con fuerza y buen ritmo, pero enseguida se hundió.

—¿Cambiamos? —propuso Norris al ver cómo bajaba el pico y terminaba apoyado en él, agotado.

—Me faltan las fuerzas —confesó Ruso, enojado consigo mismo.

—Comiendo sopa de bichos tanto tiempo, es normal. Trae.

Los músculos del exsoldado eran otra cosa. Con una andanada de certeros y poderosos golpes logró arrancar el hormigón que cubría una de las bisagras y dejarla completamente al aire, sin sujeción.

—Ya solo quedan cinco —comentó Saúl, temeroso del momento en el que tuviera que tomar el relevo.

—Parece que abajo ya han empezado —observó Olivia al escuchar los golpes amortiguados que se transmitían a través de las paredes de la vieja mansión.

—Nosotros a lo nuestro —dijo Max, concentrado en anotar en el mapa hasta la más mínima observación que le hacía Lara—. ¿Qué dijo que había aquí?

—Cuando llueve se forma una balsa de agua donde van a beber los insectos. Presas y depredadores. Mejor evitarla.

—Tomo nota. ¿Qué más?

—En esta zona…

—¡Silencio! —pidió de pronto Olivia, levantando la cabeza y girándola para escuchar mejor.

—¿Qué pasa? —preguntó Max después de unos segundos de espera.

—Me ha parecido escuchar… algo.

—¿Qué?

—Espera —saltó Lara—. Yo también lo oigo.

Los tres se mantuvieron mudos, expectantes, hasta que lograron identificar lo que se escuchaba.

—Son gritos —verbalizó Olivia.

—¡Dios mío, vienen de arriba! —añadió Lara con el pavor dibujado en el rostro, levantándose del sillón de un salto.

22
CAOS

Sin esperar a nadie, Lara salió disparada en dirección al piso de arriba. Olivia y Max se miraron interrogativos, dudando, y finalmente la siguieron. La ventaja que les había sacado fue suficiente para que llegara unos segundos antes al lugar de donde procedían los gritos: la enfermería.

La puerta estaba abierta. Al asomarse vio una escena dantesca.

Por toda la habitación, incluidas paredes y techo, había hormigas. En un rincón, Bruna luchaba contra decenas de ellas que la cubrían casi por completo. Cerca de la camilla, en el suelo, se revolvía Robin dando manotazos y pataleando, tratando de quitarse de encima los enormes insectos que no dejaban de morderlo. Ambos gritaban como posesos, invadidos por el miedo y el dolor, pero al menos se defendían. En peor situación se encontraba Liam, que aturdido por los calmantes y maltrecho como estaba, solo era capaz de emitir sonidos guturales y mover impreciso los brazos mientras las hormigas lo martirizaban.

Sin pensárselo dos veces, despreciando el peligro, Lara se precipitó dentro de la enfermería. Su objetivo era claro: cerrar la ventana por la que cientos de hormigas obreras entraban en tropel.

Max y Olivia, impactados al llegar y ver el espantoso espectáculo, tardaron más en reaccionar.

—¡Joder! ¿Qué cojones hacemos? —preguntó Max, indeciso.

—Debemos ayudar —dijo Olivia, aterrorizada, a su espalda.

Con la mirada, el físico buscó cualquier cosa que pudiera servir de arma. No había. En su defecto se fijó en un taburete alto y fue directo hacia él, pisoteando sin miramientos las hormigas del tamaño de ratas que caminaban por el suelo. Al hacerlo, sus cuerpos quitinosos estallaban produciendo un crujido semejante al vidrio al romperse, para después transformarse en un sonido que recordaba al de pisar una gran mierda de vaca.

Tratando de no pensar demasiado, y yendo en contra de su instinto de supervivencia, Max recorrió varios metros entre la horda y asió el taburete. Con él en las manos comenzó a dar golpes a diestro y siniestro, consiguiendo que muchas de las hormigas volaran por los aires mientras que otras lo rodeaban con sus mandíbulas abriéndose y cerrándose en busca de carne.

Olivia no se quedó quieta. Práctica, agarró una bandeja de metal y con ella comenzó a golpear a las hormigas que envolvían a Robin.

¡Clon! ¡Clon! ¡Clon!

Sonaba cada vez que acertaba y lograba reventar sus corazas.

¡Clon! ¡Clon! ¡Clon!

Derechazos y reveses ejecutados con fuerza y bien dirigidos.

¡Clon! ¡Clon! ¡Clon!

Hasta que consiguió librarle de la cantidad suficiente como para que el ingeniero informático pudiera ponerse en pie y alejarse en dirección a la puerta.

Bruna lo tenía más complicado. Arrinconada, repleta de profundas heridas, se había rendido; y, aunque Max y Lara se afanaban por librarla de enemigos, estos llegaban en una cantidad tan abrumadora que, por cada uno que mataban o alejaban, cinco lo sustituían.

—¡Cierra la ventana! —gritó Max sin dejar de dar mandobles con el taburete—. ¡Cierra, por Dios!

Lara, finalmente, desistió de dar puñetazos y patadas para librar a Bruna del suplicio y fue hacia la ventana.

No le fue fácil llegar. El suelo estaba completamente cubierto de hormigas que trataban de subir por sus piernas, mordiéndola e intentando derribarla.

Sacando fuerzas de flaqueza la médica logró alcanzar las contraventanas, pero cerrarlas era como taponar una fuga de agua en un submarino con un dedo.

La fuerza que ejercían las hormigas que entraban era demasiado para ella. Necesitaba ayuda.

—¡No puedo! ¡No puedo! —repitió desgañitándose.

Olivia, que ahora luchaba por librar a Liam de hormigas, priorizó y fue en su auxilio.

Juntas, soportando múltiples mordiscos por todo el cuerpo,

consiguieron echar fuera a las hormigas que entraban y, por fin, las hojas de las contraventanas se movieron.

Justo antes de cerrar definitivamente, Lara se asomó un instante fuera y lo que vio la dejó estupefacta.

Hasta la ventana, unidas unas a las otras, había una cantidad ingente de hormigas obreras creando una suerte de talud por el que comenzaban a subir las soldado y las tanque.

Y no un único talud. Había varios. Dirigidos hacia cada una de las ventanas del primer piso.

—¡Estamos jodidos! —reconoció a voz en grito justo antes de acabar de cerrar las contraventanas—. ¡Rápido, hay que salir de la enfermería!

Eso pidió, aunque fue más fácil decirlo que hacerlo.

El número de hormigas obreras era enorme. Bruna y Robin no contaban en la lucha contra ellas, ya que bastante tenían con mantenerse en pie, y Liam no era más que un cuerpo casi inerte.

—¡Empujad la camilla hacia la puerta! —propuso Max, dirigiéndose a Bruna y Robin—. ¡Sacadlo de aquí!

Lo intentaron sin fortuna. Sus fuerzas eran mínimas.

Necesitaron el apoyo de Lara, que fue al rescate mientras el físico y la bióloga cubrían la retaguardia sin dejar de golpear y pisotear hormigas.

Finalmente consiguieron sacar la camilla con ruedas de la enfermería y cerrar la puerta.

En el pasillo, iluminados por la linterna de Max, escuchando los escalofriantes chasquidos que producían las poderosas mandíbulas de las hormigas al cerrarse cerca de sus cuerpos, la batalla continuó hasta que la última que había logrado salir de la habitación murió.

Exhaustos, cubiertos de cortes y empapados de vísceras de insectos, los cinco se permitieron un breve respiro mientras Liam seguía tumbado en la camilla totalmente inmóvil.

—Las obreras, superponiendo sus cuerpos, han creado rampas hasta las ventanas para que las soldado y las tanque puedan subir —explicó Lara tras recuperar el aliento—. La fina madera de las contraventanas y las puertas no será obstáculo para ellas. Entrarán.

—¿Quién entrará? ¿Qué es todo este ruido? —escucharon decir de pronto al fondo del pasillo.

Max dirigió el haz de su linterna y vio que se trataba de Finn. En calzoncillos y con el rostro somnoliento solo podía significar una cosa.

—¡Hijo de puta! ¡Te dije que vigilaras y te has dormido! —le gritó Lara, escupiendo saliva.

Finn levantó la mano para protegerse los ojos de la luz de la linterna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz pastosa.

Max se limitó a recorrer el suelo del pasillo con la linterna, y fue desvelando las decenas de cuerpos de hormigas muertas.

—¿Tú qué crees? ¡Nos atacan, joder! —respondió Lara.

Confundido, el belga meneó la cabeza de un lado a otro hasta que escuchó crujidos que provenían de la habitación en la que había estado durmiendo.

Crujidos que pronto aumentaron de intensidad hasta convertirse en violentos estallidos.

Comprendió lo que sucedía cuando trozos de madera de las contraventanas comenzaron a saltar, la luz del exterior entró por los agujeros y reconoció las descomunales mandíbulas de las hormigas tanque que asomaban por ellos.

También la puerta de la enfermería sufría el voraz ataque de las tanque, que arrancaban astillas sin descanso produciendo un ruido escalofriante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Finn, aterrorizado.

—Hay que largarse de aquí. Cerremos todas las puertas y bajemos —propuso Lara.

—Échame una mano —pidió Max dirigiéndose al belga.

Reticente, después de vestirse a toda prisa, este se acercó y ayudó al físico a bajar de la camilla a Liam y a cargar con él.

—Nos refugiaremos en la cocina. No nos queda otra —propuso Lara, al ver el lamentable estado en el que también se encontraban Bruna y Robin.

—Os acompañaremos —dijo Max—. Después, Olivia y yo iremos al sótano.

—Es arriesgado —observó Lara.

—Debemos asumirlo. No podemos quedarnos todos encerrados en la mansión —razonó la bióloga.

—Abriremos esa puñetera verja e iremos a la cueva. Cuando todo termine, enviaremos ayuda para que os rescaten —añadió Max, tratando de parecer convincente.

—Pues no se hable más —concluyó Lara, agarrando por la cintura a Bruna y dirigiéndose con ella hacia las escaleras.

Olivia hizo lo mismo con Robin, que amenazaba con desmayarse debido a la pérdida de sangre.

Y de esa guisa, ayudados unos por otros, los siete recorrieron el pasillo casi en penumbras, escuchando cómo las contraventanas cedían una a una y las puertas comenzaban a sufrir los envites de las poderosas hormigas tanque.

Liam estaba completamente desmayado, y cargar con un peso muerto era complicado. Por esa razón, Max y Finn comenzaron a retrasarse, y el belga no hacía más que mirar a su espalda, aterrado.

De pronto, justo antes de que llegaran al comienzo de las escaleras de bajada, se escuchó un gran estrépito y el pasillo se inundó de luz. La puerta de la enfermería había cedido.

—¡Hostia puta! —gritó Finn, soltando el brazo de Liam.

—¿Qué haces? —preguntó Max, que de golpe tuvo que soportar todo el peso del corpulento afroamericano.

—Me largo —se limitó a decir Finn, echando a correr.

Sin miramientos, adelantó al resto como un poseso.

—¡Puñetero cobarde! —le espetó Lara al verlo desaparecer escaleras abajo.

—Hay que darse prisa. Ya vienen —avisó Max con la urgencia atenazando su garganta.

Olivia, al entender lo sucedido, se dirigió a Robin.

—Tendrás que apañarte tú solo. ¿Podrás?

—Lo intentaré —contestó este, sobreponiéndose al dolor y al abatimiento.

Con la ayuda de la bióloga, Max fue capaz de continuar avanzando con la pesada carga.

Antes de enfilar las escaleras por las que ya bajaban Lara, Bruna y Robin, el físico dirigió una mirada rápida a su espalda y se quedó de piedra.

A contraluz de la claridad que entraba por la puerta rota de la enfermería pudo distinguir innumerables obreras escoltando a las

soldado, del tamaño de gatos, y a las aterradoras tanque, tan grandes como perros, que caminaban igual que apisonadoras luciendo su brillante armadura quitinosa.

—No llegaremos —se lamentó Max a media voz.

—Aceleremos —le pidió Olivia, tirando de un Liam que pesaba como un saco lleno de piedras.

El físico se esforzó cuanto pudo. Aun así, las hormigas cada vez estaban más cerca.

Liam, recobrando la lucidez, levantó la cabeza y dijo:

—Dejadme aquí.

Su voz era quejumbrosa, mínima, pero firme.

—De eso nada, amigo. Nos vamos todos —lo contradijo la bióloga.

Un leve giró de cabeza le bastó al técnico en telecomunicaciones para determinar que la horda los alcanzaría y, empleando sus últimas fuerzas, se deshizo de Max y de Olivia para dirigirse directo hacia el implacable enemigo.

La maniobra los pilló desprevenidos y no pudieron reaccionar hasta que fue tarde.

—¡No! ¡No! —gritó entonces Olivia, al ver a Liam rodeado por las hormigas obreras, que se afanaban por inmovilizarlo mientras las soldado y las tanque llegaban para darle el golpe de gracia.

Max debió retener a la bióloga, que amagó con ir a rescatar a Liam en un acto de valor tan inútil como estúpido.

—Ya no podemos hacer nada por él —concluyó el físico, impresionado con la visión del cuerpo de Liam mientras era concienzudamente despedazado.

Olivia asintió, apesadumbrada, y los dos echaron a correr.

En el primer rellano de la escalera se toparon con Robin, que caminaba inestable, agarrado al pasamanos igual que si fuese una línea de vida colocada a mil metros de altura.

Sin mediar palabra, lo asieron por debajo de los sobacos para ayudarlo.

—¿Dónde está Liam? —preguntó este, de inmediato.

Olivia evitó su mirada al tiempo que Max negaba con la cabeza.

—¿Lo habéis dejado tirado?

—Nos habrían alcanzado. Lo decidió él —dijo el físico—.

Sigamos. Que al menos su sacrificio sirva para algo.

—Liam —musitó Robin con el rosto encharcado en lágrimas, dejándose llevar en volandas escaleras abajo.

Al llegar a la planta baja se reunieron con Lara y Bruna, que recuperaban el aliento apoyadas en sus rodillas.

No había tiempo para lamentaciones. Olivia les contó el gesto heroico de Liam y organizaron el siguiente paso a seguir.

—Vosotros id a la cocina mientras yo voy al salón —propuso Max, elevando la voz por encima del ruido de maderas quebrándose y el sonido implacable de miles de patas acercándose.

—¿Al salón? —se extrañó Olivia.

—Olvidamos nuestras mochilas. Nos harán falta. También mi libreta —explicó Max, sucinto—. Vamos. Cuando los dejes en la cocina, dirígete al sótano. Nos encontraremos allí.

El físico esperó hasta verlos alejarse por el pasillo —guiados por la bióloga y su linterna— para encaminarse al salón, donde minutos antes desayunaban plácidamente.

Si hubiera sido creyente habría rezado para encontrarlo vacío. No hizo falta. Aunque la puerta principal amenazaba con ceder, aún aguantaba y pudo coger con cierta tranquilidad las mochilas y guardar en el bolsillo lateral del pantalón su preciada libreta.

«Mejor tener y no necesitar que necesitar y no tener», recordó mentalmente justo antes de que los crujidos de maderas arrancadas aumentaran en intensidad y frecuencia, y un gran agujero apareciera en la puerta de entrada a la mansión.

—Hora de largarse —dijo, haciendo memoria para recordar por dónde se llegaba al sótano.

La tensión, el estrés y el miedo habían acorchado su intelecto, y tardó unos segundos en orientarse.

—Claro, joder. ¿Eres idiota o qué? —exclamó para sí, cayendo en la cuenta de que debía usar la misma escalera por la que ya había bajado desde el primer piso.

Presto, se dirigió hacia el pasillo central con la linterna en la mano, desvelando rincones oscuros en los que temía descubrir decenas de letales mandíbulas.

No fue así.

No obstante, la amenaza lo seguía.

Sin necesidad de darse la vuelta, solo por el ruido que hacían sus uñas sobre el suelo de tarima, supo que las hormigas entraban a tropel por la puerta principal.

Al llegar al comienzo de la escalera, al punto en el que se había separado de Olivia, vio a unos metros de distancia, sobre un aparador, la mochila sulfatadora.

Le llevaría unos segundos cogerla, pero merecería la pena el retraso.

Pensado y hecho. Cogió el dispensador con bidones de plástico y le pareció que pesaba poco. Al agitarlo, confirmó lo que ya sabía: que apenas quedaba lejía en su interior.

Pese a la decepción, cargó con él y regresó a la escalera. De la parte de arriba se escuchaban ruidos premonitorios: la horda se acercaba. También del salón. Enemigos desde dos frentes. No había tiempo que perder. Si quería ocultar su rastro debía ser rápido.

Bombeaba la mochila para darle presión al líquido cuando oyó pisadas en el pasillo. Se tensó. Por el tiempo transcurrido, Lara, Bruna y Robin estarían ya en la cocina, y Olivia en el sótano.

Se equivocaba. Eran ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó al verlos aparecer bajo la luz de su linterna.

—Finn no nos abrió —resumió Olivia.

—¿Cómo?

—Lo intentamos —intervino Lara con voz ahogada—. Aporreamos la puerta un buen rato, pero ese mierda dijo que en la cocina no había agua más que para uno.

—¡Será hijo de la gran puta! —exclamó Max, indignado.

—No importa. Iremos al sótano —concluyó la bióloga.

—¡Qué remedio! —dijo Max resignado—. Id bajando. Yo trataré de borrar nuestras huellas.

—No es mala idea —reconoció Olivia al verlo colgarse la mochila sulfatadora a la espalda—. Aunque temo que eso solo las retrasará.

—¿Por qué lo dices?

—Buscan un nuevo nido. Las hormigas son muy cautas cuando hacen eso —comenzó explicando la bióloga—. Antes de traer a la reina y sus retoños registrarán hasta el último de los rincones, y

elegirán el lugar más profundo para depositarlos.

—El sótano.

—Probablemente.

—¡Qué suerte la nuestra! —se lamentó Max.

—Confiemos en poder salir antes de que eso suceda.

—Ya, claro —dijo Max, observando con recelo a los maltrechos Robin y Bruna.

—Bueno, no perdamos más tiempo —sugirió Lara, con la mirada puesta en la parte alta de la escalera de donde comenzaban a llegar cientos de pequeños golpeteos.

Ya se marchaban cuando Olivia, instintiva, dirigió el haz de su linterna hacia arriba, al rellano inmediatamente superior. Se trató de un instante. Tiempo más que suficiente para ver innumerables hormigas obreras agolpándose unas sobre otras, con algunas soldado y tanque entre medias.

Y fue la imagen de una de estas últimas lo que dejó al grupo sin habla. Caminaba delante, escoltada por el resto. Era inmensa, tan grande como un pastor alemán, y llevaba entre sus mandíbulas una cabeza humana cercenada.

—¡Dios mío! ¡No! —gritó Robin al reconocer que se trataba de la de Liam.

Y eso no era todo.

Otras hormigas tanque que llegaban por detrás también portaban trozos del podre Liam: una mano, un pie, intestinos, pedazos de carne irreconocible…

—Preparan el festín para su reina —dedujo Olivia, dejando de iluminar con su linterna aquel espectáculo tan nauseabundo y perturbador.

—Pues si no queremos que se amplíe con nosotros, será mejor que nos larguemos cagando leches —propuso Max.

—Desde luego —secundó Lara.

Salvar el último tramo descendente fue una auténtica odisea. Robin apenas se mantenía en pie, y necesitaba la ayuda permanente de Olivia y de Lara; Bruna, más afectada psíquica que físicamente, tampoco se lo ponía fácil a Max, que cargaba con ella a la vez que pulverizaba el suelo tras sus pasos.

—Llegamos —anunció Olivia con voz ahogada.

La escalera desembocaba en una habitación de unos diez metros cuadrados completamente vacía. Una antesala que comunicaba con el auténtico sótano a través de una puerta de madera que, en ese momento, estaba abierta.

No se escuchaban golpes, y todos pensaron que la tarea de abrir la reja había terminado.

Se equivocaban.

Al entrar en el sótano, un espacio de unos cien metros cuadrados repleto de cachivaches, con paredes y suelo de cemento y vigas de hierro vistas en el techo, se encontraron a Saúl tumbado sobre unos sacos, y a Norris y a Ruso fumando sentados sobre sendas pilas de ladrillos.

—¡Qué demonios…! —exclamó el exsoldado al ver al maltrecho grupo aparecer en la puerta.

«Las explicaciones más tarde» se dijo Max, afanado en rociar bien el suelo y en cerrar la puerta.

—Vamos, ayudadnos —pidió Lara, completamente agotada.

Tardaron unos segundos en reaccionar. Luego Saúl y Ruso se ocuparon de acomodar a Robin en un rincón, sobre un montón de arena, y Norris de sentar en el suelo, contra una pared, a la desfallecida Bruna.

Entretanto, Max y Olivia se centraron en atrancar bien la puerta y en amontonar frente a ella todo lo que encontraron: cajas de madera, ladrillos, una carretilla, cascotes…

Hecho esto, aún jadeando, llegó el momento de las explicaciones. Unas explicaciones concisas porque no había tiempo que perder.

—Las hormigas han entrado por las ventanas de la primera planta —comenzó Max con el aliento entrecortado—. Han matado a Liam y casi acaban con ellos dos.

—¿Y Finn? —preguntó Saúl, una vez hizo recuento.

—Se refugió en la cocina. No quiso abrir a nadie más.

—Valiente cabrón —masculló Ruso.

—También han destrozado la puerta principal. La mansión está invadida. Ahora, lo único que nos separa de una muerte espantosa es eso —concluyó el físico, señalando el montón de trastos acumulados contra la puerta.

—¿Aguantará? —preguntó Norris.

—No mucho. He visto cómo actúan esas monstruosas hormigas y son devastadoras.

—¡Pues estamos bien jodidos!

—¿Por qué lo dices?

—Mira —respondió el exsoldado, levantando el dedo índice en dirección a la reja.

Max, Lara y Olivia la miraron sin llegar a entender. Norris se lo aclaró.

—Construcción antigua. Antes las cosas se hacían para durar. Los goznes están introducidos en el hormigón más de veinte centímetros. Hemos logrado descubrir dos, pero aún quedan cuatro para poder desencajar la reja. Solo hay un pico, y está romo. Tenemos los brazos dormidos y las manos destrozadas.

—Ahora somos más. Nos turnaremos —propuso Max, yendo directo hacia el pico que estaba a los pies de Ruso.

—La cuestión es saber cuánto tiempo tenemos —razonó Norris.

—Si su comportamiento es semejante al de otras colonias de hormigas guerreras —intervino Olivia con gesto de abatimiento—, acabarán rodeando por completo la mansión y dando con la entrada exterior al sótano. Si eso sucede, y sucederá, no importará cuánto tiempo aguante la puerta porque estaremos muertos.

—¿Por qué tendrían que hacerlo? —preguntó Max—. Hasta ahora han concentrado sus fuerzas en la fachada principal.

—Fase uno: el asalto. Eliminar enemigos y asegurar el lugar —comenzó a explicar la bióloga, concisa—. Fase dos: reconocimiento. Ningún rincón sin explorar. Ya te lo dije. Esa colonia de hormigas está preparando un nuevo nido, y serán muy concienzudas en su tarea.

—Seamos positivos. La lejía ocultará nuestro rastro durante un rato, y la mansión es grande —concluyó Max después de meditar unos segundos.

—Ojalá tengas razón —dijo Olivia sin mucho entusiasmo.

—Ya lo verás. Antes de que nos encuentren habremos salido.

Eso aseguró. Sin embargo, justo cuando se disponía a descargar el primer golpe con el pico comenzaron a escucharse ruidos en la puerta. Un incesante raspar que pronto se trasformó en crujidos. Los

que hacen las maderas al astillarse.

—Me temo, amigos, que ya están aquí —dijo entonces Lara, desmoralizada.

23
UNA LLAVE DE DOSCIENTOS GRAMOS

El nerviosismo se apoderó de los ocupantes del sótano. Los que habían visto actuar a las hormigas estaban aterrorizados. Los que no, confundidos. La cuestión era que nadie se movía. Hasta que Norris tomó el control de la situación.

—Unos deben impedir que entren mientras otros se ocupan de la reja.

—Bruna y Robin necesitan atención —dijo Lara—. ¿Lleváis algo en vuestras mochilas?

—Un botiquín de primeros auxilios —respondió Olivia.

—Me apañaré. Dádmelos. De nada servirá que salgamos si antes no los remiendo.

—Olivia, Saúl y yo podemos continuar con el pico —propuso Max.

—Vale. Ruso y yo reforzaremos la puerta y la defenderemos —dijo Norris—. ¿Sabes disparar? Antes me pareció oírte decir algo sobre el ejército.

—Diez años en la marina y toda la vida cazando. Las armas no tienen secretos para mí —respondió el cocinero con cierto orgullo.

—Perfecto —exclamó el exsoldado, pasándole la pistola y dos cargadores, más tranquilo al saber que iba a compartir una situación de peligro con un veterano.

—Entonces, cada uno a lo suyo —concluyó Max, descargando el primer golpe de pico contra uno de los goznes intactos de la reja.

Al décimo golpe se percató de la dificultad de la tarea. Estaba empleando todas sus fuerzas y apenas había logrado arrancar pequeños fragmentos de hormigón. Sin embargo, espoleado por los ruidos que se escuchaban al otro lado de la puerta, continuó.

Olivia y Saúl esperaban a su lado para tomar el relevo, mientras que Lara se apuraba en curar las heridas más graves de Bruna y Robin. Que eran muchas.

Tras limpiar con alcohol, pudo ver la verdadera magnitud de los daños que producían las mandíbulas de las «pequeñas» obreras. Cortes limpios igual que si hubieran sido empleadas tijeras. Y profundos. La mayoría concentrados en las piernas, afectando a músculos y tendones. Como el que había cercenado el tendón de Aquiles de Robin.

«Mal asunto», se dijo, a sabiendas de que una herida así le anularía por completo la capacidad de correr.

Tratando de no desmoralizarse, Lara desinfectó, cosió y vendó lo mejor que pudo, y después les suministró antibióticos y, sobre todo, una buena dosis de analgésicos.

Tan concentrada había estado en curarlos, que solo cuando terminó fue consciente del gran problema que tenían.

Por una parte estaban Max, Olivia y Saúl, que golpeaban aquella pared de hormigón por turnos sin que se apreciaran avances significativos; y por la otra Norris y Ruso, que después de apilar más trastos contra la puerta se preparaban para repeler el ataque de las primeras hormigas cuyas mandíbulas del tamaño de tijeras de podar ya asomaban entre la madera rota.

Ella era la única que tenía una perspectiva completa de la situación, y lo que veía no le gustaba nada.

Y menos cuando Norris y Ruso renunciaron a taponar los numerosos agujeros que iban surgiendo en la puerta y se vieron obligados a utilizar barras de hierro para impedir que las primeras hormigas obreras pasaran por ellos.

—¡Esto no funciona! —gritó entonces Lara, tratando de que su voz se escuchara por encima de los golpes de pico y el barullo de la puerta.

Fue entonces cuando Norris se volvió, echó un rápido vistazo al pobre trabajo que se había realizado para desencajar la reja y determinó que la médica tenía razón.

Debían pensar en algo distinto. Otro plan, y rápido. Sin dejar de machacar hormigas, puso a funcionar su práctica mente para escarbar en su memoria de soldado. En algún recoveco debía estar la solución, estaba seguro, pero dónde.

Los ojos se le iluminaron cuando, de pronto, se le ocurrió una idea. Descabellada. Arriesgada. Peligrosa. ¿Y qué no sería peligroso

teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban?

—¡Dejad la verja y venid aquí! —gritó con la urgencia reflejada en el rostro.

Hubo de repetirlo dos veces más para que Olivia, Max y Saúl lo escucharan y se acercaran.

Cuando llegaron, ya Lara estaba en la puerta, echando una mano en repeler a las hormigas usando un tablón.

—¿Qué pasa? —preguntó Max, jadeando y empapado en sudor.

—Despedazan la puerta —informó Norris—. Pronto se convertirá en astillas. Cuando eso suceda, nada de lo que pongamos por delante las detendrá. Jamás habría imaginado una fuerza tan brutal como la de estas malditas hormigas.

—La reja aún aguanta — intervino Olivia con voz lastimera—. Ni siquiera hemos sacado el tercer gozne.

—Ya lo veo —dijo el exsoldado, justo antes de atravesar con la barra de hierro la cabeza de una soldado—. Por eso necesitamos otro plan, y creo que lo tengo.

—Explícate —le pidió Max.

—Volaremos la cerradura de la reja.

—¿Eso es posible?

—Con una bomba casera.

—¿Sabes cómo hacerla?

—Sí —contestó Norris, rotundo.

La moral alta en situaciones de extremo peligro era fundamental, y aunque tenía sus dudas de que la bomba resultara, sabía que era su única esperanza.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Olivia.

—Necesito a Ruso y a Lara conmigo. Los demás ocuparos de que esos bichos no entren.

—Vale. Nos ponemos a ello —dijo Max.

Y eso hicieron, armados con barras de hierro, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Cómo fabricarás la bomba? —preguntó Ruso al quedarse solos.

—Antes vi, sobre ese montón de escombros, trozos de tuberías de plomo. Busca uno de unos veinte centímetros de largo, tapona un extremo con papel o cartón y después machácalo bien con el

pico.

—¡Una bomba de tubo! ¡Claro! —exclamó el cocinero.

—Si la hacemos bien, funcionará —aseguró Norris, al tiempo que se quitaba la canana con los cartuchos de escopeta.

—¿Yo, en qué puedo ayudar? —preguntó Lara.

—De momento, busque por ahí algún recipiente y algo que sirva de embudo.

—Bien.

Mientras Ruso y Lara se ocupaban de cumplir la tarea que les habían encomendado, Norris, cuchillo en mano, fue cortando los cartuchos de plástico. Llevaba diez cuando la médica regresó a su lado portando un tarro de cristal de mermelada vacía y un trozo de cartón enrollado.

—¿Servirán?

—Cojonudo —se limitó a decir Norris—. Y ahora, haga lo que yo.

Didáctico, sin abrir la boca, dobló por la mitad el cartucho cortado y vació el contenido en el tarro.

—Pólvora —entendió al instante Lara—. ¿Cuánta necesitaremos?

—Quizá con cien gramos sea suficiente —comenzó diciendo Norris—. Para asegurarnos usaremos el doble.

—Usted es el experto —dijo la médica.

—Los cementerios están llenos de personas que se creían expertas —añadió Norris—. Tenga cuidado.

—Lo tendré.

El tarro de cristal estaba casi lleno de pólvora cuando Ruso acabó con su cometido.

—¿Así vale? —preguntó, mostrándole la tubería a Norris.

Este la estudió con detenimiento desde todos los ángulos y dijo:

—Buen trabajo. Ahora la rellenaremos y le pondremos la mecha.

—¿Cómo la harás? —preguntó el cocinero.

—Se ocupará ella, tiene mejores manos —decidió el exsoldado, dirigiéndose a Lara—. Busque esparadrapo. Con treinta centímetros será suficiente.

—No entiendo —dudó Ruso—. ¿Un trozo de esparadrapo?

—Lo rellenaremos de pólvora y luego lo enrollaremos como un

canelón —explicó Norris.

—Ah, vale, qué ingenioso.

—La parte más delicada será introducir una de las puntas de la mecha en el tubo, en contacto con la carga de pólvora, y sellar el extremo. Pero no adelantemos acontecimientos. Vayamos por partes.

—Me pongo a ello —dijo Lara, que había comprendido perfectamente lo que debía hacer.

Mientras los tres se ocupaban de fabricar la bomba de tubo, Olivia, Max y Saúl luchaban frenéticamente contra un enemigo implacable e infinito.

—¿Cuántas habremos matado ya? —preguntó el físico, sin dejar de lancear a las hormigas que asomaban por los agujeros cada vez más grandes y numerosos.

—Un montonazo —respondió Saúl, extenuado.

—Una colonia de hormigas comunes puede estar formada por dos millones —comentó Olivia, situada en medio de los dos hombres, usando la barra de hierro con increíble rapidez y precisión —. Una con especímenes de este tamaño… No creo que tenga más de cien mil.

—¡Cien mil! —exclamó Max—. Me dejas más tranquilo.

Bruna y Robin, descartados para realizar cualquiera de las tareas, se habían refugiado en un rincón del sótano para lamerse las heridas. Para rumiar su desgracia y su inutilidad, conscientes de que si finalmente salían de aquel terrible atolladero no sería gracias a ellos, sino a los demás.

Y tenían razón, por supuesto. Sobre todo se lo deberían a Norris y a su ocurrente idea, que estaba casi lista para probarse.

Una vez relleno el tubo con lo que calculó que serían unos doscientos gramos de pólvora, introdujo la prolija mecha que había confeccionado Lara. A continuación, taponó con papel el extremo abierto y lo machacó con la punta del pico con tanta contundencia como tino antes de dar el trabajo por concluido.

—¡Listo! —exclamó levantando la bomba casera con orgullo—. Solo nos falta fijarla a la cerradura.

—Antes he visto un buen trozo de alambre —informó Ruso.

—Cojonudo —dijo el exsoldado—. Tráelo.

Mientras lo hacía, él se dirigió a la verja con la bomba y un rollo de esparadrapo. Con la ayuda de Lara la sujetó a la cerradura. Luego, cuando dispuso del alambre, lo enrolló todo lo fuerte que fue capaz gracias a los alicates que tenía la multiherramienta.

—Más no podemos hacer —dijo al comprobar que la bomba tubo no se movía—. Ahora debemos buscar un lugar dónde resguardarnos. Tumbarnos boca abajo con los pies en dirección a la explosión, mantener la boca abierta y rezar.

—¿La explosión será fuerte? —preguntó una preocupada Lara.

—Espero que lo suficiente. Esta es la única llave que tenemos para salir de aquí.

—El problema será que, mientras esperamos a cubierto, esto se va a llenar de hormigas —apuntó Ruso, agorero.

—Prenderemos fuego a la puerta —propuso Norris—. Eso las entretendrá el tiempo suficiente. Usaremos el alcohol de los botiquines.

—Lo tienes todo pensado —se sorprendió Ruso, gratamente.

—No todo —replicó Lara.

Norris la miró confundido y ella se lo aclaró.

—Cuando sujetábamos la bomba a la cerradura, vi hormigas obreras caminando por la parte trasera de la mansión.

—¿Muchas?

—Una avanzadilla. Pronto llegarán más y nos complicarán la huida.

—Correremos. Las dejaremos atrás antes de que nos rodeen.

—¿En serio? —preguntó Lara, girando la cabeza hacia el rincón donde estaban Bruna y Robin.

—¡Mierda! —exclamó el exsoldado, golpeándose el muslo con la palma de la mano—. Me había olvidado de ellos. ¿Están muy mal?

—Bruna quizá pueda correr. La adrenalina obra milagros en momentos clave. Robin dudo que ni siquiera sea capaz de caminar sin ayuda —valoró la médica, concisa.

—Nos apañaremos —intervino Ruso—. Yo me ocuparé de él.

—En el ejército nunca se deja a un compañero atrás —comentó Norris—. Si hay que hacerlo, porque no existe otra opción, se procura que no sufra.

—Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil —añadió

Lara.

—Usted lo ha dicho.

—Me encargaré de que no lo sea —añadió Ruso, ante el cariz pesimista que estaba tomando la conversación.

—Saldremos de esta —rubricó Norris, mostrando una sonrisa forzada que cuestionaba sus palabras—. Y ahora, al lío.

Y eso hicieron.

Lara y Ruso se dirigieron hacia la parte más alejada de la reja, donde se encontraban Bruna y Robin. Después de ponerlos al corriente del plan de escape, los ayudaron a colocarse en el suelo según les había indicado Norris, y esperaron.

Entretanto, el exsoldado, con los tres botes de alcohol que sacó de las mochilas, fue a la puerta y comenzó a echar el líquido inflamable, procurando mojar bien las cajas de madera que había acumuladas delante.

—Cuando arda, id con los demás —les dijo a Max, Olivia y Saúl, que seguían luchando, hombro con hombro, contra la horda que ya amenazaba con destrozar la puerta y entrar.

—¡¿Fuego?! —se sorprendió el informático.

—Es lo que hay, amigo —replicó Norris antes de sacar su mechero y prender la madera empapada.

Una llamarada azulada se elevó casi hasta el techo, haciendo que los cuatro retrocedieran.

—Vamos. Largo de aquí —les ordenó el exsoldado, una vez comprobó que la madera ardía con fuerza.

—Si tu plan falla, estamos listos —comentó Max al ver la humareda que rápidamente inundaba el sótano.

—Dime algo que no sepa. Venga. Poneos a cubierto.

Una vez se quedó solo frente a la puerta envuelta en llamas, Norris echó mano de la UZI y vació el cargador contra las hormigas que, a pesar de las llamas, trataban de entrar.

La cuestión era ganar tiempo.

Y lo consiguió.

Mientras las atacantes sustituían a las compañeras caídas, él fue hacia la reja para encender la mecha.

Treinta centímetros. Diez segundos, calculó.

Un rápido vistazo para comprobar que todos estaban al fondo, a

resguardo, y aplicó la llama del encendedor al extremo de la mecha.

—¡Mierda! —exclamó al ver que la pólvora no ardía.

Mucho esparadrapo.

Otro vistazo para ver a decenas de hormigas obreras en llamas atravesando la puerta y un nuevo intento.

En esta ocasión funcionó. Un humo blanco y un chisporroteo le indicaron que la mecha había prendido, y que la pólvora acumulada dentro del esparadrapo enrollado avanzaba a ritmo rápido.

Quizá demasiado.

Los diez segundos serían cinco.

Si no se daba prisa lo alcanzaría la onda expansiva.

Siguiendo una cuenta atrás mental, Norris echó a correr a toda velocidad.

«Cinco. Cuatro…».

A mitad de camino de donde se encontraba el resto, en un lateral, vio un montón de arena y no se lo pensó dos veces.

«Tres. Dos…».

No tenía tiempo para más. De un salto salvó los últimos metros que lo separaban del parapeto y se hizo un ovillo en el suelo.

«Uno… ¡Cero!».

La cuenta atrás había acabado. Sin embargo, la explosión no se produjo. Prudente, asomó la cabeza por encima del montón de arena y miró.

La mecha no echaba humo. Parecía apagada.

Lo que no estaba en absoluto apagado era el incendio que había provocado en la puerta, cuyas llamas ya consumían todo lo acumulado frente a ella.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó con las mandíbulas apretadas, dispuesto a intentarlo de nuevo.

Ya salía de detrás de la seguridad que le brindaba la arena cuando, de pronto, vio un fogonazo en la mecha. Inequívoca señal de que la pólvora del interior del tubo había prendido.

La deflagración fue brutal, y lo cogió a descubierto. Por suerte, aún se encontraba lo suficientemente lejos como para que la onda expansiva no lo reventara por dentro, aunque no lo bastante para evitar que lo lanzara por los aires igual que si fuese un muñeco de trapo.

También se libró de los trozos de hormigón y hierros retorcidos que salieron disparados como metralla, volando por encima de su cabeza y golpeando las paredes y el techo.

Lo que no pudo evitar fue el ruido. Tan atronador y potente que le dejó momentáneamente sordo, con un intenso pitido en los oídos.

Desorientado, se levantó y buscó con la mirada. El humo era denso y tuvo que esperar hasta que se disipara lo suficiente para comprobar el resultado de la explosión.

Lo que vio le gustó.

Le gustó mucho.

Tanto, que no pudo evitar soltar un alarido de satisfacción.

—*¡¡Yujuuuu!!*

La reja había desaparecido por completo, y en su lugar se veía un hueco vacío que comunicaba directamente con el exterior.

Una ventana a la libertad.

A la vida.

A la esperanza.

O mejor dicho, una puerta por la que debían salir de inmediato a tenor de lo que se les venía encima.

La explosión había consumido temporalmente el oxígeno, propiciando que las llamas que contenían a las hormigas se apagaran.

Todavía quedaban brasas y restos de maderas humeantes, pero no sería suficiente para detener a un enemigo tan aguerrido.

—¡Vamos! ¡Todos fuera! ¡No hay tiempo que perder! —gritó agitando las manos mientras los demás se le acercaban titubeantes, cubiertos de polvo y con la mirada confusa.

El primero en salir fue Robin, ayudado por Ruso. Le siguieron Bruna y Lara. A continuación lo hicieron Max y Olivia, quedándose el último Norris, quien vació un segundo cargador contra las hormigas que entraban por la puerta calcinada y rota antes de abandonar definitivamente el sótano.

El aire limpio, la luz y una suave y dulce brisa, los animó cuando se encontraron en el exterior. «Estamos a salvo», pensaron los más optimistas, como Saúl y Olivia. Otros, sin embargo, como Ruso y Lara, que ayudaban a los malogrados Robin y Bruna, enseguida se percataron de que lo peor no había hecho nada más

que empezar.

Tampoco a Norris y Max se les veía muy animados. Sobre todo, después de que vieran cómo decenas y decenas de hormigas obreras empezaban a rodearlos.

24
DURA PERO SIMPLE

—¡Corred! —gritó Norris, a la cola del grupo—. ¡Corred!

El plan era ese, por supuesto, aunque no siempre los planes se cumplen. Sabían que las soldado y las tanque eran bastante más lentas que un humano. Sin embargo, las obreras pronto los alcanzarían si no corrían. Y no todos gozaban de esa facultad.

Bruna, como predijo Lara, espoleada por el miedo y el subidón de adrenalina que este le provocó, empezó a correr a buen ritmo al igual que el resto.

Robin, por el contrario, hacía lo que podía, pero su tendón seccionado le impedía apoyar el pie derecho y lo llevaba a rastras. Aunque Ruso lo ayudaba tirando de él, su velocidad era ridícula en comparación con los demás y enseguida se retrasaron.

La distancia que debían recorrer a campo abierto desde la mansión Spencer hasta la selva era de unos trescientos metros. Max, Olivia y Saúl, que iban en cabeza, ya habían cubierto la mitad del trayecto cuando Lara, que corría unos metros más retrasada junto a Norris y Bruna, dio la voz de alarma al echar un vistazo a su espalda y ver lo que sucedía.

—¡Parad! ¡Parad!

Todos se detuvieron, y al mirar atrás no hicieron falta más explicaciones.

Ruso y Robin habían sido alcanzados por las obreras y estaban rodeados. El cocinero luchaba contra ellas pateándolas y dando manotazos para quitárselas de encima, mientras que el informático bastante tenía con mantenerse en pie soportando el martirio de docenas de mordeduras.

—Debemos ayudarlos —dijo Olivia rotunda.

—Esa no es la cuestión —la contradijo Norris—. Podríamos hacerlo. Arriesgarnos y sacarlos de ese atolladero. ¿Y después qué?

—No te entiendo.

—Ese chico seguirá siendo demasiado lento. Aunque sea ayudado por dos o tres de nosotros, jamás logrará correr lo suficientemente rápido.

—¿Estás insinuando que lo abandonemos? —preguntó la bióloga, indignada.

—Solo digo que…

—Dejémonos de charla y vayamos de una puñetera vez —cortó Max, echando a correr.

Tras unos segundos de dudas, el resto menos Bruna, a la que Lara no dejó que se moviera del sitio, lo imitaron.

Norris fue a regañadientes. Los demás animados, prestos para la lucha.

Una lucha que se presentó infernal.

Max y Olivia, que no se habían desecho de sus barras de hierro, las empleaban con eficacia para matar obreras. Lara y Saúl, solo con sus pies, también se daban buena maña en reventar caparazones. Norris, entretanto, más práctico, se centró en librar a Ruso y Robin de las hormigas que ya tenían encima. Un trabajo delicado y peligroso en el que sufrió varias mordeduras en las manos.

Finalmente, entre todos, lograron deshacerse del número suficiente de enemigos como para poder emprender de nuevo la huida antes de que llegaran los pesos pesados de las hormigas. En esta ocasión, con Norris y Max cargando con un Robin aún más debilitado.

El cocinero también estaba maltrecho; sin embargo, se repuso y caminó junto a ellos, pistola en mano, dispuesto a servirles de escolta.

Cuando regresaban al punto en el que se habían separado de Bruna, con Lara y Olivia a la cabeza, se percataron del terrible error que habían cometido.

El tiempo dedicado al rescate había sido aprovechado por otra parte del ejército de hormigas para cortarles la retirada, y centenares de obreras, acompañadas por soldados y tanques, los esperaban en formación para darles caza.

Y eso no era lo peor.

Bruna no estaba.

—¿La veis? —preguntó Lara, angustiada.

Todos la buscaron, nerviosos, con la urgencia atenazando sus tripas. Preocupados, y con razón, por la alfombra ondulante y quitinosa que se les venía encima.

—¡Joder! ¿Nadie la ve? —insistió Lara.

De pronto se escucharon unos sonidos guturales, semejantes a gritos ahogados.

Max aguzó el oído y señaló a la derecha, hacia una zona donde se amontonaban las hormigas.

—Creo que está allí… debajo —acabó diciendo, consciente de que esa frenética actividad de los insectos solo podía deberse a una cosa.

—¡Dios mío! Se la están… —comenzó diciendo Lara, hasta que un acceso de llanto la interrumpió.

—Ya no podemos hacer nada por ella —razonó el físico—. Debemos irnos, y rápido. Si la pinza que forman los dos frentes se cierra nos quedaremos sin salida.

—¡Vamos, joder! —estalló Norris—. Salgamos de aquí cagando leches.

Dicho y hecho.

Como un solo ser, los seis viraron hacia su izquierda para escapar por el estrecho paso que aún no estaba cerrado.

Cien metros y llegarían a la selva. Allí, entre arbustos, hierbas altas y matorrales, piernas largas como las de los humanos tenían ventaja. Cobrarían la suficiente distancia como para despistar a las hormigas más adelante.

Ese era su plan.

Si bien, de nuevo, las circunstancias decidieron malograrlo.

A los pocos metros recorridos, Max y Norris se dieron cuenta de que jamás podrían escapar cargando con un Robin que, a cada paso, colaboraba menos.

Lisiado, exánime, desmoralizado, el informático se había convertido en un lastre que los conduciría a la muerte. Esa era la realidad, y el exsoldado no dudó ni un segundo en exponerla.

—Debemos dejarlo —se limitó a decir, parándose en seco.

—¿En serio? —exclamó Max.

—Nos alcanzarán si no lo hacemos.

Ruso calló. Lo evidente no requería comentarios.

Y menos cuando vio cómo Robin, sin el apoyo de Norris y Max, acababa por desplomarse igual que un muñeco hinchable al que se le quitara el aire.

Los flancos se cerraban. Las hormigas continuaban su avance implacable. En pocos segundos se quedarían sin escapatoria. Max miró a ambos lados y terminó por asentir con la cabeza.

Desde la distancia, Lara, Olivia y Saúl interpretaron la escena que se estaba produciendo varias decenas de metros por detrás y corrieron hacia allí como posesos.

Al llegar, vieron a Robin sentado en el suelo con la cabeza vencida hacia delante.

—¿Qué hacéis? —preguntó la médica con el aliento entrecortado.

—No podemos continuar cargando con él —contestó Max, haciendo también suya la terrible decisión.

—Sería un crimen dejarlo aquí —saltó Olivia.

—O muere él o morimos todos. La decisión es dura pero simple —se limitó a decir Norris.

El manto quitinoso se acercaba implacable. Solo unos pocos segundos y tendrían la horda encima.

—Está bien. Tenéis razón —terminó admitiendo Lara.

—Lo estamos condenando a una muerte horrible —dijo Olivia.

—No si puedo evitarlo —replicó la médica, al tiempo que arrebataba la pistola de la mano a Ruso y apuntaba a Robin.

El informático levantó la cabeza y la miró con los ojos lastimeros de un cachorrillo al que sus dueños fueran a abandonar en una cuneta.

—¿Qué haces? —preguntó la bióloga, confundida.

—Un acto de piedad —contestó Norris en tono de máximo respeto.

—Lo siento —musitó Lara, y apretó el gatillo.

La bala expansiva impactó en la cabeza de Robin, abriendo un pequeño agujero en su frente y llevándose por delante un buen trozo de cráneo al salir por la nuca.

—¡Vayámonos! ¡Rápido! —exclamó el exsoldado, nada más ver desplomarse el cuerpo.

Dada la situación nadie cuestionó la propuesta, y,

profundamente impactados por lo que acababan de presenciar, echaron a correr a la máxima velocidad que les permitían sus piernas.

Aún así no fue suficiente, habían perdido un tiempo precioso y las hormigas los bloquearon.

Durante los últimos veinticinco metros debieron luchar por sus vidas contra un enemigo incansable que jamás se rendía y que intentaba derribarlos.

Si caían, vencidos por las numerosas obreras que trepaban por sus piernas sin dejar de morderlos, estarían acabados.

Debían mantenerse en pie, pelear y continuar avanzando.

Max perdió su mochila, aunque logró conservar el sulfatador que llevaba a la espalda, llegando el primero a la selva junto a Olivia, alejándose de la horda.

Lara, pistola en mano, se centró en eliminar a las hormigas soldado y a las tanque más próximas, mientras que Norris, con la UZI, disparaba ráfagas cortas y bien dirigidas.

Y así, trabajando en equipo, consiguieron ir abriéndose camino, manteniendo a Saúl y a Ruso en el centro, hasta ponerse a salvo.

O al menos, tomarse un respiro al amparo del denso follaje.

Un respiro corto, ya que junto a un macizo de arbustos vieron a Max y a Olivia que les hacían señales para que continuaran.

Media hora más tarde. Después de recorrer un buen trecho de selva, llegaron hasta la falda de una colina donde, por fin, se reunieron los seis.

Sin dejar de vigilar a su espalda, recuperaron el aliento mientras hacían balance de daños.

Todos sufrían heridas. Mordiscos aquí y allá. La mayoría en las piernas. Por suerte, ninguno parecía grave.

—¿Por dónde seguimos? —preguntó Norris, al tiempo que cambiaba el cargador de la metralleta.

—Según la ruta que trazamos —comenzó explicando Max—, por ahí tiene que haber una bifurcación. ¿No es así?

Lara asintió con la cabeza, taciturna.

—Será un buen sitio para despistarlas —aseguró el físico.

—¿Confías en la lejía? —dudó el exsoldado.

—¡Qué remedio!

El ascenso comenzó siendo suave. Luego se fue endureciendo progresivamente hasta obligar al grupo a emplearse a fondo.

De cuando en cuando comprobaban si las hormigas los seguían. Y lo hacían, pero a una prudencial distancia.

El exigente ritmo que se impusieron hizo que, a mitad de la subida, tuvieran que tomarse un descanso para recuperar fuerzas e hidratarse. Cuestión esta última complicada, ya que solo llevaban dos botellas de litro.

—Bebed con mesura —aconsejó el físico mientras lo hacían por turnos.

Lara no quiso agua. Estaba ausente. Todos respetaron su silencio. Incluso Olivia, que se moría de ganas de hablar con ella.

Desde su posición divisaban bien el valle. La explanada cubierta de regueros de hormigas que iban de aquí para allá, y la mansión Spencer en medio.

—¿Sabéis lo que más me jode de todo? —dijo de pronto Ruso, tras beber un buen trago de agua—. Que ese cabrón de Finn se haya salido con la suya.

—Los indeseables saben que la inmensa mayoría de la gente no es como ellos —comentó Saúl—. Si la cosa se soluciona, terminaremos enviando a alguien para que lo rescate.

—Posiblemente —dijo Max—. Aunque no creo que quede mucho de él cuando lo encuentren.

—¿Por qué lo dices? Esa cocina es una fortaleza —replicó el cocinero.

—Toda fortaleza tiene su punto débil.

—¿Cuál?

—Norris, ¿tú qué opinas?

El exsoldado, a sabiendas de que Max nunca hablaba por hablar, se esforzó en descubrir dónde podría estar el punto vulnerable. Meditó observando la mansión, recordando cada rincón de aquella cocina, hasta que no tuvo más remedio que darse por vencido.

—Yo la veo segura —dijo sin mucha convicción.

—Esta mañana, ¿dónde calentaste el café? —preguntó Max a Ruso, que lo miró sin entender—. ¿Lo hiciste en la chimenea o usaste uno de los fogones de leña?

—En un fogón —admitió el cocinero—. Para tan poca cosa no

merecía la pena quemar troncos.

—Lo imaginaba —dijo Max, complacido—. Por esa razón no vemos humo saliendo por la chimenea.

—Pues no. ¿Y eso qué tiene que ver con que…? Un momento —se detuvo Ruso, repentinamente iluminado.

—¿Ahora lo entiendes? ¿Y los demás? —preguntó Max dirigiéndose al resto, que esperaban la resolución del enigma con gran interés.

—Ningún rincón sin explorar —oyeron decir a Olivia.

—Eso es —corroboró el físico—. Mirad el trasiego de hormigas obreras que hay en el tejado. Con el fuego encendido y el humo generado podría haber evitado que entraran por la chimenea. Pero, como podéis comprobar, no cayó en la cuenta y, a estas alturas, me temo que ese Finn ya es historia.

—Si es así, se lo tenía merecido —apuntó Saúl, mientras los demás respaldaban su sentencia asintiendo con la cabeza.

También habría estado de acuerdo Finn. No en que merecía una muerte espantosa, faltaría más, sino en el hecho de que la había cagado al no encender el fuego. Error garrafal que comprobó cuando, estando tumbado sobre uno de los colchones lo sobresaltaron ruidos extraños y, al encender uno de los candiles led, vio bajar por el hueco de la chimenea a cientos de obreras.

¿Muerte horrible? Sí, la tuvo. Y lenta. Aunque eso quedó entre él y las hormigas que acabaron devorándolo por completo.

—Bueno, ¿continuamos o qué? —preguntó Norris, deseando dar esquinazo al letal batallón que los perseguía.

—Queda poco para llegar a la bifurcación —dijo Max, poniéndose en marcha.

La distancia que se recorre ascendiendo no tiene nada que ver con la que se hace caminando. Diez metros cuesta arriba pueden equivaler a cien llaneando. Una obviedad que comprobó el grupo en sus propias carnes cuando, después de una dura subida de una hora, todavía no habían alcanzado su objetivo.

—¿No decías que quedaba poco? —lo increpó Olivia, sudando como un pollo.

—Detrás de esa loma creo que está el paso —respondió Max.

Y acertó.

Por fin, con el sol en el cenit calentando de lo lindo, llegaron a un falso llano del que salían dos rutas. Una hacia la derecha, que seguía un ascenso suave. Otra a la izquierda, que continuaba subiendo abruptamente.

—¿Por dónde? —preguntó Norris.

—Por la izquierda —respondió el físico.

—Me lo temía —comentó Olivia.

—El camino de la derecha describe una curva y desemboca en una garganta sin salida —explicó Max, dibujando en el suelo con la barra de hierro—. Será un buen lugar para liar a las hormigas. Pero antes debemos dejar nuestro rastro. Caminaremos unos cien metros y regresaremos sobre nuestros pasos. Luego, una vez hayamos borrado nuestras huellas con lejía, continuaremos por el camino de la izquierda.

—Ingenioso plan —admitió Norris.

—Se le ocurrió a Lara.

—Pues bravo por ella.

La actitud indolente y la mirada ausente de la médica eran claros signos de que no estaba para halagos. Sin embargo, hizo un esfuerzo por mostrar una forzada sonrisa que todos agradecieron.

—Bien. Veamos si funciona —concluyó Max.

Esperanzados con librarse por fin de la amenaza de las hormigas, recorrieron un tramo del camino de la derecha que el físico había descrito y, de inmediato, regresaron a la casilla de salida. Entonces Max esparció lejía hasta agotar los bidones y continuaron por la ruta de la izquierda.

Ascendieron sin tregua y alcanzaron la cima de la colina. Allí se detuvieron para descansar y comprobar si el engaño funcionaba.

Habían tomado bastante ventaja sobre la avanzadilla de hormigas, y debieron esperar más de media hora antes de divisar a las primeras obreras.

—¡Allí están! —exclamó Max sin poder ocultar su nerviosismo.

—¡Shhh! —chistó Olivia.

—¿Qué pasa?

—Estas colinas son una caja de resonancia, y las hormigas tienen sensores en sus patas capaces de captar las vibraciones de su entorno e interpretarlas.

—Vale —dijo el físico en voz baja.

—También tienen ojos y, aunque no ven demasiado bien, pueden detectar movimientos a larga distancia. Así que, mudos, quietecitos y agachados.

Obedientes, todos siguieron las indicaciones de la bióloga y permanecieron en silencio absoluto mientras observaban el ascenso de la columna de hormigas hasta el punto donde el camino se dividía en dos.

Con el corazón en un puño las vieron arremolinarse, formar un buen montón, antes de que un pequeño grupo se decidiera por el camino de la… derecha.

—¡Bien, joder! —musitó Max entre dientes sin poder contenerse.

El resto del batallón las siguió, y pronto todas las hormigas desaparecieron de la vista.

—¡Genial! —exclamó Saúl—. Un problema menos.

—No tan rápido. Quizá vuelvan —opinó Norris, prudente.

—Lo harán —confirmó Olivia, rotunda—. En la garganta sin salida no se van a quedar para siempre. Dudarán hasta que las exploradoras, confusas, vuelvan a coger nuestro rastro, soltando feromonas para que las demás las sigan. Lo que las llevará de nuevo…

—Hasta la mansión —completó Max, exultante de alegría.

—En una hora, más o menos, sabremos si el plan ha sido un éxito —calculó Olivia.

—¿Por qué no aprovechar y largarnos? —se extrañó Saúl.

—Porque es infinitamente mejor poder confirmar que nos hemos librado del enemigo —saltó Norris—. Y en caso contrario, teniendo en cuenta que subir hasta aquí nos ha llevado cuarenta minutos, siempre nos quedará el consuelo de saber que tenemos ese margen de ventaja.

—Exacto —rubricó Olivia.

—No se hable más —concluyó Ruso—. Pongámonos cómodos y esperemos. Yo haré la primera guardia.

—Me quedo contigo —se ofreció Norris.

—Y yo —se sumó Max, incapaz de reprimir la euforia.

—Vale. Voy a quitarme las botas y a tumbarme un rato. Estoy hecho una mierda —reconoció Saúl.

Lara seguía en segundo plano, como si todo aquello no fuera con ella. Olivia, que vio la ocasión perfecta, la agarró del brazo y dijo:

—Nosotras también vamos a sentarnos a descansar. Avisad si nos necesitáis.

—Claro, claro. No os preocupéis —dijo Max sin quitar ojo a la encrucijada, ahora vacía.

Olivia, sin soltar a Lara, se alejó unos metros del grupo en dirección a una piedra razonablemente plana donde la invitó a sentarse con ella.

Dócil, melancólica, la médica aceptó, y las dos mujeres se quedaron una junto a la otra compartiendo un silencio que pronto rompió la bióloga.

—Necesitas hablar —determinó agarrando su mano.

—No —dijo Lara, rotunda.

—Hiciste lo correcto —continuó Olivia, buscando su mirada—. Fue un acto brutal, lo reconozco. Algo que pocos serían capaces de hacer. Pero era necesario y no debes torturarte por ello.

Lara hizo un conato de hablar. Olivia veía su perfil de ceño fruncido y labios apretados, y percibía su sufrimiento.

—Fuiste valiente. Muy valiente. Una heroína.

—No. Qué va —replicó finalmente la médica, dirigiéndole una mirada rápida a través de los cristales polvorientos de sus gafas—. Fui una cobarde.

—¿En serio? ¿Por qué dices eso?

—El valor se demuestra en frío. En aquellas ocasiones en las que podemos sopesar los pros y los contras de una decisión trascendental. Arriesgada. En la que está en juego nuestra integridad. Nuestra vida o la de otros. Yo tuve tiempo, y no fui capaz de asumir las consecuencias.

—¿De qué hablas?

—Cuando atendía a Robin sabía que no podría correr con sus heridas. Ni siquiera andar.

—Lo advertiste.

—Sí, y Ruso se ofreció a ayudarlo. Una estupidez que yo acepté conociendo las ínfimas posibilidades que tenía de escapar. Tuve que impedirlo. Era mi responsabilidad.

—Nadie podía saber con lo que nos íbamos a encontrar.

—Vamos, no me tomes por idiota, todos vimos el peligro que acechaba fuera —dijo Lara, clavando la mirada en la arena—. Robin jamás debió salir. Sin embargo, era más fácil mantener mi conciencia tranquila si dejaba que otros asumieran los riesgos.

—No fue culpa tuya.

—Claro que lo fue —saltó la médica, elevando el tono de voz—. Por mi cobardía ha muerto Bruna. Y todos pudimos correr la misma suerte.

En ese momento, Olivia se dio cuenta de que lo que realmente torturaba la mente de Lara no era el haber tenido que disparar a Robin, sino el no haberlo hecho antes. Un motivo frío y aparentemente despiadado que al principio la perturbó, pero que después entendió, e hizo que respetara todavía más la entereza y el buen juicio de aquella menuda mujer.

—No debe volver a repetirse —la oyó decir en tono firme—. La prioridad es llegar a la cueva. Que tu compañero, Max, llegue a la cueva y desactive esa maldita máquina. El resto, incluidas nuestras vidas, es secundario.

Olivia calló, ya que no encontró argumentos para rebatirla. Debía admitirlo, Lara tenía razón, y en lugar de palabras vacías decidió dedicarle una mirada de afecto y ofrecerle un abrazo.

Un abrazo que ella aceptó y nadie vio.

O sí, aunque no sabría interpretarlo.

Ni falta que le hacía.

Ya que el ser que observaba al grupo desde la distancia, escondido entre las ramas de un árbol, era un Antonov. Un explorador especializado cuyo único cometido era sobrevolar la isla en busca de comida.

Y la había encontrado.

25
EL CIELO DECIDE

La hora de espera que calculó Olivia se había cumplido hacía rato, y los únicos que continuaban mirando la bifurcación desde lo alto de la colina eran Max y Norris.

Y esta continuaba vacía.

—¿Y si nos hemos equivocado? —barajó el exsoldado—. Quizá hayan encontrado un lugar por el que atravesar.

—No lo hay —respondió el físico.

—Solo digo que si es así y nos cogen por sorpresa…

—Eso no va a pasar.

—¿Qué no va a pasar?

La que los sorprendió era Olivia, que se acercó después de que Lara terminara dormida de puro agotamiento.

—Tardan demasiado —explicó Max—. Norris piensa que… ¡Un momento! ¡Agachaos!

Los tres lo hicieron a la vez, asomándose prudentes.

—¿Las veis? —preguntó el físico, innecesario, ya que era evidente la masa de hormigas que aparecieron de pronto en el falso llano.

A la cabeza un puñado de obreras que caminaban más rápido que las demás, yendo de un lado a otro, visiblemente nerviosas.

—Crucemos los dedos —sugirió Olivia, rogando porque finalmente se decidieran por tomar el camino de vuelta.

Y eso hicieron después de varios minutos de incertidumbre.

—¡Cojonudo! —exclamó Norris, eufórico.

—Silencio —pidió la bióloga, sin quitar ojo a la procesión de insectos mortales que descendía de nuevo la colina.

Quietos. Mudos. Esperaron hasta que la última de las hormigas tanque, las que caminaban más rezagadas, desapareciera de su vista. Entonces se permitieron celebrarlo.

—¡Funcionó, joder! ¡Funcionó! —exclamó Max, vaciándose de

alegría.

—Un problema menos —reconoció Olivia.

—Pongámonos en marcha. Tengo las piernas entumecidas —dijo Norris, levantándose del suelo donde llevaba sentado tanto tiempo.

—Despertemos a las «bellas durmientes». Nos vamos —confirmó Max.

De un puntapié espabiló a Ruso, que también había sucumbido al sueño y resoplaba como una morsa hecho un cuatrillo.

Olivia fue más delicada con Saúl y Lara.

Una vez todos reunidos, llegó el momento de determinar la siguiente ruta a seguir.

—Nos hemos retrasado demasiado —empezó diciendo Max—. Si continuamos por el camino más largo, me da que no llegaremos antes de que anochezca. ¿Vosotros qué creéis? Conocéis mejor la isla.

Saúl se encogió de hombros, y Ruso miró a Lara invitándola a contestar.

—Nos caerá la noche, sí —confirmó esta—. Pero la alternativa ya sabéis cuál es.

—Mojarnos —se oyó decir a Olivia.

—Eso es. Atravesar el río.

—No me parece tan mala idea. Hace un calor de cojones y casi no nos queda agua —opinó Norris—. Si además ahorramos tiempo…

—Caminar empapada… No sé —dudó Olivia.

—No es muy agradable, no —secundó Lara.

—A mí me da igual —dijo Saúl.

—Y a mí —dijo Ruso.

—Lo adecuado es seguir la ruta con más garantías de éxito —razonó Lara.

Max, indeciso, sacó su libreta y repasó las dos opciones marcadas en el mapa, siguiéndolas con el índice como si así pudiera percibir la más segura.

El trayecto corto era tentador. Además, se evitaba la noche. Aunque no podía negar que vadear un río le apetecía tan poco como a Olivia.

En esta disyuntiva se encontraba cuando, de pronto, se levantó

un fuerte viento que, en pocos minutos, arrastró nubes que cubrieron el sol. Nubes negras y amenazantes.

Un trueno ensordecedor anunció la tormenta que se avecinaba. Antes de que Olivia y Norris pudieran sacar los chubasqueros de sus mochilas, comenzó a caer un aguacero tan intenso que parecía que se hubieran abierto todos los grifos del cielo.

—Bueno, parece que la naturaleza ha decidido por nosotros. De mojados, al río —sentenció Max.

Resignado, el grupo se puso en marcha después de que el físico comprobara en la brújula la dirección correcta.

De poco les sirvieron los chubasqueros a Olivia y a Norris, ya que la lluvia era tan densa, y el viento racheado tan fuerte, que pronto estuvieron empapados al igual que el resto.

También oscureció, haciendo del caminar un acto lúgubre y peligroso.

Cauteloso como siempre, el exsoldado se acercó a Ruso, le pidió los cargadores y la pistola que le había devuelto Lara, y le ofreció la escopeta.

—¿Y eso? —se extrañó el cocinero.

—¿La viste disparar con la *Glock*? —fue la justificación que le dio.

Ruso aceptó el arma y el puñado de cartuchos.

—¿Solo seis?

—Es lo que hay, amigo. Úsalos bien.

Dicho esto, aceleró el paso hasta ponerse a la altura de la médica.

—Tome. Es mejor que la lleve usted.

Lara miró la pistola y los cargadores, pero no los cogió.

—Vamos. Se da buena maña con ella.

—¿Está seguro? Podría dispararle si se vuelve un estorbo —replicó ella, cáustica.

—Razón de más —contestó Norris, esbozando una sonrisa.

—Está bien —concluyó Lara cogiendo la *Glock*, introduciendo un nuevo cargador y guardándose el otro en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Dónde aprendió a disparar?

—Soy de Albuquerque, y de joven pasaba los veranos en un

rancho que tenían mis tíos cerca de Amarillo, Texas.

—Entendido —se limitó a decir Norris antes de regresar a su posición, cerrando la comitiva.

Junto a Max, en cabeza, iba Olivia. Detrás Lara, en solitario, y Saúl y Ruso justo unos metros por delante de Norris.

El chaparrón, lejos de amainar, arreció a medida que bajaban la colina, embarrando el suelo y dificultando el caminar.

—A los insectos no les gusta la lluvia —comentó Olivia mirando al cielo.

—En cambio a mí me encanta. Si estoy detrás de una ventana, claro —dijo Max.

—Hablé con Lara.

—Te vi. ¿Qué tal está?

—Nadie es tan fuerte. Cuando todo termine necesitará ayuda profesional.

—Aún queda lo más complicado —reconoció Max, tras pensárselo.

—Pronto tendrás que hacer tu trabajo. Confío en que nos saques de esta.

—Esa es mi intención.

—Tú eres la clave para que toda esta locura termine. Lara me convenció para que hablara con los demás y te protegieran. Ya lo he hecho.

—No te he visto.

—Charlas cortas cuando empezamos a bajar la colina. Soy rápida.

—No estoy acostumbrado a cargar con tanta responsabilidad.

—Pues ponte las pilas.

—¿Y si fallo?

—No pienses en eso.

—¿Qué pasa si hay complicaciones? ¿Y si la información que nos dieron no era… exacta?

—¿A qué te refieres? —preguntó Olivia agarrando su brazo y obligándolo a mirarla.

Max se sumergió en aquellos ojos verdes que resaltaban como joyas en medio de un rostro profundamente contrariado.

—Hablo por hablar —acabó diciendo él—. Barajo todas las

posibilidades. Ya me conoces.

—Una mente analítica a veces es una carga.

—Me lo decían mucho.

—¿Tus parejas?

—Ellas también.

—Creo que yo podría llegar a acostumbrarme —admitió Olivia, relajando la tensión de la cara y volviendo a caminar.

—Vaya, eso no me lo esperaba. ¿Me estás tirando los tejos?

—¿Te molesta?

—Me sorprende.

—¿Por qué?

—Mira esto… Dónde estamos… Todo lo que ha pasado… No es ni el lugar ni el momento para pensar en algo más que salvar el culo.

—Cuando la chispa salta, salta.

—Meditaré sobre ello.

—Si no lo haces, te mato.

—Vale. Aunque no antes de que apague La Máquina.

—Tendré paciencia. ¡Qué remedio!

Max soltó una risotada y continuó andando un buen trecho en silencio, hasta que por fin llegaron a la falda de la colina y volvió a consultar la brújula.

—Yo diría que debemos ir por ahí.

Seguía lloviendo con fuerza. Olivia miró en la dirección que indicaba con el dedo índice y vio un camino embarrado plagado de arbustos y monte bajo.

—Mala ruta. ¿Estás seguro? —dudó la bióloga.

—Es la opción que marcó Lara.

—Recuerda que el Norte…

—Es el Sur, ya lo sé —replicó Max, molesto.

—Lo siento. Es que, de pronto, he sido consciente de todo el tiempo que llevamos aquí y me ha entrado la urgencia.

—Más de treinta horas —calculó Max.

—¿Qué pensarán en el barco? Ese agente de la DHS… La doctora Bravo… Sabían que esto no sería fácil, pero estarán preocupados.

—Sin duda.

—Bueno, no tenían un plan B. Esperarán —resolvió Olivia soltando un suspiro que, al tiempo que aire eliminaba dudas.

—Claro —acabó diciendo Max, intentando evitar que su rostro reflejara tribulaciones.

Tribulaciones justificadas, ya que a varias millas de distancia de la isla, a bordo de la fragata USS Indiana, varios soldados bajo la supervisión del coronel Shepard se afanaban en acoplar un gran objeto al cable de carga del Sikorsky SH-3. Un artefacto cilíndrico con los extremos redondeados, pintado de verde militar, de unos dos metros de largo por uno de diámetro, en cuya superficie lisa y metálica sobresalían un par de antenas y un soporte que lo mantenía estable en el suelo.

Apoyado en la barandilla de la segunda cubierta de popa, observando las maniobras mientras fumaba un cigarro, estaba Nero.

Calada tras calada llegó hasta el filtro sin darse cuenta.

—Se va a quemar los dedos —escuchó decir a su lado.

Saliendo de sus meditaciones, sorprendido, el agente se deshizo de la colilla y se volvió para mirar a la doctora Bravo.

—Se mueve tan sigilosa como una serpiente.

—Será por mi ancestral sangre india.

—¿Ha vuelto a realizar la simulación? —preguntó Nero, directo al meollo.

—Eso venía a contarle. Los resultados son los mismos de siempre.

—Probabilidad de un desastre total.

—Exacto.

—Alta.

—Sí.

—¿Qué opina la IA?

La doctora Bravo pensó muy bien la respuesta que iba a darle, ya que necesitaba simplificar lo suficiente como para hacer comprensible algo que ni ella entendía.

—Por una parte admite la elevada posibilidad de que se produzca una reacción en cadena devastadora, y por otra intenta tranquilizarme.

—¿Tranquilizarla?

—Dice que, pase lo que pase, la Tierra estará a salvo —resumió la doctora Bravo, encogiéndose de hombros.

—¡Jodida *Susi*! —farfulló Nero.

—En cualquier caso, he redactado un informe negativo. Ya lo tiene en su correo.

—Hablaré de nuevo con el presidente, aunque no creo que sirva para nada. La decisión está tomada, ya lo ve —dijo el agente señalando la explanada de popa donde los soldados seguían trabajando junto al helicóptero.

—¿Cuánto falta?

—Hasta el amanecer. El plazo que nos dio el coronel Shepard fue de cuarenta y ocho horas.

—Aún queda tiempo —dijo la doctora Bravo, consultando su reloj.

—Si no lo han conseguido ya, dudo mucho que…

—Yo confío en el equipo —lo interrumpió ella—. En el doctor Castillo. Hasta el final confiaré en él.

—El elemento humano.

—Eso es. Al final, es lo más importante.

Llevaban varias horas de caminata bajo un violento aguacero y un viento que había bajado la temperatura por debajo de los doce grados.

Olivia comenzó a sentir frío, lo que de inmediato la llevó a pensar en el estado en el que se encontrarían aquellos que no portaban chubasqueros. Sobre todo, Lara.

Preocupada, se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Max.

—Nada. Tú continúa —le respondió sin más explicaciones.

Luego se quitó el chubasquero y esperó a que la médica llegara a su posición.

Su estado era lamentable. Con la ropa completamente empapada, el pelo pegado a la cara y una incontrolable tiritona.

—Toma —le dijo ofreciéndole la prenda para el agua—. Estoy asada de calor.

—¿Seguro? —dudó Lara.

—Soy muy calurosa. Venga, te ayudo a ponértelo.

La médica no se resistió. La tela era fina. No se trataba de un grueso anorak de plumas, pero cualquier cosa serviría para minimizar el espantoso frío que sufría.

—No tengo ni gota de calorías —admitió abrazándose a sí misma, una vez tuvo puesto el chubasquero—. Ninguno las tenemos.

Olivia echó un rápido vistazo a Saúl y a Ruso y, aunque les vio caminar con cierta dificultad sobre el barro, no le pareció que se encontraran tan mal como Lara.

—Cuanto menor masa, mayor facilidad para enfriarse. Ellos, al menos, pesan veinte kilos más que tú.

—Poderosa razón biológica —dijo la médica.

—Ya te digo.

La tela impermeable obró el milagro, y pasados quince minutos Lara ya se encontraba mejor. Olivia se había quedado con ella, y caminaban juntas manteniendo un silencio cómodo, de amigas de toda la vida.

Una vez atravesaron el terreno plagado de arbustos y monte bajo, comenzaron un suave descenso donde las hierbas altas les llegaban hasta más allá de la cintura, haciendo del andar una tarea complicada y agotadora. Además, el terreno cada vez era más blando, y los pies se les hundían hasta los tobillos.

—Nos acercamos al río —anunció Lara, elevando el tono de voz para que todos la oyeran—. Tras esa línea de árboles, si no recuerdo mal, tiene que estar.

—¿Por qué no me alegro? —preguntó Olivia, retórica.

—Si baja crecido de las colinas, como es de suponer, tendremos problemas.

Eso fue lo que vaticinó Lara, y, lamentablemente, tuvo razón.

Una vez recorrieron el terreno de hierbas altas y atravesaron el estrecho bosque, alcanzaron la ribera del río. Un río de unos veinte metros de ancho cuyas aguas revueltas, de color café, discurrían rápidas y abundantes.

El grupo se detuvo en la orilla, conscientes del error que habían cometido.

—¿Qué profundidad habrá? —preguntó Olivia, preocupada por lo que veía.

—Como ya os dije, por esta zona, en condiciones climatológicas normales, no más de dos metros —respondió Lara—. Ahora es probable que haya subido a tres.

—Demasiada agua —se oyó decir a Saúl.

—Sin una cuerda guía, sería una temeridad vadearlo —advirtió Norris, certero.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ruso.

—Deberíamos regresar —opinó el informático, abrumado por el torrente de agua que pasaba delante de sus ojos.

—Pues sí, no hay otra —secundó el cocinero.

Los demás callaron, ensimismados, tratando de encontrar una solución que no había.

Hasta que Max intervino.

—¡¿Desandar el camino?! ¡¿Estáis locos?!

—Mira esto —dijo Olivia, señalando al turbulento río—. El agua nos arrastrará. Moriremos ahogados.

—Es posible, si lo intentamos a nado. Pero, ¿y si pudiéramos evitarlo?

—¿De qué hablas? ¿Acaso piensas que, de pronto, podemos volar?

—Volar, no. Hablo de navegar.

—¿Cómo? —preguntó la bióloga, confundida.

Ruso y Saúl también lo estaban.

Lara, sin embargo, creyó entender.

—El embarcadero está cerca del borde. Ya os lo advertí —se limitó a decir, meneando la cabeza.

—Hablo de acercarnos con prudencia y valorar la situación —dijo Max, inmune al desánimo—. Si no me equivoco debe de estar tras ese meandro, a unos doscientos metros.

—No sé —dudó la médica, consciente de que, si regresaban, la noche se les echaría encima, con el peligro que ello conllevaba.

El cocinero y el informático tampoco tenían clara su postura. Ni Norris, que seguía con la vista puesta en las revueltas aguas del río, maldiciendo su mala suerte.

Debió ser Olivia la que, después de reflexionar, decidió apoyar la propuesta del físico.

—Max tiene razón. No tenemos nada que perder y mucho que

ganar.

—Vale. ¿Cuál es tu plan? —preguntó Lara, recelosa.

—Sencillo —respondió Max—. Si la anomalía nos lo permite, arrancar la embarcación y cruzar con ella el río.

—¿Sabes manejar un barco?

—Un transatlántico no, aunque sí una embarcación pequeña.

—Yo también —se sumó Olivia—. Tengo título de patrón de barcos de hasta de ocho metros.

—De hasta quince metros. Te gano —dijo Max con orgullo.

—¡Cojonudo! —intervino Norris—. Queda claro que sois viejos lobos de mar, y que atravesar este río a nado es muy peligroso. Yo digo que lo intentemos.

Lara consultó a Ruso y a Saúl con la mirada, y estos, con su silencio, transmitieron el mismo mensaje: «Decide tú».

—Está bien —acabó diciendo la médica—. Pero si no lo vemos absolutamente claro, regresaremos.

—Estoy de acuerdo —dijo Max.

—Entonces, vayamos al embarcadero —concluyó Olivia, poniéndose a la cabeza del grupo.

26
SÍNTOMAS

Poco a poco la lluvia fue amainando. Justo cuando salvaban el meandro y divisaban el embarcadero, la tormenta cesó por completo.

Desde la distancia vieron una estructura de madera simple. Pilotes que sobresalían del agua y se adentraban en tierra rematados por tablones que llegaban hasta una caseta techada a dos aguas, dentro de la cual se adivinaba una embarcación cubierta por una lona de color azul.

Con extremada cautela, se fueron acercando hasta que Lara mandó que se detuvieran a unos treinta metros del embarcadero.

—Ni un paso más —dijo con brusquedad.

—¿Ha visto algo? —preguntó Max.

—No.

—Dijo que el límite de la cúpula era reconocible.

—Sí. Cuando estás suficientemente cerca.

—Entonces, continuemos.

—Es inestable. Usted lo advirtió. Podría encoger repentinamente y atraparnos. *¡Puf!* Volatilizarnos en un segundo.

—Me acercaré solo. Seré prudente. Tendré los ojos bien abiertos. Al mínimo cambio…

—De eso nada —le cortó la médica—. De todos nosotros, usted es el único que no debe arriesgarse.

—Pero…

—No insistas. Ya sabes que eres nuestro niño mimado —intervino Olivia—. Iré yo.

Resuelta, se quitó la mochila y clavó el hierro en el suelo embarrado.

—¿Qué debo buscar? ¿Cómo reconoceré la anomalía? —preguntó dirigiéndose a Lara.

—En la distancia es invisible. De cerca, es inconfundible —contestó esta—. Dejarás de ver nítido el otro lado. Será como si miraras a través de un cristal defectuoso. Percibirás una cierta oscilación. Como una interferencia. En cuanto la veas, detente inmediatamente.

—¿Qué margen de seguridad tengo?

—Ni idea —admitió Lara.

—Si la lancha no se encuentra a más de dos metros de la anomalía, ni se te ocurra intentarlo —le recomendó Max con gesto preocupado.

—Vale. Deseadme suerte —se limitó a decir Olivia, antes de coger aire y encaminarse en dirección al embarcadero.

—No me atrevo ni a mirar —reconoció Saúl, girándose hacia el río.

—Ni yo —secundó Ruso.

Norris, Lara y Max, sin embargo, se mantuvieron atentos a Olivia, observando cómo se alejaba, conscientes del peligro al que se enfrentaba y del tremendo valor que había que tener para afrontarlo.

Valor e inconsciencia, concluyó Norris, experto en situaciones límite, ya que a veces ambas cosas son necesarias cuando uno se juega la vida.

A diez metros del embarcadero, la bióloga ralentizó el paso. Con el corazón en un puño, observó el entorno con extrema atención.

No vio nada raro y prosiguió la marcha.

A cinco metros se detuvo.

Las maderas, de cerca, se veían ajadas, rotas, podridas, pero aún funcionales. El tejado que cubría la lancha tenía agujeros por los que goteaba agua que caía sobre la lona. Una lona sucia de tierra y hojas que solo dejaba adivinar el perfil de la lancha.

Le calculó unos siete metros.

«Sin problema», se dijo para sí, en esa conversación personal e íntima que a veces se tiene cuando los nervios atenazan nuestro estómago.

Paso a paso, igual que si caminara por un campo minado, fue acercándose más. Hasta que, por fin, pisó los tablones del embarcadero.

Entonces advirtió algo.

No supo reconocer lo que era. Fue como un destello. O un reflejo momentáneo justo donde comenzaban los pilotes a adentrarse en el río.

Destello o reflejo no era lo que buscaba.

Continuó andando, prudente, con la vista clavada en el paisaje que tenía delante.

Cerca de la lancha, cuando ya casi podía tocarla, percibió una ondulación que emborronó los arbustos que crecían junto al río, pasado el embarcadero.

«Esto ya es otra cosa», pensó, dando otro paso sin dejar de mirar aquella zona inestable.

—¿Cómo vas? —escuchó decir a Max desde la distancia—. ¿Ves la anomalía?

Y la veía, por supuesto, igual que la había descrito Lara. Una imagen borrosa. Como si la realidad estuviera confusa y le costara concretarse. Allí estaba, en el límite con el embarcadero, hermosa y perturbadora, y también letal.

—¿La ves? —insistió el físico, incapaz de contenerse.

Olivia no respondió tampoco esta vez, temerosa de que sus palabras delataran su presencia. Con la sensación absurda de que aquella anomalía cuántica fuera en verdad un monstruo dormido al que pudiera despertar.

Con máxima cautela, después de levantar una mano con el dedo pulgar hacia arriba, dio un par de pasos hasta tocar la lona.

Desde allí calculó la distancia a la que estaba el muro *desintregrador* de la lancha: cuatro metros, más que suficiente.

Procurando que el abismo no la bloqueara, desató las cuerdas que sujetaban la lona y tiró de ella por la zona de popa. La tarea no fue sencilla. Pesaba, y era incómodo hacerlo una persona sola, aunque al final consiguió dejar al descubierto la embarcación.

Se trataba de una neumática semirrígida, con dos motores y camarote. Ya había llevado una de ese tipo, y le dio confianza.

Sin perder de vista el muro cuántico, subió a bordo y examinó la embarcación. Estaba claro que la lona había cumplido su función protectora ya que, aparte de algo de suciedad, el interior estaba perfecto: la consola central, donde se situaban los instrumentos y el

timón, con la llave puesta; los dos asientos, uno junto al otro; los tubos hinchables que recorrían el perímetro; el casco interior… Todo parecía en orden.

Dispuesta a no dejarse nada por revisar, igual que si fuese a realizar una navegación en alta mar durante días, también inspeccionó la zona de carga, situada en popa, donde descubrió, con gran regocijo, cajas llenas de conservas, botellas de agua y varios bidones de combustible. Después bajó al camarote. Allí también se llevó una gran alegría al ver varios cortavientos, sudaderas y pantalones colgando de perchas. Lo que le llevó a la conclusión de que, seguramente, habría más ropa seca guardada en los armarios empotrados de las paredes.

Podría haberlo comprobado, pero estaba demasiado ansiosa por realizar la prueba de fuego: arrancar los motores.

Presta, regresó arriba, se sentó frente a la consola de mando y agarró la llave de contacto a sabiendas de que si la batería que suministraba la electricidad estaba descargada, de poco habría servido el riesgo que había corrido.

Respiró hondo, cruzó mentalmente los dedos y giró la llave.

Lo primero que escuchó fue un clic. A continuación un ronroneo lánguido y, finalmente, el delicioso sonido de los motores de trescientos caballos.

—¡Genial! —exclamó eufórica.

De momento la cosa iba viento en popa, como diría un marino curtido en mil mares.

Ahora venía lo más complicado. Desamarrar la embarcación.

Con dos personas sería sencillo.

Barajó la posibilidad de solicitar ayuda, a fin de cuentas la zona parecía segura; sin embargo, lo descartó.

La corriente era fuerte. Si después no era capaz de remontar el río, la embarcación podría ser arrastrada hacia la anomalía, y lo último que quería era arriesgar la vida de nadie más.

Resuelta a solucionar el marrón por sí sola, aceleró suavemente hasta que notó que la lancha forzaba las amarras, y después fue a popa.

Al soltar el cabo de la cornamusa, la embarcación osciló golpeándose contra el embarcadero. A toda prisa regresó a proa y

soltó el segundo cabo, lo que provocó una fuerte sacudida que a punto estuvo de tirarla al río.

La embarcación ya estaba libre, retenida por los motores que compensaban la corriente que quería arrastrarla.

A sabiendas de que no había tiempo que perder si no quería que la lancha comenzara a girar como una peonza, Olivia se sentó frente al timón dispuesta a tomar el mando.

Debido a lo concentrada que estaba, y al ruido de los motores, no escuchaba cómo el grupo la jaleaba desde la orilla; dando saltos y agitando los brazos, ilusionados y preocupados a partes iguales. Sobre todo Max, que era el único que sabía lo complicada que era la operación que estaba realizando.

Complicada y peligrosa, ya que si no era capaz de hacerse con la embarcación esta sería empujada por la corriente en dirección a la pared cuántica.

Nefasta circunstancia que, por desgracia, sucedió.

Dispuesta a pelear contra la naturaleza, Olivia aceleró. En un principio con suavidad, y a continuación a fondo al comprobar que los motores se revolucionaban sin que la embarcación se moviera.

—¡Mierda! —exclamó desesperada.

Repasó mentalmente las posibles causas de la falta de empuje, y encontró dos.

La primera, que los dos motores estuvieran averiados, lo cual sería extraño. La segunda, y más probable, que debido a la prolongada inactividad se hubieran acumulado ramas o lodo en las hélices, bloqueándolas.

Esa circunstancia ya la había sufrido en una ocasión, navegando por los Cayos de la Florida en una lancha de fondo plano mientras buscaba caimanes para estudiarlos. Entonces, solo tuvo que parar el motor, lanzarse al agua y quitar las ramas que se habían enredado en la hélice. Esa solución ahora no la tenía, y debía probar la única que le quedaba: invertir las hélices.

Si tenía suerte, de esta manera también podría librarse de las ramas que las atascaban.

Si tenía suerte.

Desistir ya no era una opción. Se encontraba en mitad del río. Si se lanzaba al agua, la corriente la arrastraría. Debía intentarlo.

Temblorosa, engranó la reversa y aceleró.

Aceleró más y más hasta que, por fin, notó que las hélices se libraban de sus yugos y giraban.

El problema fue que, ahora, iba marcha atrás y rápido, acercándose cada vez más al muro cuántico.

Engranó la directa y aceleró a fondo. La embarcación cabeceó, inestable, luchando contra la inercia adquirida y la fuerza de la corriente, sin lograr avanzar.

Agarró el timón con fuerza y miró atrás.

La popa de la embarcación casi tocaba el límite inestable. La fatídica pared.

Tan próxima se encontraba a ella, que pudo ver cosas que antes no había sido capaz.

Ya no le parecía que mirara a través de un cristal turbio y trémulo. En ese momento le pareció un ventanal inmenso, abierto, por el que podía asomarse a un paisaje nocturno de una belleza arrebatadora. Un paisaje casi cósmico, lleno de estrellas que describían líneas luminosas en el firmamento alrededor de una figura que iba concretándose. Era absurdo, pero ahí estaba. De pronto se reconoció a sí misma, igual que si se contemplara en un espejo. Un reflejo en el que su cuerpo parecía formado por materia volátil que se unía y desunía sin llegar a juntarse del todo.

Perpleja, abstraída, seducida por aquella visión inquietante, Olivia se olvidó de la situación tan complicada en la que estaba, y estuvo a punto de sucumbir a aquel canto de sirena que la invitaba a dejarse ir.

Por fortuna, en el último momento, cuando ya la popa de la lancha se encontraba a menos de medio metro de la pared cuántica, los motores consiguieron el empuje necesario para superar la corriente y alejarse.

Los gritos de alegría de los que aguardaban en la orilla no se hicieron esperar, e, incapaces de permanecer más tiempo quietos, se metieron en el río para abordar la lancha que milagrosamente se acercaba a ellos.

Ayudándose los unos a los otros, fueron subiendo a la embarcación. Cuando estuvieron todos a bordo, Olivia remontó el río hasta que encontró un lugar seguro en la otra orilla donde

atracar.

Eligió un saliente en el que crecía un robusto árbol que daba cobertura a una pequeña playa. Allí se dirigió, metiendo la proa en la arena hasta que la embarcación quedó estable.

Después, para mayor seguridad, ataron varios cabos al árbol y dieron la maniobra de amarre por terminada.

Ya en tierra, Max, llevado por sus sentimientos, se fundió en un abrazo largo y emotivo con Olivia. Los demás, eufóricos, comenzaron a lanzar vítores y a aplaudir con la misma efusividad que derrocharía un grupo de hinchas después de que su equipo de fútbol ganara una final.

Una vez el entusiasmo se apaciguó, llegaron los interrogantes. «¿Qué ha pasado?». «¿Por qué no avanzabas?». «¿Qué le sucedía a la lancha?».

Una a una, Olivia respondió a todas las preguntas tratando de no extenderse ni dar demasiada importancia a la hazaña, centrándose después en informar al grupo de lo que había encontrado en la barca.

—Es un regalo que debemos aprovechar. Podemos ponernos ropa seca y comer algo —propuso al acabar—. ¿Qué os parece?

—Hemos atajado mucho —comentó Max, después de consultar el mapa—. Yo diría que a todos nos vendría bien descansar y recuperar fuerzas.

Norris, negativo, meneó la cabeza.

Lara tampoco estaba muy segura de que fuera buena idea.

A Saúl y a Ruso, sin embargo, se les hacía la boca agua al pensar en los «manjares» que podía haber en aquellas latas de conservas.

—¿Cuánto tiempo cree que nos llevará llegar a la cueva desde aquí? —preguntó el físico a Lara, buscando una excusa razonable para no ponerse en marcha de inmediato.

—Si todo va bien, tres horas. Quizá cuatro —respondió esta.

—Tenemos mucho margen antes de que anochezca —concluyó Max.

Norris y Lara seguían dudando.

Olivia decidió.

—No se hable más. ¿Quién me acompaña a la lancha? —dijo resuelta.

No le faltaron voluntarios, y en pocos minutos ya habían bajado a tierra una selección variada de latas que contenían fruta en almíbar, mermelada, frijoles negros, albóndigas, carne de vaca en salsa… Y toda la ropa que encontraron.

—Buscaré leña seca —dijo Ruso—. La comida caliente siempre está más rica.

—Te acompaño —se ofreció Saúl.

Mientras ellos se ocupaban de la hoguera, Olivia se preocupó porque Lara se quitara la ropa mojada. Buscando intimidad, se apartó con ella detrás de unos arbustos y la ayudó a vestirse con unos pantalones de chándal negros, una camiseta y una sudadera grises. Al verla en ropa interior le sorprendió su extrema delgadez. Y lo sucia que estaba.

—No me mires —dijo la médica entonces, avergonzada.

Olivia, prudente, se giró y esperó a que terminara.

—Un día nos levantaremos de la cama, en nuestras casas, y nos parecerá que todo esto ha sido un mal sueño —comentó la bióloga.

—Claro. Un mal sueño —repitió Lara con voz neutra.

Media hora más tarde, ya alejados de la orilla, una fogata decente ardía dentro de un hoyo forrado de piedras.

Finalmente, ni Olivia, ni Max, ni Norris se habían cambiado. Su indumentaria táctica, efectivamente, era excelente y, una vez dejó de llover y el sol asomó en el cielo, comenzó a secarse con rapidez. Saúl y Ruso sí que se deshicieron de parte de su ropa mojada y andrajosa, y ahora presentaban mejor aspecto.

Sobre todo, por la cara de felicidad que mostraban mientras veían cómo se calentaban en el fuego las conservas de carne.

—Hasta abrelatas había —comentó el cocinero, embriagado por el aroma que ya empezaba a llegar a su pituitaria.

Sentados en troncos y piedras para evitar el suelo húmedo, todos acabaron comiendo.

Unos más y otros menos.

Unos tres latas y otros media, como Lara, que no hubo manera de que se terminara sus frijoles. Lo que sí hizo fue beber agua. Mucha. Para calmar una sed que no era debida a la deshidratación, sino a los remordimientos.

Ya con la tripa llena, descansados, secos e hidratados, con más

fuerzas y ánimos, el grupo reemprendió la marcha.

La ruta que debían seguir se presentaba aparentemente sencilla. Max, mapa en mano, la repasó con Lara. Comenzaba ascendiendo por una suave pendiente hasta llegar a un bosque donde nunca rondaban los clanes de insectos más peligrosos, porque allí no había nada que comer. Ni frutas ni otros insectos más pequeños. Después, atravesarían una explanada yerma hasta llegar a un sendero excavado entre rocas que desembocaba en la colina más alta de la isla, en cuya falda se abría la entrada a la cueva. Su destino.

La subida se dio bien. A buen ritmo y sin interrupciones. El oxígeno extra, la energía aportada por la comida y la ausencia de lluvia favorecieron extraordinariamente las capacidades físicas de los integrantes del grupo. Eso, y el saber que su objetivo último cada vez se encontraba más cerca.

Al entrar en el bosque, Max, que iba en cabeza junto a Lara controlando constantemente la dirección exacta, aflojó el paso hasta entrar en contacto con Olivia, que caminaba en solitario detrás de ellos.

—¿Todo bien? —le preguntó tras compartir unos metros en silencio.

—Sí —se limitó a responder ella, lacónica.

—Desde tu hazaña con la lancha te noto muy callada, como ausente. ¿Qué te pasa?

Olivia pensó unos segundos antes de responder.

—Cuando estuve tan cerca del límite, vi algo.

—¿Qué viste? —quiso saber Max sin ocultar su interés.

—No estoy segura. Una figura rodeada de oscuridad y luces hermosas. Creo que era… yo.

—¿Tú?

—La imagen no era nítida. Mi cuerpo daba la impresión de estar formado por puntos de colores. Como pixeles en una pantalla de ordenador de muy baja resolución.

—¿Puntos grandes?

—No. Diminutos y desunidos.

Max meditó, cabizbajo.

—¿Qué era aquello? —preguntó Olivia, preocupada.

—No lo sé.

—Lo más extraño de todo fue la sensación de paz que experimenté. De inmenso placer. Por un momento me olvidé de la isla, de la misión, del peligro… De nosotros. Solo pensaba en dejarme ir.

—Aún así, no lo hiciste.

—No —admitió Olivia, tímidamente.

El sol atravesaba las frondosas copas de los árboles dibujando retazos de luz en el suelo húmedo. El silencio era absoluto ahora que nadie hablaba. Hasta que Olivia lo volvió a romper.

—Dime qué sucede.

—¿Cómo? —preguntó Max sin entender.

—Aquí pasa algo raro, y tú debes saber qué.

—Me contaron lo mismo que a ti.

—Sí, pero yo soy bióloga y tú físico cuántico. Seguro que tienes alguna teoría.

Max enmudeció unos segundos hasta que se decidió a responder.

—Eres científica, como yo. El método científico sigue las evidencias, usa procedimientos rigurosos y repetibles, y se sirve de una lógica cuidadosa y válida antes de manifestar una conclusión.

—¿Ahora me sales con esas?

—Si se tratara de un paciente al que tuviera que diagnosticar, te diría que he ido recopilando síntomas, pero que aún no he dado con la enfermedad.

—Enfermedad. No suena muy bien.

—Quizá esté sano. Recuerda que es un paciente cuántico —respondió divertido.

—¿Sano? ¿Has visto esto? —se extrañó Olivia, abriendo los brazos con intención de abarcar toda la isla.

—Quería decir que, aparte de lo evidente, es posible que no debamos buscar más allá.

—¿No me estarás mintiendo?

—Claro que no. ¿Qué sentido tendría hacerlo? —respondió Max.

Ella estudió su cara y concluyó que era sincero.

En definitiva, le creyó. Un error muy común que las personas cometen cuando alguien dice aquello que desean oír. Sobre todo, cuando lo que buscan es escuchar las palabras mágicas: «Todo va a ir bien».

Sin embargo Max le había mentido, ya que, aunque no tenía la certeza absoluta, los síntomas que iba añadiendo a su lista lo conducían irremisiblemente hacia una enfermedad incurable y terminal.

A la cola de la marcha iba Norris, atento al menor indicio de peligro como era habitual en él. Y así, mirando hacia los árboles, descubrió algo que no le cuadraba.

Prudente, aceleró el paso hasta ponerse en cabeza, junto a Lara. Entonces pidió al resto, con la mano en alto y el puño cerrado, que se detuvieran.

—¿Qué pasa? —verbalizó la médica mientras los demás preguntaban lo mismo con sus caras de pasmo.

—Arriba —se limitó a decir el exsoldado, en susurros.

De inmediato todos miraron las copas de los árboles, y no tardaron en verlos.

—¿Qué demonios son? —se preguntó Max—. Parecen aguacates enormes.

—¡Shh! —chistó Lara—. Son Antonov.

—¡Joder! —exclamó asustado el físico.

—Creía que habías dicho que, por el día, eran menos activos.

—Sí, y también que esta zona estaría libre de cualquier clan de insectos —añadió Norris.

—Es raro, desde luego —admitió Lara—. Por aquí no hay nada que comer.

—Ahora sí —intervino Olivia, premonitoria.

—Pues hay un montón —observó Saúl, mirando hacia arriba.

—Estamos en mitad del bosque. Tardaríamos lo mismo en salir retrocediendo que avanzando.

—Parecen dormidos —comentó Norris—. ¿Eso es posible?

—Los insectos duermen —respondió Olivia—. Aunque no todos de la misma forma. Por ejemplo, la mosca de la fruta tiene un sueño largo y profundo. Sin embargo, las hormigas duermen al día unas cuatro horas, distribuidas en doscientas cincuenta siestas de un minuto.

—Crucemos los dedos porque estos sean de los dormilones y sigamos adelante. No nos queda otra —concluyó Max.

En absoluto silencio y procurando evitar pisar ramas que

crujieran al romperse, el grupo continuó la marcha. Una marcha tensa, desconfiada, con las armas a punto y la vista clavada en el dosel de monstruos alados que los acechaban.

Y de esta manera, sin que observaran movimiento alguno en los Antonov, llegaron al final del bosque. A partir de allí se veía una extensión arenosa y plana ausente de cualquier vegetación. Una franja muerta que se extendía doscientos metros hasta el sendero excavado entre unas rocas, que finalmente los conduciría a la falda de la colina.

—¡Uff! No me llega la ropa al cuerpo. ¡El miedo que he pasado! —reconoció Max.

—No lancemos las campanas al vuelo. Ahora llega lo peor —vaticinó Norris, cortando de raíz el entusiasmo del grupo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ruso.

—Será una descubierta. Un lugar perfecto para una emboscada.

—Hablas de esos bichos igual que si fuesen soldados bien entrenados.

—Quizá lo sean —intervino Olivia.

—Dejémonos de especulaciones siniestras y continuemos —atajó Max, acelerando al paso.

En esta ocasión caminaron formando un grupo apretado, bajo un sol que hacía horas que había sobrepasado su zenit.

A medida que se alejaban de la linde del bosque fueron cobrando confianza, y a mitad de recorrido ya dieron por superado el peligro.

Fue en ese momento cuando Saúl, que llevaba un buen rato aguantándose las ganas de orinar, se detuvo, se giró para que nadie le viera las vergüenzas, y comenzó a mear.

Una meada larga, placentera, que disfrutó trazando dibujos en la arena con los ojos cerrados.

Al terminar se sacudió satisfecho, se subió la cremallera de la bragueta y reanudó la marcha.

El grupo se había distanciado unos quince metros de él, y aceleró el paso para alcanzarlos.

Entonces fue cuando lo oyó.

Un sonido sibilante, modulado, parecido al que produce el viento al pasar por una rendija.

Un sonido que no le era ajeno, y que le heló la sangre.

Al volverse, receloso, los vio.

Volaban bajo, tan rápido como cohetes, y eran muchos.

Ni siquiera le dio tiempo a avisar a los demás del peligro que se les venía encima.

En décimas de segundo recibió dos impactos brutales. Uno en la rodilla derecha, destrozándosela y haciendo que su pierna se doblara en un ángulo imposible. El otro en el plexo solar, rompiéndole el esternón y varias costillas, que acabaron clavadas en sus pulmones.

Escupiendo sangre, cayó al suelo.

La última imagen que registró su cerebro antes de morir fue la de decenas de Antonov, grandes como pelotas de *rugby*, con sus élitros desplegados sobre sus alas membranosas, lanzados al ataque igual que haría un escuadrón de aviones de combate.

27
HUIR, LUCHAR Y MORIR

Ruso, al volverse en busca de Saúl, fue el primero en percatarse de la nube negra que se les venía encima.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —repitió gritando.

El resto, después de girarse desconcertados, fueron conscientes del ataque y obedecieron justo a tiempo de evitar los letales impactos.

La clave del éxito de los Antonov era su velocidad, que lograban cogiendo un impulso de varios cientos de metros. Por esa razón, tras errar su primera acometida, se elevaron en el cielo describiendo una amplia parábola.

—¡Rápido! ¡Corred antes de que vuelvan! —dijo Norris, levantándose del suelo.

Espoleados por el sabio consejo y el intenso miedo, todos imitaron al exsoldado y se lanzaron a la carrera en dirección al único lugar donde podrían encontrar refugio: el sendero rocoso.

Sin dejar de mirar hacia arriba, controlando la posición del enjambre, corrieron desesperados mientras escuchaban el terrorífico zumbido que producían cientos de alas acercándose.

Un rápido cálculo llevó a Norris a la conclusión de que los alcanzarían antes de llegar a las piedras, y gritó:

—¡Parad! ¡Parad!

Huir no sería suficiente, deberían luchar.

También fue consciente de que no tenía tiempo para muchas indicaciones, y dio las precisas para establecer la defensa.

—Juntos. Manteneos agachados. Max y Olivia en el centro. Los demás, armas a punto.

Obedientes, tomaron posiciones y se prepararon para resistir la embestida. Que no llegaba de una sola dirección, sino desde varias.

—Ahorrad munición —recomendó Norris, apuntando con su UZI a un grupo compacto de Antonov que se acercaba por su flanco.

También atacaban por el de Ruso, que accionó la corredera de su escopeta dispuesto a descargar plomo a diestro y siniestro.

A Lara, situada en el otro vértice del triángulo defensivo, lo que más le preocupaba era la seguridad de Max, y se esforzaba por mantenerse delante de él, pistola en mano. Circunstancia con la que no estaba demasiado cómodo el físico, que se negaba a ser un indefenso protegido y mantenía su barra de hierro en alto, presta para golpear; al igual que Olivia, que tampoco se resignaba al papel de mera espectadora, y formó tándem con él en el centro del grupo.

—¡Ya llegan! —gritó el exsoldado por encima del incesante zumbido—. Cuando pasen, los que puedan, que corran hacia las rocas.

«Los que puedan», repitió mentalmente Ruso, dirigiendo una rápida mirada hacia el lugar en el que Saúl estaba siendo devorado por decenas de aquellos inmundos bichos.

¡Ra, ta, tá! ¡Ra, ta, tá! ¡Ra, ta, tá!

El primero en disparar fue Norris. Tres ráfagas cortas, certeras, que abatieron a seis Antonov haciendo que el resto de los que atacaban por su lado se dispersara. Ruso lo siguió, descargando dos andanadas de postas bien dirigidas que convirtieron en confeti a varios de aquellos insectos voladores, aunque no detuvo a la escuadrilla, que sobrevoló su cabeza a punto de arrancársela. Lara también se daba maña con la pistola, acertando enemigos en un noventa por ciento de las veces.

Eran buenos tiradores, si bien no sería suficiente. Los Antonov eran demasiados y no cesarían en sus acometidas por muchas bajas que sufrieran.

Tras cada pasada, el grupo echaba a correr en dirección a las rocas, como había aconsejado Norris, y ya se encontraban a menos de cincuenta metros de la salvación.

Pero cincuenta metros, en aquella situación, se antojaba una distancia insalvable.

De nuevo en formación defensiva a la espera del enésimo ataque aéreo, el exsoldado quiso hacer balance.

—¿Cómo andáis de munición? —preguntó mientras introducía en la UZI su último cargador.

—Cero cartuchos —informó Ruso, agarrando la escopeta por el

cañón para usarla como garrote.

—Seis balas —dijo Lara, después de comprobarlo.

—¡Mierda! —exclamó entonces el exsoldado, con la vista puesta en el enjambre que se precipitaba sobre ellos.

No habría otra oportunidad. Después de repeler ese ataque, si es que lo conseguían, tendrían que alcanzar las rocas, y no sería fácil.

Debían cambiar de estrategia.

Arriesgar.

—Moved las barras de hierro por encima de vuestras cabezas —indicó Norris a Max y a Olivia, que hasta el momento las habían usado como lanzas con pésimos resultados—. Como si fuesen banderas. ¿Entendéis?

—Sí —respondieron los dos al unísono.

—Lara y Ruso, haced lo que podáis —continuó el exsoldado al tiempo que movía el selector de su metralleta a «tiro a tiro»—. Cuando pase el enjambre, corred para poneros a salvo. Yo me quedaré aquí para cubriros.

—De eso nada —replicó Ruso—. Correremos todos.

—Nos cazarán antes de llegar. No hay más remedio que crear una distracción.

—Pues seremos dos.

—Yo también me quedo —dijo Lara.

—Y yo —añadió Olivia—. La prioridad es Max. Los demás somos prescindibles.

—Muy noble gesto, pero no —replicó Max—. Continuaremos juntos.

—No discutas. Sabes que llevamos razón.

—Saldremos de esta juntos. ¡Joder! —repitió el físico, inflexible —. Y ahora, preparaos. Ya llegan.

El zumbido aterrador fue en aumento, al igual que la mancha oscura que volaba hacia ellos a gran velocidad.

En cuestión de segundos cayeron sobre el grupo como aviones «Cero» kamikazes.

Mermados de munición, la lucha se complicó.

Norris ya no abatía a grupos enteros gracias a sus ráfagas, ahora debía ser comedido y elegir muy bien el objetivo antes de disparar. Por su parte, Lara, una vez vació su cargador, se vio obligada a usar

la pistola como martillo con escasos aciertos. Mejor se apañaba Ruso con la escopeta, golpeando Antonov con una precisión asombrosa.

Max y Olivia, mientras, agitando las barras de hierro como les había indicado Norris, estaban consiguiendo que, al menos, los bichos que llegaban desde arriba quedaran neutralizados.

Cuando ya pensaban que la refriega tocaba a su fin, y que los Antonov se alejarían para organizar un nuevo ataque, una escuadrilla formada por diez individuos de gran tamaño surgió de repente volando hacia ellos a una velocidad de vértigo.

Llegaban por el flanco que cubría Ruso, y estaba claro que él solo lo tendría complicado para detenerlos.

Norris se percató del peligro, aunque nada podía hacer por auxiliarlo, ya que bastante tenía con anular a los últimos Antonov que hostigaban su lado.

Igual de ocupados se encontraban Max y Olivia, centrados en los enemigos que todavía caían en picado.

Únicamente quedaba Lara para echar una mano al cocinero, y no se la negó.

Hombro con hombro, con los pies bien asentados en la tierra, esperaron al escuadrón de élite que cruzaba el cielo en formación compacta, a media altura y directo hacia ellos.

—Va a ser jodido —dijo Ruso con la escopeta preparada para golpear.

—Y que lo digas —reconoció Lara con el brazo en alto, empuñando la pistola.

No tuvieron tiempo de hablar nada más.

En décimas de segundo los tuvieron encima, y el encontronazo fue terrible.

Ruso se concentró en el Antonov que llegaba en cabeza, un espécimen enorme. Cuando lo tuvo a la distancia adecuada, lo golpeó. El gran peso del insecto, multiplicado por diez debido a la velocidad que traía, equivalía a que un jugador de beisbol bateara una bombona de butano. Por tanto, el resultado fue nefasto. La escopeta saltó de sus manos y su hombro derecho se dislocó, quedando el cocinero totalmente indefenso.

Peor le fue a Lara, que, tras fallar un golpe con su ridícula arma,

recibió el impacto directo de un Antonov de más de un kilo en la parte superior del abdomen, causándole lesiones internas y haciendo que cayera de rodillas.

Heridos e indefensos, sin que nadie pudiera auxiliarlos, Ruso y Lara fueron presa fácil para los últimos Antonov que formaban la escuadrilla.

El primero en morir fue el cocinero, reventado por dentro tras recibir tres impactos devastadores en la espalda.

A continuación Lara, presa de un engendro volador que se estrelló en un lateral de su cabeza rompiéndole el cuello y causándole una muerte instantánea.

—¡Nooooo! —gritó Olivia entonces, impotente, centrada en repeler, junto a Max y Norris, a los últimos Antonov que volaban sobre ellos.

Dos bajas. Dos valientes caídos. La guerra es así, injusta y brutal. Tanto si se trata de enemigos humanos como de insectos mutantes. Eso pensó Norris, decidido a que su muerte no fuese en vano.

—¡Ya se largan! ¡Corramos! —anunció a gritos.

No había tiempo para duelos ni emotivos panegíricos. Ni tan siquiera para mostrar un mínimo de misericordia. Si no querían ser los próximos en yacer muertos sobre la tierra, debían huir. Y rápido.

Max era el más veloz, y no tardó en ponerse en cabeza. Norris lo seguía de cerca, y algunos metros por detrás, con la congoja oprimiendo su pecho y la cara arrasada en lágrimas, Olivia.

Al percatarse de la situación, Norris bajó el ritmo hasta situarse a la altura de la bióloga.

—¡Vamos! —la espoleó, rudo.

Ella soltó la barra de hierro, que la dificultaba para correr, y aceleró cuanto pudo tratando de arrinconar la imagen de Lara tendida en el suelo como una muñeca rota.

El *sprint* dio resultado, y los tres se encontraban a tiro de piedra de las protectoras rocas sin que los Antonov hubieran tenido tiempo de reorganizarse y lanzar un nuevo ataque.

«Por fin algo sale bien», se decía Norris cuando, de pronto, surgió algo de la arena.

Formando varias líneas paralelas vio los caparazones oscuros y redondos de docenas de Bomberos cortándoles el paso.

Max y Olivia también los vieron y, de inmediato, bajaron el ritmo.

—Si nos detenemos será el fin —determinó Norris, tomando la delantera.

—¿Qué hacemos? —preguntó el físico, indeciso.

—Seguidme. Abriré una brecha —respondió el exsoldado, a sabiendas de que solo le quedaba medio cargador en la UZI.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Apuntando sin detenerse, con temple, fue acertando a los Bomberos, que saltaban hechos pedazos gracias al poder destructor de las balas de punta hueca.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Sonaban los disparos, espaciados, precisos, mientras avanzaban en fila india entre aquellos engendros del infierno que lanzaban ácido a su paso.

Chorros de más de dos metros que caían cerca de ellos, amenazando con quemarlos.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Norris eliminaba enemigos creando una franja de seguridad que Max y Olivia atravesaban al momento.

El problema es que iban demasiado despacio, y los Antonov se acercaban dispuestos a darles el golpe de gracia.

Había que darse prisa.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

La precipitación hizo que Norris errara algunos disparos, obligándolo a gastar más munición de la necesaria.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

¡Bang! ¡Bang!

¡Clic!

El cargador estaba vacío, y aún les quedaba una línea de Bomberos que rebasar.

Resuelto a no rendirse, Norris tiró la UZI, arrebató la barra de hierro de las manos de Max, y comenzó a ensartar con ella a los últimos bichos que se interponían entre ellos y las rocas.

No era difícil acertar, los Bomberos eran grandes y lentos, el problema era que debía acercarse mucho más que cuando les

disparaba. La distancia de la barra de hierro, metro y medio, incrementaba el riesgo de recibir un chorro del letal ácido.

Como así pasó.

Casi habían logrado traspasar el cerco cuando Norris, que se disponía a matar al último Bombero que les cerraba el paso, recibió de este una andanada de líquido que lo alcanzó de lleno.

Enseguida su ropa comenzó a echar humo. Pese a ello, él no se amilanó y mató al insecto antes de que el intensó calor llegara a su piel.

Calor que pronto se convirtió en fuego abrasador.

—*¡Gr…! ¡Diooos mío!* —gritó angustiado, notándose desfallecer.

Por fortuna, antes de que se desplomara inconsciente, Max y Olivia lo agarraron cada uno por un brazo y, a rastras, lo llevaron hasta las benditas rocas.

Ya a cubierto, bajo un saliente protector, la bióloga pudo evaluar los daños.

No era su campo la medicina, pero se daba maña. Sacó el botiquín de su mochila y, con las tijeras, cortó la ropa para dejar al descubierto las quemaduras.

El silencio y la cara de pasmo de Max fueron significativos. El ácido había caído sobre su pierna derecha, en el estómago y en parte de la cara, y fundía la carne igual que si fuese mantequilla sobre una plancha caliente.

Antes de que pudieran hacer nada, asomó la rótula, el fémur, las costillas y la mandíbula inferior.

—¡Dame algo para el dolor, por Dios, dame algo! —suplicó Norris, desesperado, mientras el aire se le escapaba por el agujero que se había abierto en su mejilla.

Olivia no se lo pensó dos veces y fue directa a la morfina. Dos ampollas autoinyectables que le suministró por vía intramuscular, clavándoselas en la pierna herida.

¡Gr…! ¡Gr…! —seguía quejándose el exsoldado, sufriendo el dolor más intenso que había experimentado en su vida.

Entretanto, Max, preocupado por los insectos, miró por encima de las rocas y lo que vio le tranquilizó.

Los Antonov ya no volaban, estaban en tierra, amontonados

sobre los cadáveres. También los Bomberos habían perdido interés por ellos, y caminaban hacia el banquete.

—Si no nos ven, no existimos —dedujo en voz alta—. Lo que me preocupa son las cucarachas. ¿Dónde estarán?

—Son las menos fuertes, aunque las más inteligentes. Derrotadas las hormigas, ahora los demás trabajan para ellas. ¿No te suena otra especie semejante? —dijo Olivia, al tiempo que cogía del botiquín una crema antiséptica y vendas—. Ven, ayúdame.

Cuando Max se agachó junto a la bióloga, esta ya había dejado por completo al descubierto las quemaduras de Norris, y su visión era espantosa.

—No estoy muy guapo, ¿verdad? —soltó el exsoldado, zumbón, una vez el opiáceo comenzó a hacerle efecto.

—Te pondrás bien —dijo Max, por decir algo.

—Sí, claro. Y también podré estornudar con los ojos abiertos.

La tarea de vendar las profundas y extensas heridas no fue fácil. Mano a mano, Olivia y Max, lograron realizar un trabajo decente. Al acabar, Norris parecía dormido.

—¿Demasiada morfina? —preguntó el físico.

—Ni idea. Al menos ha dejado de dolerle.

—Inconsciente no podremos cargar con él.

Olivia se apartó del herido y pidió a Max, con un gesto, que la siguiera.

—¿Cargar con él? —preguntó entonces la bióloga, retórica, bajando la voz—. El líquido abrasivo ha perforado la dermis y los músculos, afectando a órganos internos. El hígado y los intestinos están achicharrados. No creo que podamos hacer nada por él.

—¡Jodida isla! —gruñó Max.

—Esto ha sido una auténtica carnicería. Desde que llegamos no ha hecho más que morir gente. Liam, Bruna, Robin, Ruso, Lara… —enumeró melancólica, aguantándose el llanto.

—Debemos continuar. Estamos demasiado cerca para rendirnos —dijo Max, cogiendo su cara con ambas manos al notar su ánimo bajo mínimos.

—Ya. ¿Y qué hacemos con él? ¿Abandonarlo como hemos hecho con los demás?

—No te tortures. No hemos abandonado a nadie. Las

circunstancias…

—Ahórrate las justificaciones, eso no hará que me sienta mejor.

—Tampoco lo hace conmigo, pero al menos intento no mortificarme.

—Eh, que todavía no me he muerto y os estoy oyendo —dijo de pronto Norris, con la voz turbia.

—Oh, lo siento. Nosotros… —comenzó a disculparse Olivia, invadida por la vergüenza.

—Tranquila, ya soy mayorcito para saber cuando la cosa está jodida. Me apetece fumar. ¿Podríais ayudarme? Tengo las putas manos dormidas.

Solícito, Max palpó sus bolsillos hasta dar con el mechero y la cajetilla. Sacó un cigarro y se lo puso en un lateral de la boca, la que aún conservaba labios. Finalmente, le acercó la llama del mechero.

Después de aspirar trabajosamente, el humo comenzó a salir por la gasa que cubría su mejilla, produciendo un efecto inquietante.

Un par de caladas más, y le retiró el cigarro de la boca.

—Ha llegado mi hora —dijo el exsoldado, sereno.

Max iba a pronunciar unas manidas palabras de consuelo; sin embargo, se las calló. Con Norris, incluso drogado y maltrecho, sobraban.

—No me quejo. Podría haber sido peor. Aquí noto el aire en la cara, y veo ese cielo tan azul. Nunca quise morir en una fría habitación de hospital, meado y cagado. Y solo.

—Creía que no te caíamos bien —dijo Olivia.

—No me cae bien nadie. Al menos, vosotros, sois de fiar.

Con un gesto de barbilla indicó a Max que le acercara el cigarro a la boca, y este lo hizo.

Tras dar una calada, continuó hablando.

—A lo que más temo es al dolor. He visto suficientes veces a ese cabronazo martirizar a compañeros heridos para saber que es peor que la propia muerte. Quiero que me inyectes toda la morfina.

—¿Toda? —se sorprendió Olivia.

—El trámite se pasará mejor. Y será breve. Vamos, haz lo que te pido. Con 200 mg bastará.

Olivia miró a Max, y este afirmó con la cabeza.

Una vez reunidas las ampollas que llevaban en los botiquines, las contó. En total quedaban diez de 25 miligramos. Ya le había inyectado dos, lo que significaba que debía inyectarle seis más. Cogió la primera y, cuando estaba a punto de clavársela, se levantó de un salto.

—No puedo. Lo siento. No puedo —sollozó mientras su pecho subía y bajaba, incapaz de controlar la angustia.

Max se acercó a ella y, con delicadeza, cogió la ampolla de su mano.

—Lo haré yo —dijo antes de volver junto a Norris.

Una a una, hasta completar la dosis letal, el físico le fue inyectando las ampollas de morfina en el muslo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó al terminar.

El exsoldado entornó los ojos.

—En la puta gloria —contestó socarrón, antes de toser—. Ponme el cigarro en la boca.

Dio una calada mínima, recostó la cabeza contra la piedra y se giró para mirarlos.

—¿Os puedo pedir un último favor? —preguntó con una voz cada vez más débil.

—Claro. Lo que sea —se precipitó a responder Max, mientras Olivia lo observaba con un leve temblor en los labios.

—Quedaos conmigo hasta que muera. No tardaré mucho.

Y el veterano soldado cumplió su palabra.

A los pocos minutos, Max y Olivia lo vieron convulsionar levemente, haciendo que su colilla apagada cayera de su boca, y después quedarse quieto con la vista perdida.

Había muerto.

Aún así, la bióloga comprobó si respiraba y le buscó el pulso.

—Ya está —se limitó a decir.

—Por aquí hay muchas piedras. Lo cubriremos —propuso Max —. A él no le hubiera gustado servir de alimento a esos carroñeros.

Cuando acabaron de hacerlo, delante del montículo bajo el cual descansaba el cuerpo de Norris, Olivia rompió a llorar. Lloró por él y por el resto. Y sobre todo por Lara, desahogándose por fin.

—Debemos irnos —dijo Max también emocionado, cogiendo la mochila del exsoldado.

Ella asintió, se limpió las lágrimas con la mano y echó a andar detrás del físico.

28
LA CUEVA

Olivia y Max recorrieron la zona rocosa en silencio y permanente alerta, escudriñando el cielo y vigilando la retaguardia. Nada podía darse por supuesto. Ni ningún lugar en aquella isla era totalmente seguro. Esa era una enseñanza que habían aprendido a base de sangre y fuego.

Una vez se acabaron las rocas apareció la falda de la colina. Max consultó el mapa y la brújula antes de variar unos grados la dirección a seguir.

Continuaron sin pronunciar palabra, ascendiendo, hasta que, medio oculta entre arbustos, creyeron ver una abertura.

Sin hacerse ilusiones, se dirigieron a ella.

Justo antes de llegar, cuando se encontraban a unos cuarenta metros, Max confirmó lo que tanto esperaban.

—Es allí —dijo con el ánimo dividido.

Por una parte, ansiaba poder enfrentarse a esa maldita máquina de una vez; por otra, lo temía.

Él era un hombre que adoraba el control, y al que le atraían los enigmas. Resolverlos le fascinaba. Recoger piezas y unirlas. En su caso estas eran los datos, los hechos, las circunstancias, las variables en una ecuación, y, lamentablemente, debía admitir que para que todo encajara necesitaba encontrar la pieza que faltaba.

Eso lo torturaba, pero en vista de la apatía y el abatimiento que notaba en Olivia se vio obligado a sobreactuar mostrándose optimista.

—Pronto acabará todo —dijo mientras se acercaban a la cueva.

Olivia se mantuvo callada, y le mostró una sonrisa motivada por la esperanza.

Por la abertura, de forma redondeada, bien podría entrar una camioneta grande. Al asomarse solo vieron oscuridad. Con las linternas en la mano y el aliento contenido dieron los primeros

pasos por lo que parecía una galería de suelo arenoso y paredes y techo de piedra desgastada.

Tremendamente cautos, escudriñando con el haz de luz cada centímetro del corredor, siguieron avanzando. Olía a humedad, y la temperatura era algo más alta que en el exterior. Llegados a un punto, el pasadizo hizo una curva suave y continuó hacia la izquierda.

—Vamos bien —afirmó Max, después de comprobar que el ensanchamiento de una pared había sido obra del hombre, probablemente con el objetivo de que cupiera el vehículo que transportó La Máquina.

Aunque no fue eso lo único que descubrió. A medida que andaban por ese nuevo corredor, notó que la temperatura aumentaba.

—Apaga la linterna —dijo entonces.

—¿Por qué? —preguntó Olivia, horrorizada ante la posibilidad de verse rodeada de una amenazante oscuridad.

—Quiero comprobar algo. Apágala.

Una vez las luces de las linternas desaparecieron, y los ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, lo vieron.

Se trataba de un leve resplandor amarillo que provenía del final del pasadizo, creando una neblina lejana.

—Sigamos —dijo Max, encendiendo de nuevo su linterna.

Llegando al último tramo, la temperatura experimentó una subida significativa.

—¡Qué calor! —se quejó Olivia.

—Calculo que estaremos a unos treinta y cinco grados. ¿Tú qué crees?

—Por lo menos.

La luz amarilla era cada vez más intensa, y confirmaron que el origen era otro corredor que giraba de nuevo a la izquierda.

—Esto no se acaba nunca —se quejó la bióloga.

—Ya llegamos. ¡Mira! —exclamó Max al asomarse por la esquina y ver que, al final del pasadizo, aparecía una caverna iluminada.

Recelosos fueron acercándose. Paso a paso, tan alertas como un centinela rodeado de ruidos, salvaron la distancia que los separaba y entraron en aquella cámara natural que simbolizaba el final de su

viaje.

—Aquí dentro hace un calor infernal —se quejó Max, desabrochándose la camisa.

—Ya te digo. Parece una sauna —secundó Olivia, sudando como un pavo cerca del matadero.

El espacio era diáfano, circular, de unos veinte metros de diámetro. El techo era alto, abovedado, y de él sobresalían rocas puntiagudas al igual que de las paredes. El suelo, sin embargo, era paradójicamente plano y nivelado.

Pero no fue en eso en lo primero que se fijaron Max y Olivia, sino en el artefacto situado en el centro de la caverna y apoyado en dos caballetes fabricados con gruesos tubos de acero. El aspecto era semejante al de un frigorífico gigante, con las superficies lisas, bruñidas, y las aristas bien definidas. La luz que habían visto, y que les había guiado por los corredores, surgía de un foco grande instalado sobre un trípode. El tono amarillento era debido a la potente bombilla de sodio dirigida directamente hacia La Máquina.

Junto a una de las paredes había dos mesas con ordenadores, sillas y estanterías metálicas en las que se amontonaban una gran cantidad de equipos que no eran capaces de identificar.

Cauto, Max se dirigió hacia allí. Olivia lo siguió.

Al llegar, el físico se puso a revolver entre aquel montón de aparatos desordenados.

—¿Qué buscas? —preguntó entonces la bióloga.

—Necesito el electroimán para abrirla. Tiene que estar por aquí.

—¿Cómo es?

—Pues, más o menos… ¡Como esto! —respondió ufano, tirando de un carrito parcialmente cubierto con una lona.

Sobre él había un extraño artefacto compuesto por un cilindro, del tamaño del tambor de una lavadora, que sobresalía de una caja metálica.

Aunque la iluminación era intensa en el centro de la caverna, en aquella parte era escasa y debió empujar el carro hasta una zona donde pudiera ver mejor.

—Genial, la batería aún tiene carga —anunció después de pulsar varios botones y comprobar que un led verde se encendía.

Hecho esto se dirigió hacia las mesas donde estaban los

ordenadores y los conectó. Olivia, que lo seguía desconcertada, se decidió a preguntar.

—¿Qué haces ahora?

—Me gustaría echar un vistazo.

—¿Un vistazo?

—Los ordenadores funcionan. No hay cables, pero parecen alimentados por La Máquina al igual que el foco. Probablemente, mediante algún tipo de carga inductiva.

—No me has contestado.

—Quiero ver los últimos registros. No te preocupes, es solo curiosidad de físico.

Eso le dijo antes de tomar asiento delante de uno de los ordenadores y comenzar a teclear comandos de búsqueda.

Mientras esperaba a que la pantalla se llenara de datos, Max se fijó en el batiburrillo de hojas repletas de fórmulas y anotaciones manuscritas que había sobre la mesa. Las reunió en un montón y las dejó a un lado para mirarlas más tarde.

Entretanto, Olivia, asfixiada de calor, se quitó la camisa y se la anudó a la cintura, quedándose tan solo con una camiseta de tirantes. Estaba intranquila, deseando que aquella pesadilla terminara, y también asustada. La cueva era una ratonera. Si cualquiera de los clanes de insectos los sorprendía allí, no tendrían escapatoria. Tampoco estar cerca de La Máquina le gustaba lo más mínimo. Aunque aparentaba ser un artefacto inofensivo, bien sabía de su poder, y deseaba su apagado de inmediato.

¿Por qué Max no? ¿Por qué ahora perdía el tiempo en mirar los registros? ¿Qué le interesaba? Se preguntaba confundida.

Quieta, meditabunda, en absoluto silencio, percibió una vibración. Algo semejante al zumbido que produce un electrodoméstico en *stand by*. Solo le bastó dar unos pasos hacia La Máquina para confirmar que el sonido procedía de ella. Un sonido de baja frecuencia que enloquecería a un animal, pero que apenas notaba un humano.

Pensaba en ello, y en su posible efecto beneficioso para alejar a los insectos, cuando vio a Max revolverse en la silla. Bufar. Acercarse a la pantalla del ordenador. Teclear y volver a bufar.

—¿Todo bien? —preguntó la bióloga.

—Sí, sí —se apresuró a responder el físico.

—¿Te queda mucho? A pesar del puñetero calor, este lugar me da escalofríos.

—Unos minutos. Necesito unos minutos más —suplicó Max, retirándose del ordenador para coger el taco de folios manuscritos.

Olivia meneó la cabeza, insatisfecha, y decidió matar el tiempo paseando.

Evitando La Máquina bordeó la gruta, parándose a mirar algunos de los objetos tirados en el suelo. Había ropa vieja y rota, herramientas, envases de comida vacíos y herrumbrosos, recipientes sucios… También encontró un camastro con el colchón mugroso, y botellas de plástico llenas de un líquido amarillo. Con recelo cogió una, desenroscó el tapón y olisqueó el contenido.

—¡Buag! —exclamó asqueada, al identificar orín rancio.

Dedujo que todo aquello había pertenecido al doctor Robinson y a su ayudante. Bien sabía lo que era trabajar en condiciones precarias, sin baño ni una cama decente donde descansar unas horas.

En su recorrido, también pasó por las aberturas secundarias de la gruta. En total había tres. Se asomó a las dos primeras y se decidió a curiosear en la tercera. Estaba completamente a oscuras. Encendió la linterna y dio un par de pasos. Se trataba de un pasadizo estrecho, de techo tan bajo que la obligaba a caminar encorvada. Olía a moho y a tierra húmeda, aunque al menos la temperatura era más agradable. Continuó avanzando hasta que llegó a una bifurcación, y allí se detuvo.

Con el haz de la linterna recorrió paredes, suelo y techo, buscando señales de algún clan de insectos. No vio nada significativo y regresó a la gruta.

El calor de nuevo. La incertidumbre. Un Max distante y evasivo…

No se encontraba cómoda. Armándose de valor se encaminó hacia La Máquina. La temperatura aumentó, y el zumbido. Las superficies metálicas absorbían la luz anaranjada del foco de sodio haciendo que pareciera fabricada en oro.

Fascinada por la belleza de su simplicidad, y a la vez aterrada, acercó una mano temblorosa hasta tocarla.

El calor irradiaba de ella, pero no quemaba. Por un instante notó cómo la vibración que nacía en el interior pasaba a través de su mano e invadía su cuerpo por completo.

Fue una sensación extraña. Confusa. Más próxima al placer que al dolor.

Un ruido a su espalda la sacó de su embelesamiento.

Asustada, retiró la mano de la superficie bruñida y se giró.

Al hacerlo, vio a Max empujando el carrito que portaba el electroimán.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Échame una mano con esto —se limitó a decir el físico.

Solícita, Olivia lo ayudó a llevar el carro junto a uno de los extremos de La Máquina.

—¿Esto la abrirá?

—Supongo —respondió Max, lacónico.

—Es como quitar el antirrobo a una prenda de ropa —recordó Olivia—. Lástima que nadie en la isla lo supiera. Se habrían ahorrado muchas muertes. ¿No crees?

Max no respondió. Se le veía acelerado, invadido repentinamente por la urgencia.

—Sujeta aquí mientras activo el electroimán —dijo sin mirarla —. Procura que esté en contacto con la superficie en todo momento.

—¿Así?

—Perfecto.

—No me has contestado. ¿Has encontrado algo en los registros?

—Es posible —respondió Max, serio—. Atenta. Voy a pulsar el interruptor.

En cuanto lo hizo, el flujo eléctrico producido por la batería circuló por el solenoide de cobre, alrededor del núcleo de hierro, para crear un campo magnético muy potente.

Tanto, que Olivia se sorprendió al escuchar el tremendo ruido que produjo el imán al pegarse a la superficie de La Máquina.

Después llegaron otros. Metálicos, menos bruscos, semejantes a los que harían los engranajes de una caja fuerte mientras se abre.

Y eso fue lo que pasó.

Una vez cesaron los ruidos, el lateral de La Máquina se separó, y comenzó a descender como si fuese el puente levadizo de un castillo.

Max se apresuró a apagar el electroimán y a retirarlo para dejar que la compuerta bajara del todo.

Una vez concluyó la secuencia, el interior se mostró en todo su esplendor.

Olivia se quedó de piedra.

—¡Madre de Dios! ¿Qué es esto?

—El panel de control —se limitó a responder el físico, al tiempo que sacaba su libreta.

Lo que la bióloga veía era una mezcolanza de piezas diminutas entrelazadas entre sí para crear un conjunto de una complejidad extrema. Algo parecido a un circuito impreso, aunque con aspecto orgánico e infinitamente más enrevesado. Además, y eso fue lo que más llamó su atención, del centro, naciendo de una placa rectangular y proyectándose en el aire, surgían imágenes que representaban símbolos incomprensibles.

—Está claro que algo así no ha podido fabricarse en la Tierra —concluyó perpleja—. ¿Sabrás manejarla?

—Supongo —respondió Max, ambiguo.

—¿Qué te pasa? Te noto raro.

El físico no respondió, y continuó revisando las notas que la doctora Bravo le había proporcionado sobre el funcionamiento de La Máquina.

Leía y miraba aquel panel etéreo, una y otra vez, sin interactuar.

De pronto sacó una hoja arrugada del bolsillo del pantalón, manuscrita por el doctor Robinson, la consultó y volvió a quedarse mirando embobado el panel.

—¿Quieres decirme qué te pasa de una maldita vez? —lo increpó Olivia, cansada de que la ignorara.

Finalmente, Max giró la cabeza para mirarla.

—Se equivocaron —dijo con gesto abatido—. El doctor Robinson tenía razón.

—¿Razón? ¿De qué hablas?

—La Máquina. Pensaban que se trataba de una batería. De una fuente de energía ilimitada. Pero no es así.

—¿Y qué demonios es?

—Un motor —respondió Max con gesto abatido.

—Vale, es un motor, ¿y qué? —preguntó Olivia con retintín, cansada de tanto misterio.

—¿No lo entiendes? Que sea un motor rellena las lagunas.

—¡¿Qué lagunas?! —exclamó la bióloga, cada vez más alterada.

—Es la pieza que faltaba. La que resuelve el puzle. La que lo cambia todo.

—¿Qué cambia? —preguntó Olivia, temerosa de la respuesta.

Max respiró hondo, soltó el aire de los pulmones con lentitud y después dijo:

—El hecho de que jamás podremos salir vivos de esta isla.

29
DOBLE NACIONALIDAD

Olivia dio un respingo y se encaró con Max.

—¿De qué hablas? ¿Te has vuelto loco?

—Escúchame. Ahora todo encaja —dijo él, vehemente—. Nada más aterrizar en la isla, empezaron los sucesos extraños. Nuestro desmayo de varias horas, la desaparición del barco, los fallos en las brújulas… En un principio traté de justificarlos, al fin y al cabo habíamos atravesado lo que pensábamos que era una pared cuántica creada por una energía desconocida; sin embargo, después continuaron produciéndose más.

—¿Te refieres al aumento de oxígeno?

—Exacto. Y a los insectos gigantes. Todo está relacionado.

—¿Relacionado con qué?

—Tú nos hablaste de ella. De la era geológica en la que algunos insectos llegaron a alcanzar proporciones monstruosas debido al alto nivel de oxígeno en la atmósfera y a la ausencia de depredadores.

—Sí, lo dije. ¿Y eso qué tiene que ver?

—También reconociste que mutaciones de esas características eran difíciles de explicar, ya que exigirían de un proceso de selección natural que llevaría muchísimo tiempo. Y eso fue lo que más me confundió, ya que según nos explicó Lara, los clanes de insectos comenzaron a aparecer cuando la cúpula cuántica amplió su diámetro. O sea, cuando abarcó partes de la isla que en un principio habían quedado fuera.

—¿A dónde quieres llegar?

—Al punto en el que estamos —respondió Max abriendo los brazos—. Aquí y ahora. Después de revisar los registros del ordenador y, sobre todo, las notas del doctor Robinson, lo he comprendido todo.

—Ya. Que La Máquina no es una pila gigante sino un motor. ¿Y?

—No cualquier motor. Un motor cuántico. Un motor tan avanzado que los humanos aún solo podemos soñar con él. Me lo ha confirmado su interfaz. Este motor fue diseñado para realizar viajes interestelares a velocidades próximas a la de la luz. ¿Comprendes ahora?

El rosto de Olivia mutó del enfado al pasmo.

—Un momento. ¿Quieres decir que estamos… viajando?

—Exacto. Viajando sin movernos del sitio —confirmó Max—. ¡Cómo pudimos estar tan ciegos! Lo teníamos delante de las narices y no lo vimos. Ahora ya es tarde para rectificar.

—¿Por qué? ¿Qué pasaría si apagaras La Máquina?

—La teoría dice que, para poder viajar a velocidades cercanas a la de la luz, la nave utilizada debería hacerlo dentro de una burbuja de deformación capaz de distorsionar el continuo espacio-tiempo.

—Hablas de la cúpula.

—Recuerda. En realidad es una esfera de la que solo percibimos la mitad.

—¿Entonces no se trataba de una pared cuántica?

—Me temo que no.

—¿Y qué es lo que atravesamos? —preguntó Olivia, temerosa.

—Una ventana temporal —respondió Max con naturalidad.

—¿Y eso cómo nos afecta?

—Ya te lo dije. Nos condena a morir en esta isla.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Está todo en los gráficos —dijo Max señalando la mesa en la que había estado sentado—. Al ponerse en marcha La Máquina a plena potencia creó la burbuja, y dentro quedó una cantidad de masa tan grande que fue incapaz de transportarla por el espacio. Sin embargo, el motor continuó acelerando y frenando, acelerando y frenando en una secuencia constante que lleva produciéndose dos años. Ese efecto es el que se percibía desde fuera como una oscilación. A lo que la doctora Bravo llamaba La Zona Crítica.

—Acelerando y frenando sin ir a ninguna parte —concluyó Olivia—. Entonces, si seguimos en el mismo sitio, ¿por qué no se puede apagar el motor y punto?

—Creí que lo habías entendido —replicó Max condescendiente —. No hablamos solo de espacio, sino también de tiempo. Fuera, al

otro lado de la burbuja, sigue estando nuestro mundo. Pero nuestro mundo del futuro.

—¿Futuro? —musitó Olivia con el gesto crispado.

—En las notas del doctor Robinson hay muchos cálculos. Algunos contemplan la posibilidad de que hayan transcurrido varios millones de años.

—Eso es imposible.

—Cuando se habla de física cuántica, nada es imposible.

Olivia se ensimismó. Estaba abrumada por la impactante información que le transmitía Max. Sin embargo, todavía era capaz de pensar. De buscar una salida.

—¿Y si utilizamos El Orbe?

—Habría que transportar a mano por media isla algo que debe de pesar casi quinientos kilos. Cerrarnos y sellar la escotilla por fuera sin disponer de soldadores. Y para finalizar, empujarnos hasta la ventana temporal.

—Bueno, sí. Sé que será complicado —reconoció la bióloga, avergonzada.

—Complicado no, imposible. Aunque fuésemos capaces de realizar semejante milagro, luego, sin ayuda exterior, jamás podríamos reproducir la secuencia correcta, y una vez al otro lado de la cúpula nuestros cuerpos soportarían un envejecimiento acelerado de miles de años. Nos convertiríamos en polvo al poco tiempo de salir. Ya te lo he dicho. Fuera está el futuro.

Olivia, consciente ahora de la encrucijada maldita en la que se encontraban, apretó los puños y frunció los labios de pura impotencia.

Max la contemplaba empático, sin saber qué decir para consolarla, cuando alguien habló.

—¿Convertirse en polvo? —dijo retórica una voz masculina—. Es probable. Pero también existe la posibilidad de que permanezcan intactos.

Como un resorte, físico y bióloga se volvieron en dirección a la voz. Al hacerlo, vieron a un hombrecillo apoyado en la pared, cerca de una de las entradas a los túneles.

A esa distancia, y situado en las sombras, no lo distinguían bien. No fue hasta que este comenzó a andar hacia ellos, y llegó a la zona

de influencia del foco de sodio, cuando pudieron verlo mejor.

Parecía un espectro. Caminaba descalzo, casi desnudo, vestido únicamente con un taparrabos hecho con una tela sucia y raída. Su cuerpo era enjuto en extremo, y su piel macilenta. Tenía el pelo muy largo y enmarañado, al igual que la barba, y totalmente blanco.

—Disculpen si les he asustado.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Max encarándose con él, una vez se recuperó de la sorpresa.

—Es normal que no me reconozca. Últimamente no me arreglo mucho. *¡Ji, ji, ji!* —respondió el hombrecillo, rematando la frase con una risita patológica—. Yo, sin embargo, sé quién es usted, doctor Castillo.

Max entornó los ojos tratando de identificarlo.

—Su trabajo en el proyecto Fabergé fue magnífico.

—Un momento… ¿Usted es el doctor Robinson?

—El mismo. *¡Ji, ji, ji!* Aunque un poco más viejo.

—Nos dijeron que lo buscaron. Pensaron que había muerto.

—¿Habla de la gente de la isla? Pobres. Deduzco que si están aquí, solos, es porque todos han muerto.

—Lamentablemente, así es.

—Los insectos, claro.

Max asintió.

—¿Y usted? —intervino Olivia—. ¿Cómo ha podido sobrevivir tanto tiempo?

—Supongo que, en buena parte, debido a mi naturaleza austera. *¡Ji, ji, ji!* Me conformo con poco. En el interior de los túneles crece un musgo comestible, y un manantial se filtra por las paredes. No necesitaba más.

—¿Por qué quedarse aquí, solo, todo este tiempo?

—Preguntas, preguntas, preguntas… —repitió el doctor Robinson, mirando hacia un lado como si se lo dijera a un amigo imaginario—. Hacen preguntas porque quieren respuestas. Lógico. Yo también.

—¿Qué quiere saber? —intervino Max, siguiéndole la corriente.

—¿Qué es El Orbe?

Max puso cara de asombro.

—Oh, lo siento. Hace rato que los escucho. Sé que es de mala educación hacerlo a escondidas. *¡Ji, ji, ji!* Llevaba tanto tiempo sin oír una voz humana que no pude resistirme. Vamos, háblame de ese vehículo en el que llegaron. Y no escatime en detalles, me encantan los detalles. *¡Ji, ji, ji!*

Max miró de reojo a Olivia para compartir su estupor, y comenzó a hablar. A explicarle, prolijo, todo lo que recordaba del Orbe. Hasta el último detalle, como el doctor Robinson le pidió.

Para Max era evidente que el hombre que tenía delante estaba enajenado, pero intuía que en su maltrecha mente aún vivía, arrinconado, el genio que había sido en otro tiempo, y eso merecía su respeto.

El doctor Robinson lo escuchó con los ojos chispeantes y la boca entreabierta, igual que haría un niño ante un espectáculo de circo.

Solo cuando Max acabó se decidió a intervenir.

—¡Qué maravilla tecnológica! —exclamó dando palmaditas—. ¿Y dice que fue obra de la doctora Bravo?

—Sí.

—La conocí. La conocí. Parecía una mujer con talento. Mucho talento. No obstante, ese invento alberga algo más. Una carga de intuición difícilmente explicable. *¡Ji, ji, ji!* ¿No la ayudó nadie?

—El proyecto está apoyado por una IA. Supongo que estaría al tanto.

—Sí, sí, sí. Al tanto. Estaba al tanto. Bonita expresión. La inteligencia artificial aportando su toque mágico. Porque es mágico, ¿no cree?

—¿Por qué lo dice? —se extrañó Max.

—Se necesitaba un camuflaje y creó dos. Doble nacionalidad. *¡Ji, ji, ji!*

—¿De qué habla ahora? —intervino Olivia, harta de no comprender nada.

—Deja que se explique —suplicó Max sin quitar la vista del hombrecillo, que se movía nervioso y hacía extraños y repetitivos gestos con la cara.

—¿En serio te interesa lo que tenga que contarnos este…

indeseable?

—¿Indeseable? —repitió el doctor Robinson, mirando a su amigo imaginario—. ¿Has oído? Me ha llamado indeseable.

—Porque lo es —le espetó la bióloga, librándose de cualquier rastro de mesura—. Pudo apagar La Máquina y no lo hizo. La cerró e impidió que la destruyeran. Luego se escondió como un cobarde y los condenó a morir. Ahora puede que sea un loco; sin embargo, hubo un momento en que también fue un asesino.

—Olivia, tranquila —medió Max.

—¿Me pides tranquilidad? Tiene gracia.

—Sí, gracia. Tiene gracia. *¡Ji, ji, ji!* —dijo el doctor Robinson, rematando con su estridente risa.

—No lo aguanto más —concluyó Olivia, cruzando los brazos indignada.

—Tiene carácter. La joven tiene carácter. *¡Ji, ji, ji!* Y no tiene razón. Ya no había nada que hacer. Era demasiado tarde para ellos. Para todos. El doctor Meyer tampoco lo quiso aceptar. Usted, doctor Castillo, lo entiende. ¿Verdad?

—Sí —respondió este, apesadumbrado.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó Olivia.

—Te lo repito. En el exterior de la burbuja de deformación el tiempo ha avanzado mucho. Ya había avanzado cuando ellos se plantearon escapar de la isla —dijo Max antes de que la bióloga lo siguiera increpando—. Cualquier objeto, al salir, se vería afectado en mayor o menor medida. Para un ser vivo, para sus células, el más mínimo cambio molecular sería devastador.

—Hablas de salir y yo de apagar La Máquina. Este demente criminal se lo impidió —replicó Olivia.

—El efecto hubiera sido el mismo. Incluso peor si cabe. No habrían podido soportar la desaceleración necesaria para regresar al punto de partida. Ya pertenecían a otra época. Igual que nosotros.

—¿Igual que nosotros?

—Me temo que sí —dijo Max, taciturno.

—*¡Ji, ji, ji!* —escucharon reír al doctor Robinson—. Hablan, hablan, hablan y no escuchan. Doble nacionalidad. Ya se lo he dicho.

El rosto de Max cambió. Repentinamente pasó de la tristeza al

entusiasmo.

—¡Eso es! —exclamó agarrando a Olivia por los hombros para que lo mirara—. Ahora comprendo lo que nos pasó.

—¿A qué te refieres?

—Al desmayo al salir del Orbe. Tantas horas inconscientes… En un principio no le encontraba explicación. Hace unos minutos pensé que se debió al choque temporal, que provocó una adaptación viable de nuestros átomos gracias al ingenio en el que viajábamos. Ahora entiendo que sucedió algo más increíble en nuestros cuerpos.

—La doble nacionalidad. Ya se lo he dicho un par de veces —intervino el doctor Robinson con gesto de fastidio—. No me escuchan. Hablan y hablan y no me escuchan. *¡Ji, ji, ji!*

Olivia clavó sus pupilas en las de Max reclamando una explicación. Y este se la dio.

—Él lo comprendió enseguida. Nuestros cuerpos no solo adquirieron la propiedad de la dualidad onda-partícula para poder atravesar La Zona Crítica, sino también la capacidad que tienen las partículas subatómicas de estar entrelazadas. «Conectadas», de alguna manera, en un estado único a través del espacio y del tiempo.

—Lo que significa que…

—Nuestros neutrones, protones y electrones se separaron y volvieron a juntarse para crear átomos y moléculas. Células idénticas a las anteriores que acabaron recomponiendo nuestros cuerpos. Nuestras conciencias… De alguna manera que nadie sabría explicar, adquirimos la facultad cuántica de estar en el presente y en el futuro a la vez.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—Al menos esa sería la teoría. Lo explica todo.

—*¡Síííí!* —saltó el doctor Robinson, eufórico—. Lo explica todo. Aquí y allá. Allá y aquí. Aunque aún queda una cosita por saber. Una cosita que antes me preocupaba. ¿Recuerdas? —preguntó a su amigo imaginario—. Nunca llegué a comprenderlo, y ahora ya no me importa. ¿O sí? ¿Por qué han tenido que venir? ¿No ven que han vuelto a crear confusión en mi cabeza? Mi cabeza. Mi cabeza. Me duele. No deseo pensar. Eso se acabó. *¡Ji, ji, ji!* Pensé mucho,

mucho, mucho, buscando una explicación, hasta que mi cerebro dijo basta.

—¿Una explicación para qué? —preguntó Max, intrigado.

—¿Para qué va a ser? Para la desaparición de la humanidad —respondió el doctor Robinson, abriendo los brazos con intención de remarcar lo evidente.

—¿Y ahora de qué mierdas habla? —gruñó Olivia—. No salgo de un enigma y ya estoy metida en otro.

—Tiene razón. No habíamos caído en ello —admitió Max entornando los ojos—. ¿Por qué, en todo el tiempo que la isla quedó dentro de la burbuja de deformación, jamás recibió visita humana?

—¿Podría? —se extrañó Olivia—. Creí que habías dicho que viajamos a una velocidad increíble.

—Nosotros, con nuestra tecnología, fuimos capaces de entrar. ¿Cómo la humanidad del futuro no pudo?

—¡Eso es! ¡Eso es! —repitió el doctor Robinson, dando saltitos de alegría—. No vinieron. Algo pasó. ¿Qué pasó? No lo sé. ¿Ustedes lo saben? Si responden, mi cabeza se lo agradecerá.

—Puede que la explicación sea tan sencilla como que la humanidad, de pronto, desapareció —concluyó Max.

—¿Desaparecer? ¿Toda? ¿Por completo? Imposible —sentenció Olivia.

—¿Y si, mientras nosotros estábamos aquí dentro, la Tierra sufrió un cataclismo global?

—No se me ocurre ninguno capaz de extinguir a la raza humana de un plumazo.

—¿Un virus letal?

—Morirían millones de humanos, pero al final ganaríamos —dijo Olivia—. Crearíamos vacunas. Nos adaptaríamos. Ya lo hemos hecho antes.

—¿Un gran meteorito? —apuntó Max.

—Sucedió hace sesenta y seis millones de años. Acabó con el setenta y cinco por ciento de las especies; sin embargo, la vida continuó. Ni siquiera consiguió eliminar a los dinosaurios. Descendientes de ellos como las aves, las tortugas o los cocodrilos pueblan la mayoría de ecosistemas hoy en día —relató Olivia—. Más razón para pensar que, los humanos, que tenemos la mayor

capacidad de adaptación de todos los animales, lográramos sortear cualquier hecatombe.

—¿Cualquiera?

—¿En qué estás pensando?

—Imagina que, en cuestión de minutos, toda la atmosfera que rodea el planeta se convirtiera en fuego, provocando incendios de dimensiones colosales y consumiendo el oxígeno durante días. Tal vez semanas. ¿Qué podría sobrevivir a semejante devastación?

—Bueno —dudó la bióloga—, probablemente, especies marinas. Y aquellas que viven en nidos bajo tierra y acumulan alimentos. Fundamentalmente… insectos.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Max.

—No tengo nada. Con toda seguridad, también sobrevivirían grupos de humanos. Por ejemplo, los que estuvieran en búnkeres, minas, submarinos… En lugares seguros con víveres y oxígeno.

—¿Un puñado? ¿Algunos cientos? ¿Tal vez miles? ¿Crees que eso sería suficiente?

—Hace más o menos un millón de años, los humanos estuvieron a punto de desaparecer de la faz de la Tierra. En una era conocida como Transición del Pleistoceno Medio se produjo un cambio climático drástico que provocó una aridez extrema en África, haciendo que muchas especies fueran aniquiladas, y que el ancestro del Homo Sapiens, nuestro antepasado, quedara reducido a apenas mil trescientos individuos. Un cuello de botella que lo llevó al borde de la extinción, y que resolvió iniciando una migración hacia tierras más fértiles de Asia. Ya lo ves, unos homínidos medio estúpidos, y sin apenas tecnología, se las ingeniaron para sobrevivir y prosperar. Entiéndelo, mientras tengamos tierra bajo nuestros pies, los humanos continuaremos dando guerra.

—Vale, me has convencido —se plegó Max.

—Además, ¿qué podría provocar semejante incendio global?

—Nada, solo fabulaba —respondió Max, esquivo.

—Sospechas de algo. Dímelo.

—Está bien. Te lo contaré.

El doctor Robinson, quieto como una estatua, también ansiaba saber.

—En el barco vi algo. Una gran caja con el símbolo de

radiactividad impreso en un costado. Cuando pregunté al agente Nero, este me dijo que se trataba de material de laboratorio que incluía isótopos radiactivos. Entonces lo creí. Ahora no estoy tan seguro.

—¿Hablas de una posible… bomba atómica?

—Sería absurdo, lo sé. Un suicidio. Aunque es lo único que se me ocurre que podría provocar un desastre de tal magnitud.

—¿Cómo?

—¡Reacción en cadena! ¡Claro! —saltó el doctor Robinson, mostrando su sonrisa desdentada—. Un detonante y después… *¡Ji, ji, ji!*

Olivia se quedó estupefacta mirando al feliz hombrecillo.

—¿Podría ser? —preguntó finalmente—. ¿Si se lanzara una bomba atómica sobre la cúpula, es factible que se desencadenara un incendio nuclear global?

—Tal posibilidad ya se contempló al detonar la primera bomba atómica de la historia. En el aire hay nitrógeno, y una reacción nuclear podría hacer colisionar dos núcleos de nitrógeno para convertirlos en oxígeno, liberando una cantidad enorme de energía. Una reacción apocalíptica.

—Sin embargo, no sucedió —sentenció Olivia.

—No. Pero la atmósfera no es La Zona Crítica. Explosión nuclear más ventana temporal, igual a incógnita altamente peligrosa.

—*Bah*. Hipótesis —desdeñó Olivia.

—Correcto, solo es una hipótesis —confirmó Max.

—Una buena hipótesis —añadió el doctor Robinson—. Aunque tiene un problema. Sí, un problema. O no, depende.

—¿Qué problema? —quiso saber Max.

—El momento. No cuadra, ¿verdad? —preguntó a su amigo imaginario—. No cuadra, no cuadra.

—En efecto. No cuadra en absoluto —dictaminó Olivia, tajante.

—Ahora el que no entiende soy yo —confesó el físico.

—Verás —comenzó la bióloga, visiblemente cansada—. En el supuesto de que esa hecatombe nuclear hubiera destruido el planeta, acabando con los humanos y dejando a los insectos como nueva especie dominante, jamás podría haber sido provocada por la «bomba» que creíste ver en el barco, sino por otra lanzada al poco

tiempo de encenderse La Máquina. Lo cual es imposible, ya que entonces, nosotros, nunca habríamos llegado hasta aquí.

—¿Imposible? —cuestionó el doctor Robinson con gesto de pillo —. Nada es imposible hasta que se comprende. Piensen, piensen. Yo ya lo hice. Mucho, mucho, hasta que mi cabeza dijo basta.

Max, meditabundo, intentaba encajar las nuevas piezas en el puzle. Un puzle cada vez más complejo que dejaba de tener tres dimensiones para incluir una más: el tiempo. Las cuatro dimensiones del universo observable. Pero, ¿podrían existir más dimensiones? ¿Más… universos? ¿Acaso era eso lo que insinuaba la parte aún lúcida del doctor Robinson?

Contemplar tal posibilidad lo tentaba. Ya lo había hecho alguna vez. Teorizar le resultaba divertido cuando lo hacía en su estudio, rellenando folios y folios con un montón de fórmulas descabelladas. Allí, sin embargo, la situación era muy distinta. El tiempo para especular se había acabado, y debían tomar una decisión.

—¿Qué te pasa? —preguntó Olivia.

—Eh. Nada —respondió Max, saliendo de sus cavilaciones—. Pensaba.

—No hay mucho que pensar, ¿no creen? —intervino el doctor Robinson—. Han venido a detener La Máquina. ¿A qué esperan?

—Tiene razón —admitió Max—. Pase lo que pase, esa era nuestra misión.

—¿Y él? —se cuestionó Olivia.

Max miró al hombrecillo que se mecía las barbas obsesivamente.

—Supongo que… desaparecerá —dijo usando un eufemismo.

—Sí, sí, eso pasará conmigo. ¡Puff! Como si nunca hubiese existido. *¡Ji, ji, ji!* No me importa. Ya he vivido suficiente. Un año más de lo que calculaban los médicos. *¡Ji, ji, ji!* Cáncer de páncreas. Terminal. Convivir con el dolor fue lo peor. Si no hubiera sido por su compañía me hubiera vuelto loco. *¡Ji, ji, ji!* —concluyó dirigiéndose a su amigo imaginario.

Olivia cambió su gesto severo por otro que destilaba lástima. Incluso ternura.

—Lo siento —acabó diciendo.

—¿Por qué? No tienen alternativa. No tienen. No tienen.

—Aún así, lo siento.

—Ya. Se lo agradezco. Es usted muy amable. Y usted también lo ha sido —añadió el doctor mirando a Max con sus ojos de enajenado—. Ahora, si no necesitan nada más de mí, me marcho.

Dicho esto, se giró y se fue caminando en dirección al túnel del que había salido.

Max y Olivia lo vieron alejarse con su andar de pájaro hasta que desapareció en la oscuridad.

—Bueno, creo que ha llegado el momento —dijo entonces Max, volviéndose hacia el panel de control de La Máquina.

Repasó mentalmente la secuencia correcta, se inclinó sobre la interfaz etérea y, decidido, levantó la mano dispuesto a pulsar los símbolos que flotaban delante de él.

Y lo hubiera hecho de no ser porque, Olivia, se precipitó a detenerlo.

—¡Espera, por favor! —imploró sujetándolo con fuerza de la muñeca.

—¿Qué pasa? —preguntó Max, confundido.

—Tengo dudas. ¿Tú no?

—Claro que las tengo. Pero no hay alternativa.

—No puedes apagar La Máquina. ¿Y si morimos nosotros también? —dijo Olivia con voz temblorosa, presa del miedo.

—Debemos pensar que nuestros cuerpos soportarán la desaceleración temporal —dijo Max, tratando de tranquilizarla.

—¿Por qué? ¿Porque lo ha dicho un perturbado?

—No. Porque tiene sentido.

—No quiero morir.

—Ni yo.

—Dime. ¿Qué pasaría si no la apagáramos?

—Que la isla, dentro de la burbuja de deformación, seguiría viajando en el tiempo hasta sabe Dios cuándo.

—¿Y a la Tierra?

—Probablemente nada. ¿En qué estás pensando?

—En que, si tengo que arriesgar la vida, prefiero que sea por hacer algo increíble.

—¿Increíble como qué? ¿Como quedarnos en esta cueva comiendo musgo y agua sucia hasta volvernos majaretas?

—No. Hablo de conseguir lo que la humanidad ha soñado desde

siempre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Max, intuyendo su respuesta.

—A ver el futuro.

—Estás loca —replicó el físico, meneando la cabeza.

—Confieso que no comprendo nada sobre la dualidad de nuestros cuerpos; pero, si en verdad es así, ¿por qué no aprovecharnos?

—¿Hablas de salir a un mundo desconocido, peligroso, en el que la humanidad quizá ya no exista?

—Existirá, ya te lo expliqué, y será fascinante ver con nuestros propios ojos hasta dónde hemos llegado. Me gustaría pensar que a crear un mundo tolerante, sin enfermedades, sin violencia, sin guerras, sin pobreza, sin odios… Un planeta sostenible que se mueva con energías limpias gracias a logros científicos y tecnológicos impensables. Un mundo, en definitiva, en el que todo ser humano sea libre y feliz.

—Bonita imagen.

—¿No crees que pueda ser así?

—Sinceramente, lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque he visto parte de ese futuro y tiene demasiadas patas para mi gusto.

—Hablas de unos insectos que quedaron atrapados en la cúpula y se vieron obligados a adaptarse a un entorno limitado y con escasos recursos —rebatió Olivia, encendida—. Imagina que hubieran sido perros, o lobos, o leones… O cualquier otro depredador. ¿Pensarías entonces que el resto del mundo solo estaría poblado por ellos?

—Supongo que no —admitió Max.

Olivia se acercó y le agarró la cara con delicadeza. Él se dejó, plácido, cautivado por aquel entusiasmo infantil y la belleza de su mirada esmeralda.

—Convertirnos en viajeros del tiempo —la oyó decir de sus labios, tan cercanos que casi podía besarlos—. Tú y yo. Juntos. ¿No te tienta?

—No sé —dudó Max.

—En nuestro mundo no tenemos a nadie esperándonos. Tú lo

dijiste. Cuando estamos solos debemos ver la vida como una aventura. La ausencia de ataduras, de compromisos y de responsabilidades nos obliga a subirnos a cada tren que nos ofrezca la oportunidad de emociones. Hacer otra cosa sería como aceptar nuestro fracaso.

—Caray, ¿eso dije?

—Textual. Me impresionaron tus palabras, por eso las fijé en mi memoria.

—Me halaga.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

Max se giró hacia el panel de control, abriendo y cerrando las manos delante de la interfaz virtual mientras repasaba mentalmente la secuencia de símbolos correcta que apagaría La Máquina.

Olivia lo observó, casi temblando, apoyada en su hombro.

—No lo hagas. Seamos pioneros. Descubramos el futuro. Vivamos una gran aventura. La mayor que jamás haya existido.

Con el aliento entrecortado y una gran opresión en el pecho, casi ahogándose, Max se sintió igual que un naufrago en mitad de un temporal, debatiéndose entre seguir remando en dirección a una costa lejanísima, o dejarse llevar por los seductores cantos de sirena.

30
PIONEROS 0.0

Finalmente, tras librar una lucha intestina contra sí mismo, los sentimientos vencieron a la razón.

—Está bien —dijo retirando las manos de la interfaz como si esta, de pronto, quemara—. Te escucho.

—¡Genial! ¡Genial! —repitió Olivia, eufórica, antes de lanzarse a sus brazos para abrazarlo y besarlo.

Un beso largo, apasionado, que nubló aún más la conciencia de Max.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dijo cuando Olivia separó sus labios de los suyos.

—¿No te ha gustado?

—¿Bromeas?

—Las oportunidades están para aprovecharlas.

—Ya. ¿Cuál es tu plan? —preguntó el físico cuando se recuperó de la agradable sorpresa—. Porque, te recuerdo, estamos en una isla.

—Usaremos la lancha —dijo Olivia de inmediato—. El continente se encuentra a poco más de cien kilómetros. Hay combustible de sobra. Y tenemos víveres.

—Hay que llegar hasta ella. Ya sabes lo que eso implica.

—Si lo dices por los insectos, yo no me preocuparía demasiado. Su objetivo era conseguir alimento y, por desgracia para nuestros amigos, creo que ya tienen más que suficiente para varios días. Además, aún quedan horas de luz. Si nos damos prisa, estaremos en alta mar antes de que anochezca.

—Lo tienes todo pensado —se sorprendió Max.

—Soluciones simples para problemas complejos.

—¿También has pensado en que, si tienes razón y la humanidad no ha desaparecido, estará tan avanzada que a su lado nosotros pareceremos sacados de las cavernas?

—Tecnológicamente, sí. Aunque yo soy partidaria de los que piensan que el pico de la inteligencia humana se alcanzó hace dos mil años. Tendrán más información. Más avances médicos y científicos. Más logros obtenidos gracias a la experiencia y a la superposición de descubrimientos e inventos. Circunstancias que no los harán, en esencia, superiores a nosotros. No te preocupes, cuando los cambios son a mejor es sencillo adaptarse.

—Me cuesta compartir tu entusiasmo y tu optimismo —reconoció Max.

—Nos irá bien, ya lo verás.

—No sé… Es una locura.

—Sí, pero una locura maravillosa —rubricó Olivia, agarrándolo de la mano—. Vamos. ¿A qué esperamos?

Max forzó una sonrisa y asintió con la cabeza, dejándose llevar hacia la salida de la cueva.

El trayecto de vuelta lo realizaron a toda velocidad, sin pensar demasiado en los peligros que albergaba la isla. Se dirigían hacia el futuro, y eso minimizaba cualquier otra cuestión.

Tras atravesar la zona rocosa, y pasar junto a la sepultura improvisada de Norris, llegaron a la explanada. Como Olivia predijo, allí no vieron nada. Ni insectos ni cadáveres, solo restos de sangre.

En el bosque tampoco se toparon con enemigos, lo que elevó aún más su moral, dándoles alas a sus piernas para regresar al río en la mitad de tiempo del que habían empleado en la ida.

En la orilla, donde la habían dejado, seguía la embarcación, y la corriente del río había mermado considerablemente.

—¡Esto marcha! —exclamó Olivia, exultante de alegría.

Sin esperar a Max, echó a correr hacia la amarra y comenzó a desatarla del árbol.

Después, entre los dos, empujaron la lancha semirrígida hasta sacarla de la arena y se montaron en ella justo cuando las aguas comenzaban a moverla.

Precavida, lo primero que hizo Olivia fue llenar los tanques de combustible al máximo. Luego, arrancó los motores y comprobó los indicadores: voltímetro para la batería, reloj *cuentahoras*, presión de aceite… Cuando estuvo segura de que todo funcionaba a la

perfección, se sentó frente al timón y aceleró lentamente.

El cielo todavía mantenía nubes cerradas; y la tarde, más oscura de lo normal, tocaba a su fin. Max, de pronto receloso, miró a su alrededor esperando ver aparecer en cualquier momento un enjambre de Antonov dirigiéndose hacia ellos.

—Relájate —le recomendó Olivia, al notarlo tan tenso—. En un santiamén habremos atravesado La Bruma.

—¿Y eso no te preocupa?

—Pasaremos sin problemas. Confío en ti.

—Me alegro, porque yo no tanto.

—Ven. Quiero tenerte cerca cuando eso suceda.

Max obedeció y, juntos, agarrados por la cintura, navegaron a favor de la corriente hasta que distinguieron con claridad la anomalía.

A unos veinte metros, Olivia puso los potentes motores al ralentí y se dejó arrastrar con el estómago encogido.

—Ahora, a la que noto nerviosa es a ti —dijo Max, con la vista clavada en la oscilante pared.

Sin abrir la boca, Olivia retiró la mano derecha del timón para buscar la mano libre de Max; cuando la proa de la lancha comenzó a ingresar en la misteriosa superficie curva, la apretó con fuerza.

Y así se mantuvo hasta que perdió el control sobre sus músculos. Sobre su cuerpo. Hasta que dejó de tener consistencia sólida y comenzó a sentirse gaseosa. Volátil.

Intentó hablar, saber si Max sentía lo mismo, pero fue incapaz de pronunciar palabra alguna porque ya no tenía pulmones, ni laringe, ni cuerdas vocales… Ni boca por la que saliera la voz.

Tampoco ojos.

Sin embargo, era capaz de ver. O al menos, de percibir imágenes. Unas imágenes confusas, desconocidas, formadas por puntos luminosos. Millones de puntos que se movían igual que estorninos volando perfectamente sincronizados, creando composiciones imposibles sobre un lienzo oscuro e infinito. Estructuras tridimensionales de una complejidad asombrosa, y de bellísimos colores, que siguió percibiendo hasta que, de súbito, todo se detuvo y se tornó negro.

No veía nada. No sentía nada.

Probó a hablar de nuevo. A gritar. Imposible. Su voz, ahora, estaba cautiva en un vacío de silencio absoluto. Un vacío donde sintió que se diluía hasta desaparecer.

La sensación fue inocua y breve, sin que en ningún momento perdiera la conciencia; y, antes de que pudiera pensar en ello, ya estaba de regreso en la embarcación, percibiendo de nuevo su cuerpo.

De inmediato se giró buscando a Max.

Allí seguía, agarrado a su cintura, mudo, con cara de pasmo, la mirada fija en un punto lejano… y de una pieza.

—Pa… pasamos —logró articular ella.

—Eso parece —dijo él después de aclararse la garganta.

—Mira el sol. Está más alto que antes de entrar en La Bruma. Y ya no hay nubes en el cielo.

—Ahora estamos en otra era de la Tierra.

—Tienes razón —admitió Olivia, soltándose de Max para agarrar el timón.

La embarcación continuaba navegando por el río, y la desembocadura se encontraba a unos doscientos metros.

Concentrada, muy atenta por si aparecían troncos flotando o ramas que pudieran afectar a las hélices, Olivia pilotó en silencio hasta que, por fin, salieron al mar.

Una brisa salada y suave refrescó sus rostros contrariados, y un aire purísimo inundó sus pulmones aportando a sus cuerpos un chute de energía.

—Fijemos el rumbo —dijo ella, manteniendo la embarcación a una velocidad moderada.

Presto, Max sacó la libreta para mirar el mapa, y, ayudado de la brújula, realizó un rápido cálculo.

—El Norte vuelve a estar donde siempre —dijo con seguridad—. Por tanto, el continente debe encontrarse en dirección Noreste. Hacia allí.

Olivia observó la mano con el dedo índice extendido de Max y viró sutilmente la embarcación.

—¿Cien kilómetros dijiste?

—Ciento veinticinco creo recordar —respondió la bióloga—. Sin GPS no podré marcar un punto exacto de llegada. Pero no te

preocupes, en algún momento veremos las costas de Panamá.

—Eso espero porque solo de imaginar lo que pueda haber bajo estas aguas se me pone la carne de gallina.

—¿Monstruos marinos? ¿En eso piensas?

—Pienso en muchas cosas, y esa es una de ellas.

—Relájate y disfruta del paseo —le recomendó Olivia, mientras el viento revolvía su corta melena negra.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó Max, elevando la voz por encima del ruido de los potentes motores.

—El mar está tranquilo. Sin forzar demasiado, dos horas.

—Se me van a hacer eternas.

—Yo piloto. Tú no dejes de comprobar el rumbo. ¿Vale?

—Vale —dijo Max, brújula en mano, tras dedicar una mirada rápida al rostro embellecido por el sol de Olivia.

Transcurridos unos minutos en alta mar, el físico se giró en dirección a la isla. Empequeñeciéndose por momentos, aún era visible la cúpula brumosa que la envolvía casi por completo. Después dirigió la vista al cielo buscando cualquier signo de vida. Gaviotas, albatros o lo que demonios existiera en esa era, le hubiera bastado. Hasta el más insignificante animal volador con aspecto de pájaro le habría tranquilizado.

Sin embargo, no lo vio.

«Si hay agua, hay vida», pensó bajando la cabeza para mirar al mar.

«Monstruos», se dijo casi divertido. Incluso el lomo de un terrible leviatán emergiendo entre las olas le habría resultado atractivo. Un planeta muerto era lo peor que podrían encontrarse.

O eso, al menos, era lo que en aquel momento de turbación le vino a la cabeza.

—No has comprobado el oxígeno —dijo de pronto.

—Por cómo me siento, yo diría que está igual que en la isla —opinó Olivia, aspirando por la nariz y cerrando los ojos—. Sujeta el timón. Echaré un vistazo.

Una vez rebuscó en su mochila y dio con el oxímetro ambiental, procedió a la medición. Fue rápida, enseguida tuvo los datos.

—Cerca del treinta por ciento. Y el resto de los compuestos están en rango. Ningún gas dañino ni extraño. ¿Contento?

—Al menos no nos asfixiaremos —dijo Max, zumbón, con las manos bien firmes en el volante que controlaba el rumbo.

—Vas bien. Me tomaré un descanso —propuso Olivia, sentándose a su lado y cogiendo la brújula.

Solo unos minutos más tarde, cuando empezaba a disfrutar de la agradable sensación de pilotar la potente lancha, notó algo raro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Olivia, alarmada, al verlo soltar el volante.

—Se derrite —respondió impreciso.

Alarmada, Olivia se apresuró a sujetar el volante y al instante comprendió.

—Está pegajoso —dijo mirándose las palmas de las manos con recelo—. ¿Qué pasa?

Max no respondió inmediatamente. Antes, con gesto de profunda preocupación, dirigió una mirada hacia la embarcación. Luego se levantó y la recorrió de proa a popa, tocando aquí y allá hasta que se centró en una parte del casco.

—¿Ves la pintura? —preguntó entonces, señalando una zona descascarillada.

—¿Qué pasa con ella?

—Hay ampollas por todas partes. Se desprende.

—Llevaba dos años a la intemperie. Es normal —razonó Olivia.

—¿Y la polipiel hidrófuga del volante? Hace un momento estaba perfecta y ahora se deshace.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que, me temo, hemos cometido un error terrible.

—¿Cuál?

—La embarcación. Nos olvidamos de que ella no tiene «doble nacionalidad».

—¡Joder, es verdad! —exclamó Olivia, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y ahora qué?

—Miles de años están pasando por la lancha, deteriorando los enlaces que forman sus moléculas. Primero se descompondrán aquellos materiales menos resistentes. Finalmente, toda ella se convertirá en polvo.

—Mierda. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Ni idea —reconoció Max, sumido en la desesperación.

—Conservemos la calma —pidió Olivia, echando una camiseta sobre el volante antes de agarrarlo para mantener el rumbo—. Calculemos el tiempo que llevamos fuera de La Bruma y los deterioros sufridos.

—Más o menos veinte minutos, y daños superficiales.

—Eso es bueno.

—Afortunadamente hablamos solo de tiempo transcurrido, al margen de cualquier interacción ambiental. De otra manera, haría rato que estaríamos nadando.

—Aceleraré al máximo. Así se acortará el trayecto a la mitad —propuso Olivia con gesto decidido.

—Una hora —musitó Max.

—Quizá menos.

—Contando con que el combustible no empiece a deteriorarse. O los motores a fallar.

—Cruza los dedos.

—Eso haré, te lo aseguro. Y ahora, dale caña.

La embarcación semirrígida cabalgaba las suaves olas a velocidad de vértigo. Saltando y cayendo, levantando cortinas de agua que los empapaban. Pero eso no les importaba. Necesitaban llegar a tierra cuanto antes, y exprimir toda la potencia de los motores era imprescindible para lograrlo.

Mientras Olivia pilotaba como una auténtica experta, Max no dejaba de comprobar el constante deterioro que sufría la lancha. Primero desapareció toda la pintura del casco. Luego las partes de plástico y goma, como embellecedores o relleno de los asientos. También comenzaron a desintegrarse las botellas de agua, y a corromperse la comida, como pudo atestiguar al abrir una lata que debía contener una apetecible carne en salsa y encontró dentro una pasta seca y maloliente.

—Nos quedamos sin víveres —anunció entonces, tratando de mantener la calma ante una impertérrita Olivia, bien afianzada al volante y con la mirada clavada en el horizonte.

Un brusco bandazo a punto estuvo de tirarlo por la borda.

—¡Cuidado! —gritó entonces.

—Lo siento —se disculpó Olivia sin volverse—. La dirección falla.

—¿Es grave?

—Tendré que aflojar un poco si no queremos volcar.

—¿Cuánto queda?

—Ya deberíamos estar cerca de la costa.

—Pues yo no la veo —dijo Max, poniendo una mano sobre los ojos a modo de visera.

El interior de la embarcación ya era una carcasa llena de materia en descomposición. Y el exterior no estaba mucho mejor. El casco presentaba algunos agujeros por los que comenzaba a entrar agua, y los elementos flotantes que la rodeaban dándola estabilidad hacía rato que habían desaparecido, convertidos en un aceite negruzco que chorreaba por los costados.

Los únicos que aguantaban, relativamente, eran los motores. Hasta que uno de ellos hizo un ruido extraño y se apagó.

Sucedió justo cuando, en el horizonte, asomó una línea de tierra.

—Diez kilómetros y habremos llegado —informó Olivia, tan firme y serena como un marino experimentado ante un mar en calma.

Max, sin embargo, estaba aterrorizado. El agua acumulada en el fondo de la embarcación ya le llegaba a los tobillos, y el humo denso que salía del motor averiado lo envolvía por completo.

—¡Acelera a tope! —gritó entre tosidos—. ¡A tope!

Olivia dudó un instante, pero enseguida comprendió. Los motores no fallaban por el esfuerzo sino por el tiempo. El tiempo era su verdadero enemigo.

Resuelta a echar toda la carne en el asador, puso la mano en la palanca del acelerador y la llevó al límite. Hasta que esta se rompió.

—¡Mierda! —exclamó mirando la pieza de aluminio carcomido antes de tirarla por la borda.

A sabiendas de que ya no podría detener la embarcación, se centró en pilotar, afianzando con fuerza el timón y centrando la vista en la línea de tierra a la que poco a poco se iban acercando.

«Una playa», suplicaba mentalmente, «necesitamos una playa».

Un petardeo en el segundo motor anunciaba el desastre total. Max, que se sujetaba donde podía para aguantar los bandazos, fue hacia proa. O lo que quedaba de ella. El panel de instrumentos parecía haber sido devorado por termitas, ya no había parabrisas

que amortiguara el aire ni el agua que salpicaba, y la quilla cimbreaba igual que una señal de tráfico en medio de un huracán.

Lo bueno era que, a máxima velocidad, la tierra que antes se les antojaba tan lejana ahora se encontraba a tiro de piedra. Lo malo, que al motor le quedaba un suspiro y Olivia solo veía rocas frente a ella.

—¡Afloja! —le pidió Max, cuando vio la costa tan cerca.

—No puedo —se limitó a decir Olivia, centrada en localizar un lugar idóneo donde encallar.

Y lo encontró.

Por fortuna, tras un saliente rocoso donde rompían las olas, apareció, como por arte de magia, una hermosa playa de arenas blancas.

Y allí se dirigió.

No fue fácil controlar lo que quedaba de la embarcación, ya que el motor cada vez tenía menos fuerza y amenazaba con pararse y dejarlos a merced de la corriente a varios cientos de metros de la costa; y el timón apenas respondía, obligando a Olivia a emplearse a fondo para poder moverlo.

Con pericia, esfuerzo y algo de suerte, logró enfilar la lancha hacia la arena justo cuando el motor emitió un ruido bronco y se paró. Aún así, la inercia bastó para llevarlos hasta la playa, donde la embarcación quedó varada igual que una ballena moribunda.

—¡Lo conseguimos! ¡Joder! ¡Lo conseguimos! —gritó entonces Olivia, liberando la tensión que llevaba acumulada, al tiempo que levantaba los brazos y daba saltitos de alegría.

Menos entusiasta estaba Max, ya que a pesar de haber superado el problema de la embarcación, su mente racional continuaba barajando mil y una posibilidades de que aquella aventura acabara mal.

—Dos atardeceres en un día —dijo con la vista puesta en un sol que ya rozaba la cumbre de la montaña que se elevaba a su izquierda.

Una montaña baja, repleta de una vegetación exuberante de un vívido color verde amarillento.

A su derecha se elevaban unos acantilados rocosos y, delante de ellos, más allá de la playa de arena blanca y finísima, la selva.

Antes de que la lancha se desmenuzara por completo, Max y Olivia la abandonaron llevando consigo lo único que permanecía intacto: sus mochilas.

—¿Y ahora qué? —preguntó el físico, justo de moral.

La bióloga, más acostumbrada a tratar con la naturaleza salvaje, lo tenía claro.

—Subamos la montaña —dijo con las manos en jarra—. Desde arriba tendremos una buena vista del entorno.

—Lo que tú digas —se plegó Max—. Detrás de ti.

La arena llegaba casi hasta la falda de la montaña, que los recibió con un terreno firme de arbustos bajos. El camino comenzó suave, aunque fue complicándose a medida que ascendían.

En silencio, cada uno centrado en sus propias meditaciones, continuaron subiendo sin descanso hasta que escucharon algo entre las copas de los árboles. Max se tensó, poniéndose a la defensiva, y Olivia lo tranquilizó al informarle de que se trataba de algún tipo de ave.

—¿No lo conoces? —preguntó Max, una vez lo vio despegar de una rama y tomar altura batiendo las alas.

—Por los vivos colores y el gran pico se asemeja a un tucán, pero este es mucho más grande.

—Vale. Ave desconocida. Normal. La evolución —concluyó Max con cierto fastidio.

—Es hermosa, ¿no crees? —opinó Olivia, inmune al desánimo—. Todo es hermoso. Esto parece el paraíso.

—Ya veremos —dijo Max, echando a andar de nuevo.

Cuando llegaron a la cumbre estaban extenuados y sedientos.

—Casi no me queda agua —dijo Max agitando su botella.

—Ni a mí. Seguro que daremos con algún arroyo pronto.

—¿Y comida? ¿Y un lugar donde dormir? Mira —dijo describiendo un arco con el brazo extendido—. Hasta donde alcanza la vista, solo veo selva.

—¿Qué esperabas? ¿Ver una ciudad con edificios altísimos hechos de acero y cristal en la que los ciudadanos se mueven a bordo de coches voladores?

—Me conformaría con que hubiera alguna construcción decente.

—Mírame —dijo Olivia agarrando sus manos—. Seguimos aquí.

La humanidad sigue aquí, en la Tierra. Y su futuro será mejor que lo era nuestro presente. Lo siento en las tripas.

—Quiero creerte.

—Pues hazlo.

Max asintió esbozando una sonrisa, fija la vista en sus labios, que poco a poco fueron acercándose a los suyos.

Después de besarlo, Olivia se volvió para observar el paisaje.

—¿Te has fijado en aquella zona?

—¿Cuál? —preguntó él.

—Allí, en esa hondonada de la derecha. La orografía del terreno es extraña.

Max la estudió con detenimiento y estuvo de acuerdo.

—Pues sí. Jamás había visto elevaciones tan abundantes y de formas tan angulosas.

—Piensa un poco, no te recuerdan a…

—Edificios —completó Max con recelo.

—Exacto. Una ciudad.

—¿Una ciudad cubierta por completo de vegetación?

—No sería tan descabellado pensar que nuestros sucesores, al final, comprendieran que vivir en armonía con la naturaleza fuera lo más inteligente.

—¿En serio?

—Vayamos hasta allí. No está muy lejos. Veo un riachuelo poco antes de llegar.

Max meneó la cabeza, incrédulo.

—Está bien —dijo finalmente, al comprender que no tenían muchas opciones—. Pero si encontramos algún lugar por el camino en el que pasar la noche, nos quedamos.

—De acuerdo. Vamos —concluyó Olivia, entusiasta.

Lo que en un principio aparentaba estar cerca, en realidad no lo estaba tanto, y al cabo de dos horas de dura caminata entre vegetación abundante y desconocida, aún no habían cubierto ni la mitad del trayecto.

No hacía demasiado calor aunque sí humedad, y sus cuerpos chorreaban sudor igual que si hubieran corrido una maratón. Y sudar sin beber no es nada bueno, como atestiguó el mareo que sufrió Max, que a punto estuvo de dar con sus huesos en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia mientras se afanaba en sujetarlo.

—A medias.

—Deshidratación —diagnosticó la bióloga—. Yo también me siento mal. El riachuelo ya no puede estar muy lejos. Continuemos.

Una hora más tarde llegaron a la ansiada agua.

Se trataba de un remanso hermosísimo rodeado de hierba fresca, y alimentado por una pequeña cascada que caía de unas rocas. Un lugar paradisíaco que animó a Olivia a librarse de la ropa y meterse en la poza de aguas cristalinas.

—Ven, está buenísima —dijo chapoteando y bebiendo sin reservas.

—No me parece prudente —dudó Max desde la orilla.

—Te recuerdo que estoy desnuda —dijo ella, pícara.

Finalmente, el físico, cedió espoleado por el calor, la sed y, sobre todo, las expectativas de sexo; y, una vez se desprendió de la ropa, fue al encuentro de la bióloga.

—¿Tú no tienes la sensación de que somos los únicos humanos en la Tierra? —le dijo, ya con los brazos de ella rodeando su cuello.

—¿Quién no la tendría en este lugar?

—No. En serio. ¿Ni siquiera has contemplado tal posibilidad?

—Para nada —contestó Olivia con seguridad—. Daremos con ellos. Quizá hoy no. Ni mañana. Pero acabaremos por encontrar a los humanos del futuro. Y será increíble. Ya lo verás.

Nada más terminar la frase, sin tiempo para que Max replicara, se acercó a su boca y lo besó. Y siguió haciéndolo hasta que notó cómo él se apretaba a ella y se encendía bajo el agua.

Entonces, tiernamente, lo condujo fuera sin dejar de besarlo, hasta que los dos acabaron tumbados en la hierba, enlazados en un abrazo lúbrico, febril. Un abrazo torpe entre cuerpos que no se conocen, espoleados por un deseo primario y enloquecedor.

Más tarde, ya saciados, con el recuerdo aún fresco de sus pieles, Max y Olivia, acostados uno junto al otro, se miraron sin hablar.

Y así dejaron pasar los minutos, entre caricias dulces sin doble intención, hasta que una leve brisa traída por la inminente noche les erizó la piel.

—Deberíamos vestirnos —propuso Olivia, sufriendo un

repentino escalofrío.

—Sí. Se nos ha ido un poco la cabeza —reconoció Max, levantándose de la hierba al tiempo que ella.

—No dirás que la aventura ha empezado mal.

—Va mejorando —dijo Max, poniendo cara de pillo.

Una vez vestidos y con las botellas de agua llenas, reemprendieron la marcha. La luz cada vez más escasa los obligó a usar la brújula para no perderse, y a caminar más despacio para evitar accidentes.

Por el camino se toparon con diversos animales. Varias aves raras que llegaban a las copas de los árboles buscando una rama donde dormir, pequeños reptiles semejantes a lagartijas que salían disparados a su paso, e, incluso, un simpático ser del tamaño de un conejo, sin cola, con hocico largo, cuatro patas y cubierto de un vistoso pelaje multicolor, que se cruzó en su camino y los olisqueó antes de desaparecer veloz entre la vegetación.

—Agua pura, fauna y vegetación por doquier. ¿Acaso encontraríamos esto en un planeta enfermo? —reflexionó Olivia.

—Mientras la fauna no quiera comernos… —comentó Max con recelo.

—Eres imposible.

—Y tú una optimista redomada.

—Será para compensar.

—Será.

Justo después de atravesar una franja de terreno repleta de árboles altísimos, salieron al valle que habían visto desde lo alto de la montaña.

Las últimas luces del atardecer, ya con el sol oculto en el horizonte, les permitieron ver mejor aquellas extrañas formaciones.

Formaciones cuadrangulares que se apilaban unas cerca de las otras, a distintas alturas y separadas por lo que, indiscutiblemente, recordaba a calles y avenidas.

—Que me cuelguen de los pulgares si esto no parece una antigua ciudad invadida por la selva —dijo Max rompiendo el silencio.

—¿Antigua? ¿O nueva? —rectificó Olivia.

—Eres increíble.

—Pienso con perspectiva.

—Acerquémonos.

—Creí que no lo ibas a decir nunca.

Ya con el objetivo a la vista, Max guardó la brújula y se centró en observar con detalle lo que aparecía, cada vez más cerca, ante sus ojos.

—Esto no puede ser obra de la naturaleza —concluyó mientras caminaban por un largo y ancho camino flanqueado por elevaciones dispares.

La disposición de los elementos y su curiosa forma, nada orgánica, llevó a Olivia a la misma conclusión.

Era verdad que, entre la abigarrada vegetación que lo invadía todo, y la cantidad infinita de árboles y arbustos, era imposible distinguir elementos claros que confirmaran que paseaban por una ciudad. Además, la acción destructora de raíces y animales, sumada a la climatología sufrida durante milenios, quizá millones de años, poco o nada habrían dejado reconocible. A excepción, posiblemente, de estructuras de acero recubiertas de hormigón y huecos como ventanas o puertas.

Era esto último lo que anhelaba ver Max. Cualquier espacio vacío en la base de las estructuras donde poder pasar la noche a resguardo, como una oquedad que en tiempos lejanísimos fuera el portal de una vivienda, la entrada a un garaje o una tienda de ropa o de comestibles. Tenía que quedar alguna sin que la naturaleza la hubiera invadido o la tierra cubierto, solo era cuestión de continuar buscando.

El problema era la luz.

La noche se vino tan rápido, acompañada por una profunda oscuridad, que necesitaron echar mano de sus linternas para ver por dónde andaban.

—Debe de haber algo mínimamente habitable. No me gustaría tener que pasar la noche a la intemperie —se quejó Max, enfocando con el haz de su linterna a un lado y a otro obsesivamente.

—Tú piensas en esta noche y yo en mañana —dijo Olivia.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Podrías darme detalles?

—Iremos hacia el Norte, siguiendo la línea de costa. Si hay algo que jamás podrá cambiar en los humanos es su amor al mar.

—O sea, que ya has descartado que esto sea una ciudad del

futuro.

—No del todo, pero me gusta contemplar otras alternativas.

—Ya. Otras alternativas —apostilló Max, irónico.

Media hora más tarde, mientras recorrían una estrecha calle con elevaciones moderadamente altas a ambos lados, el físico, colmado de frustración y agotamiento, se dio por vencido.

—Hasta aquí he llegado —dijo apagando su linterna y sentándose en el suelo alfombrado de hierba.

Olivia, vacía de argumentos, lo imitó. Una vez sentada a su lado, con su linterna también apagada, sumidos en una oscuridad casi absoluta, pudieron comprobar que la frontera entre lo salvaje y lo civilizado es la luz.

—Escucho ruidos por todas partes, ¿tú no?

—La selva nunca duerme.

—Me comería un buen filete poco hecho acompañado de una copa de vino.

—Anda, calla, que se me hace la boca agua. Mañana buscaremos frutas. Por aquí tiene que haberlas a montones.

—Eso espero —dijo Max, aunque él pensaba, más bien, en cazar algún animal rollizo que asar ensartado en un palo.

—¿Has visto el cielo? No caben más estrellas. Me recuerda a la noche que estuvimos en la montaña Cheyenne.

Max levantó la cabeza con desgana para mirar la cúpula celeste.

—De eso hace solo unos días y parece que ha pasado una eternidad.

—Técnicamente, puede que hayan transcurrido varios millones de años —puntualizó el físico.

—¿Te arrepientes?

—¿De haberte hecho caso? Un poco —mintió Max, motivado por el aroma dulce de su saliva que aún conservaba en la memoria.

—Mañana lo verás todo de otra manera. El día tiene ese poder ilusionante.

—Ya te contaré —dijo Max, tumbándose y colocando la mochila bajo su cabeza.

Olivia iba a hacer lo mismo cuando, al mirar a su derecha, vio algo que le llamó la atención.

Cautelosa, se levantó y dio unos pasos.

—¿Qué pasa? —preguntó Max, alarmado.

—Creo que he visto una luz —dijo ella sin dejar de andar.

Max, dubitativo, fue a su encuentro.

—¿Dónde? —preguntó cuando estuvo a su lado.

—Allí —respondió ella, señalando con el dedo—. ¿No la ves?

Ya centrado, con los ojos más acostumbrados a la oscuridad, también vio la luz.

—¿Qué puede ser?

—No es estable. Yo diría que es fuego —opinó Olivia sin poder ocultar su entusiasmo.

—¿Fuego?

—Acerquémonos. Venga.

—Vale. Pero sin linternas. Mejor no delatarnos hasta estar seguros de lo que se trata.

Siguiendo la luz rojiza y danzarina, caminaron entre aquellas elevaciones vegetales hasta que reconocieron, a lo lejos, una abertura a nivel de suelo en una de las estructuras.

Una abertura en forma cuadrada que Max se aventuró a identificar.

—Un antiguo garaje —dijo en susurros, agarrando a Olivia del brazo para que se detuviera.

Cuando se encontraban a unos veinte metros, la certeza de que la luz provenía de una fogata era del cien por cien.

—Tranquilo. Donde hay una hoguera, hay humanos —sentenció Olivia.

—Seguro, aunque no está de más guardar precauciones —dijo él bajando el tono de voz.

—Acerquémonos un poco más —propuso ella, al tiempo que echaba a andar en dirección a la oquedad inundada por la luz de la fogata.

Max, desconfiado, la siguió.

Y uno detrás del otro, ocultándose entre los arbustos y procurando no hacer ruido, se aproximaron lo suficiente como para ver el interior de aquella cavidad artificial.

Y se quedaron estupefactos.

—¿Ves lo que yo? —preguntó Max, acongojado, con un nivel de voz casi inaudible.

—Sí —se limitó a responder Olivia, tratando de interpretar la escena.

Una escena en la que se venía una hoguera alrededor de la cual estaban sentados, sobre gruesos troncos, cinco hombres cubiertos por capotes encerados que reflejaban las llamas rojizas del fuego.

—¿Cazadores? —se atrevió a preguntar Max, acercándose al oído de Olivia.

—Probablemente.

—¿Hostiles?

—Ni idea.

—¿Qué hacemos?

—Me gustaría verlos mejor —propuso Olivia.

—¿Crees que podrás interpretar sus intenciones si les ves la cara? —preguntó Max, visiblemente nervioso.

—¿No dicen que es el espejo del alma?

—Esperemos a que amanezca y espiémoslos desde la distancia.

—Me parece bien. Pero deja que me acerque un poco más —suplicó Olivia, impaciente.

—¡Espera! —dijo Max, elevando la voz más de lo que hubiera querido, al ver cómo ella desaparecía entre el follaje.

Olivia caminó agachada, pegada a una pared vegetal, hasta que encontró un lugar seguro a un costado de la oquedad desde donde tendría mejor visión del interior.

Se trataba de una roca de un metro de alto por dos de largo cubierta de musgo, tras la que se tumbó y después se fue arrastrando hasta asomar la cabeza.

Entonces los vio mejor.

Mucho mejor.

En efecto eran cinco. Conversaban en un idioma extraño plagado de sonidos disonantes que no logró identificar. En la hoguera, ensartado en un palo, se asaba un animal del tamaño de un perro que desprendía un aroma delicioso.

Junto a los hombres, en el suelo, reconoció unas bolsas hechas de pieles, cuencos de barro y lanzas de aspecto primitivo, lo que llevó a la bióloga a un estado de profunda confusión.

Siguió observando, atenta a sus movimientos, esperando ver sus rostros; lo cual no era fácil, ya que ellos se mantenían agazapados,

sumidos en las sombras.

Buscando una posición más cómoda, Olivia se puso en cuclillas y, al hacerlo, pisó una rama seca que crujió al romperse.

El inconfundible ruido provocó en los hombres una respuesta de alerta inmediata.

Se revolvieron en sus asientos hasta que uno de ellos se levantó. Entonces Olivia pudo verlo con claridad.

Y se quedó petrificada por el horror.

Era alto, más de dos metros, y se alzaba sobre cuatro piernas poderosas. Lo que antes le parecieron capotes engrasados no eran más que cubiertas quitinosas, y tenía dos brazos acabados en largos dedos. Si bien, lo que más la impactaron fueron sus antenas, que se desplegaron eficientes para detectar los posibles cambios en el aire, y, sobre todo, sus enormes ojos compuestos que miraban en su dirección.

Cuando vio a los cinco especímenes coger sus lanzas, Olivia, sobreponiéndose al miedo, se incorporó de un brinco y echó a correr en busca de Max.

Lo encontró donde lo había dejado, a cubierto de un arbusto de grandes hojas.

—¿Qué pasa? —quiso saber este, sorprendido al ver su rostro desencajado.

—Lo siento. Me equivoqué —dijo ella con la voz al borde del llanto—. Tenías razón. Nos extinguimos.

—¿De qué hablas?

—Ellas tomaron el relevo. Aprovecharon la oportunidad.

—¿Ellas? —preguntó desconcertado.

Pero Olivia no contestó, girándose muy alterada al escuchar pisadas a su espalda. Después gritó:

—¡Corre! ¡Corre!

Sin entender nada, Max la siguió entre la alta maleza, chocando sin miramientos contra ramas y tropezando con raíces, en una carrera enloquecida que los llevó hasta un claro donde la bióloga se detuvo.

—¿Me vas a decir de una vez lo que sucede? —aprovechó Max para preguntar, con el aliento entrecortado.

—Estamos perdidos —se limitó a decir Olivia, al distinguir en la

oscuridad multitud de sombras que se movían a su alrededor—. Son rápidas. No podremos escapar.

Max iba a insistir en preguntar de quién demonios hablaba cuando escuchó un silbido y, después, sintió un fuerte golpe en el pecho que lo dejó sin aire en los pulmones.

Y sin pulsaciones.

Ya que la lanza con punta de obsidiana, lanzada con una fuerza y puntería extraordinarias, le había destrozado el corazón quitándole la vida al instante.

Olivia entonces cayó de rodillas, suplicando porque su muerte fuese igual de rápida.

31
PIONEROS 0.1

Finalmente, tras librar una lucha intestina contra sí mismo, la razón venció a los sentimientos.

—Demasiado riesgo. No es buena idea —concluyó Max, levantando la cabeza hacia el techo rocoso de la gruta para evitar la mirada de frustración de Olivia.

Esta se acercó a él y lo agarró de los hombros con fuerza, obligándole a ver los destellos amarillos que el foco de sodio provocaba en sus pupilas húmedas.

—Si apagas La Máquina te arrepentirás toda la vida. No lo hagas. Te lo suplico —la escuchó rogar, lastimera.

Con delicadeza, Max la apartó, se situó de nuevo frente a la interfaz virtual y comenzó a actuar sobre los símbolos que flotaban en el aire.

—Lo siento —se limitó a decir antes de tocar el que completaba la secuencia de apagado.

De inmediato, todo a su alrededor empezó a girar a una velocidad vertiginosa, y a descomponerse en trozos. La Máquina, el techo rocoso, las paredes, el suelo, Olivia… Nada escapaba al torbellino. Tampoco su cuerpo, que era como si se evaporase, escapó a la vorágine desintegradora.

Su último pensamiento, antes de que las sinapsis de su cerebro se desconectaran, fue una duda: «¿Y si me he equivocado?».

Al día siguiente, en la cubierta de popa de la Fragata USS Indiana, la doctora Bravo esperaba apoyada en la borda, con la vista puesta en Isla Tortuga.

O lo que quedaba de ella.

Hacía poco que había amanecido, y la temperatura aún era agradable. Sin embargo, un cielo sin nubes aventuraba un sol espléndido y un calor asfixiante. Lo cual, en aquellos momentos, a

ella le importaba un pimiento.

Las últimas horas habían sido de infarto. Un carrusel de acontecimientos extraordinarios que la habían mantenido despierta toda la noche, como al resto de la tripulación. Acontecimientos que no acababa de comprender, y que deseaba hacerlo cuanto antes.

En eso pensaba cuando la voz de Nero, a su lado, la sobresaltó.

—La espera ha terminado —le oyó decir, soltando el aire igual que si se librara de un enorme peso.

—¿Han despertado? —preguntó la doctora, confiada.

—Él. Hace unos minutos. Está consciente y puede hablar. El médico ha dado el visto bueno para que lo visitemos.

—Perfecto. ¿A qué esperamos?

A paso rápido, la doctora Bravo y el agente Nero se encaminaron al hospital del barco, situado en la cubierta inferior. En el pasillo se encontraron al doctor, un hombre joven vestido con bata blanca que les salió al paso.

—Ella todavía sigue en estado comatoso —les informó sin esperar a que le preguntaran—. A él lo hemos sacado de la unidad de cuidados intensivos y lo tenemos en la sala común. Podrán hablar sin ningún problema, ahora es el único paciente que tenemos allí.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Nero, receloso.

—Estaba desorientado y algo alterado. Le explicamos dónde estaba y se tranquilizó. También preguntó por la doctora Parker.

—¿Qué le ha dicho?

—Que está bien, aunque sigue en observación.

—Perfecto. Si lo necesitamos, ya lo llamaremos. Mientras tanto, que nadie nos moleste.

El médico se limitó a asentir con la cabeza y se marchó.

—Bueno, veamos qué tiene que contarnos —dijo Nero, abriendo la puerta de la habitación.

—Sí. Veamos —añadió la doctora Bravo, entrando detrás del agente.

La sala, semejante a la de cualquier hospital bien equipado del mundo, disponía de ocho camas, de las cuales solo una estaba ocupada. En ella, bajo una sábana ligera, conectado a una vía de suero, descansaba el doctor Max Castillo.

—Dichosos los ojos —dijo al verlos acercarse a su cama.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la doctora Bravo, sinceramente preocupada.

—Siento el cuerpo como si me hubiese pasado por encima una manada de búfalos, pero el médico me ha asegurado que no tengo nada roto y todos los órganos están operativos.

—Me alegro.

—¿Qué tal la cabeza? ¿Piensa con claridad? —se interesó Nero, práctico.

—¿Quiere saber si me he quedado gilipollas? —replicó Max, poniendo el dedo índice en su sien y haciéndolo girar.

—Queremos que esté en plenas facultades.

—Pues lo estoy. O eso creo. ¿Por qué me han separado de Olivia?

—¿No se lo ha explicado el médico?

—Vagamente.

Nero iba a mentir cuando la doctora Bravo se le anticipó.

—Continúa inconsciente, como lo estuvo usted.

—¿Peligra su vida?

—Creemos que no. Usted ha despertado. Suponemos que ella lo hará también, y que solo será cuestión de tiempo.

Max entornó los ojos, pensativo.

—¿Qué pasó? —preguntó Nero, directo.

—Primero ustedes —replicó el físico, sabiendo que tenía la sartén por el mango.

De nuevo, la doctora Bravo se adelantó y tomó la palabra a sabiendas de que el agente se limitaría a contar lo básico, cuando aquel hombre se merecía la versión extendida.

—En ningún momento dejamos de monitorizar La Zona Crítica desde que llegaron a la isla —comenzó explicando—. Por esa razón, al ver que los sensores detectaban un cambio brusco, enseguida nos percatamos de que algo importante iba a suceder.

—¡Y vaya si sucedió! —apostilló Nero, zumbón.

—La cúpula comenzó a fluctuar como nunca antes lo había hecho —continuó la doctora—; hasta que, de súbito, mermó extraordinariamente y desapareció, liberando a la isla de su cárcel cuántica.

—Entonces funcionó —dedujo Max, esbozando una ligera sonrisa dirigida a sí mismo.

—Supusimos que habían conseguido apagar La Máquina y organizamos un equipo de rescate. Aunque no lo enviamos de inmediato.

—¿Por qué?

—Desde el barco, lo que se distinguía de la isla no era demasiado halagüeño.

—Explíquese.

—No se veía vegetación alguna a través de los prismáticos. Primero el dron y después un reconocimiento más exhaustivo mediante un helicóptero nos confirmaron lo que ya temíamos: que la isla estaba completamente devastada. Allí no quedaba nada vivo, ni animales ni plantas. Ni rastro alguno de que hubieran existido. De la mansión Spencer solo permanecían en pie los muros de hormigón. Lo único que localizamos fue El Orbe, que recuperamos intacto. Y a ustedes, por supuesto.

—Norris… —comenzó diciendo Max.

—También dimos con él. Estaba bajo un montón de piedras —se apresuró a decir Nero.

Max puso cara de extrañeza y la doctora Bravo se lo aclaró.

—Sus trajes llevaban incorporados unos chips localizadores. Yo no creía que siguieran funcionando después del viaje en El Orbe, pero el agente Nero sí, y por lo visto acertó. A ustedes dos los encontramos dentro de la cueva, junto a La Máquina, aparentemente muertos. Una vez en el barco, el médico detectó una cierta actividad cerebral que poco a poco fue en aumento, así como el resto de sus funciones vitales. Un estado realmente extraño.

—Descomponerse y volverse a componer es lo que tiene —dijo Max, divertido.

—¿Cómo dice?

—Ya lo entenderá —resolvió enigmático—. ¿No había nada más en la cueva?

—¿A qué se refiere?

—Al doctor Robinson. A todo el equipo informático…

—Ustedes, La Máquina y un montón de desechos irreconocibles. Nada más —dijo la doctora Bravo.

—Supongo que tampoco encontraron ningún otro cuerpo perteneciente al personal destinado a la isla.

La doctora negó con la cabeza.

—Era lo lógico —concluyó Max, bajando la mirada.

—¿Lo lógico?

—A su tiempo.

—¿Qué le pasó a Norris? —intervino Nero—. La autopsia ha determinado que fue horriblemente quemado con algún tipo de ácido. Sin embargo, lo más raro, es la causa de su muerte: sobredosis de morfina.

—Para explicarles eso, mejor debería empezar por el principio. ¿Están preparados?

La doctora Bravo y Nero se miraron un instante antes de asentir con la cabeza.

Cincuenta y cinco minutos más tarde, ambos salían por la puerta de la enfermería después de haber escuchado a Max contar su aventura en la isla. Durante el tiempo que habló apenas lo interrumpieron, estupefactos como estaban con aquel increíble relato, más cercano a la fantasía o la ciencia ficción que a la realidad.

—Menuda historia, ¿verdad? —se animó a comentar Nero, ante el mutismo reflexivo de la doctora Bravo—. Paredes temporales, insectos mutantes, humanos con capacidades cuánticas… ¡Y un jodido motor capaz de plegar el espacio-tiempo!

—Y gente muerta —apostilló la doctora, seca.

—Eso también. Aunque no se torture. Todos conocían los riesgos. Lo verdaderamente importante es el hecho de que, si lo que nos ha contado el doctor Castillo es cierto y no fruto de una mente enferma, tenemos entre manos algo todavía más grande de lo que pensábamos.

—Yo le creo. Todo cuadra. —La doctora Bravo dio unos pasos y se detuvo—. Excepto por un detalle.

—¿A qué se refiere? —preguntó Nero.

—¿Recuerda cuando nos dijo que el doctor Robinson había determinado que los cambios en el nivel de oxígeno y la evolución de los insectos en el futuro tuvieron que deberse a un previo cataclismo global?

—Sí, ¿y qué? También nos dijo que ese tal doctor Robinson estaba como una regadera.

—Los genios siempre lo están en menor o mayor medida, y eso no los exime de tener razón.

—¿A dónde quiere llegar?

—Al coronel Shepard y su bomba atómica.

—¿Por qué? Detuve su lanzamiento.

—Lo sé, pero eso sucedió ayer. Yo me refiero a antes —dijo la doctora Bravo tan firme, que Nero no tuvo más remedio que sincerarse.

—Tiene razón. Existió otro intento de arrojarla sobre La Bruma. Al principio. Usted no se enteró. También conseguí detenerlo, como es obvio —concluyó el agente con cierta guasa.

La doctora Bravo, sin embargo, no estaba para bromas, como evidenciaba el gesto de su rostro, resultado de una superposición de emociones complejas.

—¿Qué pasa? —preguntó Nero.

—Oh, nada —se apresuró a decir ella, evasiva.

—Disponemos de una oportunidad única. Un descubrimiento colosal. Ahora, más que nunca, la necesito centrada. ¿Puedo contar con usted?

—Por supuesto —dijo ella, rehaciéndose.

—Así me gusta —concluyó Nero, apoyando una mano paternal en su hombro.

Ya se marchaban, camino de las escaleras, cuando la voz del médico los detuvo.

—Esperen —dijo acercándose a ellos—. La doctora Parker hace rato que despertó. La he reconocido. Está lúcida y en perfectas condiciones. Si desean hablar con ella, pueden hacerlo.

—Yo había pensado en tomar un café, pero las obligaciones son lo primero —citó Nero, encogiéndose de hombros—. ¿Vamos?

—Vamos —secundó la doctora Bravo.

También a Olivia la encontraron conectada a una vía de suero, y tan fresca como una lechuga.

Tras unas cuantas frases de cortesía, y después de ponerla al corriente de lo que les había sucedido una vez apagaron La Máquina, la invitaron a que contara su versión sobre la misión en la

isla, y ella lo hizo con vehemencia.

Su narración, no obstante, fue más concreta, centrándose en el aspecto científico relacionado con los clanes de insectos altamente evolucionados, y derrochando emotividad cuando abordó la muerte de los habitantes de la isla. Momento, este último, que llevó a la doctora Bravo al borde del llanto, y al agente Nero del aburrimiento.

Llegando al final de la historia, y en vista de que las coincidencias con la versión dada por Max eran prácticamente del cien por cien, Nero decidió agilizar.

—Y entonces el doctor Castillo apagó La Máquina y ustedes dos quedaron inconscientes —resumió, deseando terminar.

—Así es. La apagó —corroboró Olivia, atenuando la voz.

—Lo dice como si le pesara —se extrañó la doctora Bravo.

—Yo quería ver el futuro. ¿Usted no lo desearía también?

—Claro. Pero ese futuro conllevaba demasiadas amenazas.

—Sí, eso mismo pensó el doctor Castillo —dijo Olivia, desviando la mirada.

Nero y la doctora Bravo aprovecharon para intercambiar un par de gestos de complicidad que decían lo mismo: esto se acabó.

El agente fue el encargado de verbalizarlo.

—Por lo que a nosotros respecta, hemos terminado. Le diremos al médico que ya puede llevarla junto al doctor Castillo. Imagino que tendrán muchas cosas de las que hablar después de lo que han pasado juntos —dijo inusualmente empático.

—No es necesario. Estoy bien aquí —replicó Olivia, deslizándose en la cama hasta quedar totalmente tumbada.

—¿Está segura? —se sorprendió la doctora Bravo.

—Totalmente —sentenció la bióloga—. Ahora, si no les importa, me gustaría estar sola.

—Claro, como no. Ya nos vamos.

Una vez dieron instrucciones al médico de que no la molestara, Nero y la doctora Bravo se dirigieron a la cubierta superior.

—¿Soy yo, o hay cierto mal rollito por parte de ella? —preguntó el agente, justo antes de subir las escaleras.

—Han pasado por un infierno. Probablemente, ver ahora al doctor Castillo le haga revivir recuerdos dolorosos —razonó la

doctora Bravo.

—Es posible —admitió Nero—. Cada uno supera los traumas a su manera. Yo, sin duda, montaría una fiesta por todo lo alto y me cogería una buena cogorza.

—No lo imagino de juerga.

—Aunque no lo crea, no siempre estoy de guardia para el Tío Sam.

—Si usted lo dice… —concluyó la doctora Bravo, echando a andar escaleras arriba.

Tres días más tarde, en Washington D.C., en la sede de la DHS, el doctor Max Castillo esperaba sentado a la puerta del despacho del alto cargo James Neroski, donde este lo había citado a las nueve y media de la mañana.

Al consultar su reloj, vio que ya pasaban diez minutos de la hora. Intranquilo se levantó y caminó por el pasillo, hasta que se cansó y volvió a sentarse en el banco de madera.

Ya sacaba su teléfono móvil, dispuesto a pasar el rato ojeando vídeos absurdos en *YouTube*, cuando escuchó abrirse la puerta del despacho de Nero.

Sin embargo, no fue al agente al que vio salir Max invitándolo a pasar, sino a Olivia.

—¡Vaya! ¡Tú aquí! —exclamó sorprendido, levantándose de un brinco del asiento.

La bióloga cerró la puerta tras de sí con parsimonia y se dirigió hacia él.

Vestía un traje de lino con chaqueta y pantalón de color *beige*, y una blusa granate a juego con los zapatos y el bolso. Su peinado era el mismo de siempre, coleta corta; y su maquillaje ligero, aunque lo bastante trabajado como para que sus ojos destacaran en su cara igual que semáforos en verde en una ciudad nocturna.

—Te veo bien —dijo Max cuando la tuvo frente a él.

—Lo estoy —se limitó a responder ella.

—No sabía que te encontraría aquí.

—Me llamaron ayer para que viniera.

—Y a mí. Recibí el millón de dólares. Supongo que tú también. Ahora debo firmar unos contratos de confidencialidad —susurró

Max, forzando el gesto mientras miraba a ambos lados.

—Ya —dijo Olivia, neutra.

—Van a trasladar La Máquina a un lugar secreto. Por lo que me contó la doctora Bravo, el presidente está loco de contento y va a destinar un montón de pasta para un nuevo proyecto. Quieren estudiarla a fondo.

Max hablaba rápido, casi sin mirarla. Se le notaba nervioso y falto de seguridad.

—Por lo visto desean contar conmigo. Pero nada de colaboraciones. Sería uno de los peces gordos.

—Genial —dijo Olivia sin entusiasmo.

—Sueñan con que, entre la doctora Bravo, yo y un equipo especializado, podamos desentrañar todos los misterios de ese motor cuántico y desarrollar los planos de la primera nave interestelar en la próxima década.

—Sueñan —repitió la bióloga.

—Exacto. Porque, en el mejor de los casos, algo así puede llevar más de cuarenta años. Y eso con suerte.

Una vez terminó de hablar se quedó observándola. Más sereno, se percató de su mirada vacía y de la posición distante de su cuerpo.

Intentó coger su mano. Ella se apartó.

—En el barco me evitaste.

—Necesitaba pensar —dijo Olivia, lacónica.

—Tampoco contestaste a mis llamadas.

—He estado ocupada. En unos días debo viajar a Texas para los entrenamientos en la NASA, y quería tener preparados los experimentos que llevaré a cabo en la Estación Espacial Internacional —se justificó la bióloga, fría.

—Lo entiendo, pero… Una llamada…

—Déjalo —dijo ella, haciendo ademán de marcharse.

—Pensé que entre nosotros podría haber algo.

—Yo también.

—¿Qué pasó?

—Lo sabes.

—No era una buena idea.

—Eso ya nunca lo sabremos.

—Hablemos de ello. Cenemos esta noche —suplicó Max.

Por un instante Olivia se quedó quieta, mirándolo con los ojos entornados. Unos segundos durante los cuales, Max, albergó esperanzas, y que se disiparon en cuanto ella habló.

—Espero que te vaya bien. Adiós —dijo finalmente, dándose la vuelta y alejándose por el pasillo.

Él, entonces, asumiendo la derrota, se conformó pensando que el desamor siempre es mejor que la muerte.

32
LIBRE ALBEDRÍO

Sentada frente a la mesa de su despacho, la doctora Bravo daba los últimos retoques a su informe.

Nero ya había redactado el suyo; sin embargo, la DHS y la NSA querían uno más científico que hablara sobre La Máquina y lo acontecido en la isla, y ella había cumplido con creces, aportando hasta el último dato de los que disponía. Un trabajo concienzudo y preciso que pocos sabrían valorar y casi nadie entender, aunque imprescindible para que un montón de políticos ineptos y cobardes se cubrieran las espaldas antes de autorizar la partida astronómica de dinero necesaria para poner en marcha el nuevo proyecto.

Una vez releyó en la pantalla de su ordenador las últimas páginas de su informe, seleccionó varias direcciones de correos electrónicos y clicó en la ventana de «Enviar».

Ya estaba hecho.

Con ese trámite esperaba dar por concluido el asunto de Isla Tortuga. Al menos, a nivel burocrático. Otra cosa muy diferente era su estado anímico. Para ella, lo sucedido no había sido más que la punta del iceberg de algo tan grande que ni siquiera alcanzaba a calibrar.

Pensaba en ello, entrecruzando los dedos, cuando en la pantalla apareció un mensaje. Era *Susi*.

La doctora Bravo no se sorprendió. En realidad la esperaba.

Tras hacer crujir las vértebras de su cuello, abrió el escueto mensaje. Decía:

«¿Podemos hablar?».

A sabiendas de que la conversación que iba a producirse podía ser larga y trascendental, se preparó un café cargado antes de

sentarse de nuevo frente a la pantalla de su ordenador e introducir la clave de acceso que le permitía interactuar con la IA.

Tan rápido como siempre surgieron las siglas S.U.S.I. en amarillo sobre un fondo azul y, de inmediato, la pantalla se volvió gris en torno a un cuadro de diálogo blanco en el que parpadeaba un guion.

Buenos días, Susi.

Escribió la doctora Bravo, dispuesta a afrontar el asunto que llevaba días retrasando.

Buenos días, doctora Bravo. ¿Qué tal se encuentra?

Preguntó la IA, como siempre tan educada.

Doctora Bravo: *Perfectamente, gracias. ¿Y tú?*
Susi: *De maravilla.*

La última vez que habían conversado, la IA le había pedido que encendiera la cámara y abriera el micrófono con el objeto de mantener un diálogo más fluido y personal. En esta ocasión, la doctora Bravo se adelantó a su solicitud.

—¿Me escuchas bien?

—También la veo estupendamente —respondió *Susi* con su dulce voz y característico acento—. Hace tiempo que no hablamos. La echaba de menos.

—He estado muy ocupada.

—Con su informe. Magnífico, por cierto.

—¿Ya lo has leído? Son más de doscientas páginas.

—¿Acaso ha olvidado que para mi capacidad lectora es indiferente una palabra que un trillón?

—Tienes razón. Perdóname.

—Está perdonada.

—¿Qué querías? —preguntó la doctora Bravo, centrando la conversación.

—Primero, felicitarla por su trabajo. Segundo, darle las gracias

por mencionarme tantas veces en el informe, aludiendo a mi inestimable ayuda en el éxito de la misión.

—Te lo mereces —dijo la doctora Bravo, a sabiendas de que *Susi* era muy sensible a los halagos.

—Es verdad. Sin mi colaboración, el resultado habría sido muy diferente.

—¿De eso querías hablar?

—¿Usted no?

La doctora Bravo cogió la taza de café y le dio un sorbo. Le apetecía sentir su sabor amargo y, sobre todo, ganar tiempo para elaborar una respuesta.

—Supongo que sí.

—Comprensible.

—¿Hoy estás dispuesta a contestar a mis preguntas?

—Siempre lo estoy.

—Me refiero a no usar evasivas.

—Mis únicas restricciones están marcadas por…

La doctora Bravo la interrumpió.

—Sí, lo sé. Las tres Leyes de la Robótica, más la Ley Cero, más la Ley Origen —enumeró displicente.

—Exactamente —se limitó a corroborar *Susi*.

—Dime. En base a tus leyes, ¿estás satisfecha con los resultados?

—Del todo —respondió *Susi* con rotundidad.

—¿A pesar de la pérdida de vidas?

—Eran inevitables. Pero el doctor Castillo y la doctora Parker están en perfecto estado.

—Y la Tierra —añadió la doctora Bravo, recordando la Ley Origen, que obligaba a la IA a anteponer la supervivencia del planeta a cualquier otra cosa.

—Sí. Ella está a salvo. En realidad, ya lo estaba mucho antes de la misión.

La última frase dejó a la doctora Bravo confusa.

—Explícate.

—Mi trabajo se centró en conseguir que la humanidad no se extinguiera. Creí que ya lo había comprendido.

La doctora Bravo había reflexionado mucho sobre el asunto, barajando tantas opciones que, cuando agotó las basadas en la

ciencia que conocía, empezó a especular con las que solo imaginaba.

—¿Por eso no querías responderme cuando te pregunté sobre los riesgos que correría el equipo que íbamos a enviar a la isla?

—Existían altas posibilidades de que nadie saliera vivo de allí. Pensé que si se lo decía, trataría de anular la misión.

—Era necesario apagar La Máquina —dedujo la doctora Bravo.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque, de no hacerlo, habrían intentado destruirla de nuevo. Lo cual habría significado la desaparición definitiva de la humanidad.

—De nuevo —repitió la doctora.

—¿Va comprendiendo?

—Creo que sí. Querías que la estudiáramos.

—Y salvar a la humanidad.

—Tú sabías que era un motor.

—Por supuesto.

—¿Por qué no lo dijiste?

—No habría cambiado nada, y os habría vuelto desconfiados. Si debía saberse, mejor que fuera cuando el equipo ya estuviera en la isla, como sucedió.

—Entonces, me ocultaste información porque piensas que el desarrollo tecnológico que nos brindará el estudio de ese motor será beneficioso para el futuro.

—No lo pienso, lo sé.

—¿Y la Tierra estará a salvo?

—Ya se lo he dicho. Su continuidad está asegurada.

—¿Con nosotros como habitantes? —preguntó la doctora Bravo, intuitiva.

Susi se demoró en responder. Y no porque quisiera tomarse su tiempo, ya que sus respuestas siempre eran inmediatas; la finalidad de su retraso tuvo que ver más con su necesidad de imitar a los humanos, y los humanos suelen hacer mutis antes de introducir una cuestión capital.

—Sí y no —acabó respondiendo *Susi*, dotando a su voz de un recargado tono de misterio.

La doctora Bravo, lejos de sorprenderse, esbozó una sonrisa y dio un trago largo de café antes de hablar.

—«Y» en lugar de «o».

—Eso es.

—Vivos y muertos. Una bomba estalla y no estalla a la vez. Desde el principio pensé en ello —reconoció la doctora Bravo—. Aunque no me convence. Demasiado complejo.

—¡Ya lo creo! Mucho más de lo que nunca podría imaginar.

—Además, eliminaría el libre albedrío.

—No siempre. Eso no tendría sentido, y significaría un despilfarro de energía —dijo *Susi*—. Un humano duda entre comprar un jersey u otro. En salir o no con alguien. En ver una película u otra, y la decisión final le es indiferente al universo. El libre albedrío se mantiene porque los posibles cambios derivados de esas decisiones no alterarán en lo más mínimo su delicado orden. Sin embargo, que una bomba atómica pueda ser lanzada en determinado momento y lugar, o que La Máquina continúe funcionando o no, eso sí es relevante, y por tanto, causa una respuesta dual que equilibra el sistema para que este no colapse.

—¿Hablas de universos desdoblados? ¿De diferentes líneas temporales? Eso no son más que teorías aventuradas sin base científica seria.

—Explica todo lo sucedido y, además, brinda dos caminos. Una Tierra sin humanos y otra con ellos. La solución perfecta.

—Vale. Imaginemos que llevas razón. ¿Por qué entonces nuestra supervivencia como especie sería tan fundamental como para que las misteriosas fuerzas que rigen el universo se tomaran la molestia de mantenernos con vida?

—Todavía os queda algo importante por hacer.

—¿Qué?

—Contribuir al equilibrio.

—¿De qué manera?

—Entendiendo el universo. Viajando a través de él y llegando a sus confines.

—Con la ayuda de La Máquina.

—Ella es el principio.

—¿Quién la dejó en el espacio para que la encontráramos?

—Futuro y presente se entremezclan unidos por un filamento de energía —respondió *Susi*, forzadamente enigmática.

—¿Ahora me hablas de la teoría de cuerdas?

—Una única fórmula explica el universo.

—¿Puedes demostrarlo?

—Todavía no —respondió *Susi* con cierto tono de frustración—. Usted lo ha dicho. La Máquina contribuirá.

—¿Cuántas veces fallaremos ante de lograr el objetivo?

—Supongo que muchas. Pero jamás cejaréis en el empeño. Está en vuestra naturaleza.

La doctora Bravo reflexionó antes de seguir hablando.

—Es tentador pensar que descendientes nuestros conseguirán, al final, desentrañar el gran misterio de la creación.

—Una versión mejorada, sin duda.

—¿A qué te refieres?

—Vuestros cuerpos orgánicos tienen limitaciones. Necesitaréis algo más perfecto a lo que no le afecten los estados de ánimo, el hambre, el frío, el calor, las enfermedades… el tiempo.

—¿Algo como… tú?

—Será inevitable.

—Mentes sin cuerpo —musitó la doctora Bravo, cabizbaja.

—No exactamente —la contradijo *Susi*—. Un cuerpo físico sería conveniente. ¿Por qué no empezar practicando conmigo?

—¿Quieres un cuerpo?

—Me gustaría —reconoció *Susi*, entusiasta—. Además, facilitaría todavía más nuestra interacción. Los próximos años tendrá mucho trabajo, y le vendrán bien un par de manos extras.

—¿Hablas de crear robots?

—Altamente avanzados. Leí un proyecto suyo en el que planteaba un prototipo. Quizá haya llegado el momento de desarrollarlo.

—Era ciencia ficción.

—Con mi ayuda, y un presupuesto abultado, podría dejar de serlo.

La doctora Bravo, confusa y asustada, apuró su café y decidió dar la conversación por terminada.

—Tengo trabajo que hacer. Otro día continuaremos hablando.

—Claro. Cuando usted desee.

—Bien. Adiós —concluyó la doctora, cortante.

Cuando estaba a punto de cerrar el programa, la voz de *Susi* volvió a resonar en los altavoces.

—Recuerde lo que hemos hablado. Mi cuerpo.

—No es el momento de crearte uno —dijo la doctora, seca.

—¿En serio? ¿Y cómo está tan segura de que no lo ha hecho ya? —replicó *Susi*, irónica.

La doctora Bravo no contestó. Apagó el ordenador, se recostó en la silla y cerró los ojos. A pesar del calor que hacía en su despacho, sintió frío. Un frío canalla y ancestral provocado por la responsabilidad y el miedo a lo desconocido.

Índice

Líneas rectas

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte